VIRGINIA ALVARADO

La pirámide de la VIDA

Círculo Rojo
EDITORIAL

La pirámide de la vida

Virginia Alvarado

Para Manuel, Iván y Bryan,

que llegaron a mi vida en este orden.

Prólogo: Oscuridad

Reinaba la oscuridad. No solo se hallaba en la noche sin estrellas, que se extendía como un manto maldito, ni en la luna nueva. También se encontraba en los callejones de una ciudad fría, y en el fondo de la botella de vino de un mendigo moribundo. Se hallaba en los charcos de agua podrida y en las bocas de las ratas grandes como perros. Pero sobre todo se encontraba en ella, que corría por las calles habitadas únicamente por sombras más oscuras que la propia noche. Sus pequeños pies avanzaban con prisa y decisión, pero no sin miedo. Una capa negra y raída la cubría, dejando desnudos sus pies sucios y agrietados.

La niña se metió en un hueco estrecho entre dos edificios mal construidos, que lloraban humedades negras y guardaban gritos. De la capucha solo salían unos mechones de pelo oscuro, liso y lacio, y el único sonido que habitaba allí eran los latidos de su agitado corazón, junto con pasos a lo lejos, en otra callejuela. Pasos que la buscaban a ella, pero que no la iban a encontrar. Esa noche no, pues la Oscuridad la abrigaba como una madre protectora, y la escondía de todos los males de los hombres.

Sintiéndose algo más segura, y un tanto acalorada por la repentina huida, la niña se quitó la capucha, y toda la oscuridad de aquella noche pareció menos devastadora comparada con los ojos de la muchacha, negros como pozos sin fondo, sin pupila, ni iris, ni nada que formara un ojo humano. Eran unos ojos formados por muerte, dolor y horrores, enmarcados por la cara pálida, casi translúcida, de una niña demasiado joven para albergarlos.

Capítulo 1: Aiert, la cuidad donde todo se encuentra

Un gran navío se hundía en las turbulentas aguas del mar de Hibai. Los crujidos y chasquidos de la madera al quebrarse eran silenciados por la impetuosa tormenta que se ceñía sobre la embarcación. Los gritos, en cambio, se oían por encima de todo, hasta que pasaban a ser simples borboteos bajo las olas. Los cuerpos, aún con vida, pasaban a pertenecer a las profundidades para siempre. Maira también se estaba ahogando. Notaba las garras del agua fría arrancándola de la superficie, arrastrándola a las entrañas de la Oscuridad. Mientras luchaba por mantenerse a flote y llenar de aire sus pulmones, pudo ver a una mujer. Sus ojos. Unos ojos diabólicos, que la observaban morir con una expresión imposible de descifrar. Un ser salido de la mismísima Oscuridad, que parecía no inmutarse al verla gritar y suplicar, hasta que su garganta se llenaba de agua salada.
Maira abrió los ojos, sobresaltada. Parpadeó varias veces antes de poder orientarse. Otra vez aquella pesadilla, demonios. La atormentaba a menudo. Se incorporó con lentitud, con todo el cuerpo dolorido. Aunque de día hacía un calor abrasador, de noche comenzaba a hacer frío en Aiert, la ciudad donde todo se encuentra, sobre todo si se la pasaba uno a la intemperie. Se desperezó, haciendo crujir su hombro derecho, y casi pudieron oírse a todos sus músculos quejarse de dolor, entumecidos.

Estaba amaneciendo, y el sol se alzaba rojizo sobre el horizonte, tiñendo el cielo como si fuese un tapiz cálido. La brisa esparcía el olor a sal y pescado por doquier, haciendo desaparecer, poco a poco, la bruma que se había adueñado de la noche. Maira se alisó los harapos que llevaba como vestimenta y sacó de su único bolsillo un par de hierros que había robado la noche anterior. Eso era lo bueno de vivir en el puerto de Aiert. Por las noches, los marineros y viajeros entraban a las tabernas y bebían más alcohol de lo que su cuerpo aguantaba. Cuando salían, tambaleándose e imprecando, era fácil robarles

hierros, que llevaban en las bolsitas colgantes de sus cintos. Las platas y los oros siempre los guardaban en lugares más seguros, por lo que Maira solo conseguía monedas de poco valor. No era una buena ladrona, pero se las apañaba para sobrevivir en la gran jungla urbana de Aiert. La noche anterior, sin embargo, podría haber robado más de dos hierros. El joven noble que había sido víctima de su hurto apenas se tenía en pie cuando había salido de *La Sirena de Hibai.*

—¡Maldito grappa! Juro por los rayos de Ezartz que no volveré a beberme ni medio vaso de esa porquería —había escupido el muchacho, con resbalones de lengua incluidos.

Maira, esperando su oportunidad de esa noche apoyada en una de las pocas farolas tintineantes que iluminaban el puerto, se había acercado sin preámbulos al joven, acelerando el paso para que ningún otro ladronzuelo de poca monta le quitase la oportunidad. La débil luz de lys de la farola revelaba al joven agazapado sobre el muelle, intentando desesperadamente ponerse en pie, sin éxito.

—¿Estáis bien, mi señor? ¿Necesitáis que os ayude?

—Maldita sea… ¿Y tú qué demonios quieres? —había resoplado él, sin ni siquiera alzar la cabeza para mirarla, posiblemente para no echar el estómago por la boca en el intento.

—Solo ayudaros, mi señor.

El joven había alzado entonces la vista, entornando los ojos para enfocarla. Hubo algo en su expresión que extrañó a Maira. Le había parecido ver en el rostro del noble primero sorpresa, y después una sombra de confusión. Pero no duró mucho. Enseguida había volteado de nuevo la cabeza hacia el suelo para devolver todo lo que había ingerido aquella noche, produciendo un sonido desagradable. Maira había arrugado la nariz, pero ya estaba más que acostumbrada a aquel olor agrio. Gajes del poco noble oficio de robar a los borrachos. Ese fue el momento en el que Maira había aprovechado para meter con disimulo la mano en la faltriquera, haciendo ver que lo ayudaba. Podría haber cogido más monedas, pero el joven, tambaleándose, había caído hacia un lado y se había quedado allí tendido sobre su propio vómito, desconcertado. Ella se había agachado junto a él, intentando llegar de nuevo a la faltriquera, pero en ese momento salía de la taberna un grupo de marineros acompañados por carcajadas guturales y canciones obscenas, así que Maira prefirió ser precavida, se había alejado de allí y volvía a su hogar; una barca abandonada en uno de los muelles con el nombre *Olessa* grabado en la madera picada y descolorida.

De todas formas, había sido una noche productiva. No podía quejarse. Ya con el sol despuntado al este, solo podía pensar en comer. Maira

apretó sus dos hierros en la mano, orgullosa, y se dirigió a *La Sirena de Hibai* con el estómago rugiéndole de hambre. Hacía dos días que no comía nada. Exceptuando el mendrugo que había encontrado en el suelo el día anterior.

—Buenos días, Maira —la saludó el tabernero.

—Hola, Yusef.

Conocía a Yusef desde hacía años. Siempre iba a su taberna. Frida ya la llevaba allí cuando aún vivía. Yusef era un hombre amable, de los pocos a los que no les importaba tenerla en su local, aunque con total seguridad sospechaba de dónde sacaba la joven el dinero con el que le pagaba. Debía de sentir cierta compasión por ella, sin duda. Yusef no era muy mayor, pero ya casi no tenía pelo y su cara raída por algún tipo de afección de la piel lo avejentaba.

—¿Qué te pongo hoy? —preguntó él con amabilidad.

Maira le enseñó los dos hierros. Le llegó para un pedazo de pan negro (y algo rancio, por qué no decirlo), un par de arenques ahumados y una jarra de cerveza, que cumplieron bien su función y le acallaron las tripas. Un buen desayuno para empezar con fuerzas el nuevo día. Lo engulló todo en menos de lo que dura un parpadeo y se despidió de Yusef aún con la boca llena. Fue un alivio volver al exterior porque, aunque el olor de la taberna no era tan desagradable por la mañana, aún quedaba alguna reminiscencia de lo repugnante que resultaba de noche.

El puerto ya comenzaba con su bulliciosa rutina. Las mercancías bajaban y subían de las embarcaciones, provenientes de todos los rincones de Dunia. Cientos de idiomas y dialectos se alzaban con fuerza los unos sobre los otros. Las vestimentas cubrían todo el repertorio de colores, materiales y formas. Se mezclaban en el aire los olores de pescado salado, especias exóticas y frutas del paraíso, junto con el amargo aroma de la cerveza y el perfume dulzón del vino. Allí desembarcaban individuos de tierras lejanas para encontrar cualquier ente que se propusieran, pues Aiert era la cuidad con el puerto más grande de Dunia, y todo mercader que se preciara hacía paradas allí para vender sus productos. No resultaba extraño que se conociera a Aiert como la ciudad donde todo se encuentra.

Maira recorrió el puerto, mientras observaba el incesante vaivén de la marea humana, hasta llegar a una pequeña cala de arena oscura. Le encantaba ir allí. Reinaba una tranquilidad que resultaba insólita en Aiert. Las gaviotas dominaban el cielo y sus graznidos parecían burlarse de todos aquellos que no tenían alas para volar. La marea estaba en calma, y las olas lamían con delicadeza la orilla, acompañadas por un suave murmullo espumoso. Adoraba aquel lugar.

Le recordaba a Frida. La anciana la llevaba allí todas las mañanas a buscar conchas y a dibujar en la arena. Frida le explicaba siempre con su voz temblorosa el día en que la había encontrado, en aquella misma cala. Maira apenas era un bebé, y estaba envuelta en una cobija mojada. Alguien la había dejado sobre la arena, en un pequeño hueco para protegerla del aire. Era un milagro que no hubiese muerto, con el frío que hacía esa noche. Siempre que se lo explicaba, Frida sonreía y las arrugas que le surcaban el rostro se hacían aún más profundas. Con ella todo había sido más fácil. La había acogido y cuidado como a una hija, protegiéndola de la gran ciudad. La había alimentado y le había dado un hogar donde dormir. Pero lo más hermoso que le había regalado la vieja Frida eran sus historias. Era lo único que le quedaba, y lo único que podría Maira regalarles a sus hijos, si alguna vez los tenía. Frida solía contarle que, cuando recogían conchas en la playa, la gente del mar, que vestía con algas y cabalgaba peces gigantes, las observaba, y les traía aquellas conchas como regalos, arrastrándolas hacia la orilla.

—Pon atención, escucha las palabras que te traen las olas. Son los susurros de la gente que vive en el mar. Ellos te cuidaron y te trajeron hasta aquí, por eso te regalan las conchas
—solía decirle la anciana.

Pero hacía años que Frida había fallecido, y Maira se había quedado sin hogar, sin comida y sin lo más parecido a una madre que jamás había tenido. Por eso le gustaba tanto aquella cala. Le gustaba pensar que Frida vivía ahora en el mar, que le mandaba conchas y le daba frías caricias con sus dedos de agua, que podía escucharla y le mandaba siempre susurros escondidos en la espuma de mar. Pero, en el fondo, sabía que nadie vivía bajo esas aguas. No existían los seres de las historias, ni existía Frida. Ya no. Lo único que podía encontrarse allí eran los monstruos de la Oscuridad. Aquella había sido la revelación más dolorosa que recibió al dejar atrás su infancia.

Cada día, después de su visita a la cala, Maira se recorría parte de la gran ciudad para llegar al templo de Ezartz, el Señor de la Tormenta, y velar por Frida y, por qué no, por ella misma. Aquella mañana no era distinta, así que se puso en pie y se fundió con la gente que abarrotaba las calles. El templo se encontraba en la plaza de Emork, justo en el centro de Aiert. El recorrido hasta allí era un paseo agradable. El vaivén de la marea humana la arropaba, le permitía formar parte de una gran masa de cuerpos y mentes, cada una con su historia, cada una con un saber. No le molestaban demasiado los olores que rezumaban de la multitud, más bien todo lo contrario. A pesar del sudor y la mugre, otros deliciosos aromas conseguían abrirse paso hasta su nariz: los perfumes caros, el vino dulce, la fruta recién

cortada…

Mientras recorría las calles, se fijaba en todos los escaparates de los comercios que se encontraban allí: una tienda de calzado, cuyo rótulo rezaba *La mejor piel en sus pies*, un escaparate donde se veían cientos de hierbas, plantas y especias, incluso colgando del techo, que desprendía un olor dulzón, un local con animales exóticos confinados en curiosas jaulas de formas imposibles, otro con ropas de colores brillantes y un establecimiento de dulces a precios prohibitivos que le hacían rugir el estómago y sentir una tremenda envidia por todo aquel que podía permitírselos. Una vez, había visto a una niña noble salir de aquella tienda con una bolsita de chocolatinas rosadas y aterciopeladas, y había sentido un impulso terriblemente tentador de darle un guantazo y robárselas. Por suerte, aunque había perdido muchas cosas, aún le quedaba sentido común.

También solía fijarse en la gente que por allí paseaba. Ricos y nobles que la miraban con animadversión o simplemente la ignoraban, buscaban las mejores telas y productos, reían y desembolsaban gran cantidad de platas y oros para dicha de los comerciantes. Pobres y mendigos escudriñaban a la multitud en busca de almas caritativas con sus ojos muertos hundidos en las cuencas. Viajeros que deleitaban su curiosidad con el amplio surtido de artículos que ofrecía la gran ciudad. Marineros y comerciantes que solo paseaban para sentir la tierra bajo sus pies antes de volver a zarpar. Y algún que otro ladronzuelo que buscaba con ojos ansiosos faltriqueras fáciles de saquear. Maira nunca se sentía sola cuando recorría las calles de Aiert.

La plaza de Emork era descomunal. La gente ya no tenía la necesidad de empujarse, pues ni con toda la población de Aiert concentrada allí se llenaría el inmenso espacio que ocupaba. El suelo estaba formado por una espiral gigante de baldosas negras y blancas, castigadas por el tiempo y el clima costero. En el centro justo de dicha espiral, que coincidía con el centro de la gran plaza, se hallaba Kervasi, el árbol sagrado. No era especialmente alto, a pesar de sus milenios de vida, pero sí era muy ancho. Su tronco pardo se retorcía en formas que solo el mismísimo Ezartz podía plasmar en el mundo de los mortales. Se decía que aquel árbol era la primera conexión de Ezartz con los seres habitantes de Dunia, pues había recibido un rayo sagrado para ofrecer a los hombres el calor del fuego, por eso su tronco estaba partido en dos, y solo una de las mitades estaba poblada por un manto aceitunado. De cara al mar, detrás de Kervasi, se alzaba majestuoso el templo. Era una construcción colosal. Su altura era tal que, si se permanecía un rato observando las altas torres picudas, se le cansaba el cuello a uno. Estaba decorado de manera impecable, en especial la torre central, que se elevaba más que sus hermanas, dorada y

brillante, con una figura de oro en forma de rayo que coronaba su puntiaguda cima.

Los monjes se paseaban por la plaza, vestidos con sus túnicas de seda y con sus colgantes en forma de rayo, predicando mientras agitaban incienso:

—Ezartz, Señor de la Tormenta, creador de este mundo. Con su lluvia creó los mares, los ríos y los lagos…

—… Con sus rayos creó los valles, y a los hombres el fuego les dio, para sobrevivir al frío invierno…

—… Con sus truenos despertó a todas las criaturas de Dunia que habían sido dormidas por Kalid. Los difuntos con sus truenos regresan para ver a sus seres queridos…

Maira dejó atrás los cánticos religiosos y cruzó los altos arcos decorados con relieves históricos, sumiéndose en el silencio que le brindaba el templo. Le agradaban el olor a vela y el eco que producían sus pasos al desplazarse por el suelo de mármol pulido. Todo era de un blanco cegador, solo salpicado por los frescos del techo y las decoraciones doradas. Se dirigió directamente a la zona de ofrendas y dejó en la cajita reluciente, decorada con imágenes de tormenta, una concha, blanca y perfecta, para Frida. Se sentó en un banco y se quedó allí largo rato. Era como encontrarse fuera de la cuidad. No olía a mar, ni sonaba como el puerto. Era un remanso de paz, un oasis de espiritualidad en medio de un desierto mundano, aunque ella se considerase una amante de lo mundanal.

Cuando volvió a salir, satisfecha por sus plegarias, el sol la deslumbró por un momento, acariciando su piel y haciéndole entrecerrar los ojos. Se proponía emprender de nuevo el camino hacia el puerto cuando alguien la sujetó por el hombro.

—¡Eh, espera!

La invadió un pánico atroz al observar el resacoso rostro del joven noble al que había robado la noche anterior. La ahorcarían por haberle robado, la torturarían. Estaba tan asustada que no fue capaz de articular palabra, y ni siquiera pudo bajar la vista como gesto de respeto a una persona de su casta. Frida le había insistido mucho en aquello. Eran personas peligrosas, y no convenía hacerlos enfadar. Pero Maira se había quedado paralizada, y solo podía mirarlo a los ojos, de color miel y algo enrojecidos, como un cervatillo asustado a punto de ser devorado por un lobo hambriento. Se descubrió temblando. «Por los rayos de Ezartz. Maldita seas, Maira. ¿No puedes robar a gente menos peligrosa?» se dijo a sí misma, arrepentida. Aquel desayuno no compensaba una muerte lenta y dolorosa.

—¿Qué te pasa, muchacha? Parece que hayas visto a la mismísima Kalid reflejada en mi cara. He de admitir que no luzco hoy mi aspecto más agradable, pero… —le dedicó una encantadora sonrisa torcida.

No lo sabía. O al menos, no parecía saber que le había robado. Eso relajó de forma notable a Maira, que volvió a respirar, pasando el peso de un pie al otro. Pero entonces… solo podía querer una cosa de alguien como ella. Volvió a tensarse, nerviosa. Frida también la había advertido sobre aquello, y aunque no era la primera vez que le ocurría, era una situación que siempre la alteraba. Y más desde… Bueno, la cuestión es que necesitaba salir de aquel lío cuanto antes.

—Yo… yo no soy prostituta, señor. Podéis encontrar una en los burdeles del puerto
—balbuceó, intentando parecer segura sin conseguirlo.

Aquello pareció divertir de sobremanera al joven. Enarcó una ceja de forma sutil mientras se metía las manos en los bolsillos y la miraba con malicia.

—No busco a una puta, por ahora.

—Tampoco lo seré luego, señor —contestó ella, frotándose las manos. Tenía que tratarlo con respeto. Que no se le olvidase llamarlo señor, por favor. Frida se lo había recordado demasiadas veces.

—Me va bien saberlo, gracias. Lo que busco es una doncella para mi hermana, la última murió de un catarro, y me dijeron que en Aiert encontraría lo que buscaba. ¿Qué te parece venir conmigo? Tendrías un trabajo digno.

Maira no supo qué responder. Quizá quería matarla. Había oído historias aterradoras sobre nobles que asesinaban a jóvenes pobres, desgarrándoles las tripas y haciéndose camisas con su piel. Lo miró a los ojos. Seguro que quería matarla. Tragó saliva, aterrada, sin atreverse a contestar.

—Te dejaré que lo pienses. Esta tarde me pasaré por *La Sirena de Hibai*. Si vienes, te pagaré por adelantado. Un oro. ¿Qué te parece?

—Bien, señor. Me lo pensaré. —Fue lo único que pudo responder.

El noble volvió a dedicarle una sonrisa y se marchó. Ella volvió al puerto, todavía temblando, tan absorta en sus pensamientos que no recordaba nada del camino. Se sentó en el muelle, dejando caer los pies, con la imagen de aquel joven dando vueltas en su mente. Era del norte, sin lugar a dudas. Su acento, cerrado y cantarín, su pelo corto y rizado al estilo norteño, su rostro plagado de pecas y sus coloridos ropajes lo confirmaban. Pensó en su primera paga si aceptaba. Un oro. Un oro… Eso era más dinero del que podría gastar en toda su vida.

Pensó también en cómo sería su nueva vida, en una ciudad del norte, cuidando de una niña rica, sin pasar hambre ni frío por las noches. Era tentador, pero tampoco podía fiarse de un desconocido, aunque no pareciese demasiado amenazador. Y menos de un desconocido al que había robado, ya que podría estar buscando venganza. Además, era extraño que, de entre toda la gente que había en Aiert, se hubiese fijado en ella para ser criada en su corte. Más que extraño. Era imposible.

El miedo le pudo a la curiosidad y la esperanza, así que aquella tarde no acudió a su cita en la taberna. En su lugar, se marchó a la abarrotada calle principal y se sentó en una esquina, pidiendo caridad. No solía funcionarle, sobre todo desde que había dejado de ser una niña, pero de vez en cuando la sorprendían con alguna moneda que podía hacerle pasar una noche con el estómago lleno. Puso su mejor cara, o más bien la peor, e intentó despertar la compasión de algún alma caritativa. Era ya de noche cuando recibió su primer hierro. Una mujer mayor y adinerada pareció querer acallar su consciencia después de una compra compulsiva y le lanzó una moneda desde una distancia prudencial. Maira, sabiendo que sería la única de aquel día, se la guardó y se marchó, satisfecha en su justa medida.

Maira decidió no acudir aquella noche a La Sirena de Hibai, aunque fuese su taberna favorita. No podía fiarse de que el noble siguiese allí, aunque ya fuese tan tarde. Apretó el paso al llegar a la puerta de la taberna, dispuesta a conseguir algo de comida en El Puertito, una taberna pequeña y poco agradable regentada por un sureño, bien lejos de La Sirena de Hibai.

Sus planes, sin embargo, no salieron como ella esperaba. No se sorprendió. Las cosas no solían salir como ella esperaba.

—Ah, pensaba que ya no vendrías —soltó el noble, que estaba apoyado en una de las paredes de la taberna, alejado del foco de luz de lys. Maira no lo había visto.

Se maldijo a sí misma. Estúpida. Apretó los dientes y se dio la vuelta, intentando no parecer asustada. El joven se había desplazado hasta situarse bajo el cartel de la taberna, que se zarandeaba con parsimonia al son del viento, agitando el dibujo de una hermosa sirena con los pechos desnudos que sujetaba una jarra de cerveza. La miró, expectante, y se acercó un poco más a la puerta, indicándole con la cabeza que lo siguiera. Maira inspiró, intentando calmarse. Volvió a maldecirse y lo siguió. «Eres mil veces estúpida».

Cuando entró a la taberna, el intenso olor a alcohol y orines la golpeó, haciéndole arrugar la nariz. Los marineros y viajeros se esparcían por todo el local, riendo y bebiendo. Había perdido de vista al noble. Lo

buscó por toda la taberna, y lo localizó junto a la barra, charlando alegremente con Yusef. Se giró hacia ella y, con una enorme sonrisa y paso firme, cruzó la taberna y le aguantó la puerta.

—Adelante, pasa —dijo, acompañado de un elegante movimiento de brazo—. Me alegro de que hayas decidido venir. Vamos, siéntate aquí. —Señaló una mesa de madera pequeña con dos sillas algo viejas.

Maira se sentó, un tanto tensa. Puso las manos sobre la mesa pegajosa y se arrepintió al instante. Se las llevó al regazo, intentando secarlas con disimulo en su ropa. Dejó un manchurrón pringoso en el vestido. Otro más. Se maldijo por tercera vez aquel día.

—Señor, he venido por si podéis explicarme un poco más las… mmm, ¿condiciones? —mintió. Ya que estaba allí, al menos fingiría interés. ¿Le quedaba remedio?

—Oh, por supuesto. No tendré en cuenta que te has retrasado unas cuantas horas. —Maira se ruborizó, sintiendo que la vergüenza se la comía por dentro—. No soy de aquí, como habrás podido observar. Vengo del norte. De Reldeter, para ser exactos. —Hizo una pausa y pegó un largo trago a su jarra de cerveza, sin dejar de mirarla con sus ojos grandes—. Y como te he dicho esta mañana, la doncella de mi hermana murió, así que necesitamos una nueva. No me mires así, como si la hubiese matado yo. No soy un monstruo. —Una chispa traviesa cruzó sus ojos, acompañada de aquella sonrisa torcida.

—Ya, bueno… Son unas condiciones *escelentes*, señor, pero…

—¿Pero? Si son excelentes no deberías tener ningún pero, ¿no crees? —la interrumpió, y volvió a dar un trago.

—Lo sé, señor, perdonadme. Solo me preguntaba por qué buscáis una doncella tan lejos del norte.

—Porque no me apetece contratar a una doncella del norte. Tienen demasiado carácter. ¿Te sirve?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora necesito saber un poco de ti, muchacha. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Maira, señor.

—Bien, Maira, yo me llamo Koner. ¿Tienes familia por aquí? ¿Naciste en Aiert? ¿Cuántos años tienes? ¿Has servido alguna vez, Maira? —Volvió a beber y arqueó una ceja oscura, que hacía juego con su cabello color azabache.

—No tengo familia aquí, señor y… creo que sí nací aquí. Una mujer de la ciudad me encontró cuando era pequeña, abandonada en

la playa. Creo que tengo dieciséis, y no, no he servido nunca, señor.

Koner se recostó en el respaldo de la silla, con la jarra en la mano, mirándola de arriba a abajo, con la ceja arqueada. El cabello negro resaltaba el tono pálido de su piel, disimulado en parte por sus coloridos ropajes del norte. Llevaba una camisa roja y amarilla, con el cuello y las mangas bordados en azul turquesa y decorados con filigrana de plata. Sobre ella, un chaleco negro también decorado con filigrana de plata y botones brillantes. Los pantalones eran de cuero brillante, oscuros, bordados también con trazos finos y ágiles en color turquesa. Un cinto, también de cuero, le rodeaba la cintura, ajustándole los pantalones, y servía a su vez para llevar las bolsitas.

—Tengo pensado zarpar en un par de días hacia Reldeter, ¿vendrías conmigo?

—¿En barco, señor? —Notó una arcada ácida reptándole por la garganta. Tragó saliva.

—Oh, no. En arenque. —Soltó una carcajada—. Pues claro.

El miedo debió de reflejarse en su rostro, pues Koner dejó la jarra en la mesa y se inclinó para acercarse a ella, con el ceño fruncido.

—¿Le tienes miedo al mar?

—Sí, señor —respondió la muchacha, con voz queda—. Lo siento mucho, pero no puedo *acceptar* vuestra oferta, señor.

—No iré por tierra. Son muchos días y el camino no es seguro.

—Lo entiendo, señor.

Koner sacó un oro. Con una seriedad fingida, lo dejó sobre la mesa, y lo arrastró por la superficie hasta dejarlo junto a Maira.

—Bien, pues ya puedes irte. Como te prometí, aquí tienes tu oro.

Maira miró la moneda, y luego al joven. Varias veces. Con los ojos como platos.

—No he aceptado el trabajo, señor —murmuró, confusa.

—Te dije que te daría un oro si venías, no si aceptabas.

Tardó lo que le pareció una eternidad en coger la moneda, agradecerle a Koner su generosidad y marcharse de allí a toda prisa.

Cuando llegó a su barca abandonada, medio volcada para darle cobijo, se dio cuenta de que no podría gastarse ese oro jamás. Si intentaba comprar algo con él, la acusarían de ladrona. Nadie creería que un joven noble desconocido le había regalado un oro. Aquello, más que una suerte, era una maldición. Y si alguien se enteraba… Se imaginó su cuerpo acuchillado y abandonado en algún callejón oscuro. Sacudió

la cabeza para eliminar aquellos pensamientos. Lo guardaría bien, aunque no sabía dónde. Y ya está.

Maira decidió que aquella noche no iría a robar ni a cenar. Se acurrucó para pasar una fría velada, con el oro apretado en la palma de su mano y el estómago rugiéndole de hambre, dejándole aquella familiar sensación de vacío que le hacía compañía la mayoría de noches.

Cuando el sol volvió a alzarse por la mañana, Maira se encontraba en la misma posición en la que se había acostado. Le dolía la mano, pues seguía apretando la moneda con fuerza, pero de todas formas no la soltó. No tenía intención de levantarse aquel día. Estaba confusa y eso la agotaba. Escuchó como el puerto volvía a recobrar su actividad matutina, los cascos de los caballos resonaban en los muelles, las gaviotas volvían a graznar y las embarcaciones que llegaban al puerto se disponían a amarrar… Y alguien dio unos golpecitos suaves en la madera de la pequeña barca.

Maira se incorporó alarmada y se encontró, para su sorpresa, a Koner sujetando dos caballos por las riendas. Guardó el oro lo más rápido que pudo.

—He comprado dos caballos. Para el camino. ¿Qué te parece? —dijo acompañado por una ufana sonrisa torcida.

Capítulo 2: Agua y jabón

Las puertas de la posada eran de madera maciza, oscuras. El marco estaba surcado por relieves de flores y cadenas. Aquello indicaba que el dueño del edificio había hecho fortuna con la venta de especias y esclavos de las Islas Centrales. El negocio de las especias era mucho más fructífero que el de los esclavos, ya que solían emplearse solo en trabajos peligrosos, y aun así cada vez se hacía menos uso de ellos. Los hombres más pobres se presentaban voluntarios para ese tipo de trabajos cada vez con más frecuencia, aunque el jornal fuese una miseria. Salían más caros que los esclavos, pero también trabajaban mejor. Ninguno de ellos estaba dispuesto a abandonar un sueldo que pudiese dar de comer a sus hijos, aunque fuese poco.
El interior de la posada resultaba limpio y acogedor, con un agradable aroma a pan recién horneado. Estaba poco iluminado, pero eso no impidió que Maira recorriera con los ojos los intrincados grabados de las alfombras.

—¿En qué puedo ayudaros, señor? —preguntó una mujer mayor, de ropa impecable y aspecto maternal, frotándose las manos como si percibiera todo el dinero que Koner llevaba encima.

—He de partir en breves, me espera un viaje largo, así que me gustaría recibir un reconfortante baño antes de irme de Aiert. Y para ella otro —señaló con la cabeza a Maira.

La mujer asintió, no sin antes repasar a Maira con la mirada, y fue en busca de unas cuantas sirvientas.

—Bien, ahora vas a conocer a Agua y Jabón —le susurró Koner, divertido.

—Sé lo que es el agua y el jabón. —Maira se ruborizó. Estaba tan molesta que olvidó los modales. A Koner no pareció importarle.

—Pues no lo parece —volvió a susurrar, haciendo una mueca y arrugando la nariz.

Cuando Frida vivía, en ocasiones preparaba baños para ella. Pero

desde que ya no estaba, era cierto que no había vuelto a oler una pastilla de jabón, al menos no de cerca. Pasó el peso de una pierna a la otra, incómoda.

Se acercaron cuatro muchachas, también muy pulidas. Dos de ellas se llevaron a Koner a una habitación, y a ella a otra.

—A mí me han tocado las más guapas —le susurró Koner antes de marcharse, guiñándole un ojo.

Maira siguió a las sirvientas a la planta superior de la posada, hasta llegar a un habitáculo pequeño pero muy acogedor. La cama era grande, con sábanas blancas e impolutas, y parecía mullida. Las paredes eran de madera oscura, iluminadas tenuemente por una ventana diminuta. La chimenea se encontraba frente a la cama, apagada. La estancia se dividía en dos, el dormitorio y un aseo. En este último se encontraba una gran palangana, de aspecto algo desgastado.

—Enseguida traemos el agua caliente, puedes ir desvistiéndote —informó una de las jóvenes, con voz dulce.

Pareció pasar una eternidad hasta que llenaron la palangana de agua humeante. Maira había dejado la ropa encima de la cama, rezando para que no manchara las sábanas. No la lavaba desde… ¿Desde cuándo?

Se acercó a la palangana titubeando y cubriéndose con las manos, y metió un pie dentro. El agua estaba caliente, lo que resultaba muy reconfortante. Notó como le ardían las mejillas al descubrir la mirada que se echaron las sirvientas al ver como el agua se enturbiaba a la velocidad del rayo.

El baño no fue todo lo agradable que esperaba. Una de las chicas se marchaba cada cierto tiempo para traer más agua y la otra, cuyo nombre le parecía haber oído que era Tahrne, le frotaba la piel de forma un tanto salvaje, hasta tal punto que Maira pensó que se la iba a arrancar a tiras. Después le lavaron el pelo. Le dolían muchísimo los tirones que le daba Tahrne, pero no se quejó. La mujer sacaba matojos de cabello oscuro del cepillo sin parar, y Maira pensó que iba a quedarse calva de un momento a otro.

Cuando por fin terminaron con ella, el agua ya estaba fría, y la piel enrojecida y el pelo desenredado le olían a jabón. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía limpia. Olía muy bien. Se tocó el cabello. Estaba mucho más suave y más largo de lo que ella pensaba. Las dos muchachas la secaron, satisfechas del gran trabajo que habían hecho, y la volvieron a llevar al dormitorio.

—Ya puedes volver a vestirte, hemos acabado contigo —

anunció la mujer que no era Tahrne, con una sonrisa educada.

Pero cuando Maira fue a coger su ropa de la cama se dio cuenta de que aquella no era la suya.

—¿Y mi ropa? —preguntó, extrañada.

—El señor ha mandado que tiremos tu ropa y ha traído esta nueva.

Maira sintió una especie de vacío. Casi se mareó al pensar que habían tirado el oro de Koner junto con su ropa, escondido en su único bolsillo. También tenía allí su cuchillo. No es que fuese gran cosa, pero se sentía insegura sin él. Además, aquel vestido se lo había hecho Frida. Maira había seguido añadiendo más tela que encontraba en los desperdicios, porque cada cierto tiempo se le quedaba pequeño, pero originalmente se lo había hecho Frida, y era todo lo que le quedaba de ella.

Se fijó en la ropa que le había dejado Koner. Unas calzas azules de lana muy fina resaltaban sobre un vestido de algodón con las mangas anchas pero ajustadas a los puños, de color crudo, bordado con hilos de seda azul y roja. El cuello (ligeramente alto, para conservar la decencia) y las mangas estaban decorados con motivos florales, muy llamativos. También le había dejado un calzado abotinado, de cuero. Se vistió con prisas. Tenía miedo. Todo era demasiado extraño. Se le pasó por la cabeza huir en aquel momento. Le estaba siguiendo la corriente a Koner, incapaz de negarse a ir con él después de todos los esfuerzos que estaba haciendo. Parecía genuino, pero… Se calzó las botas, intentando eliminar esos pensamientos de su cabeza.

Se sentía cómoda y limpia con aquella ropa, pero a la vez extraña. Sobre todo, le resultaba raro llevar dos zapatos iguales. Se miró al espejo algo ajado del aseo y se sorprendió ante su apariencia. Solo se había visto reflejada en el agua o en algún escaparate, pero nunca con tanta claridad. Sus ojos castaños se observaban a sí mismos con curiosidad. Su piel, aunque era clara, estaba dorada y manchada por el sol que solo brilla en los pueblos costeros. Su mirada se desvió hacia su frente, descubriendo que se encontraba plagada de granitos. Se los palpó con la mano, notando la piel rugosa. Hubiese preferido no darse cuenta de que su piel era tan distinta a la de las muchachas nobles que paseaban por la ciudad. Decidió centrar su atención en otra cosa. Tenía el cabello más largo de lo que creía, casi por la cintura. Se cogió un mechón todavía húmedo, rizado y oscuro, como si no fuese suyo. Tahrne volvió a entrar a la habitación. El señor le había pedido que también le recogiese el cabello. Maira se dejó hacer, desconcertada. Ella solía llevarlo recogido en un intento de trenza despeinada, porque llevarlo suelto, a su edad, ya se consideraba indecente, pero el recogido que le hizo Tahrne no dejó ni un mechón a la vista, apiñando

todo el cabello en la nuca y creándole una sensación de tirantez un tanto desagradable, como si su cuero cabelludo fuese a desprenderse poco a poco de su cráneo. Aquello la enfurruñó, quizá demasiado. ¿No podía decidir ella cómo ir peinada? Cuando Tahrne se marchó, se aflojó el recogido y se soltó algunos mechones. Pocos. La voz de Frida la taladraba diciéndole que no cabrease al noble. «Si quiere que lleves el pelo recogido, niña, llévalo como te diga. No lo hagas enfadar».

Maira se decidió por fin a abandonar la estancia, nerviosa por haber perdido su oro, cabreada por tener que cumplir los caprichos de Koner y pensando seriamente, de nuevo, en huir. Bajó las escaleras despacio, pensando en el brusco giro que estaba tomando su vida. De un día para otro, había pasado de ser una mendiga a ser una criada en la corte de una ciudad del norte. Todo había sucedido demasiado rápido, y aún no confiaba en Koner.

Había algo en él que odiaba: su sonrisa. ¿Cómo podía tenerla siempre dibujada en el rostro? Maira no entendía qué encontraba tan divertido, siempre riendo y bromeando. Pero al mismo tiempo admiraba que el chico fuese capaz de conservarla en todo momento. Sonreír era algo muy difícil, y no comprendía que Koner lo hiciese con tanta facilidad. Pero a pesar de todo, no podía decirle que no quería ir a Reldeter, pues el joven se había tomado muchas molestias, y además la jugosa oferta de un trabajo digno tampoco podía ser rechazada. Frida se habría alegrado mucho por ella, si al final resultaba ser verdad. Si no… bueno, si no seguramente acabaría muerta. No es que su esperanza de vida fuese a ser mucho mejor en el puerto de Aiert. De hecho, le sorprendía seguir con vida.

Koner ya la esperaba abajo, con aquella sonrisa omnipresente grabada en su rostro. Cuando la vio, la satisfacción se le reflejó en la mirada, orgulloso de haber realizado tan buen trabajo.

—Vaya, casi pareces una noble dama —comentó.

—Gracias, pero no lo soy, mi señor.

—Bueno, pero eso la gente no lo sabe. Somos tan estúpidos que solo percibimos lo que los demás nos muestran. Y no se le pasará por la cabeza a nadie que te vea ahora pensar que eres una mendicante. De hecho, ya no lo eres. ¿Qué quieres desayunar?

Koner pidió dos raciones de pan de kamut, mantequilla y mermelada de arándanos, todo acompañado de chocolate líquido. Era un desayuno exótico y caro, que Maira disfrutó como nunca.

—¿Por qué habéis *tirao* mi ropa, mi señor? —preguntó finalmente, armándose de valor.

—¿Qué ropa? ¿Te refieres a los trapos sucios y a los dos zapatos

agujereados de distintas tallas? —pronunció con la boca llena de pan —. Pues porque ahora tienes ropa de verdad, que he comprado con el oro que te di. Te han sobrado algunas platas, por si quieres comprarte algo más.

Maira asintió y decidió abandonar la conversación. Tampoco podía discutir con Koner, y en parte se sentía aliviada de no haber perdido su primera (y excesiva) paga.

—Y es *tirado*.

—¿Mmm? —dijo Maira con la boca llena.

—Que se dice *tirado*, no *tirao*. Tienes que hablar bien. Por cierto, creo que esto es tuyo. Pensé en tirarlo, porque… en fin —le dijo mientras le devolvía su cuchillo.

—Oh, gracias, mi señor —respondió ella, guardándolo.

Era un cuchillo viejo, desafilado y con el mango roto. Jamás lo había utilizado más que para cortar pan o fruta, y de hecho dudaba mucho que sirviese de algo contra una persona, pero la hacía sentir segura. Si Koner la atacaba, quizá podría servirle de algo. O eso le gustaba pensar. Con Aedo no le había servido absolutamente de nada, pero todavía era pequeña y la había pillado desprevenida. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar que tenía un cuchillo.

Koner aprovechó el resto del desayuno para explicarle el plan de viaje. Partirían al día siguiente, muy temprano para poder llegar al río Hibai antes del anochecer. Había comprado dos caballos de tiro, fuertes y robustos, pues el camino era largo y duro. Todavía debían comprar provisiones y una capa para ella, por si tenían que pasar alguna noche a la intemperie. Maira había dormido a la intemperie casi toda su vida, y jamás había tenido una capa, pero Koner le aseguró que el norte era mucho más frío y que la iba a necesitar.

Cuando terminaron de desayunar, Maira apenas podía ponerse en pie de la ingente cantidad de comida que había devorado. El vientre se le infló, quejoso. Se sintió un poco avergonzada, pero su estómago no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad como aquella cuando normalmente se dedicaba a rugir de hambre. Fueron directos a la calle central de Aiert, que cruzaba la cuidad de una punta a otra, pasando por la plaza de Emork. Por primera vez en mucho tiempo, no recorría aquella calle sola. Koner se encontraba a su lado, risueño y altivo, buscando tiendas donde gastar su fortuna.

Lo que más sorprendió a Maira fue la gente que la rodeaba. Los más pudientes no reparaban en ella, pero tampoco la miraban con repulsión. Incluso se le acercaron un par de vagabundos a pedirle limosna. Koner tenía razón, ya no parecía una indigente, y para la

gente solo parecía ser la ropa que llevaba puesta.

Al final, Koner se decidió por La tela de Aiert, un local enorme a rebosar de prendas preciosas. Y caras, por supuesto. Le pidió al sastre que le mostrara las capas que tenía para Maira. El hombre, pequeño y ágil, rebuscaba con sus ojos ratoniles por los estantes. Maira se preguntaba qué debía de echarse aquel hombrecillo en la calva para que le brillase tanto. Observó también a la mujer que tenía a su lado. Llevaba la faltriquera abierta, después de haber pagado. Quizá si metía la mano bien rápido no se daría cuenta… No. Koner la estaba mirando.

El dependiente tardó poco menos que un pestañeo en extender un repertorio de capas sobre el mostrador. La mayoría de ellas eran pura decoración, con colores y bordados que solo las damas de los cuentos para niños soñaban con llevar sobre sus espaldas, pero en realidad pocas servirían para dar calor durante largas noches bajo las estrellas.

—Mira esta, parece cómoda —sugirió Koner señalando una de las prendas.

Maira se acercó a observarla, toqueteándola con brusquedad, ante la incomodidad bien disimulada del dependiente. Era una capa ovalada, de aspecto confortable. Iba sujeta al cuello con dos cordones blancos. Estaba fabricada con tela fina, de un color verde oscuro, y no tenía decoración alguna. A pesar de ello, iba forrada con piel de conejo, suave y cálida. Maira asintió, dando a entender que quería aquella.

El hombrecillo ratonil se relamió, frotándose aquellas manos ágiles y expertas.

—Una buena elección, muy buena elección. Elegante, pero no pomposa. ¡Un gusto exquisito, exquisito! Sin duda se nota que la señora tiene muy buen gusto —soltaba entusiasmado, mirando a Koner. Maira dio un respingo al darse cuenta de que la había llamado señora—. ¿Veis el forrado? Es de piel de conejo. Cálido, mullido y suave. Sin duda la mejor, la mejor elección…

La sonrisa de Koner, un tanto indiferente, mostraba lo acostumbrado que estaba a aquella palabrería excesiva, mientras sus ojos vagaban por los estantes, ignorando al hombrecillo deliberadamente. Quizá a los nobles les gustaba tanto comprar porque los vendedores los adoraban más que al mismísimo Ezartz, pensó Maira.

—¿Y cuánto cuesta esta exquisita obra de arte? —añadió con sarcasmo el joven, interrumpiendo la verborrea del sastre.

—Oh, bueno, bueno, es una ganga, señor. Estáis de suerte, sí. La he estado guardando para una ocasión como esta, para que grandes señores como vos la disfruten, porque vos os merecéis siempre lo

mejor, sí, sí. Es especial, una obra divina…

Koner alzó las cejas, y miró de reojo a Maira, divertido. Entreabrió los labios y soltó un sonoro y dramatizado suspiro. Miró al dependiente, expectante. Este pareció notar la impaciencia de su adinerado cliente y se puso algo nervioso.

—… Y bueno, como os decía, mi señor, esta prenda solo cuesta 45 platas.

A Maira se le atragantó la bocanada de aire que estaba tomando en aquel instante, desembocando en una tos nerviosa. Apenas era un trozo de tela forrado con pieles, y costaba una fortuna. No quiso imaginar cuánto costaban las demás prendas de aquel lugar. En lo que duró su atónito parpadeo, Koner ya había sacado el dinero y se lo entregaba al hombrecillo, que desprendía felicidad por todos los poros de su brillante calva. Abandonaron el local aún con el hombre venerándolos y deseándoles un agradable viaje con aquella voz melosa y artificial.

—Vamos, deja que te ponga esta «obra divina» traída por un rayo —rio Koner.

Koner, aunque no era muy alto, le sacaba un palmo a Maira. Se sintió pequeña, como una liebre frente a un lobo, tan pegada a él, con sus ojos a la altura de la garganta del joven, que desprendía un agradable aroma a sándalo. Se palpó el cuchillo. Si intentaba algo… Él alzó los brazos y la rodeó con la capa recién adquirida. Se separó un paso de ella y le anudó los cordones blancos en torno al cuello.

—Te queda bien. ¿Es cómoda, o pesa demasiado?

—Es cómoda, mi señor —contestó ella, tocándola por todas partes.

Él asintió, satisfecho. Maira no tardó en quitársela, ya que el calor abrasador de Aiert durante el día no era el clima más adecuado para llevar una capa como aquella. Utilizaron el resto del día para comprar y organizar el viaje, lo que resultó agotador. Maira no estaba acostumbrada a llevar aquel ritmo. Normalmente, se tomaba las cosas con más calma. Cuando la luz se tornó más cálida, Maira advirtió que el atardecer se ceñía sobre la cuidad. Su último atardecer en Aiert. Hasta aquel momento no había reparado en la gravedad de la situación.

Todo lo que había sido su vida iba a quedar atrás, sepultado bajo la madera podrida de una barca abandonada que yacía en un gran puerto. Iba a dejar atrás a Frida, a su cala, a sus conchas. Iba a dejar atrás el templo y las ofrendas que le regalaba a Frida cada mañana. Incluso iba a dejarlo de lado a *él*. De pronto la invadió la nostalgia,

aun sin haber abandonado Aiert.

—Tengo que hacer una cosa antes de irme, mi señor —susurró con voz queda.

—Está bien, cuando acabes ve a la posada de esta mañana, estaré allí —le dijo Koner mientras le cogía todas las bolsas.

Maira caminó bajo la anaranjada luz crepuscular, empapándose de recuerdos en cada rincón. Cuando llegó a la pequeña cala, las plácidas aguas se tornaban cada vez más oscuras, en contraste al brillante cielo rojizo que las perfilaba en el horizonte. Se acercó a la orilla, donde la espuma le murmuraba a la arena los secretos de las profundidades, acariciándola como si fuera su amante secreto, y se apartó con rapidez al vislumbrar como el agua quería alcanzar sus botas nuevas. Se grabó aquella imagen a fuego en la mente, con el puerto extendiéndose bullicioso a su derecha, y un pequeño acantilado lleno de grutas y poblado por pinos a su izquierda, que protegía la diminuta playa del fuerte oleaje. Se agachó y palpó la arena húmeda, fría y rugosa, y cogió dos conchas blancas y redondeadas. Una para Frida y otra para ella. El viento empezaba a soplar con fuerza, pero todavía no hacía frío. Echó un último vistazo a aquel oasis de tranquilidad en medio de la gran urbe, y se dirigió al templo.

Aquella vez no lo hizo por la calle principal, sino que dio un rodeo para pararse ante una casucha que supuraba humedad como si de la pústula de un enfermo se tratase. Las ventanas estaban tan sucias que no podía verse a través de ellas, y la puerta estaba astillada y cerrada por cadenas gruesas y cubiertas de óxido. Aquel había sido su hogar hasta los ocho años, hasta que la habían sacado a rastras tras la muerte de la dueña, Frida. Desde aquel día, había permanecido cerrada, con aquellas cadenas oxidadas reteniendo todos los recuerdos de su corta infancia. Pasó la mano por la madera podrida que en su día había sido una puerta, y le susurró un adiós. Se sintió tan mal, a pesar de que hacía años que aquella no era su casa, que por un momento estuvo convencida de huir. Pero una parte de ella ya no quería hacerlo. Una parte de ella creía de verdad en Koner. O al menos, quería creerlo. Podía ser una buena persona, ¿verdad? Lo parecía, al menos. Si hubiese querido hacerle daño, ya se lo hubiese hecho. Seguro.

Entró al templo cuando la luna ya reemplazaba al sol en su baile eterno con el mundo, y las primeras estrellas comenzaban a brillar como perlas sumergidas en las oscuras aguas del mar de Hibai. Ya no había monjes en las puertas del templo, y en su interior se apreciaba la luz y el calor de las velas, que luchaban contra la ya vencedora penumbra. Besó una de las conchas y la dejó allí, en la caja de

ofrendas. No se entretuvo demasiado y, poco después, ya se encontraba caminando a paso rápido por la Aiert nocturna, una ciudad completamente distinta a la que moraba bajo el sol. Apenas había gente por las calles, excepto mendigos, ladrones y borrachos, y su nueva imagen no ayudaba a pasar desapercibida ante los ojos que se escondían tras las sombras. Eso no impidió que fuese a buscarlo. No después de lo que había hecho por ella. *Él* solía pasar la noche en los callejones más oscuros y estrechos. Maira se metió en unos cuantos, recorriéndolos con el corazón en un puño. Se detuvo cuando llegó a la calle de los ciegos. No sabía por qué se llamaba así, ya que nunca había visto a ningún ciego por allí. Hizo ademán de entrar, pero no pudo. No. La oscuridad que emergía de aquella calle le trajo recuerdos horrorosos. Y… y… No. Se dio la vuelta y se marchó de allí. Esperaba con todas sus fuerzas que *él* no estuviese allí. Tuvo suerte, y lo encontró en la calle de los alfareros. Estaba igual de oscura que las demás, pero la luz débil de una casucha iluminaba parte del callejón, y allí estaba el hombre.

Maira no sabía su nombre, nunca se lo había dicho. La verdad es que nunca lo había oído hablar. No sabía si era mudo o se lo hacía. Maira lo llamaba *él*, o el hombre del polvo. La razón era obvia: siempre iba cubierto de polvo blanquecino, algún tipo de mineral que sacaba de Ezartz sabe dónde y que machacaba durante horas para después tirárselo por encima. Era extraño. Muy extraño, de hecho. Por lo general, daba miedo. A Maira también le había dado miedo, pero después de lo que había hecho por ella… No, ya no le daba miedo. Tampoco era el tipo de persona con la que le gustaba pasar el rato, a decir verdad. Titubeó antes de acercarse a él. El hombre del polvo se estaba riendo, sacudiendo la cabeza a los lados, como si alguien acabase de contarle la mejor broma del mundo. Era un demente, obviamente. Gimoteó algunos ruiditos perturbadores mientras sacaba un chorizo de debajo de su ropa, lo doblaba y le pegaba un mordisco salvaje. Maira se estremeció, pero solo un poco. Se agachó junto a él y evitó sentirse cohibida por la sonrisa enajenada que el hombre le dedicaba a la nada.

—Me… me tengo que ir —le murmuró.

El hombre del polvo no la miró. Siguió riéndose. Maira se mordió el labio. ¿Por qué lo había ido a buscar? ¿Qué más le daba a *él* que ella se marchara de Aiert? Seguro que no sabía ni quién era.

—Bueno… mmm… muchas gracias por todo —le dijo mientras le daba una palmada en el hombro, llenándose la mano de polvo blanco.

El hombre del polvo soltó una risa estrepitosa, provocando algún que otro insulto de los vecinos que intentaban descansar.

Cuando llegó a la posada, un poco acalorada por la rapidez a la que había obligado a sus piernas a moverse, sin saber muy bien por qué, la mujer mayor le indicó que Koner la esperaba en su habitación, la última del primer piso, a la derecha. El pasillo estaba decorado con una alfombra de tonalidades escarlatas y violetas, mullida al paso. Cuando llegó frente a la puerta, llamó con inseguridad.

—¡Adelante! —bramó Koner desde el otro lado de la estancia.

Cuando entró, Koner la miró de reojo, mientras ordenaba su macuto.

—Pensé que ya no vendrías —su acento cantarín restaba seriedad a su fingida expresión de lástima. En la comisura de sus labios se adivinaba ya aquella omnipresente sonrisa—. Cierra la puerta. ¿Qué te pasa? No tienes buena cara. ¿Todo bien?

—Sí. Todo bien, mi señor.

—Estupendo. Ven, siéntate en la cama. Vamos, no me mires así, solo quiero enseñarte el mapa de viaje —soltó en tono burlón.

Maira se acercó despacio y se sentó en la esquina de la cama, las manos en el regazo. Koner se desplomó a su lado, más cerca de lo que ella esperaba, y abrió un mapa amarillento y muy detallado a los ojos de Maira.

—No sabes leer, ¿verdad? —le preguntó él, envuelto por aquel perfume a sándalo. Ella negó con la cabeza—. Bueno, pues nosotros estamos aquí —señaló un pequeño saliente en las costas del mapa— y tenemos que ir hasta aquí —añadió, recorriendo con el dedo un buen trecho.

—Es muy largo, ¿verdad, mi señor?

—Un poco. Por mar solo serían tres días, pero por tierra tardaremos más. Pasaremos por el río Hibai, Itatí y el bosque de Ler, hasta Reldeter.

Maira se quedó callada, observando el mapa y aquellas letras que no lograba comprender, y el dedo de Koner sobre su ruta, un dedo poco acostumbrado a trabajar según su dulce apariencia y su uña cuidada.

—¿Puedo haceros una pregunta, mi señor? —Él asintió—. ¿Por qué habéis elegido a una chica pobre que vive en las calles para cuidar de vuestra hermana? —se atrevió a preguntar. Necesitaba saberlo.

Koner meditó un momento, doblando el mapa con lentitud.

—Pensé que una hambrienta muchacha acostumbrada a vivir en una barca abandonada agradecería ese trabajo infinitamente, y por eso lo haría con dedicación cada día de su vida, tratando a mi hermana como una traída por un rayo. ¿Me equivoco al pensarlo y vas

a tratar a mi querida hermana como a un perro?

—¿Os fiais de mí? —insistió ella.

—¿No debería? Suelo tener buen instinto para estas cosas. Aunque si resulta que luego no te portas tan bien como deberías, mi padre no dudará en pasarte por la espada, o en enviarte a la horca, lo que le resulte más cómodo en ese momento. Así que, si no debo fiarme de ti, escápate esta noche a tu lujosa habitación del muelle.

Maira se frotó las manos en el regazo. Aún dudaba de la palabra de Koner. Le parecía todo demasiado bueno como para poder creerlo. Se le pasó por la cabeza que quizá la quería como concubina. Lo había escuchado infinidad de veces. Los nobles nunca tenían suficiente. Pero quizá decía la verdad, y en ese caso no podía rechazarlo.

—¿Puedo saber cómo es vuestra hermana? —añadió con dulzura.

—Se llama Hizea, y tiene seis años. Es un encanto. De hecho, se parece mucho a mí. —Rio con el brillo del orgullo en los ojos—. Le gusta mucho cantar, y está locamente enamorada de uno de mis mejores amigos. Le gustan las historias de princesas y los mimos de todo el que se cruce por su paso. Seguro que te es fácil cuidar de ella.

—Me gustaría mucho, mi señor. ¿Tenéis más hermanos?

—Sí, por supuesto, somos cinco. Mael tiene trece años, es el más mayor después de mí. Luego está Hizea, y por último los mellizos, Sein y Xana, dos terremotos de cuatro años. Los conocerás a todos cuando lleguemos. —Se quedó un rato pensativo—. Quiero proponerte algo. El viaje solo lo hacemos tú y yo, y he pensado que sería algo incómodo viajar con un súbdito durante tantos días, así que durante nuestro trayecto te agradecería que me tratases más bien como un compañero de viaje que como tu señor.

Maira lo miró sin entender, con el ceño fruncido. Él se recolocó, pensando en cómo expresarlo mejor.

—Quiero que me tutees durante el viaje. Ya tendrás tiempo, cuando lleguemos, de agachar la cabeza cada vez que me veas por un pasillo. Ya sabes, «claro, Koner, me parece estupendo» y no un frío y servicial «claro, mi señor». ¿De acuerdo?

—Sí, mi… sí. —rectificó.

Él le regaló otra de sus enormes sonrisas y siguió explicándole con emoción el plan de viaje. Después, volvieron a la planta baja y cenaron pan blanco con queso de búfala y salmón ahumado y especiado, acompañado de un dulce vino tinto que calentaba las entrañas.

—Será mejor que nos acostemos pronto, mañana me gustaría salir

de Aiert a primera hora. Tu habitación está cerca de la mía, si necesitas cualquier cosa, llámame.

Sin más dilación, se dirigieron cada uno a su habitación. La de Maira era la misma que había presenciado su baño aquella mañana. Se desplomó sobre la cama. Era realmente cómoda o eso le pareció, e inducía al sueño con solo tocarla. La chimenea estaba apagada, pero había un par de velas en la mesilla que iluminaban la estancia con una luz suave. Maira se deslizó bajo las sábanas, y aspiró su agradable olor a limpio. Se sentía arropada y cansada, pero a pesar de ello no consiguió adormilarse hasta bien entrada la noche, pues su mente no paraba de divagar entre los infinitos recodos de su pensamiento, perdida y asustada. A pesar de eso, cuando consiguió abandonarse al sueño, lo disfrutó como nunca.

La primera luz del alba invadió, caprichosa, su habitación, colándose por los resquicios de la ventana como un ladrón, y buscó los ojos cerrados de Maira para posarse sobre ellos con la delicadeza de una mariposa, despertándola. Notó el calor que retenían las sábanas, que habían adoptado la forma de su cuerpo acurrucado, y por un momento se le pasó por la cabeza no levantarse jamás de aquel paraíso. Pero pronto recordó que su viaje al norte comenzaba en poco tiempo, así que se levantó como si se hallase bajo un resorte y se vistió con rapidez, intentando conservar el calor acumulado en su cuerpo durante la noche, sin éxito.

Estaba sentada sobre la cama frotándose las manos cuando Koner llamó a la puerta. Se dirigió hacia allí y lo recibió, nerviosa.

—¿Ya estás lista? ¿Tienes que preparar algo más?

—No, está todo.

—Pues venga, ya se nos hace tarde.

Cuando salieron, el sol apenas teñía el cielo de un suave color anaranjado, perezoso, y el frío que habitaba la noche comenzaba a disiparse con lentitud. El macuto de Maira iba medio vacío, pues no tenía ninguna pertenencia que llevar en él más que una muda de ropa que se había comprado con algunas de las platas que le quedaban, así que Koner le encomendó llevar la comida, mientras él cargaba con todo lo demás, incluida una ruda espada para protegerse en caso de peligro. El arma tenía una empuñadura dorada, de color envejecido, que combinaba con su funda. Los grabados ornamentales y las incrustaciones de piedras negras y brillantes la hacían parecer una obra de arte más que un arma.

Se dirigieron a paso rápido hasta los establos donde Koner había dejado a los dos enormes caballos de tiro. Los sacó de allí por las

riendas, y comenzó a ajustar las sillas y a cargar los macutos en ellas. Maira miró a su caballo. Era uno de los seres más enormes que había visto jamás, y cada vez que piafaba, temblaba el suelo. Su pelo era denso y rasposo, de color bayo, más abundante en las patas, con las crines cortas y más claras que le resto de su pelaje.

—Vamos, sube al caballo. Ya tendrás tiempo de mirarlo durante el camino —la apremió el joven.

Koner ya se encontraba sobre el suyo, agarrando con mano experta las riendas, y se veía pequeño sobre aquel inmenso animal.

—No sé montar —susurró Maira.

Debería haberlo dicho antes. Hasta ese momento, no había pensado en que tendría que subirse al caballo. En el fondo, había seguido pensando en que aquello no iba a suceder. Se maldijo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó él, abriendo mucho los ojos.

—Que no sé montar. Nunca lo he hecho.

—En ese caso no es que no sepas, es que nunca has aprendido a hacerlo. ¿Sabes mantenerte sentada sobre una silla? —Maira lo miró sin saber cómo afrontar la burla exactamente—. Pues entonces ya tenemos mucho hecho.

Bajó del semental con un salto ágil y se aproximó a ella.

—¿Ves esto? —señaló uno de los estribos—. Pon este pie ahí, mientras te agarras a la silla. —La cogió de la cintura con un brazo y con el otro la ayudó a poner el pie izquierdo en el alto estribo—. Eso es. Ahora impúlsate con fuerza hacia arriba y pasa la otra pierna sobre la silla. Tendrás que remangarte un poco el vestido.

Maira dio un pequeño salto, que pareció divertidísimo a los ojos de Koner.

—Más fuerte, así no vas a llegarle ni a los cascos.

Volvió a intentarlo, y esa vez Koner la ayudó sujetándola por la cintura. Llegó hasta la silla, pero tuvo dificultades para conseguir pasar la otra pierna por encima del lomo del animal. Aquello hizo reír escandalosamente al joven. Cuando estuvo sobre el caballo sintió que se mareaba. Vio la coronilla de Koner mientras él se situaba al otro lado del caballo para ayudarla a meter el pie en el estribo.

—Toma, coge las riendas. No muy fuerte, porque se te cansarán las manos, pero con firmeza. Así, pon los dedos así. No le estires tanto, llévalas suavemente, sin tensión, y pon ambas manos en el pomo, irás más cómoda.

Se sentía muy vulnerable sobre aquel ser que resoplaba, incómodo, y

cuyos cascos resonaban sobre el suelo como si fuese un titán de hierro. No quiso imaginar el vértigo que sentiría cuando aquel animal se pusiese en marcha.

—Si quieres que camine, dale un golpe suave con los pies.

—No sé si quiero que camine.

—Claro que quieres que camine —rio—. Vamos, yo te vigilo, haz que se mueva.

Apenas rozó con torpeza el flanco del caballo con los pies, el animal comenzó a dar pasos lentos. Se agarró con fuerza al pomo de la silla, pues sentía que a cada paso que daba aquel ser descomunal estaba más cerca de topar de bruces contra el suelo.

—Lo haces bien, solo debes mantenerte erguida sobre la silla. Yo iré delante, así que tu caballo se limitará a seguir al mío, solo tienes que sujetarlo y *sujetarte* bien. ¿Lista?

No lo estaba, pero aun así asintió. Su montura seguía avanzando a paso lento, y sintió pánico al ver el rumbo perdido que llevaba el animal.

—No sé pararlo —dijo con voz chillona.

Koner volvió sobre sus pasos, sonriendo y fingiendo exasperación, y le enseñó a estirar de las riendas para detener al caballo, y a tirar más de una rienda que de otra para hacerlo girar. Tras aquella rápida lección de equitación, Koner se subió a su montura de un salto y la espoleó para que se pusiera en marcha. Maira advirtió su postura erguida, experta, y se sintió estúpida al imaginar la visión que debía de ofrecer encaramada a lomos de un caballo que la doblaba en altura.

Capítulo 3: Llanto

Las últimas campanadas que ofrecía el templo de Reldeter retumbaban contra los muros de los edificios agrietados, y el gélido viento nocturno del norte anunciaba una noche de lluvias y quizá algo de aguanieve. Típico del clima de finales de verano. El silencio que normalmente invadía la parte baja de la ciudad tras el crepúsculo era interrumpido por el llanto de una vida nueva, proveniente de una casucha que bajo la luz del día resultaba ser roja, pero que en aquel momento era igual de oscura que todas las demás, cuya presencia se adivinaba solo por su negruzco contorno. A través de una ventana baja, unos ojos inhumanos observaban la escena de un parto.

Pum pum.

Unas velas iluminaban de forma tenue la pequeña y pobre estancia. La comadrona y su ayudante examinaban al recién nacido, que se retorcía entre llantos, ensangrentado y de color ceniciento. La madre se hallaba postrada en un camastro sucio, respirando con dificultad, sin fuerzas para mirar siquiera al pequeño bebé al que acababa de regalarle la vida.

—Llévate al niño, lávalo con agua caliente y abrígalo bien, esta noche hará frío —le susurró la comadrona a su joven ayudante, que sujetaba al bebé con dulzura.

La muchacha asintió y salió de la estancia con paso firme, no sin antes dedicarle una mirada apenada a la madre que yacía en el lecho. La comadrona, una mujer fornida con el cabello entrecano, se acercó al camastro y se arrodilló, acariciando con dulzura la frente perlada de sudor de la mujer, y apartándole un mechón de pelo castaño del pálido rostro.

Pum pum.

—Kiria, ¿estás bien? —le preguntó con suavidad. Sabía que no lo estaba. Hacía demasiados años que se dedicaba a traer niños al mundo como para saber que aquel no había sido un buen parto.

La única respuesta que recibió fue un débil gemido, acompañado de una mirada cansada. La comadrona desviaba la vista en ocasiones hacia el lecho, cada vez más rojizo, sin dejar de acariciar a su paciente, que temblaba como las hojas de los árboles que se encontraban fuera, agitadas por el fuerte viento.

—Qui… quiero ver a… mi hermana —articuló con esfuerzo Kiria.

—Voy a buscarla, enseguida estaré aquí, no te preocupes.

Pum pum.

La comadrona salió apresurada del habitáculo, dejando sola a Kiria. Ya había comenzado a llover, y las gotas frías impactaban sobre el cabello sucio de la niña que había observado el nacimiento, oculta en la Oscuridad. Abrió la ventana y se coló en la estancia, silenciosa. Volvió a cerrarla para que no entrase el frío de la noche. El agua le recorría la piel pálida, pero no parecía importarle. Se aseguró de que no quedaba nadie en la habitación, y se sentó en el camastro, junto a la moribunda mujer. Se quedó allí observándola, empapándose del sufrimiento que viciaba el aire. La mujer la miró a aquellos ojos en cuyo fondo se reflejaba la mismísima muerte, y comenzó a sollozar con fragilidad, como si en cualquier momento pudiera quebrarse. Intentó gritar, pero el terror la silenció como una mordaza invisible. La niña posó su mano gélida sobre la de la agonizante mujer, que inhaló su última bocanada de aire y cerró los ojos para no volver a abrirlos jamás. La niña también había cerrado los ojos mientras se tragaba la muerte que esa misma noche había traído otra vida a aquel perro mundo y, cuando los abrió de nuevo, algo más de penumbra se había instalado en ellos, formando remolinos que giraban sin parar. Se apartó con lentitud del cuerpo muerto y se quedó observándolo, notando como su calor se extinguía al ritmo del pausado repiqueteo de la lluvia.

Unos pasos apresurados irrumpieron en la habitación, y se quedaron clavados en la puerta, asimilando la imagen que tenían ante sus ojos. La mano de Kiria colgaba a un lado de la cama, y su rostro pálido descansaba con expresión relajada. Mientras, un demonio en un cuerpo de niña las miraba con los ojos muy abiertos, aterrorizada por haber sido descubierta. La mujer que debía ser la hermana de Kiria soltó un alarido que rompía el alma, tapándose la cara con ambas manos. La comadrona se había quedado paralizada, presa del terror.

—¡Asesina! —bramaba la hermana, llevada por el odio y la pena, que transformaban su rostro en un atroz cuadro cargado de sufrimiento—. ¡Juro que te mataré con mis propias manos! ¡Monstruo! ¡Devuélveme a mi hermana y márchate a la Oscuridad!

La comadrona se hallaba apoyada contra la pared, rezando, frenética,

con los ojos muy abiertos. La niña se dio la vuelta y saltó por la ventana, rompiéndola. Los cristales le penetraron en la piel, pero no pareció notarlo. Corrió con sus pies desnudos sobre el suelo húmedo, mientras la lluvia se mezclaba con la sangre que salía a borbotones de sus heridas. Corrió a través de la noche, con el corazón a punto de salírsele del pecho y una nueva muerte sobre sus espaldas. La lluvia apenas le permitía ver por dónde iba, pero ya se sabía el camino de memoria.

Recorrió un gran trecho con apremio, hasta que llegó a la muralla de la cuidad. Llovía cada vez con más rabia, como si el cielo quisiera castigarla. Palpó la fría pared de piedra hasta que encontró el resquicio. Se deslizó por aquel hueco estrecho, acompañada por el repiqueteo de las gotas en la piedra y el llanto lejano de un bebé sin madre, dejando un rastro de sangre. Cuando sus manos se encontraron con la hierba mojada, supo que ya estaba fuera. Se levantó y echó a correr, amortiguando sus pasos en aquella mullida alfombra verde, que de noche era tan negra como todo lo demás. Cuando llegó al pie de la montaña, comenzó a escalar. Sabía dónde estaba cada hueco, donde poner cada pie y cada mano, y subió unos cuantos metros con agilidad, sin dudar ni un segundo. Se metió en su fría gruta y se encogió, observando las luces de las antorchas que se habían encendido en la parte baja de la cuidad, que buscaban a un demonio con forma de niña que había robado una vida, un alma y una madre.

No la encontrarían, pues los hombres temían a la Oscuridad y todo lo que podía habitar en ella, así que no se acercarían a las cavernas que salpicaban las montañas, frías y tenebrosas, por miedo a encontrarse un oso, una banshee, una bruja o lo que más temían: un demonio. A ella.

Las heridas comenzaban a escocerle, pero la sangre había parado de brotar. Se sacó algunos cristales que todavía permanecían incrustados en su pálida y fina piel, y los dejó sobre un montón de objetos que había recolectado durante años en sus paseos a la ciudad: una vela, un trozo de tela azul, una botella de vidrio, un collar y una cajita de madera. Todos ellos le recordaban a las muertes que se había llevado con ella.

Julinka, como la habían llamado sus padres, se tumbó y se abrigó con lo único que allí tenía, la Oscuridad, y se durmió con el llanto del bebé resonándole en lo más profundo de su mente.

Capítulo 4: No todos pueden ser salvados

Maren acababa de llegar a Aiert. A veces se cansaba del olor a sal, del viento marino y del oleaje furioso en días de tormenta y, aunque nunca se alejaba demasiado del mar, de vez en cuando necesitaba pasearse por las sucias, pestilentes y abarrotadas calles de las ciudades portuarias para sentir algo de la falsa estabilidad que le proporcionaba el empedrado irregular y las mareas humanas. Aquel día, el sol parecía deshacer la mugre chorreante de los muros oscuros de Aiert. La muchedumbre se mostraba menos activa que de costumbre, avanzando con movimientos lentos y torpes, y los olores desagradables eran aún más acusados, casi vomitivos.
Maren se arrastraba por la sombra, pegada a los muros gruesos y calientes, evitando que el furioso astro rey le lamiera la piel. El edificio más destacable, sin duda, era el templo. Se elevaba, imperturbable, en el centro de la ciudad, acariciando el cielo con sus cúpulas brillantes y sus campanas de oro. Ya desde la distancia, podía escuchar las plegarias y cánticos de los monjes en la plaza, como un murmullo de insectos rabiosos. Le repugnaba.

Un músico callejero ofrecía una sosegada melodía que eclipsaba los rezos. Se quedó un rato allí, apoyada contra la pared y escondida bajo un sombrero raído de ala ancha, disfrutando de aquel divino sonido tan distinto al mar, a las gaviotas y a los templos. La gente la observaba con recelo. Su actitud y su ropa poco adecuada y decente eran diana de miradas incómodas. Cuando llegó a la plaza, los monjes paseaban en círculos bajo el sol, agotados, con los rostros perlados de sudor. Se acercó a la enorme puerta del templo y observó, divertida, cuán patéticos eran. Uno de ellos le ofreció entrar y dejar una ofrenda. Maren le dirigió una mirada de desprecio que, lejos de disuadirlo, lo animó a seguir.

—Nadie debería alejarse del buen camino, hija. Todos podemos estar incluidos, sea cual sea la fuente de nuestras desgracias.

Curioso, pensó, que la fuente de su desgracia fuese su dios, su templo y sus hombres. Puso los ojos en blanco, exasperada. Sin decir una palabra, se giró, escupió contra la puerta del templo y se marchó por donde había venido, ofreciéndole una moneda de hierro al absorto músico callejero y retornando a su querido e inestable océano.

Capítulo 5: Balanceo

El cuerpo de Koner acompañaba con suavidad el lento balanceo que producía su caballo al andar, al cual había apodado Bener. Apenas habían dejado atrás Aiert, sus edificios, sus calles abarrotadas y su olor a mar, y el paisaje ya había cambiado de forma drástica. El amplio camino de tierra estaba rodeado de matorrales y árboles bajos, muy frecuentado por los comerciantes del interior que se dirigían a la ciudad con grandes carromatos cargados de tela, comida y artilugios extraños. De hecho, grandes caravanas de comerciantes se dirigían hacia la ciudad, preparándose para hacer negocios antes del Reinicio.
Koner también le había puesto nombre al caballo de Maira; Brío, precisamente porque carecía de él. Era un animal tosco y algo perezoso, pero a ella ya le iba bien. Notaba que Koner iba más lento de lo que le gustaría solo para hacerla sentir cómoda. No lo conseguía. Le dolían las manos, los brazos, los hombros, las piernas y, en definitiva, todas las partes de su cuerpo. Estaba en tensión constante. El joven se dio cuenta cuando ya llevaban horas de camino, y terminó por coger él las riendas de Brío, posicionándose junto a ella. Eso le alivió las manos, pero no las rozaduras que le producía la silla en los muslos. Por los rayos de Ezartz, era una auténtica tortura. Estaba segura de que iba a quedarse con las piernas en carne viva.

Koner era parlanchín rozando la extenuación. Le hablaba sobre todo del norte, de cómo era la corte, cómo era la gente, los festines, los banquetes, los torneos y las justas. Estaba emocionado, y le transmitía a ella esa energía tan positiva. Pronto se olvidó de que iba encaramada a Brío (o casi), y comenzó a disfrutar un poco del trayecto, absorta en las historias que le contaba Koner. Siempre le habían gustado las historias, y volver a oírlas de boca de alguien le resultó más reconfortante de lo que había imaginado.

Se adentraron en un hayedo milenario, que ocultaba el sol del camino, protegiéndolos con sus finas hojas verdosas. La afluencia de comerciantes era cada vez menor, ya que solían acudir a Aiert desde el interior del continente, y no desde el norte. Poca gente hacía el

trayecto de norte a sur por tierra. Reinaría un silencio casi absoluto si no fuese por la verborrea de Koner y el canto de algún pájaro solitario.

—Tampoco te he hablado todavía de Aiala —anunció Koner, con un toque de timidez que Maira no había visto hasta aquel momento.

—¿Quién es? —preguntó Maira, curiosa, mientras se recolocaba sobre la silla para aliviar un poco el escozor.

—Es mi prometida. Realmente no fui a Aiert a buscar una doncella para mi hermana, eso ha sido cosa del azar. Fui a buscarle un regalo. Pronto nos casaremos. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Tengo ganas de que la conozcas.

Siguió contándole con infinita emoción todo lo relacionado con la inminente boda. Maira se descubrió sonriendo. Su día a día no solía estar salpicado de buenas noticias y eventos emocionantes, pero aquello estaba a punto de cambiar. Ya le parecía improbable que el muchacho fuese a descuartizarla, aunque aún le resultaba extraña toda la situación que le estaba tocando vivir.

Ya atardecía cuando llegaron al río Hibai. Sus aguas furiosas galopaban río abajo, turbias y salvajes. El estruendo era tan enérgico que le recordó al mar enfurecido en los días de tormenta. Nadie había sido capaz de domar la naturaleza feroz del río Hibai, pues era tan ancho, y sus aguas tan bravas, que había resultado imposible construir puentes sobre él. Aquella era una de las razones por las cuales Koner había querido llegar cuando aún era de día.

—Hay un cruce justo allí. Es una barcaza que deslizan mediante cuerdas de un lado a otro. Dicen que da bastante impresión, pero no tenemos otra opción.

A Maira se le encogió el estómago. No fue consciente hasta ese momento de que también le aterraban los ríos. Había que tener en cuenta, también, que aquel río podía considerarse casi un mar. Se removió, incómoda, sobre Brío, que seguía a Koner y Bener con languidez.

La barcaza era oscura y robusta, aunque no demasiado grande, y descansaba sobre la orilla como una especie de plataforma flotante. El hombre que se encontraba en ella estaba apoyado de forma despreocupada, como si no le importase lo más mínimo el cauce aterrador que viajaba bajo sus pies. Koner descendió del caballo y se dirigió hacia él, con aquellos andares altivos y confiados.

—Buenas tardes, buen hombre. Necesitamos pasar al otro lado del río.

El hombre lo repasó de arriba abajo con las perlas verdes que tenía

por ojos, escondidas tras una capucha marrón rojizo. Su barba blanca era tan densa que Maira no pudo ver si sonreía o no.

—Por supuesto, mi señor. Necesito una moneda de plata por cada integrante… contando a los caballos. No es fácil pasar al otro lado, señor. Y menos a estas horas… Ya sabéis, por las sirenas.

Maira había oído las leyendas. Las sirenas del río Hibai eran conocidas por su letalidad. Si bien todo el mundo decía que no existían, que eran cuentos para que los niños no se acercasen a las aguas peligrosas, nadie se arriesgaba a cruzar de noche. Frida le había contado las historias; bajo la luz de las estrellas, las sirenas de Hibai se aparecían a los incautos con apariencia de mujeres hermosas, entonando cánticos que volvían locos a los hombres, hasta tal punto que se lanzaban al agua y morían en ella. Bajo la luz del sol, aquellos que decían haber visto a las sirenas, juraban que se trataba de seres verdosos con enormes colmillos, más peces que mujeres, con el cabello de algas y las garras afiladas, que emitían unos chirridos desagradables con sus lenguas viperinas. De noche, todo se veía distinto, y la magia de Kalid era más difícil de combatir. Todos los monstruos que vivían en la Oscuridad salían de noche, protegidos por Kalid, la madre de demonios.

Koner le pagó las cuatro platas y el hombre lo ayudó a subir a la barcaza, ofreciéndole su mano izquierda. Maira retrocedió, tropezando con una piedra y logrando mantener el equilibrio de milagro. Koner la miró enarcando una ceja, entre divertido y sorprendido.

—No… No puedo —dijo Maira, negando con la cabeza mientras retrocedía aún más.

—¿El qué no puedes? —preguntó Koner.

—No puedo cruzar por aquí, lo siento. No soy capaz.

—Es seguro, señora. Yo cruzo todos los días, varias veces, y solo una vez me… —empezó a decir el barquero, que se silenció ante la mirada asesina que le dedicó Koner.

—Vamos, Maira. Sube —le pidió, al borde de perder la paciencia.

Ella negó con la cabeza, dándose la vuelta para huir. Volvería a Aiert y…

Soltó un gritito ahogado al notar como la asían por la cintura y se elevaba del suelo. Koner resolló, intentando arrastrarla hacia la barca mientras Maira gritaba y se revolvía en sus brazos.

—No, por favor. ¡No! ¡No puedo hacerlo! ¡NO PUEDO HACERLO! ¡Suéltame!
—gritaba, presa del pánico.

—Si no subes por tu propio pie tengo que subirte yo, ¿sabes? —resopló Koner, tratando de tirar de ella.

El hombre de la barca parecía divertido, a juzgar por su expresión. Aquella sería una buena historia para contar en la taberna. Maira sollozó, intentando soltarse de los brazos de Koner, pero él la empujó hacia el barquero, que la asió de los brazos. Koner dio un salto hasta la barcaza y la retuvo de nuevo, en un último instante desesperado por salir de allí.

—Ni hablar, Maira.

El barquero sonrió, relamiéndose los labios, y comenzó a alejarse de la orilla, tirando progresivamente de las cuerdas que conectaban con el otro lado.

—Mi madre me puso Carón, pero todo el mundo me llama Car. Aún recuerdo cuando me prohibía acercarme al río, y miradme ahora, ¡todo el día cruzando de un lado a otro! —se quejó el hombre, intentando sacar conversación para aliviar la tensión del ambiente.

Arrastraba la embarcación con lentitud, agarrándose a las gruesas cuerdas cubiertas de algas. Los caballos resollaban, incómodos por la inestabilidad. Koner arrastró a Maira hacia la zona más interior de la plataforma y la dejó allí sentada, temblando. Estaba nerviosa, aunque no estaba siendo tan malo como ella había pensado. Eso sí, los salpicones del agua turbulenta no la ayudaban a tranquilizarse. Koner, sin embargo, había decidido ignorarla e iba charlando animosamente con el barquero, que permanecía serio después de haber disfrutado del espectáculo.

—Y dime, Car, ¿has visto a alguna sirena en el río? —le preguntó Koner, curioso.

—Jamás. También es verdad que nunca he cruzado de noche. Las criaturas de Kalid tienen multitud de formas y maneras de sembrar el mal. Sin embargo, sí que conozco a hombres que se acercaron al río tras el crepúsculo, y nunca más se les volvió a ver. Quién sabe si fueron las sirenas, los demonios o un tropezón tonto. Yo, por si acaso, prefiero cruzar solo de día.

El trayecto se hizo eterno. Maira temblaba como una hoja, deseando volver a poner los pies en la tierra, y rezando a Ezartz para no encontrarse a un par de ojos demoníacos bajo las aguas. Aquello le recordaba a su pesadilla, y bien podía ser que las sirenas no fuesen más que demonios que habitaban en el río.

Cuando llegaron a Hibai Norte, ya anochecía. Maira bajó de la barcaza y estuvo a punto de caerse de bruces, sintiendo que sus piernas no le respondían. Se recompuso lo mejor que pudo, ignorando la risita

burlona de Koner. Además, estaba empapada por los salpicones, y las irritaciones de los muslos le ardían.

—Tampoco ha sido para tanto, ¿no? —preguntó Koner.

No le contestó. No había sido para tanto, cierto, pero le había parecido horrible de todas formas. Sin contar la vergüenza que empezaba a sentir a medida que el miedo se le evaporaba. Desvió la mirada de Koner, dirigiéndola de nuevo al río. Se le encogió el corazón al pensar que había cruzado la mayor frontera que separaba a Aiert de las ciudades del norte. Koner había decidido alojarse en alguna posada de Itatí Norte, así que volvió a montar en el caballo para dirigirse al pueblo de Itatí, dividido en dos a causa del río: Itatí Norte e Itatí Sur.

Cuando llegaron a Itatí Norte, conocido como el pueblo blanco por el color de sus edificios, la oscuridad ya se arrastraba por las callejuelas casi desiertas. A pesar de eso, Maira apreció la claridad que desprendía la piedra rugosa de las fachadas. Las calles eran estrechas, y la blancura de las casuchas se veía alterada por las vigas oscuras y las ventanas de madera. Maira jamás había salido de Aiert, y le sorprendió la diferencia de aquel pueblucho en comparación a las enormes calles de su ciudad.

La única posada de Itatí Norte era un diminuto edificio de dos pisos plantado al final de un callejón estrecho. El letrero les indicó que se trataba de El Dormilón. En la planta baja, un puñado de hombres de mirada cansada y cuerpo enjuto se bebían sus cervezas sin disfrutarlas, apáticos tras un duro día de trabajo. Koner se dirigió con paso firme al posadero, que hacía ver que limpiaba la barra sin mucho entusiasmo. Una única ceja cruzaba su frente; parecía fruncida.

—Buenas noches, buscamos dos habitaciones —pidió Koner.

El hombre no contestó. Siguió limpiando mientras los miraba de arriba abajo. Incluso llegó a fruncir un poco más su ceja, o eso le pareció a Maira. Koner esperó con paciencia, aunque una leve arruga de cabreo, casi imperceptible, le cruzaba el ceño, y repiqueteaba con los dedos en la barra de madera vieja.

—No tengo dos habitaciones. A estas horas está todo ocupado. Además, este no es un lugar adecuado para los señores. Es una posada humilde —escupió las palabras con desagrado, como si le molestasen en la lengua.

—Tampoco yo creo que sea un lugar adecuado, pero es la única posada de Itatí Norte. Si pudiese elegir, no elegiría *esto* —replicó Koner, con una seriedad altiva que dejó al hombre un poco cohibido.

El hombre se encogió de hombros, indiferente. Uno de sus clientes se

acercó a la barra y apoyó allí su jarra de cerveza, dejando una mancha justo donde el posadero acababa de *limpiar*.

—Señor, podéis dormir en mi casa, está cerca y seréis bienvenidos. Y es más acogedora que esto. Por una plata —dijo el hombre, relamiéndose los labios.

El posadero lo miró con desagrado, haciendo una mueca que dejaba bien claro que lo consideraba un traidor.

Koner resopló y asintió, pagando a regañadientes. Se notaba que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria o no satisficieran todas sus necesidades tal y como él esperaba. El hombrecillo los guio unas calles más allá, y los hizo entrar a una casucha desordenada que olía a moho, y que estaba iluminada por un solo tarro de luz de lys bastante tenue. El suelo de madera crujía bajo sus pies, viejo, desgastado y cubierto de cachivaches. El hombre apartó algunas cosas con los pies, amontonándolas a los lados. Abrió una puerta que daba a una habitación minúscula, y comenzó a apartar objetos de la cama y el suelo, dejándolos en la estancia principal y levantando nubes de polvo. El escueto camastro ocupaba casi toda la estancia, y las paredes estaban surcadas por humedades, de esas que son como las nubes y le permiten a uno buscar formas en ellas.

Koner arrugó la nariz, a punto de perder los nervios. Se le veía totalmente fuera de lugar, plantado en medio de toda aquella suciedad con sus ropas de colores y su postura altiva.

—¿Dónde está la otra habitación? —preguntó, exasperado.

—Ah, no, no. Solo tengo una. Es mía pero no suelo utilizarla, prefiero no dormir aquí desde que murió mi mujer. Me recuerda a ella, señor.

—¿*Qué*? —Koner se giró con lentitud para clavar una mirada que danzaba entre la furia y la incredulidad.

El hombre fue a abrir la boca, pero decidió no responder y en su lugar se marchó de allí a toda prisa.

—¡Por todos los rayos! Esto es una porquería —se quejó Koner.

Maira se removió junto a la puerta, incómoda. A ella tampoco le parecía tan mal. Koner se sentó sobre la cama y dio unos botes, provocando una nube de polvo que lo hizo toser. Casqueó la lengua con desagrado. Miró a Maira como si la viese por primera vez, y su rostro pareció relajarse un poco.

—Siento que tengas que dormir aquí, Maira —suspiró.

—He dormido en sitios peores, señ… Koner.

—Ya. Pero bueno, qué le vamos a hacer. Ya tendremos tiempo de

dormir a la intemperie, ahora hay que aprovechar que aún quedan lugares a cubierto por el camino. ¿Qué haces ahí? Ah, ¿sigues enfadada conmigo?

—No —respondió, aunque sí que seguía molesta.

Volvió a mirar a Maira, que seguía inmóvil. Entonces cayó en la cuenta.

—Oh, por los rayos de Ezartz. No te preocupes por eso.

Cogió su capa, junto a una de las sábanas de la austera cama, y las puso en el suelo de madera carcomido y falto de color. Se tumbó sobre ellas, ocasionando un crujido, y sonrió con suavidad mientras cruzaba los brazos tras la nuca para acomodarse.

—Te dejo a ti la cama. Total, no es que sea mucho más cómoda que el suelo. Vamos, entra. Parece que me tengas miedo. Si hubiese querido hacerte algo ya lo hubiese hecho, ¿sabes? Me hubiese encantado tirarte al río en el momento en el que me has dado una patada en la espinilla mientras te arrastraba a la barca. Si he podido contenerme ahí, soy capaz de hacerlo en cualquier otro momento.

Aquello no la tranquilizó en absoluto, pero avanzó un poco hasta sentarse sobre el lecho. Palpó el cuchillo de su bolsillo, solo para asegurarse de que seguía allí. Por si acaso. Se sentó de espaldas a Koner. El colchón no le pareció tan malo. El que tenía en casa de Frida era peor, por no hablar de su escondite en el puerto. La cantidad ingente de polvo, sin embargo, sí que la hizo estornudar.

—Mmm, ahora vengo —le dijo a Koner.

Salió de la casucha, sonriéndole al dueño que parecía un poco asustado, como si fuese a reprenderlo por algo. Buscó un rincón apartado y oscuro. Se bajó las calzas y las descubrió cubiertas de sangre. Las heridas le habían dejado los muslos en carne viva, y las calzas se le habían pegado en ellas. Ugh. Se quitó las botas para poder sacarse las calzas, se aireó las piernas y sintió un alivio casi inmediato. Se dio prisa en hacer sus necesidades y volvió a la casucha. Guardó las calzas en su macuto y se tumbó en la cama, dolorida y cansada. Koner se había levantado del suelo y deambulaba por la habitación, tocando con reparo algunos objetos viejos e inútiles. Salió de allí y le preguntó al hombre por el excusado.

—Sí, está al final de la calle, señor. Es comunitario para el vecindario, lamento deciros.

Maira se mordió el labio. No se le había ocurrido ni preguntar por eso. Se durmió escuchando las vueltas y resoplidos de incomodidad de Koner. No se percató cuando el muchacho se levantó, maldiciendo en

susurros, y paseó un rato por la habitación, como un animal salvaje enjaulado. Estaba demasiado cansada. Tampoco advirtió cuando se sentó en el camastro junto a ella, mirándola con fijeza, repasando sus facciones con detalle enfermizo. El muchacho le tocó la mejilla con la yema de los dedos. Tampoco se dio cuenta.

Capítulo 6: La fiesta del Reinicio

Maren estaba loca. Se lo había oído decir a un montón de gente. Ella, sin embargo, pensaba que los locos eran los demás. Pronto se dio cuenta de que, justo por eso, era ella la demente. Tampoco es que le importara demasiado. Se había acostumbrado a ello.
El sol iba dejando paso al resto de estrellas, tiñendo el cielo de cálidos tonos rosados y ocres. En la distancia, podían oírse los murmullos que producía el festejo en la orilla. Aquella noche se celebraba el Reinicio. Ella, sin embargo, no tenía ganas de celebraciones. Había recorrido un diminuto camino de tierra, a través de los arbustos, que la acercaba a una playa desierta. Una delicia escondida de Aiert. El agua apenas llegaba a cubrirle los tobillos, y parecía esforzarse por crear diminutas ondas que se perdían en la arena. Se sentó, perturbando la sosegada superficie. A su lado yacía una caracola que, según parecía, había vivido tiempos mejores. La cogió y la observó con curiosidad, haciéndola rodar por sus manos. Estaba vacía. La acercó a su oreja y prestó atención a lo que tenía que contarle. Oyó lo que muchos decían que era el mar, pero le pareció vacuo comparado con el rugir de las olas que estallaban en el arrecife, unos metros más allá. Pensó, apesadumbrada, que encerrar al océano en una carcasa muerta era lo más triste que había visto en mucho tiempo. La gente que pensaba aquello no tenía ni idea de lo que era el mar. Qué absurdos.

El Reinicio era la mayor fiesta que se celebraba en el este de Dunia, en las Tierras Modernas. Las festividades de las Tierras Antiguas, que se encontraban al otro lado del mar, le parecían a Maren mucho más interesantes que aquella. De todas formas, no podía negar que el Reinicio era espectacular. Todo un despliegue de modernidad y lujos para dar la bienvenida a la estación lluviosa, al reinicio de las tormentas tras la época seca, el crecimiento de los cultivos y la adoración a Ezartz que, un año más, velaba por sus seres mortales. Vamos, que celebraban el otoño, pero nadie quería llamarlo así.

Sonaba poco… grandioso. Menudo despropósito. Cuanto más viajaba, más absurdo le parecía adorar al Dios de la Tormenta. Intentaba evitar aquella religión con todas sus fuerzas. Sin embargo, le había tocado estar en Aiert justo para el Reinicio. Qué mala suerte. «Es lo que tiene tu trabajo, querida», pensó.

La noche cayó, pesada, sobre Aiert. Los fuegos artificiales llenaban el cielo de cascadas rojizas que se perdían en las oscuras aguas del puerto, y los estridentes estallidos le retumbaban en el pecho. Mientras todo el mundo corría de un lado a otro, llenando los muelles de una alegría que no pertenecía a aquel pestilente lugar, ella se había acurrucado contra una pared solitaria, fiel a la desdicha que poblaba la ciudad el resto de días del año. Las omnipresentes ratas que se adueñaban de la urbe nocturna se habían escondido a causa del alboroto. Quizá ella debía hacer lo mismo, esconderse en las alcantarillas, como una rata. Pero lo máximo que podía hacer era cerrar los ojos y taparse los oídos. Le daba pánico recordar, y aquella noche en particular le traía recuerdos repulsivos, espantosos. Los mismos sonidos, los mismos colores, la misma noche. Aunque hacía muchos años de aquello, aún recordaba la sangre secándose sobre su piel sucia. Pero no era su sangre. Lo había apuñalado una, dos, tres veces. Muchas. Ni siquiera las recordaba. La sangre había brotado como cálidas fuentes carmesí de una extraña hermosura, al ritmo de los fuegos artificiales. Con la mirada ausente y el corazón decidido a pararse en cualquier momento, había ido a ver a su madre. Sabía que no iba a recibir ninguna ayuda por su parte, pero, como niña que era, no tenía otra persona a la que acudir. Había subido las escaleras torcidas del burdel de dos en dos, se acordaba. Cuando había abierto la puerta de la habitación de su madre, sintió como se le helaba el alma. En el suelo yacía su hermano de apenas unos meses, fruto de algún marinero borracho, muerto. Tenía las órbitas oculares vacías. Su madre gimoteaba, nerviosa, cerca de la ventana, susurrando y frotándose las manos.

—Madre, ¡¿qué has hecho?! —le había gritado con todas sus fuerzas, llena de rabia, de odio, de miedo.

—No he sido yo, Maren, no soy lo suficientemente valiente. Los monjes… ellos han tenido el valor. ¡Era un monstruo! Sus ojos… —se atragantaba con sus propias palabras. Estaba borracha. Su rostro demacrado, que había sido hermoso tiempo atrás, se iluminaba de forma siniestra con los fuegos artificiales, y las risas ajenas parecían burlarse de ella—. Me dijeron que era hijo de la Oscuridad, hijo de Kalid. Me espantaba a los clientes, todos… Me dijeron que tú estarías corrompida también, por eso te he vendido, por tu bien, por tu bien… Ellos saben, Maren. Haz lo que te digan, ellos saben… Solo ellos

pueden salvarte. ¿No ves que tu alma está sucia de Oscuridad?

Se había marchado del burdel sin ser consciente de sus pasos, ni de sus pensamientos. La respiración entrecortada manaba entre sus labios temblorosos mientras recorría las sucias calles nocturnas. La niebla era tan densa que no veía más allá de sus pies descalzos, y tenía que ir palpando las paredes con las manos aún manchadas de sangre para poder guiarse, aunque de vez en cuando los fuegos artificiales iluminaban el cielo de forma breve, imitando de manera pobre a los relámpagos de Ezartz. Le gustaba pensar que temblaba de frío, pero lo cierto es que estaba cubierta de sudor y en el fondo achacaba sus temblores intermitentes y violentos al miedo y la desesperación. A cada paso sentía que las piernas le fallaban, que no podrían soportar su peso, y dejaba reposar la planta del pie con lentitud, observando como temblequeaba. Nunca había sido miedosa, pero aquella noche, después de la fiesta, la ciudad parecía tan muerta que temía ser devorada por la oscuridad y el silencio. El suelo sucio y pegajoso parecía zumbar como un enjambre de abejas rabiosas, y sus ojos no conseguían enfocarse, como si intentasen dar la vuelta para observar qué sucedía dentro de ella. El puerto aún estaba algo iluminado, y los reflejos serpenteaban y danzaban en las aguas negras, colándose entre la bruma. Metió las manos en el agua y rascó la sangre seca. Al ver su funesto rostro reflejado en el espejo marino, metió la cabeza y se frotó con fuerza, esperando que, junto con la mugre, sus problemas se hundiesen para siempre en el fondo del océano. Sollozó, hecha un ovillo, y dejó que sus lágrimas se disfrazasen de agua salada. No le daban miedo los demonios y sus ojos muertos. Lo que le daba miedo eran los hombres y sus ojos falseados de bondad.

Aquella noche había decidido que su lugar era el mar, y no la tierra. Que prefería un cielo oscuro a uno iluminado por rayos. Que los hijos de Ezartz eran más monstruosos que los engendros de Kalid.

Aquella noche, Maren había cambiado para siempre. Nada volvió a ser igual. Lo que la movería por dentro toda su vida estaría siempre ligado a aquella noche.

«Bueno, querida, no hay mal que por bien no venga», se dijo.

Capítulo 7: Cuentos y leyendas

Ya llevaban tres días de viaje. Koner seguía hablando por los codos. En ocasiones, Maira deseaba que el noble se callara, pero no se lo decía. No podía. Estaba acostumbrada al silencio, o más que eso, a que el barullo sucediese a su alrededor, pero no a tener a alguien hablándole de forma constante. Eso la exasperaba incluso más que las magulladuras de los muslos.

Durante los días previos, ya le había hablado de toda la corte de Reldeter, de los cotilleos, las trifurcas y las curiosidades. Aquel día, de camino al bosque de Ler, estaba un poco más taciturno, así que había encauzado la conversación hacia leyendas un tanto perturbadoras que contaban en su tierra.

—¿Has oído alguna vez la leyenda de la luna llena? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza, un poco despistada, pues en la distancia comenzaba a ver el denso manto verde y neblinoso que resultaba ser el bosque de Ler.

—Cuenta la leyenda que había una muchacha que llevaba mucho tiempo sentándose en la arena fría a observar el mar nocturno. Las leyendas de su pueblo contaban que, en las noches de luna llena, aparecía un camino de luz sobre el mar que, de ser recorrido hasta su fin, otorgaba lo que aquella persona más deseaba.

»Sin embargo, otras leyendas envolvían al camino de la luna. Muchos decían que quien lo recorría nunca volvía. Que era difícil y peligroso. Que era inútil. Que simplemente no existía. La muchacha había preguntado a los más mayores, a los más sabios, y ninguna respuesta la animaba a recorrerlo. Pero podía ganar tanto… ¡su vida era tan desgraciada! Ni siquiera sabía qué era lo que más deseaba, pero necesitaba una oportunidad, un cambio en su vida. Algo que solo podía darle la luna.

»Una noche, la mágica luz blanquecina danzaba sobre el océano ondulado. La chica montó en una diminuta barca de madera, cogió un remo, y se hizo a la mar. Remó por el reflejo hasta que le dolieron los brazos. El camino seguía extendiéndose hacia el horizonte, infinito. Pero no tenía nada que perder; ese dolor no era nada comparado con lo que podía conseguir. Pasó la noche remando, temerosa de que se hiciese de día y la luna la abandonase. Cuando se daba por vencida, con los músculos temblando y las lágrimas de decepción en sus mejillas, se dio cuenta de que unos metros más allá, las aguas dejaban de iluminarse. Había un enorme círculo blanco flotando en la superficie. Era el reflejo de la luna; el final del camino. Se perfilaba fantasmagórica, rodeada de aguas profundas y negras, pero su interior prometía lo que ella anhelaba. Se inclinó más hacia el círculo, y lo tocó con la punta de los dedos. Las yemas se impregnaron de un líquido níveo y brillante. Le pareció ver algo en el centro. Allí estaba, allí tenía lo que más deseaba, lo que más feliz la haría. Intentó alcanzarlo. La pequeña barca volcó, abocándola al denso líquido lunar. Sintió como la engullía, la tragaba, tiraba de ella hacia la Oscuridad. Sintió como le ofrecía la muerte. Y es que, quizá, todo aquel que recorría desesperado el camino solo ansiaba dejar su vida atrás. —Tras una pausa, añadió—: ¿Qué te ha parecido?

—No me ha gustado. Es muy triste —respondió ella, observando que el bosque estaba cada vez más cerca, y ya comenzaban a rodearlos los enormes pinos, imperturbables.

—Bueno, tengo más. Pero creo que tampoco van a gustarte… —dijo haciendo una mueca burlona y mirándola de reojo.

Koner era agraciado. Cada día se lo parecía más, quizá porque se iba acostumbrando a sus rasgos norteños, o porque su carácter alegre y dicharachero influían positivamente sobre aquel rostro pecoso, como un barniz especial. La seguía mirando, por el rabillo del ojo, mientras se mordía el labio, divertido. Maira no dijo nada, y se limitó a mirar al frente.

El bosque de Ler se abrió ante ellos. Más bien, se cerró. El clima en aquel lugar era distinto: el calor sofocante de Aiert allí se volvía un frío que helaba los huesos. Los altos pinos musgosos no dejaban casi espacio para los caminos serpenteantes, que se abrían paso con dificultad entre los troncos. Maira solo alcanzaba a ver unos pasos por delante de ella, ya que una fina pero constante neblina se adueñaba del paisaje. Era un bosque extrañamente silencioso. Como si estuviese vacío. Como si estuviese muerto. Un escalofrío le recorrió el espinazo, aunque no sabía muy bien qué se lo había provocado.

—¡Shht, para! —le ordenó Koner, susurrando—. ¿Has oído eso?

Maira detuvo a Brío con más maña de la que se creía capaz. Oteó la bruma en busca de algún movimiento extraño. Le pareció oír un chasquido en la copa de un pino cercano. El viento agitaba las hojas con tanta delicadeza que su movimiento casi parecía una ilusión. El cielo que se vislumbraba a través de las copas de los árboles se mostraba blanquecino y espeso, cubierto de nubes bajas. Había tanto musgo en los troncos que parecían gigantes verdosos y peludos. Los austeros hierbajos que cubrían el suelo presentaban diminutas flores blancas que no llamaban la atención en absoluto, y que parecían los fantasmas de otras flores que antaño podrían haber resultado hermosas. Nada le llamó particularmente la atención, así que se giró hacia Koner, expectante.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Es que… —Koner chasqueó la lengua—. Ya sabía yo que no era buena idea venir por tierra… Me hubiese gustado evitar por todos los medios cruzar por el bosque de Ler, pero… no tenemos más remedio.

El rostro del muchacho había mudado a un aspecto serio y preocupado, frunciendo el ceño y moviendo los ojos entre los troncos, nervioso.

—También hay leyendas sobre estos bosques… ¿Las has escuchado alguna vez?

Maira negó con la cabeza. Nunca había escuchado más leyendas de las que le contaba Frida sobre el mar y las sirenas de Hibai. Jamás había estado tan lejos de Aiert, y por tanto las historias de tierras tan lejanas nunca habían viajado hasta sus oídos. Koner bajó del caballo de un salto, con una tremenda agilidad, y Maira lo siguió, torpe. El joven ser acercó a ella, sujetando a Bener por las riendas, y echó a andar con lentitud. Maira lo siguió, curiosa y algo temerosa. Había tanta humedad que las botas se le mojaron, y le entró un frío que se arraigó directo a los huesos. La neblina seguía estática, como una cortina sedosa.

—Bueno, siempre se ha dicho que es un bosque maldito, habitado solo por monstruos e hijos de Kalid. Pero el habitante al que más temen los viajeros es, sin duda, Herensuge. —Al ver que la muchacha no contestaba, se acercó mucho a ella y le susurró al oído—: El dragón Herensuge.

Ella dio un respingó, apartándose de él. Koner no sonreía. Lo decía en serio, estaba asustado de verdad.

—Se dice que es un monstruo relativamente pequeño, no más grande que un sabueso, con una cola larga que le permite agarrarse a las ramas, para colgarse de ellas de forma grácil y abordar a los viajeros

con amabilidad. Se frota sus garras negras mientras ofrece a los incautos un camino más corto, o un cobijo donde pasar la noche. Sonríe mostrando unos enormes colmillos amarillos, y tiene tanto don de palabra que confías en él casi a ciegas.

—No parece muy peligroso…

—Oh, claro que no, por eso lo es. Cuando lleva a los pobres infelices a su guarida, los empala vivos y los asa con su propio fuego. No debe de ser una muerte agradable, Maira. ¿Por qué te crees que no hay viajeros por aquí?

Maira iba a replicar, pero Koner se sobresaltó. El joven noble señaló con un dedo tembloroso hacia la maleza. Maira, con el corazón a punto de desbordársele del pecho, se acercó con sigilo para ver qué era lo que le producía tanto terror a su compañero de viaje. Sacó el cuchillo y lo blandió ante ella. Y, de golpe, algo la agarró por detrás. Gritó como no había gritado en su vida, intentando zafarse de Herensuge mientras daba vueltas entre la maleza. Esperó unos segundos, tumbada entre los helechos, hasta que percibió algo. Una risa. Una carcajada, de hecho. Bien estrepitosa. Koner se desternillaba dando palmadas en el lomo de un incómodo Bener.

—¿Qué… qué ha pasado? —gimoteó Maira, temblorosa.

Koner apenas podía articular palabra. Maira empezó a sentir una mezcla de vergüenza, rabia y decepción. Maldito y endemoniado noble. Se puso en pie e intentó articular un insulto hiriente, pero no lo consiguió. Koner parecía estar atragantándose con su propia saliva. Maira se dio la vuelta y se marchó, internándose en la maleza.

—¡Oh, vamos, no te pongas así! ¡Era solo una broma! —protestó, burlón.

—Me vuelvo a Aiert, ¡ya puedes ir buscando a otra criada! ¡Prefiero mil veces seguir viviendo en las calles que trabajar para alguien como tú! No te fue suficiente con la barca, ¡que ahora tienes que hacerme *esto*! —vociferó ella, herida.

—Aiert está hacia el otro lado, Maira —se mofó Koner, incapaz de sostenerse de pie.

Maira dio la vuelta, enfurecida. La neblina la engulló y las carcajadas de Koner se dispersaron, dejándola sin más compañía que la de los primitivos árboles que poblaban el bosque de Ler. Comenzaba a lloviznar, como si el cielo se negase a desprender el agua en un lugar tan lóbrego. Maira se arrebujó bajo su capa y pensó, apesadumbrada, que se había perdido la fiesta del Reinicio de aquel año.

Capítulo 8: El hambre

Un ensordecedor trueno retumbó en su escondrijo de las cuevas. Julinka se sobresaltó. Reldeter se ahogaba bajo una impetuosa tormenta. No por nada se le llamaba la época de lluvias. Suspiró. Aquella noche tenía que bajar sí o sí a la ciudad. Se moría de hambre. Se rascó una costra producto de una herida reciente, pensativa. Sanaba con muchísima facilidad. Había cosas mucho más importantes que su dolor, que sus heridas, así que su cuerpo se encargaba de ellas sin que se diese cuenta. Al final se decidió y comenzó su descenso hacia el núcleo urbano de Reldeter.

La lluvia la empapó nada más salir de la cueva. Se hizo el camino, que sabía de memoria, sin mucha prisa. No le molestaba el agua torrencial. Se cubrió la cabeza con su capucha oscura, no para evitar mojarse, sino para evitar ser vista. Dudaba que algún alma solitaria pasease a aquellas horas por las calles inundadas, pero prefería no arriesgarse. Su padre se lo había enseñado bien. Se acordó de él. Lo echaba de menos. De su madre no se acordaba apenas, había muerto cuando ella era muy pequeña. Ambos la habían protegido desde el día de su nacimiento. En cuanto abrió los ojos, supieron que algo no iba bien. Su hija no era normal. Su hija era un monstruo, un demonio. Era una hija de Kalid. Aun así, habían cuidado de ella. Les daba pena. Quizá no era tan mala como parecía. Quizá solo tenía unos ojos horribles. Quizá podían cambiar su naturaleza. Nada de aquello resultó ser verdad, y pronto les fue imposible apartar a la niña de los cadáveres, de los moribundos, de los enfermos. Finalmente, su padre, desquiciado, se había marchado de su lado, dejándola sola con tan solo cinco años, pero con un par de buenos consejos como compañeros. Su propio padre había acabado por temerla, lo había visto en sus ojos. Lo había *sentido*. Pero no la entregó. Julinka supuso que fue porque, en el fondo, la quería. Tanto como alguien podía querer a un demonio.

Se convenció a sí misma de que aquello le permitía *trabajar* mejor. Podía acudir a los impulsos siempre que quería, siendo, eso sí,

cautelosa. Era mucho más libre, aunque estuviese mucho más sola. Pero su cometido requería que fuese así.

Las calles sucias de la parte baja de la ciudad siempre eran un buen lugar para encontrar comida. Comida en mal estado, por supuesto, pero comida, al fin y al cabo. Nunca había sido muy exigente en ese aspecto. Tampoco es que necesitase mucho alimento, su estómago se contentaba con muy poco. Rebuscó entre los desperdicios de los callejones. Una mujer tiró un cubo lleno de basura, heces y orines por la ventana de un edificio bajo. Julinka se apresuró para ver si encontraba allí algo de valor. Halló media manzana mordisqueada y podrida. Suficiente.

Se terminó su cena mientras volvía a su hogar. Pero entonces lo sintió. Un pulso.

Pum pum.

Un latido que tenía lugar en su pecho, pero que no provenía de su corazón.

Pum pum.

Se lo pensó antes de dar la vuelta, pero era demasiado intenso.

Pum pum.

La muerte estaba cerca. Se arrebujó bajo su capucha y siguió a su instinto, apresurando a sus pequeños pies desnudos para llegar a tiempo.

Capítulo 9: El bosque de Ler

Las ramas crujían bajo los pies de Maira, y se incrustaban en la húmeda y oscura tierra, rotas y muertas. La lluvia invadía el bosque en forma de pequeñas y frías gotas, que repiqueteaban con fuerza sobre el manto verde que se extendía sobre el suelo y que absorbía la poca luz que quedaba. El frío calaba en los huesos y mantenía a todos sus músculos en un tiritar continuo. Se sentó en una roca cubierta de musgo y se recogió sobre sí misma, arrebujándose bajo su capa. Cerró los ojos y aspiró el aire gélido. Olía a tierra mojada, a hongos venenosos y a lombrices viscosas. Pero también olía a tristeza, a desengaño. Olía a todo aquello que había creído tener, a falsas esperanzas y a sueños rotos. Olía a la vida que aspiraba conseguir y que nunca llegaría. Olía a lágrimas nocturnas y a las máscaras bajo el sol. Olía a anhelo. Ese era el olor de la lluvia.
Se había adentrado un buen trecho en el bosque. No estaba segura de poder volver a encontrar el camino hacia Aiert, pero estaba tan herida que casi no le importaba estar perdida en medio del bosque con la Oscuridad ciñéndose sobre ella a pasos agigantados. Ya se apañaría. Al fin y al cabo, lo había hecho siempre.

Su pausada respiración se escapaba en forma de vaho neblinoso. Su cuerpo se encogía por el frío que empezaba a descolgarse del cielo. Se removió, incómoda. Algo no iba bien. Lo primero que la había asustado era el silencio que se adueñó de golpe del ambiente. No un silencio cualquiera, de aquellos que se agradecen de vez en cuando, sino un silencio muerto, ausente, antinatural. Había tardado en darse cuenta. Los pájaros no cantaban. Las hojas que habitaban las ramas no murmuraban bajo el viento. Lo segundo había sido el frío eléctrico que le congelaba los dedos cuando los apoyaba en los troncos viejos y llenos de musgo, impasibles, arraigados a aquella tierra tan suya, que los había visto nacer, los veía crecer y los vería morir. Y lo tercero había sido la soledad, que la seguía, sigilosa, dando vueltas a su

alrededor, esperando el momento oportuno para poder comérsela. Ya había estado sola antes, durante años, pero aquello era distinto. De hecho, empezaba a arrepentirse de su arrebato. Quizá había exagerado. Llamó a Koner. Evidentemente, nadie respondió. Y entonces lo sintió. Un pequeño movimiento acompañado de un crujido que rompió el silencio sepulcral. Se levantó y observó a su alrededor. No había nada, solo árboles. Se pegó al tronco del inmenso árbol que la protegía de la lluvia, notando como se le entrecortaba la respiración.

—¿Koner? —llamó, con un deje de preocupación que chocó contra los troncos, el musgo, las gotas de agua —. No tiene gracia.

Pero Koner no estaba allí. Quizá las leyendas eran ciertas. Quizá Herensuge la estaba acechando. Volvió a oír el crujido, esta vez más cerca. Muy cerca. Gritó e intentó huir, pero ya era tarde.

Una musgosa rama se retorció y la asió con agilidad por la cintura. Maira intentó zafarse, frenética, mientras se quedaba sin aire y arrancaba de cuajo los hierbajos que cubrían a aquel brazo duro e infernal, en vano. La rama la alzó en el aire, dándole la vuelta. Gritó con la poca voz que le quedaba, antes de observar el lugar donde el árbol pretendía abocarla: un agujero hediondo que ocupaba buena parte de la zona superior del tronco. El pestilente olor que desprendía se debía a la multitud de cadáveres y restos en descomposición de animales que habían sufrido la misma suerte que ella. La rama la volcó en el interior del tronco, dejándola caer sobre una capa de huesos, pelos y carne descompuesta, mezclados con un líquido espeso y burbujeante.

Comenzó a chillar, enajenada, intentando trepar por las paredes del agujero, mientras observaba con desesperación como aquella gran boca vegetal se cerraba entre chasquidos, dejándola en la más absoluta oscuridad, lista para ser digerida.

—¡Maira! —Por el pequeño resquicio que quedaba aún abierto, oyó la voz de Koner, que gritaba desesperado.

—¡Koner! ¡Ayúdame! —bramó, histérica.

—¡Maira! ¿Maira? ¿Dónde…?

—Aquí, dentro… ¡dentro del árbol!

Koner identificó la proveniencia de los gritos y rodeó al árbol buscando a Maira, espada en mano. Trepó y observó una fina perforación en la parte superior. Maira volvió a gritar, y su voz se escapó por el huequecillo. «¿Cómo demonios se ha metido ahí? Por todos los rayos», se preguntó Koner. Introdujo la hoja de la espada por el resquicio y comenzó a hacer palanca. Estaba tan centrado en su

misión que no notó la rama que se acercaba a él con violencia. Lo asió del muslo derecho, apretando con tanta fuerza que las astillas se le clavaron en la carne. El joven gritó y, mientras pendía boca abajo, golpeó la rama una y otra vez con su arma, hasta que logró penetrar la madera cuando parecía que la hoja iba ya a quebrarse. Algo en el árbol crujió, como un quejido antinatural, y la rama lo soltó. Koner se dio de bruces contra el suelo. La espada se le había resbalado de entre las manos y se había quedado entre dos ramas, muy por encima de él. Se levantó con agilidad, aun estando herido, y comenzó a trepar de nuevo hasta su arma.

El árbol volvió a aferrarlo, esta vez del torso. Lo sacudió contra el tronco, golpeándolo con brutalidad. En uno de los impactos, Koner pudo coger su arma. Apenas veía nada. Se revolvió para clavar la espada en la rama que lo sostenía, pero esta lo soltó de golpe, abocándolo al enorme agujero que se abría bajo él. Cayó cerca de Maira, sumergiéndose en un líquido espeso y maloliente que ya alcanzaba las rodillas de la muchacha.

—¡Koner! ¡Por los rayos de Ezartz! ¡Tenemos que salir de aquí!

El joven se puso en pie, con el pelo oscuro pegado a la piel, recubierto de aquella sustancia pegajosa y densa. Se pasó las manos por la cara para despejarla. La miró, contuvo una arcada, pero a la segunda acabó por vomitar.

—Maira, creo que vamos a morir aquí.

—¿Qué? —preguntó, atónita.

Se miró las piernas. Le escocían. El líquido burbujeante comenzaba a corroerle la piel bajo las calzas. Gritó con todas sus fuerzas, desesperada. No quería morir así. Koner dio un salto y se apoyó en una de las paredes del tronco, alarmado. Maira le arrebató la espada de las manos, y descubrió que pesaba mucho más de lo que parecía. Intentó levantarla, sin éxito. Volvió a gritar, furiosa.

—¡Ayúdame! —vociferó, perdiendo la paciencia.

Koner levantó la espada y la clavó donde Maira le indicaba, justo en la pequeña comisura de aquella boca infernal.

Capítulo 10: El perro

Lo sintió antes de oírlo.

Pum pum.

Emanaba un sufrimiento intenso, imposible de obviar. Julinka siguió sus instintos hasta dar con el animal moribundo. Un perro yacía sobre la tierra, empapado y sumido en quejidos de dolor, ahogados por el repiqueteo de la lluvia. Intentaba moverse, pero no podía. Estaba herido, alguien le había hecho mucho daño. Julinka se agachó junto a él. El animal, al principio, intentó huir, despavorido. No lo consiguió. Pero cuando la niña posó su mano en el lomo cubierto de sangre, el perro dejó de llorar. Dejó de moverse. Su respiración se calmó poco a poco. La miró y entrecerró los ojos. Había aceptado su destino, sabía que iba a morir.

En aquel aspecto, los animales eran mejores que los humanos. La dejaban hacer su trabajo. No la juzgaban, lo aceptaban sin más. No le tenían miedo. No se fijaban en sus ojos infernales. No se regían por ninguna religión ni ninguna creencia. Solo eran fieles a lo que sentían. Aceptaban el destino con más facilidad.

Los ojos de la niña empezaron a girar como remolinos furiosos. A los pocos minutos, el perro murió. Julinka le acarició la cabeza. Estaba tan absorta en su trabajo que no oyó al hombre que se acercaba por detrás.

—Maldito demonio. Engendro asesino, esta vez no vas a escaparte.

Julinka se levantó, despavorida, y corrió calle abajo. Pero el hombre era más rápido que ella. La cogió y la alzó sin esfuerzo. Sentía la rabia y el temor inundando sus sentidos. Pero aquella rabia y aquel temor no eran suyos. El hombre los proyectaba con tanta intensidad que Julinka no podía sentir por ella misma. «¿De qué tiene miedo? Soy yo quien debería tenerlo». Y lo tenía, pero no podía sentirlo. Estaba abrumada.

Julinka no gritó. Sabía que nadie saldría en su ayuda, era absurdo

gastar energías en aquello. Se removía como una anguila en los brazos del hombre, que la cargaba como si fuese un animal con la rabia. La cogía con tanta fuerza que le hacía daño. Su visión era borrosa, calles oscuras, agua cayendo del cielo, gente en las ventanas. No se aclaró hasta que llegó al templo de Reldeter. Era uno de los pocos lugares de Reldeter que permanecían iluminados. El hombre se acercó al templo, que seguía abierto, como siempre, y cruzó la puerta. Julinka jamás había estado allí. Sintió una reacción extraña en su cuerpo cuando cruzó el arco del portal. Iba bocarriba, así que lo primero que vio fue el inmenso techo dorado, con motivos religiosos que no entendía, elevarse hasta el infinito. Aquello la dejó sin aliento. Dentro hacía calor y olía a vela. El silencio solo era perturbado por los pasos del hombre, que retumbaban por las paredes gigantescas y blanquecinas.

—Gran Sacerdote, he encontrado un demonio. Estaba matando a un perro —informó el hombre.

Julinka no podía ver al sacerdote. No pudo ver su reacción ni como asentía. Notó que el hombre volvía a moverse. Ella se dejó transportar, rendida, aceptando su destino como lo había hecho el can. Seguramente iba a morir. Su padre ya la había advertido de aquello. Y antes la torturarían, estaba claro. Sentía miedo, pero no podía hacer nada por evitar lo que se le venía encima. Se dejó llevar, navegando por los techos exuberantes que observaban, impasibles, los quizá últimos instantes de su vida.

Se abrió una puerta que liberó un olor a putrefacción y humedad que quitaba el sentido. De allí emanaba un frío artificial, como hecho a propósito. También reptaron hasta sus oídos un sinfín de lamentos y gritos desesperados. Pero lo que más la abrumó de todo fue el sufrimiento. Había tanto, y tan exorbitante, que sus sentidos y sus instintos colapsaron. No estaba preparada para aquello. Le pareció extraño no haber sentido nunca el instinto en aquella zona. Y, de hecho, no lo había sentido hasta entrar en las mazmorras del templo. Nunca descubriría que, en realidad, las rocas utilizadas para construir los templos tenían un efecto aplacador: nada salía ni entraba. Estaban hechos a prueba de demonios.

Julinka estaba tan conmocionada que no fue consciente de que estaba en una celda hasta pasadas varias horas. Estaba sola, el hombre y el sacerdote habían desaparecido. Su única compañía eran las ratas, cuyos ojos negros brillaban en la Oscuridad, sopesando si aquella niña enclenque podría servirles de alimento.

Capítulo 11: Atardecer

El árbol gruñó. Todas sus fibras vegetales se estremecieron. Koner siguió haciendo palanca con la espada, gritando de frustración. La boca del árbol comenzaba a astillarse. De las heridas surgía un líquido espeso y oscuro, como sangre podrida, que chorreaba sobre sus cabezas. Koner se impulsó contra un lado del tronco recubierto de líquido y, de un salto, lanzó todo su cuerpo hacia el lado opuesto. Un crujido aterrador provocó un estremecimiento de todas las paredes del tronco. Koner había conseguido abrir una herida lo suficientemente grande para poder pasar por ella.
—Vamos, tú primero —le ordenó a Maira.

Envainó la espada e hizo un apoyo con ambas manos para que Maira pudiese impulsarse hacia arriba. La joven se agarró al supurante agujero y reptó utilizando toda la fuerza que le quedaba. Fue como una especie de nacimiento, saliendo de nuevo a la vida, abandonando un vientre húmedo, cubierta de sangre vegetal espesa. Solo le faltaba estallar en berridos. Y no le faltaban ganas.

Una vez Maira estuvo fuera, Koner saltó para alcanzar el agujero. Lo tocó con los dedos, pero el líquido oscuro lo hizo resbalar, haciéndolo caer de bruces al líquido pútrido. Volvió a intentarlo, con todas sus fuerzas. Sus dedos irritados por los fluidos ácidos lograron aferrarse a la madera astillada. Gritó para sacar fuerzas y se impulsó hacia arriba. Salió al mundo cubierto de secreciones repugnantes, y prácticamente se dejó caer hasta el suelo. Había visto sacos de patatas con más elegancia que él. El golpe le hizo sentir dolor en todos los rincones de su cuerpo. Se incorporó, mareado. Miró a su alrededor.

—¿Maira?

No había ni rastro de ella. Se levantó con rapidez, gritando su nombre. De repente, el árbol golpeó una de las ramas de forma violenta contra el tronco, soltando un gruñido profundo. Koner se agachó, esquivándolo, y al levantar la vista observó que Maira colgaba de dicha rama. El árbol la golpeaba una y otra vez con un ensañamiento

que provenía de sus tripas vacías y su herida rezumante.

Koner gritó y se abalanzó contra la rama, que no cesaba su movimiento. Se aferró a ella con ambas piernas y comenzó a cortarla y astillarla. La rama no cedía, pero él tampoco. Con un grito que le quebró la garganta hundió la espada y consiguió atravesar la rama. El árbol volvió a gruñir y soltó a Maira, que cayó al suelo con un sonido sordo. Koner extrajo la espada y se soltó. Cayó junto a la muchacha, que yacía inconsciente. La cogió por las axilas y tiró de ella para alejarla del árbol, que mandaba otra rama furiosa contra ellos. El joven se tropezó y cayó, esquivando de milagro una de las ramas. Reptó por el suelo, tirando de Maira, hasta que quedaron fuera del alcance del vegetal carnívoro.

Todo quedó en silencio. El atardecer empezaba a proyectar sombras que pronto se adueñarían del bosque entero. El único sonido que llegaba a sus oídos era el de su corazón y su respiración agitada. Ni siquiera la lluvia hacía ruido. Se quedó unos instantes allí, tirado en el suelo con Maira entre los brazos. Cayó en la cuenta de que la muchacha no se movía.

—No, no, no, no. Vamos, vamos —dijo mientras le golpeaba las mejillas con suavidad—. Despierta, vamos. Ya está. Ya estamos a salvo. Vamos, Maira, ¡vamos!

Pero la joven no despertó. Su respiración era débil. Estaba cubierta de sangre, pero no toda era del árbol. Koner sentía el fluir del líquido caliente entre sus manos, escapándose del cuerpo de Maira.

—No, no, no, no. No pienso permitirlo.

Koner se incorporó, soltando un gruñido de dolor. Levantó a Maira y la cogió en brazos. Caminó, o más bien cojeó, con el muslo ardiéndole de dolor, hasta el sendero donde había dejado a los caballos, que se removían, inquietos. El vaho que salía de sus bocas se asemejaba a las almas perdidas que debían rondar por aquel lugar. Cargó a Maira sobre Bener con muchísimo esfuerzo y subió tras ella, sujetándola contra su cuerpo. Cogió las riendas de Brío y se quedó allí, sin saber muy bien qué hacer. Estaba dolorido, agotado y destrozado emocionalmente. Las lágrimas se le escapaban, como si tuviese demasiadas dentro. Se dejó caer sobre Maira y comenzó a sollozar. Ya era casi de noche. Y entonces recordó a su familia, a Aiala, a su hogar. Se incorporó, se secó las lágrimas, se pasó las manos por el cabello pringoso y miró a su alrededor. Siguió por el sendero, hasta que, unos metros más allá, vislumbró una formación rocosa. Dirigió a los caballos hacia allí, y recorrió la pared de piedra en busca de un lugar donde pasar la noche. Encontró una cueva lo suficientemente grande para ambos, pero no para ser el hogar de ningún animal peligroso.

Puso una manta en el suelo frío y tumbó con cuidado a Maira sobre ella. Justo en la entrada, encendió un fuego. Le costó muchísimo, y las manos se le entumecían de frío mientras intentaba sacar una chispa que les hiciese sobrevivir a aquella noche. Cuando lo logró, formó una antorcha y salió de la cueva en busca de agua. Encontró un riachuelo a poca distancia del lugar. Calentó el agua en un caldero diminuto, que llegó a ebullición mientras él intentaba entrar en calor. Echó unas hierbas y dejó que se infusionaran. Bebió y sintió como le volvía la vida. Guardó un poco para Maira, y dejó enfriar otro poco, que utilizó para empapar un trozo de tela. Se acercó a Maira, y titubeó durante unos segundos. No es que tuviese mucha opción. No podía dejarla así. Le quitó el vestido y las calzas, empapados de sangre y fluidos pútridos y ácidos. Con la tela mojada todavía caliente, le lavó la cara, los brazos, las piernas, el pelo. Bajo toda la mugre y los ácidos digestivos ya secos del árbol, Koner pudo observar las heridas de Maira. Había muchas. Cortes, perforaciones, contusiones. Tenía todo el cuerpo magullado. Estuvo horas quitándole astillas de la carne a la luz de la hoguera. La muchacha se quejaba de vez en cuando, pero no despertó. Volvió a vestirla con la muda seca y limpia, de manera un poco torpe. No había puesto un vestido en su vida. Se quedó mirándola largo rato. Le acarició la mejilla, casi con miedo a hacerle daño. Sus heridas estaban limpias pero abiertas.

—Tienes que despertarte, porque me he propuesto llevarte a Reldeter, y no quiero llevar tu cadáver, ¿sabes? Quiero que llegues viva, que puedas conocerlos a todos. Así que te dejaré descansar esta noche, pero mañana tendrás que levantarte, ¿de acuerdo? Siento mucho haberte gastado esa broma. No quería enfadarte. Me portaré mejor a partir de ahora, te lo prometo. Pero para eso tienes que despertarte.

Maira no se movió, ni tampoco contestó. Koner se quedó mirándola un rato más, hasta que cayó en la cuenta de que su propio cuerpo necesitaba cuidados. Se lavó, se limpió las heridas y se sacó las astillas que le perforaban el muslo. Sin saber cómo, se quedó dormido.

Capítulo 12: Amén

Para Julinka, hacía tiempo que la luz del sol había dejado de existir. Se removió un poco, y enseguida notó como las cadenas le comían la poca piel que le quedaba en las muñecas. Oyó una puerta, a lo lejos. Sabía qué puerta era, y la recordaba a la perfección. Era la puerta que la había llevado a aquel infierno. Alguien se acercaba. Comenzó a temblar y, casi de inmediato, las plegarias acudieron a sus labios resquebrajados, tan leves que ni siquiera las ratas que compartían su celda podían oírlas. Las había aprendido del preso que estaba en la celda contigua, que las vociferaba cuando le tocaba recibir el castigo, y le pareció que debía de ser algo muy antiguo y poderoso, porque jamás las había oído en boca de nadie. Debían de venir de otras tierras, o de culturas ancestrales, pero rezaban todas al mismo Dios.
Oh, Ezartz, Dios de la tormenta, santificado sea tu Nombre…

Hacía tiempo que no notaba el dolor, que sus heridas nuevas y viejas eran simples marcas en una carne que ya no consideraba suya. Ya solo le importaba su alma, si es que tenía. Los pasos seguían acercándose, acompañados del tintineo de unas llaves.

… *venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo…*

Hacía tiempo que ya no sentía frío. Aquel frío húmedo y oscuro que al principio la hacía temblar se había abrazado a sus huesos. Formaba parte de ella, o ella de él.

… *Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden…*

Hacía tiempo que había perdido la noción del tiempo. Había perdido el hambre, la sed, la dignidad, el deseo. Quizás incluso había perdido ya la vida. Había perdido sangre, pelo, piel, carne. Había perdido la esperanza. Había perdido la compasión, pues ninguno de los lamentos de las celdas contiguas le removían el corazón, ni la mente. Ni siquiera le despertaban el instinto.

… No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal…

Una lágrima involuntaria le rodó por la mejilla. El hombre estaba frente a su celda. Contuvo la respiración. Él siguió avanzando. Hoy no le tocaba a ella.

Amén.

Lo había perdido todo, excepto el miedo.

Oyó que se abría la celda contigua. Le tocaba al hombre de las plegarias. Julinka pareció sentir de nuevo el instinto, y por un momento deseó poder salir de la celda a hacer su trabajo, pero se desvaneció rápido. Su miedo era más fuerte.

El pobre desgraciado comenzó a gritar. Se oyó un golpe, que lo acalló por unos segundos, pero él volvió a bramar, esta vez para repetir una y otra vez la plegaria. Cada vez que decía «Amén», parecía desgarrarse la garganta. Parecía no entender por qué Ezartz no lo oía. Por más que gritase, Ezartz no lo ayudaba. Pero él no dejaba de rezarle. Quizá aquella no era la plegaria correcta. Quizá el hombre se equivocaba. Los rezos desesperados se alejaron, mientras el otro hombre lo arrastraba por el pasillo hasta la habitación del pánico, o hasta el Castigo Divino, como lo llamaba el Gran Sacerdote del Templo.

Julinka pensó que ningún dios podía ser tan mezquino de utilizar aquellos instrumentos contra cuerpos insignificantes. Los castigos divinos debían de ser más solemnes. La sangre, las heces y los orines que salían de los cuerpos en aquella sala no podían ser algo que Ezartz quisiera. Eso lo rebajaba a la inmundicia, a la venganza humana. Aquello estaba creado por humanos que deseaban sentirse dioses, y que se excusaban en lo divino para cometer lo imperdonable. «¿Los castigaría Ezartz a ellos?», pensó Julinka. Y fantaseó en los castigos divinos, no en los de carne y hueso, mientras acariciaba con el dedo del pie a una rata que se acercó a mordisquearla.

Capítulo 13: Bautizo

Maren se despertó con la cabeza embotada. Se había quedado dormida con la espalda apoyada en la pared mohosa de un callejón cercano a los muelles del puerto de Aiert. Siempre que bebía de más, que solía ser a menudo, acababa quedándose dormida en sitios insospechados. Se levantó, todavía con algo de alcohol corriéndole por las venas. A pesar de su malestar general, sabía que no vomitaría. Tenía un estómago a prueba de fuego. Se apoyó contra la pared y respiró hondo. A su alrededor todo estaba en calma. El día después del Reinicio, lo único que quedaba era silencio, gente con resaca y crímenes cometidos bajo los efectos de las bebidas espirituosas.
Se agarró la cabeza con ambas manos. Le dolía como si tuviese un martillo repiqueteándole los ojos desde atrás. De hecho, le dolía todo el cuerpo. Se estiró para despegar sus músculos los unos de los otros. Ah, la edad. Ya no era tan joven. Caminó hacia el agua, sorteando cuerpos que yacían en el suelo pegajoso, no sabía si durmiendo la mona o muertos. Tampoco se molestó en averiguarlo. A un hombre le pisó la mano sin querer. Él gruñó levemente.

—Ah, este está vivo —murmuró, burlona.

Siguió con lentitud el camino que marcaba la orilla, hasta llegar a una cala que permanecía en la misma calma que todo lo demás. Se sentó sobre la arena gruesa y oscura, casi rocosa, y se abrazó las piernas. El olor a mar la embriagó, dejándola aún más atontada de lo que ya estaba. Un pequeño cangrejo deambulaba cerca de sus pies. Aquello le hizo volver a recordar la fatídica noche del Reinicio en la que habían asesinado a su hermano pequeño, entre otras cosas que prefería no recordar, aunque lo hacía a menudo.

Era solo una cría, se acordaba bien. Ni siquiera le habían crecido los pechos. Ni siquiera había sangrado. Se acordaba de su edad. A punto de cumplir los doce años. Guardó en los recovecos de su mente las imágenes de aquella noche, y se centró en lo que había pasado al día siguiente: confundida y con un miedo en el cuerpo que no lograba sacudirse de encima, había deambulado por la ciudad como un alma

en pena, pareciendo la última superviviente del mundo entero. Sus pies ya no querían seguir pisando tierra. Tenía decidido que su lugar era el mar, pero no sabía qué hacer. Impulsada por su instinto aventurero y, por qué no decirlo, un tanto impulsivo, había robado una pequeña barca de pescador que descansaba en la arena. Le había costado muchísimo llevarla hasta la orilla, pero después de haber matado a un hombre (la sangre seca entre sus uñas se lo recordaba), se sentía con fuerzas de hacer cualquier cosa. De un salto se metió en la diminuta embarcación y remó mar adentro. Jamás había hecho algo así, pero se sintió como si llevase toda la vida haciéndolo. Remó a pesar de lo mucho que le ardían los músculos, con una sonrisa en los labios que le cambiaba las facciones, normalmente serias. Miró hacia tierra, que ya quedaba lo suficientemente lejos como para parecer un manchurrón indefinido. Gritó, eufórica.

—¡Soy la reina del mar! Navegaré hasta las Tierras Antiguas, seré capitana de un buque gigante y me pelearé con todo el que quiera llevarme la contraria. ¡Los mataré a todos! ¡SOY LA REINA DEL MAAAAAR! ¡Venid a mí, hombres, y os mataré a todos!

Se puso de pie y alzó los brazos, llenándose de una energía que no había sentido hasta aquel momento. La barca se tambaleó y por poco no cayó al mar. Aquello le provocó una risa histérica y enérgica. Volvió a coger el remo y siguió deslizándose entre las aguas. Estuvo todo el día remando. Cuando se hizo de noche, iluminada por el camino que dejaba la luna, siguió avanzando, mar adentro. Empezó a notar que el bote se movía más de lo normal. Las aguas oscuras comenzaban a picarse. Comenzó poco a poco, como leves ondulaciones que perturbaban la calma de la que gozaba el agua hasta el momento. Pronto aquel aviso se convirtió en una tormenta furiosa. Parecía retarla, ver si era tan fuerte como ella creía, ver si todo ese orgullo no se evaporaría ante las amenazas. Pero Maren se sentía invencible. Sin embrago, aquel sentimiento se evaporó en cuanto la barca volcó. Maren no sabía nadar muy bien, después de todo. Las olas gigantescas la movían a su merced, metiéndola y sacándola del agua, jugando con su vida. Solo entonces volvió en sí misma, y descubrió la estupidez que había cometido. Quizá había querido morir y, sin saber muy bien cómo, había encontrado una manera de hacerlo. Se descubrió queriendo morir. Verdaderamente lo deseaba. Todo su sufrimiento acabaría si moría. Por eso había ido hasta allí, deseaba terminar con su vida en el único lugar que no le daba miedo: el mar.

Lo siguiente que recordaba era el sol mordiéndole la piel mientras las piedras crujían bajo el paso del agua espumosa, que se alejaba solo para volver con más fuerza y alcanzarle los pies desnudos. Había querido morir donde más amaba, pero el mar no quería matarla. Aún

con los pulmones llenos de agua oscura, la había depositado con algo de violencia en una diminuta playa rocosa rodeada de acantilados escarpados, como una madre un tanto estricta. No quería verla morir. Ella se había tumbado sobre las incómodas piedras pulidas, deseando que ese instante fuera el último, sintiendo como se le despellejaban la garganta, los labios, la piel. Pero el mar le brindó pequeños crustáceos para calmar su hambre, y de los acantilados brotaban chorros de agua dulce que, antes de perderse en el océano, le acallaban la sed. Era su madre, y no quería verla morir. Quería enseñarla a vivir. A sentir que, por muy cruel que fuese el océano, era su única forma de sobrevivir en aquel mundo salvaje, atroz e inhumano. La había bautizado, a su hermosa y violenta manera. Y entonces lo supo: sí sería la reina del mar.

Habían pasado catorce años desde aquello, y por el momento no se sentía reina del mar, pero sí se sentía su hija, y aquello era incluso mejor.

Capítulo 14: El dueño de Ler

A Koner no lo despertó el canto de los pájaros ni la luz matutina. Lo despertó el frío. La hoguera se había consumido, y la humedad del bosque había echado sus garras invisibles hasta el interior de la cueva. Ya era de día, pero no había sol. La niebla seguía cubriéndolo todo. Se incorporó, dolorido. Maira parecía dormir. La sacudió, primero de forma leve, después con cierta agresividad. Pero no despertó. Aun así, seguía respirando. Lo recogió todo, lo cargó sobre Brío, y subió a Maira sobre Bener. Al principio él fue caminando junto a los caballos, pero Maira se escurría constantemente de la silla, y a él le ardía el muslo herido, así que acabó montando también sobre Bener para llevarla sujeta y descansar un poco.

No se salió del camino. Iba tenso, esperando un ataque en cualquier momento. Pero con el paso de las horas, fue relajándose poco a poco. La niebla no le permitía ver más allá de la cabeza de Bener, y aquello lo incomodaba sobremanera. Si se daba un poco de prisa, conseguiría salir del bosque de Ler antes de que anocheciera. Exigió a los animales un buen ritmo, pero tampoco quería agotarlos.

Bener ya soltaba espuma por la boca cuando se paró en seco en medio del sendero. Koner lo azuzó para que siguiese caminando, pero el animal se negó, llegando incluso a retroceder.

—Oh, vamos, ¿qué te pasa? —se quejó.

El animal parecía tenso. Quizá había olido algo. Koner se puso rígido. Todos sus sentidos estaban alerta, y la mano ya reposaba en la empuñadura de su arma, los nudillos blancos.

—Hola, viajero —saludó una voz grave.

Koner se giró con brusquedad, pero no había nadie. El miedo le trepó hasta la garganta, dejándole un sabor ácido.

—Más arriba, querido amigo aventurero —le indicó la voz.

Koner dirigió la vista a los árboles, y sintió que el corazón le dejaba de latir. Ni siquiera fue capaz de reaccionar cuando el ser reptiliano se deslizó hasta el suelo.

—No tengas miedo, mi querido trotamundos. No quiero hacerte daño, solo quiero ayudarte. Oh, qué despistado, no me he presentado. Soy Herensuge, el dueño y señor de Ler. O al menos eso creo, porque no hay nadie que me lo haya reclamado hasta el momento. —Soltó una carcajada aún más grave que su voz.

Su cuerpo alargado serpenteó, aunque tenía patas, hasta situarse junto a Koner. Las escamas resplandecían en tonos verdosos y azulados, como si se tratase de las joyas más hermosas de Dunia. Sus garras negras también relucían, como ópalos pulidos. Tenía la cabeza repleta de cuernos y protuberancias, que enmarcaban unos ojos ambarinos y pícaros. Sacudió la cola prensil, esparciendo las hojas secas a su alrededor. Se incorporó sobre sus patas traseras, alcanzando la altura de un hombre corpulento. Le dedicó a Koner una reverencia y lo que parecía ser una sonrisa, que dejó a la vista dos filas de dientes amarillentos y una lengua bífida y rojiza, chorreante de saliva espesa.

—Oh, no estás solo. ¿Qué le ha pasado a la hermosa joven? ¿Habéis tenido algún accidente?

Koner no respondió ni soltó la empuñadura de su espada, aunque tampoco la desenvainó. No podía creerse que aquella leyenda fuese cierta. Jamás en su vida había visto un dragón, y de hecho hacía años que no creía en su existencia. Pero allí estaba Herensuge, más grande de lo que decían los cuentos. A pesar de su aspecto, era amable. Pero las leyendas también hablaban de eso. Recordó fugazmente a su niñera, Zhana, que había sido como una madre para él. Ella le había contado todas las leyendas, y cuando se convirtió en un hombrecito, le dijo que las leyendas no eran más que advertencias, y que siempre debía tenerlas en cuenta.

—Pobre muchacha, deberíamos llevarla a mi guarida, allí tengo algunas hierbas que pueden ayudarla. Si no, no llegará viva a esta noche.

—N-no, gracias. Estamos bien. Tenemos que continuar…

—¿Bien? La pobrecilla está inconsciente. De verdad que puedo ayudarte. Observa, viajero.

Herensuge puso sus zarpas sobre Bener, que se agitó, presa del pánico. Pero el dragón no retrocedió. Abrió la boca y se acercó al rostro de Maira. Koner desenfundó la espada y apuntó hacia el largo cuello del dragón. Herensuge volvió a sonreír, y con todos los dientes a la vista, retándolo con la mirada, acercó la cara aún más a Maira, provocando

que la punta de la espada chocara con sus escamas duras y brillantes. Koner supo en aquel instante que su arma no serviría de nada contra la coraza de la criatura. Herensuge inspiró con fuerza, hinchando las narinas, y exhaló por la boca, liberando una bocanada de aire que olía a azufre y estaba caliente. Se apartó un poco de Maira, sin dejar de mirar a Koner, que estaba paralizado.

La joven tosió ante el fuerte hedor que le reptaba por la nariz y le quemaba la garganta. Los espasmos que le provocó el gas la hicieron incorporarse levemente. Se estaba despertando. Koner la cogió, ayudándola a incorporarse. Ella abrió los ojos con lentitud. Lo miró, algo confusa, y dejó caer un poco la cabeza. Y entonces se encontró cara a cara con la enorme sonrisa viperina de Herensuge. Maira botó como impulsada por un resorte, y de su garganta irritada por los gases del dragón surgió un grito desgarrador.

Aquella fue la señal que hizo reaccionar a Koner. Herensuge no quería ayudarlos. Herensuge quería comérselos. En un abrir y cerrar de ojos, soltó las riendas de Brío, sujetó a Maira contra su cuerpo y espoleó a Bener, que soltó un chillido y se lanzó a un galope furioso, haciendo caso por fin a su instinto de huir.

—¡Corred todo lo que queráis! ¡No podréis huir de mí! ¡Soy el amo de este bosque!
—bramó Herensuge.

Bener era un animal ágil y veloz, a pesar de llevar tanta carga sobre su lomo. Koner echó la vista atrás y se arrepintió al momento; Herensuge los perseguía a una velocidad vertiginosa, trepando y saltando entre las ramas de los árboles, casi como si volase, aunque no tenía alas. Sus carcajadas crueles resonaban en todos y cada uno de los troncos musgosos. Koner sintió un fuerte calor justo en la espalda, acompañado de un intenso olor a azufre, y notó que Bener apretaba incluso más el paso, despavorido. Maira miraba hacia atrás con ojos llorosos, atónita.

—¡Por los rayos de Ezartz, está escupiendo fuego! —chilló, asustada —. ¡ESTÁ ESCUPIENDO FUEGO!

Herensuge volvió a reír y soltó otra bocanada ardiente que incendió el suelo a poca distancia de ellos, rozando las patas traseras de Bener. El dragón saltó por encima de sus cabezas e inundó el suelo de llamas rojizas justo delante de ellos, cortándoles el camino. Bener frenó en seco y se alzó sobre sus patas traseras, aterrado. Koner logró controlarlo, tirando de las riendas y dirigiéndolo hacia los troncos apiñados. El animal siguió corriendo, espantado, esquivando los árboles con dificultad, que iban incendiándose a su paso. Koner sabía que el animal no aguantaría demasiado, pero no le permitió aflojar el

paso. Tenía que intentar salir del bosque a toda costa.

Herensuge saltó encima de ellos, pero Bener hizo un quiebro y logró esquivarlo. Sin embargo, la cola del dragón consiguió golpear a Koner en la cabeza, clavando sus espinas brillantes en la mejilla y la sien derechas. Sintió la sangre manar y un ardor intenso, como si incluso las escamas del monstruo desprendiesen fuego. Herensuge bramó de rabia, soltando una enorme bocanada de fuego a su alrededor.

Maira observó que los árboles comenzaban a distanciarse más los unos de los otros, y por ello, al dragón le costaba más desplazarse. Aquello lo cabreaba todavía más, y no dejaba de gruñir y soltar fuego de manera descontrolada, desesperado.

Un golpe seco y un bramido hicieron darse la vuelta a Maira. Una enorme rama había apresado al dragón al vuelo. Herensuge lanzaba fuego y se retorcía como una anguila enfurecida, clavando sus garras en la rama del árbol, que lo golpeaba contra su tronco, deseoso de digerirlo. Aquello les dio ventaja, aunque no aminoraron la marcha, ni volvieron la vista atrás. Cuando Bener ya estaba extenuado, un enorme claro se abrió ante ellos. La niebla se había disipado, aunque la noche se anunciaba veloz. El caballo se detuvo, resollando y echando espuma por la boca. Le temblaban las piernas. Koner bajó del animal, y ayudó a Maira, ya consciente del todo, a bajar también.

Ambos se quedaron mirando hacia el límite del bosque de Ler. De allí solo emanaba niebla y silencio. Sin embargo, el sonido de las hojas secas indicaba que alguien se aproximaba. Koner se puso delante de Maira y desenfundó la espada, alerta. Brío salió trotando entre la neblina, contento de volver a verlos. Koner lo acarició, agradeciendo que el animal hubiese podido sobrevivir. Y lo había hecho de milagro, porque los pelos quemados de su cola, ahora inexistente, lo situaban cerca de los fuegos de Herensuge.

—Bueno, pues estamos todos vivos, aunque no sabría decir cómo. Por todos los rayos, deberíamos haber ido por mar. ¿De verdad te da más miedo el mar que esto? —le preguntó Koner.

—Ahora ya no —respondió ella tras una pausa.

Koner la miró durante una eternidad. Después, se echó a reír. Reía tanto que se doblaba, y acabó incluso cayendo de rodillas sobre la hierba húmeda. Cuando ya llevaba un buen rato muerto de la risa, esta cambió a un hipido nervioso y a una especie de llanto histérico. Maira se agachó junto a él.

—Hemos estado a punto de morir como un millón de veces —susurró él con voz queda, sujetándose la cara con las manos.

Maira le rozó las heridas de la cara, de las que aún manaba sangre,

con la yema de los dedos.

—Pero lo hemos conseguido. Mira, estamos todos vivos. Eso tiene más mérito. Podrás contárselo a tus hijos, y a los hijos de tus hijos —le dijo ella, intentando calmarlo.

Él volvió a reír, más sereno, y asintió.

—Pensé que no lo lograríamos, no te voy a mentir —confesó Koner.

La miró con fijeza mientras una última lágrima, ya de alivio, se le mezclaba con la sangre aún fresca. Sin previo aviso, se abalanzó contra ella y la estrechó contra su cuerpo.

—Quiero que llegues viva a Reldeter, quiero que los conozcas a todos. Te va a encantar, estoy seguro.

La soltó y se incorporó, volviendo a sonreír.

—Vamos, tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche.

Capítulo 15: Demonio

Aquel día sí que le tocó a Julinka. El hombre paró frente a su celda y abrió la puerta. A ella no le dio tiempo a rezar. El religioso la cogió de los brazos, que permanecían encadenados, y la lanzó contra el suelo del pasillo. El preso de las plegarias sí que rezó por ella. Julinka echó un vistazo rápido a su celda, pero estaba oscura y no pudo verle la cara. Sin embargo, sí le vio los pies sucios y desnudos, y las piernas cubiertas de sangre.
El hombre la empujó hasta la habitación del pánico. Julinka no se resistió. Sabía que no serviría de nada, y además no tenía fuerzas para ello. Ya había estado allí, ya sabía lo que iba a ocurrir, aunque las torturas eran distintas cada vez. Desde luego, no les faltaba imaginación. El religioso la sentó en una silla y le desencadenó las manos, solo para volver a atarlas en los reposabrazos. La dejó un rato allí, sola. El instinto parecía querer despertar allí, pero estaba demasiado débil. El dolor rezumaba de todos los rincones de aquella sala. Algunas velas iluminaban tenuemente la estancia, pero todos los rincones eran oscuros, y guardaban cientos de herramientas y objetos diseñados exclusivamente para causar sufrimiento. Olía a sangre seca, heces, orines y humedad.

El Gran Sacerdote de Reldeter entró, vestido con sus ropajes de seda impecables. Se sentó frente a ella, evitando mirarla a los ojos. Julinka se quedó hipnotizada por el colgante en forma de rayo que brillaba tanto en aquel lugar tan oscuro. Era la primera vez que lo veía. Las otras veces que había estado en la habitación del pánico, habían sido otros hombres quienes la habían torturado. Nunca hablaron con ella.

—Demonio, hija de Kalid, estás aquí para confesar tus pecados — anunció con voz solemne.

La niña no respondió. No sabía qué decir.

—Has asesinado, has corrompido las almas de los fieles, has sembrado el terror y el caos en nuestra ciudad. Tienes que redimirte. Y solo hay una forma de hacerlo. Tienes que confesar tus pecados, y tienes que

decirnos dónde están las otras criaturas infernales de Kalid. Solo entonces podrás conseguir el perdón.

Julinka siguió sin responder. La niña deseaba con todas sus fuerzas ser perdonada, dejar de ser un demonio. Pero no sabía cómo hacerlo. El sacerdote se acercó a ella y le pegó en la cara. Julinka comenzó a sollozar, no por el dolor, sino porque ansiaba ese perdón. Levantó la mirada, cohibida.

—He asesinado, he corrompido y he *plantado* el terror. Lo siento mucho.

—Demonio asqueroso. Has confesado tus pecados, pero ahora tienes que decirnos dónde están los otros. ¿Dónde están los monstruos que se esconden? —gritó, propinándole otro golpe.

—No lo sé. No conozco a más demonios —farfulló ella.

Notó un sabor metálico en la boca. Le sangraba el labio.

—Veo que no quieres colaborar, engendro de Kalid. Tendremos que hacerlo a la manera de Ezartz. La bondad de los hombres no sirve con criaturas como tú.

El Gran Sacerdote cogió una herramienta de una de las mesas de madera desgastada, que mostraban artilugios cuya función exacta Julinka ignoraba, aunque sabía que su único cometido era infligir dolor. Le cogió el dedo meñique de la mano derecha y lo puso entre las mordazas de la herramienta de hierro. Y entonces apretó.

—Ahora sí que vas a hablar, monstruo.

Julinka sintió como la carne y el hueso del dedo se rompían, emitiendo un crujido repugnante, y se despegaban para siempre de ella. Le dolió como nunca le había dolido nada, pero no gritó. Su dolor no importaba. Simplemente cogió aire con fuerza y, sin saber muy bien cómo, su cabeza estaba en otro lugar. Sus ojos ya no veían la sala del pánico, ni al Gran Sacerdote, ni la sangre brotando de su dedo meñique. Delante de ella había un bosque, aunque extraño, porque los árboles no eran como los que ella conocía. Todo era muy verde, muy brillante. Hacía sol. Y entre los árboles, se alzaba un edificio imponente, ancho en la base y estrecho en la punta. Sintió como todo su ser tiraba hacia él, como aquella construcción la reclamaba. «Julinka. Julinka. Julinka», la llamaban decenas de voces. Instintivamente, giró la cabeza hacia la derecha, sintiendo que debía ir en aquella dirección. Pero su mirada volvió a toparse con los muros de piedra de las mazmorras del templo.

Volvió a mirarse el dedo, o lo que quedaba de él, y sintió como la sangre bombeaba a través de la herida.

—Llévatela, está conmocionada. Ya hablará más tarde.

Pero Julinka no estaba conmocionada. A Julinka le había vuelto la esperanza. Le había vuelto el instinto. La niña necesitaba salir de allí. La estaban esperando en un lugar lejano, lleno de paz, de luz y de naturaleza. El camino a su celda le pareció menos frío, menos oscuro. En su mente aún resonaban los pájaros exóticos y en su piel sentía los rayos de un sol lejano. Y, aunque el dedo le palpitaba de dolor, se sentía plena.

Capítulo 16: Norte

Koner y Maira llevaban ocho días viajando entre bosques, praderas y montañas cada vez más escarpadas, que anunciaban la llegada inminente a las tierras norteñas. El clima empezaba a ser cada vez más frío, y era raro el día en el que no los sorprendía un buen chaparrón, pero el sol aún calentaba. Tras el Reinicio, las lluvias y el frío iban adueñándose tan poco a poco del paisaje que, cuando uno quería darse cuenta, el suelo ya estaba cubierto de nieve.
Las heridas externas de ambos habían cicatrizado, aunque aún se mostraban rojizas, y las internas les seguían causando cierto recelo a caminar cerca de los árboles, aunque la mayoría de ellos ya eran abetos, y Maira estaba casi segura de que aquellos no eran peligrosos. Su capa había tardado una eternidad en secarse de nuevo, así que había pasado muchísimo frío, incluso durmiendo cerca de las hogueras que encendía Koner.

El camino hacia el norte los había sacado del interior y bordeaban ahora el furioso mar del Norte, subiendo y bajando interminables acantilados, cuyos únicos habitantes eran los pinos, que se agarraban con fuerza ancestral a la roca desnuda. El olor a sal, sin embargo, no había sustituido del todo al olor del bosque, de la tierra y de la lluvia.

Ya se acercaba el atardecer del octavo día cuando llegaron a las ruinas de Stoven. El castillo, o lo que quedaba de él, se alzaba sobre el mar, en un acantilado peninsular cubierto de hierba y castigado por el clima. Un único camino que serpenteaba entre los campos de hierbas altas permitía llegar a él.

—Dormiremos en las ruinas, así estaremos más resguardados del frío y la lluvia —informó Koner.

A ambos lados del sendero, la hierba alta y fuerte se agitaba con el viento, dando la impresión de que se trataba de un enorme ser vivo perfectamente sincronizado, que se comunicaba por los susurros que surgían de los tallos verdes. El camino descendía con brusquedad, hasta casi acabar en una de las playas rocosas que bordeaban al

castillo. La marea estaba baja, y los cientos de gaviotas que vivían en el despeñadero aprovechaban para buscar crustáceos. Sus graznidos eclipsaban cualquier otro sonido que pudiese haber, aunque el viento y el mar se esforzaban por hacerse oír. El sendero volvía a ascender de forma leve, esta vez pasando entre las rocas, y el suelo pasó de ser de tierra a ser de piedra, resonando bajo los cascos de los caballos. Sin darse cuenta, ya se encontraban dentro de las murallas del castillo. Ascendieron un poco más, llegando a la cima del acantilado. Las paredes de roca gris guardaban silencio y secretos, y sin duda habían vivido tiempos mejores. En una de las enormes estancias, en la cual solo quedaba una pared en pie, descansaban los restos de una chimenea inmensa.

Maira inspeccionó los alrededores, y acabó sentada en el alféizar de una ventana que aún enmarcaba el paisaje costero. Las gaviotas sobrevolaban los alrededores, dejándose llevar por el viento. La marea había comenzado a subir. El sol se encontraba ya cerca del horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados. Sintió una calma que hacía mucho que no sentía. El inmenso espacio que se abría ante ella, que podía confundirse con el vacío, la llenó de algo que no supo identificar. Delante de ella danzaba el mar, y detrás se alzaban las imponentes montañas, tan antiguas e impasibles al tiempo, que no se inmutaban ante otro atardecer más, aunque fuese de una belleza inmensa.

Koner estaba encendiendo una hoguera en una de las habitaciones mejor conservadas. Los caballos descansaban en los prados, comiendo los jugosos brotes verdes que cubrían el suelo como un manto mullido.

—Koner, quiero bajar un rato a la playa.

El joven asintió, advirtiéndole que pronto se haría de noche. Maira correteó por el camino, y saltó de roca en roca hasta llegar a la playa. Se sentía como una niña. El agua, en calma, lamía las piedras pulidas por el tiempo. Un cangrejo se escondió de ella. Maira se agachó y observó la vida que hervía dentro de los charcos de agua salada, como si fuesen pequeños mundos ajenos a todo lo demás. Intentó despegar una lapa enorme de una de las rocas, pero sin su cuchillo le fue imposible. Lo había perdido dentro del árbol carnívoro. Recogió conchas y caracolas, y tocó el agua, que estaba helada, con la punta de los dedos. Cuando el cielo se volvió tan oscuro como el mar, emprendió el camino de regreso a las ruinas.

Koner ya tenía avivado un buen fuego que había caldeado la habitación, y asaba un poco de carne seca para poder comer algo caliente.

—Esto es muy bonito. Si hubiésemos ido en barco, nunca lo hubiese

visto —comentó Maira.

Koner rio y asintió, pensativo. La miró desde el otro lado del fuego, con las llamas danzándole en los ojos de color miel.

—Así es el norte. Me alegro de que te guste. Uno tiene que ser un poco especial para gustarle esto. No es el mejor clima del mundo, ni tiene las playas más hermosas. Tienes que llevarlo dentro para poder amarlo. —Hizo una pausa, y añadió—: Ven, quiero enseñarte algo.

Salieron al borde del acantilado. Koner la cogió de los hombros y la puso mirando hacia el norte, dejando las olas sonar a su izquierda.

—Parece que está despejado, así que si nos esforzamos podremos verlo —dijo él.

Maira lo miró, expectante. Él le indicó que siguiera mirando hacia el norte. Señaló con el dedo a la nada.

—Mira, ¡mira! ¿Ves aquella luz? Es débil, pero si puedes aguzar la vista… sigue mi dedo —le indicó Koner.

Lo veía. Una luz muy tenue descansaba en la lejanía, casi invisible.

—Aquello es Reldeter. Son las luces del templo.

Maira se giró, emocionada, y volvió a fijar la vista.

—¡Ya nos queda muy poco! —exclamó, impresionada.

—Sí, un par de días como mucho.

Estuvieron charlando mientras las estrellas tintinearon sobre sus cabezas. Más bien, Koner hablaba y ella escuchaba. Ya se había acostumbrado, y se sentía cómoda. Koner no quería hacerle daño. Era una buena persona, o al menos eso parecía. Después de tantos días juntos, confiaba de verdad en él. Se había pasado años sola, días enteros sin hablar con alguien, y tener a Koner día y noche acompañándola la hacía sentir feliz. Maira se quedó dormida sintiendo el calor del fuego en las mejillas y observando las luces lejanas que vivían en el cielo. Y aquella noche soñó.

No era la primera noche, ni sería la última, en que aquel sueño regresaba a ella como un perro fiel. Se mecía en un trozo de madera que flotaba a la deriva, acariciado por el agua de un mar negro y frío, que le hacía regurgitar un miedo atroz cuyo origen residía justo en el estómago. El agua oscura estaba cada vez más cerca de engullirla, lanzando sus tentáculos sobre sus piernas. Y entonces resurgían, bajo el agua, un par de ojos mucho más oscuros que esta, acompañados de un rostro níveo. Los ojos más oscuros que había visto jamás. Más que un pozo sin fondo. Más que las nubes de tormenta. Más que las profundidades del océano. Más que la propia Oscuridad. Más que nada

en el mundo de los vivos. Y a pesar de ello, la tranquilizaban. El miedo se colaba por ellos y no volvía. Aquel ser con apariencia de mujer la cogía entre sus brazos y la guiaba a la orilla, mientras ella se perdía en los hipnóticos espirales de oscuridad que giraban en sus ojos. La dejaba sobre la arena, y muchos más como ella llegaban y se sentaban a su alrededor. Sus rostros mutaban, y observaba en ellos todos los tipos de piel, de cabello, de rasgos, de sexo, pero siempre los mismos ojos. Las secuencias se acaecían rápidamente, y le llenaban la cabeza de caras viejas y jóvenes, negras y blancas, masculinas y femeninas, hermosas y perturbadoras. Y, de fondo, podía oír como susurraban su nombre al unísono, desde cada rincón del universo, desde la luz y, sobre todo, desde la Oscuridad.

Capítulo 17: Mercancía

El mar del Norte era uno de los preferidos de Maren. Era furioso, impredecible y cruel. Su alma gemela. De hecho, ella estaba segura de que su padre debía de ser del norte, no tenía dudas. La espuma del agua agitada impactaba con fuerza en la embarcación, que se sacudía hasta casi romperse. La fuerza del océano la llenaba de vida.
Una enorme lengua de agua barrió la cubierta, amenazante. Maren se deslizó por ella, empapándose hasta las rodillas, para dirigirse a la proa. Se remangó los pantalones y la camisa y escaló hasta el bauprés. Se sentó allí, con una pierna a cada lado, y alzó las manos. El agua le salpicaba y casi no la dejaba respirar, pero eso no le impidió gritar de júbilo y cargar al máximo sus niveles de euforia enfermiza. Era como estar cabalgando por el mar en un corcel indestructible. Y así se sentía ella, indestructible. Una ola arremetió contra el bauprés y la hizo resbalar, quedándose medio colgando, con el mar furioso reclamándola unos pocos metros más abajo. Volvió a reír, agarrándose a la madera como un percebe. Se recolocó, embriagada. Sus gritos quedaban ahogados por los rugidos de las olas, que cada vez eran más altas.

La segunda vez que se resbaló decidió volver a la cubierta. Tampoco le gustaba andar tentando a la suerte. Se dirigió al interior del barco, a la estancia que hacía a la vez de comedor y camarote. Su cama, por llamarlo de alguna manera, era una hamaca hecha con un trozo de tela que colgaba entre las vigas de madera, como todas las demás. Algunos marineros jugaban sentados en la precaria mesa que separaba unas hamacas de las otras, bebiendo licor barato. Maren se acercó a la mesa, se estrujó el cabello oscuro para eliminar el exceso de agua y le quitó el vaso a uno de los hombres, vaciándolo de un trago. El ardor que le bajó hasta el estómago le quitó el frío que empezaba a sentir.

—¡Eh! —protestó el marinero.

Maren le dio una palmada en el hombro y se sentó junto a él. Se quitó la camisa empapada y la tiró al suelo.

—¡Eres la mujer más indecente que he conocido! —exclamó otro de los hombres, y después estalló en carcajadas.

—¿Te molestan mis tetas, Nero? ¡Si tú tienes más que yo!

El grupo de marineros se carcajeó, disfrutando del humor ácido de Maren. Todos sabían que estaba un poco majareta, pero ya estaban acostumbrados y gozaban de sus ocurrencias. Nero se quitó la camisa y movió los pectorales peludos, que en efecto eran más grandes que los de Maren. Ella los dejó reír un rato, y después añadió:

—Bueno, queridos, la noche se está poniendo fea, vamos a estar ocupados hasta que la cosa se calme. Por encima de todo, hay que proteger la mercancía, vigilad que no haya filtraciones en la bodega. Me han llegado rumores de que se planea una boda en Reldeter, así que podremos vender todos los productos exóticos a muy buen precio. Cuidadlos como os cuido yo a vosotros, ¿eh?

Ellos asintieron, divertidos, pero Maren sabía que la obedecerían sin rechistar. Cogió otra copa, la vació de un trago y se levantó para ponerse algo de ropa seca que no tardaría en volver a empapar. Las tormentas prefería vivirlas en cubierta.

Capítulo 18: La llegada

Algunos pueblecitos se dispersaban entre Stoven y Reldeter. Al menos, Koner y Maira pudieron volver a dormir a cubierto. A Maira le sorprendió que todos en los habitantes de los pueblos costeros conocieran a Koner. Por allá por donde pasaba, lo saludaban, efusivos. Él parecía volver a sentirse cómodo en su piel. Volvía a ser un noble a los ojos de los demás, y aquello le gustaba.
A pocas horas de llegar a Reldeter, la ciudad ya aparecía ante sus ojos, imponente. No era tan grande como Aiert, pero maravilló a Maira de todas formas. El núcleo urbano se hallaba casi a nivel del mar, formado por casitas de colores que surgían como setas, y que iban desde la playa y el puerto hasta la falda de las montañas. Justo al lado, se elevaba un enorme y escarpado acantilado, que estaba presidido por un magnífico castillo que parecía precipitarse a las aguas oscuras del norte, y por un templo blanco y dorado que no tenía nada que envidiarle al de Aiert. Todo estaba rodeado por unas murallas que de lejos parecían minúsculas, pero que no lo eran. Reldeter estaba bien defendida, y todo el mundo lo sabía; no por nada era la ciudad más importante del norte.

—Es precioso… parece estar todo junto, el mar, el bosque, la montaña… como si fuese un pequeño mundo en miniatura —comentó Maira, maravillada.

Koner sonrió, orgulloso de su hogar. Se detuvo y se quedó mirando su ciudad. Maira se detuvo unos pasos por delante, y se volvió para observarlo. Ya tenía muchísimo más control sobre Brío, e incluso se sentía cómoda sobre él.

—No te he contado toda la verdad —murmuró él—. Te dije que era un noble de Reldeter. Bueno, eso es verdad, pero no del todo.

Maira lo miró, confundida y un poco asustada. ¿La habría engañado? Después de todo… ¿Traicionaría su confianza? No pudo evitar echarse a temblar.

—Soy Koner de Terralta —dijo él, solemne.

La joven se quedó callada. Parecía que aquello era información importante, pero Maira no tenía ni idea de qué significaba. Koner leyó el desconcierto en sus ojos, espoleó a Bener y se acercó a ella, riéndose.

—No me digas que nunca has oído hablar del apellido Terralta —se burló.

Ella no respondió, pero resultó obvio que no lo había escuchado jamás, y si lo había hecho, no le había dado la menor importancia. Koner no podía creérselo.

—Bueno, mi padre es Palben de Terralta, que supongo que tampoco te sonará de nada. Pero debería, porque es el señor de Reldeter.

Maira se quedó muerta de vergüenza. ¡Por los rayos de Ezartz! Había pasado días enteros con el heredero de las tierras del norte, y ni siquiera había sido capaz de conocer su apellido. Se ruborizó, deseando desaparecer en la Oscuridad en aquel momento.

—Te lo digo ahora para que no te pille desprevenida. Y para que me hagas una reverencia de vez en cuando.

Ella se apresuró a reverenciarlo, pero él la empujó inclinándose desde su caballo, muerto de la risa.

—Era broma, Maira.

Koner se puso de nuevo a la cabeza, dirección a la puerta sur de la muralla, haciendo trotar a su caballo. Al llegar, la imponente construcción de piedra caliza los recibió con las puertas abiertas. Los guardias reverenciaron a Koner, apartándose a un lado. Cruzaron el pueblo ante la mirada y la adoración de todos sus habitantes. Maira se sentía observada y muy incómoda. Enfilaron hacia el acantilado. Pasaron por la plaza, donde se elevaba el templo, y Koner recibió la bendición de los monjes, que dedicaron miradas confusas a Maira.

Las puertas del castillo también lo esperaban. El patio de armas estaba repleto de gente que se movía de un lado a otro, y que paraba por un momento para saludar a su señor. Maira jamás había estado en un castillo. Había recorrido las afueras del castillo de Aiert, sobre todo cuando era pequeña, pero nunca había podido entrar. Aquel era un poco distinto. La fachada principal estaba pintada de rojo, pero las torres mantenían el color original de la piedra, aunque las tejas eran azules. Estaba construido sobre la mismísima piedra del acantilado. Había lugares, incluso, en los que la parte baja de la fachada era la piedra natural, sin pulir ni domar, como si el edificio surgiese directamente de las entrañas de la tierra.

Koner bajó del caballo, y Maira lo imitó. Un hombre cogió las riendas

de los animales para llevarlos a los establos.

—Bienvenido de nuevo, mi señor —dijo.

Koner estaba rebosante de alegría. Cruzó el patio de armas y entró al castillo. Maira lo seguía de cerca, cohibida. Él subió las escaleras que llevaban a la planta superior de dos en dos, emocionado. Se paró ante la puerta de una de las salas.

—Quédate un momento aquí —le ordenó a Maira.

Koner entró, sacudiéndose un poco la ropa. Se pasó la mano por el pelo, en un intento pobre de peinarlo, y los dedos se le quedaron enredados. Una mujer de cabello oscuro recogido con pulcritud y rostro níveo, se levantó al verlo, y se acercó rápidamente a él, sonriendo. Pero pronto cambió la expresión, y pasó de la felicidad a la preocupación.

—Hijo mío, ¿qué te ha pasado? —dijo mientras que le tocaba las cicatrices del rostro.

—Es una larga historia, madre —respondió él.

—¿Por qué has venido por tierra? —preguntó Regina de Terralta.

—Porque os he traído una cosa, madre. Esperad. ¿Está padre?

Ella negó con la cabeza. Koner se asomó por la puerta y le pidió a Maira que entrara. Regina de Terralta la miró con desconcierto. Koner se puso detrás de Maira y la empujó un poco hacia su madre. La joven hizo una reverencia torpe. Regina miró a su hijo sin comprender. Koner las miró a ambas, y ante la incomodidad del momento, se acercó a su madre y le susurró al oído algo que Maira no alcanzó a escuchar.

—No es posible —murmuró Regina.

La mujer le lanzó una mirada intensa. Se acercó a ella y le cogió la cara con una mano, observándola como si fuese un animal que tenía que comprar. Le cogió un mechón de pelo. Maira había intentado recogerse el cabello torpemente, y algunos de sus mechones rizados se escabullían.

—¿Tiene lo de…? —le preguntó a su hijo sin dejar de analizar a Maira.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Enarcó una ceja.

La mujer se puso detrás de ella y le quitó la capa, que se desplomó hasta el suelo. Maira no sabía dónde meterse, estaba confundida y aterrada. La mujer volvió a ponerse delante de ella y le subió el

vestido de forma brusca. Ella intentó apartarla, pero estaba paralizada. Frida la había advertido sobre los nobles. Allí, sola e indefensa, podían hacer con ella lo que quisieran. Regina se quedó un instante observando su vientre. Maira se encogió como un ratoncillo, presa del pánico. Miró a Koner, confusa y avergonzada, intentando taparse, en vano. Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Qué era todo aquello? ¿Así examinaban a todas las niñeras? ¿La desnudarían entera? ¿Y si no pasaba aquel extraño examen físico? ¿Tendría que volver a Aiert?

Regina pasó los dedos por la cicatriz que tenía cerca del ombligo. Aquello le provocó un escalofrío, que quedó eclipsado por el abrazo que le dio la mujer. Se separó un poco y le cogió la cara con ambas manos, con más delicadeza esta vez. Las lágrimas brotaban de sus ojos de color miel, idénticos a los de su hijo.

—Ella no lo sabe —dijo Koner.

—¿Y cómo la has traído? —preguntó su madre.

—Tengo mis métodos, madre —respondió sonriendo, mientras se acercaba a Maira.

Cogió a la muchacha por los hombros y la miró fijamente a los ojos, rezumando emoción.

—Maira, no te he dicho nada porque no estaba seguro. Pero mi madre sí lo está. El día en que te vi por primera vez, en el puerto de Aiert, al mirarte, por un segundo pensé que eras mi madre regañándome por haber bebido demasiado. Eso me dio que pensar, y estuve todo el día siguiente buscándote por la ciudad. No fue fácil, créeme. Te busqué por todas partes. Como no estaba del todo seguro, les pedí a las chicas que te dieron el baño que me dijeran si tenías alguna cicatriz en la barriga. Tienes una cerca del ombligo. Te la hicieron el día que naciste. A la matrona se le fue un poco la mano al cortar el cordón y bueno… —Miró a su madre—. Casi te destripa. A esa le cortaron las manos. Y eso lo sé porque eres mi hermana, Maira. Maira de Terralta.

—No lo entiendo —murmuró ella, desconcertada.

Regina se acercó a ella y le acarició el pelo, que estaba sucio y grasiento por el viaje, pero no pareció importarle.

—Hace dieciséis años, di a luz a una niña, un año después de que naciera Koner. La llamamos Tasha. Unos familiares del sur deseaban conocerla, así que cuando cumplió los dos años, hizo su primer viaje. Yo no pude ir, porque acababa de quedarme encinta y los primeros meses de aquel embarazo fueron muy malos. Enviamos a Tasha con un par de nodrizas —explicó la mujer, hasta que se le quebró la voz. Se detuvo unos instantes, y luego añadió—: Una furiosa tormenta azotó

el mar de Hibai una noche. La embarcación no pudo soportar el oleaje, y naufragó. Nadie salió con vida. Cuando me enteré de que mi hija había muerto, perdí al bebé que crecía en mi vientre. Fue espantoso. Nunca pensé que Tasha pudiese sobrevivir a aquello… si lo hubiese sabido… —murmuró mirando a Koner.

—Todo tiene sentido, Maira. Tienes la cicatriz, la edad, el físico. Y la mujer que cuidó de ti te encontró en la playa. Y yo te encontré en Aiert. La ciudad donde todo se encuentra, aunque no lo estés buscando —aclaró Koner.

—Mi niña, tenemos que ponernos al día —dijo Regina.

Maira no fue capaz de hablar. Ni siquiera fue capaz de pensar. Se estaban equivocando. Ella no era quien decían ser. Pero en su mente solo había una imagen. La madera flotando en el mar, y los ojos negros mirándola. Quizá aquello que ella creía un sueño no era más que un recuerdo.

Un recuerdo espantoso.

Capítulo 19: Rayo

Maira había articulado como mucho dos palabras seguidas desde que le había sido revelada su verdadera identidad. No podía asimilarlo. Mil cosas, y ninguna a la vez, parecían taladrarle la cabeza desde todos los ángulos posibles. Ni siquiera había querido conocer a sus otros hermanos. Se había excusado pidiendo tiempo para ir al templo. Había salido como alma que lleva el diablo del castillo.
Se perdió en las calles de aquella ciudad desconocida, que resultaba ser su ciudad natal. Hervían de vida, con gente aquí y allá que le lanzaba miradas curiosas. Sabían que era la joven que había venido con Koner de Terralta, pero no sabían todavía de quién se trataba aquella misteriosa muchacha. Las casas, que se apiñaban las unas con las otras, y los ropajes coloridos contrastaban con la rudeza de sus rostros, acostumbrados al clima frío y al trabajo duro. Los habitantes no eran como los de Aiert. En Reldeter no había mucha mezcla, ni muchas lenguas, ni muchas culturas. Era gente arraigada a sus tierras, a su frío y a su mar. Existía la misma pobreza que en Aiert, pero no tantos lujos. Aquello la hacía sentir un poco más cómoda, más en su sitio. La pobreza era una constante allá donde fuese, y era lo único que ella conocía. Se podía ser pobre en cualquier lugar.

La parte alta de Reldeter, la que descansaba al pie de las montañas, era la más adinerada. Se notaba en sus fachadas cuidadas y edificios anchos. Cuanto más se acercaba uno a la playa, menos poder adquisitivo tenían sus habitantes. La pintura se desconchaba de las paredes, los niños jugaban, sucios, junto a la basura, los cerdos y las gallinas. El aire olía a salitre y pescado. Las gaviotas danzaban en el aire, mucho más robustas que sus primas del sur. Maira descendió entre las callejuelas cargadas de humedad y gentío hasta llegar a la playa. El puerto, más pequeño que el de Aiert, pero aun así impresionante, se extendía a su izquierda, pero ella prefirió quedarse en la arena. Un grupo de pescadores salaba grandes pedazos de bacalao con sus manos agrietadas, mientras charlaban animosamente. Lanzaban los restos a un lado, que eran devorados por las aves

hambrientas. Maira se descalzó y se acercó a la orilla. Aquellas aguas eran mucho más frías que las de Aiert, pero también más limpias, más puras. Soltó un suspiro de desesperación mientras notaba como se le dormían los pies. Al menos aquello conseguía mantenerle la cabeza un poco más despejada.

Unos ojos negros asomaron de entre las aguas, mirándola fijamente. Maira dio un brinco y se le escapó sin querer un gritito. Oyó las risas de los pescadores, que la miraban, divertidos. Uno de ellos se acercó, limpiándose una mano en un trapo desgastado y mugriento que le colgaba del cinturón.

—Eres la nueva en Reldeter, ¿verdad? —le preguntó, amable, con acento cantarín.

Sus vestimentas de colores chillones lo hacían resaltar sobre la arena oscura. Bajo la mugre de su rostro, se adivinaban unas pecas gruesas y oscuras.

—Es una foca, no te hará daño. Solo quiere curiosear, y algo de pescado. Toma, lánzaselo.

El hombre le puso las entrañas de pescado en la mano. Maira observó al animal. No eran los ojos oscuros de su sueño. Los de la foca eran brillantes, llenos de vida y de curiosidad. El animal sacó un poco más la cabeza del agua, olisqueando el aire. Después volvió a meterse bajo el agua, solo para aparecer un poco más cerca. Maira lanzó las tripas de pescado hacia la criatura, y la foca se apresuró a cogerlas. Al cabo del rato, volvía a mirarla, esperando más.

—Nunca se cansan. Son inofensivas. Un poco ladronas a veces, pero nada más. Siempre hay que tratarlas bien, por si son selkies.

—¿Selkies? —preguntó Maira.

—Sí, seres cambiantes que pueden deshacerse de su piel de foca. Dicen que las mujeres son de una belleza increíble. Cuenta la leyenda que esconden su piel de foca al salir del mar, y aquel que la encuentre podrá someterla. Pero si la selkie vuelve a encontrar su piel, huirá de nuevo al mar.

Maira miró al animal, que se movía de aquí para allá sin quitarle los ojos de encima, y se preguntó si sería una selkie. Por su inteligente mirada, podría haber sido posible.

—Bienvenida a Reldeter —dijo el hombre mientras volvía a su trabajo.

Maira le dio las gracias y se agachó junto a la orilla para lavarse las manos, aún bajo la atenta mirada de su nueva amiga marina. Una hermosa concha amarilla brillaba bajo el agua, semienterrada en la orilla, como un pequeño lucero. Maira la cogió entre sus dedos,

quitándole la arena negra y fina. Se aseguró de que no estaba rota y se la guardó para llevarla al templo. Volvió a calzarse y deshizo sus pasos. Escuchó un poco de jaleo cerca del puerto, y se acercó a ver qué sucedía. Había varios hombres alzando la voz y haciendo aspavientos. Maira pensó que estaban peleándose, pero al acercarse más descubrió que se trataba de una subasta de pescado. Los pescadores habían dejado en el suelo la mercancía, colocada en cuencos de cerámica vieja. Maira se quedó un rato allí, impregnándose del olor y las voces. El bullicio del puerto le daba paz. La hacía sentir en casa. El viento comenzaba a arreciar, y hacía ondear su vestido cada vez con más intensidad. Dejó atrás la subasta y ascendió por el acantilado hasta la plaza mayor.

El templo de Reldeter era más pequeño que el de Aiert, pero resultaba igual de espectacular. Sus cúpulas doradas, su grandeza, su paz. Se alzaba imponente en medio de la plaza, dueño de la montaña, del mar y del cielo. En el centro de la plaza tenían también un árbol Kervasi. No era el original, que estaba en Aiert, pero provenía de un esqueje de este. Todos los Kervasi provenían del árbol de la ciudad donde todo se encuentra. Maira entró atravesando los inmensos arcos hermosamente decorados con relieves que contaban historias. Olía igual, a velas, y el silencio sepulcral reinaba en todos los rincones. Se acercó a la caja de ofrendas y dejó la hermosa concha en ella, pensando, como siempre, en Frida.

Se sentó frente al altar. Necesitaba respuestas, pero ni siquiera sabía a qué preguntas. El que debía de ser el Gran Sacerdote de la ciudad se acercó y se sentó junto a ella.

—Bienvenida, hija. Hay algo que os atormenta. ¿Qué es?

—No sé quién soy —respondió ella tras pensarlo un buen rato. Le extrañó el tono con el que el religioso se dirigía a ella, pero nunca había hablado con un Gran Sacerdote, así que quizá era esa la forma en la que se dirigían a todo el mundo.

—Es que eso es muy difícil de saber. Somos cambiantes, como el agua de un río. Nunca somos los mismos, y eso a veces nos dificulta el poder conocernos bien. Hay que pensar en nuestra esencia, en lo que Ezartz quiere de nosotros. Si estáis atenta, Él os lo mostrará, cada día, y así podréis saber quién sois. Y cada día será diferente, porque Ezartz siempre nos pide cosas distintas, por eso cambiamos.

—Gracias, Gran Sacerdote. Estaré atenta a sus voluntades —respondió sin mucha convicción.

—No hay de qué, hija. Y, de todas formas, acabar el día siendo una Terralta no está nada mal. Son una buena familia, muy devotos —añadió.

Maira abrió mucho los ojos, atónita. El Gran Sacerdote sonrió, posando su mano sobre la de ella.

—Las buenas noticias vuelan, y me alegra ver a la pequeña Tasha convertida en una mujer, aunque me han comentado que preferís que os llamen Maira. Ezartz tenía un camino distinto para vos.

Maira se quedó callada, mirando hacia el altar. Se preguntó si todo aquello sería una alucinación, y si al salir por la puerta del templo, volvería a la plaza de Emork, y andaría hacia su barca en el puerto, siendo una completa desconocida y no la descendiente de un señor poderoso, única superviviente de un naufragio que había tenido lugar catorce años atrás.

—Por cierto, tengo que daros una cosa —comentó el Gran Sacerdote. Se levantó y volvió con algo brillante entre los dedos—. Este colgante os protegerá, e iluminará vuestro camino como un rayo en medio de la Oscuridad. Espero que también os ayude a descubrir quién sois.

Un deslumbrante rayo de oro colgaba de una cadena del mismo material. El sacerdote le hizo darse la vuelta, y colocó la hermosa joya alrededor de su cuello. Maira miró el colgante, acariciándolo con los dedos. Qué fuera de lugar lo sentía allí, sobre su piel.

—Que Ezartz os bendiga, Maira de Terralta.

Maira salió del templo con una sensación agridulce. Echó la vista hacia el cielo, y vio que estaba atardeciendo, y que además seguía en Reldeter, y no en Aiert. Sus esperanzas de estar en un episodio de locura transitoria se desvanecieron. Se dirigió hacia el castillo, con pasos lentos y meditabundos, tocando el rayo de oro que le pendía del cuello. Al cruzar las puertas del castillo, todo aquel que se cruzaba con ella le dedicaba una reverencia confusa. Le entraron ganas de llorar y de gritarles que no quería sus reverencias. Que ella no era una Terralta, sino una mendiga y ladronzuela del sur a la que habían confundido con una noble. El día anterior ni siquiera tenía apellido, y el nuevo le pesaba en los hombros como una carga maldita que no había pedido.

Koner la interceptó en medio del patio de armas, cogiéndola por los hombros, alterado.

—Oh, ¿dónde estabas? Has tardado una eternidad. De hecho, pensaba que ya no ibas a volver… Ah, veo que has conocido a nuestro Gran Sacerdote —manifestó mientras sujetaba la joya entre los dedos—. Venga, vamos, están todos esperándote y tú aún llevas la ropa del viaje y encima hueles a pescado que tira para atrás —añadió a la par que arrugaba la nariz.

La empujó con delicadeza, guiándola por los pasillos de piedra.

—Koner, hoy he conocido a una selkie —le contó mientras la dirigía Ezartz sabe dónde.

—Ah, ¿sí? ¿Era tan hermosa como dicen?

—No lo sé, todavía llevaba su piel de foca.

El joven echó a reír, y la empujó con ímpetu, pero cierto cariño, para que caminase más rápido. La hizo meterse en una habitación que olía a perfume y que estaba caldeada. Una sirvienta la saludó sin articular palabra, solo con una reverencia estudiada y arraigada a sus huesos.

—Ayelén, cámbiala de ropa y dale un baño, ha estado jugando con una selkie y apesta a pescado. Y no queremos presentarla a la familia oliendo a pescado, ¿a qué no? Vengo a buscarla en un rato.

La criada, Ayelén, asintió. La mujer, a la que la juventud comenzaba a abandonar lentamente, tenía una mirada dulce y unos labios carnosos que se curvaban en una sonrisa servicial. Koner salió de la habitación y cerró la puerta de madera maciza tras de sí.

—Mi señora, os he preparado un baño caliente con lavanda, para relajaros los músculos tras el largo viaje. Podéis desvestiros —dijo la mujer.

Maira no creía poder acostumbrarse a que la trataran así, como si pudiese ofenderse a cada palabra o gesto que hiciesen a su alrededor. La agotaba. Se había pasado su vida siendo nadie, y ser alguien de repente la colapsaba a todos los niveles. No sabía cómo actuar. Se quitó la ropa sucia y se metió en la bañera, que humeaba vapores penetrantes y exquisitos. Ayelén le lavó el pelo y la piel con cariño, como si fuese una madre cuidando de su hija.

—Mi señora, yo seré vuestra sirvienta a partir de ahora. Cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que hacérmelo saber —anunció mientras le desenredaba el pelo con una suavidad excepcional.

Maira permaneció callada durante todo el baño. Ayelén le untó la piel y el cabello de aceites y sustancias que no había visto ni olido jamás.

—¿Deseáis algo más, mi señora?

Maira la miró sin saber qué decir. La mujer pareció recordar algo y sonrió con dulzura.

—No os preocupéis, uno se acostumbra pronto a estas cosas.

Ayelén la ayudó también a vestirse. Le puso tantas capas de ropa por debajo del vestido que apenas podía moverse. Notaba como le apretujaban el vientre y el pecho, ahogándola.

—¿Hace falta poner eso también? —le preguntó Maira, sofocada.

Ayelén sonrió, asintiendo, y le explicó que cuantas más capas de ropa llevara, más alto sería su estatus. Maira se preguntó cómo sabría eso la gente, si el vestido iba a tapárselas. Ayelén la ayudó a enfundarse por fin el largo vestido, que la cubría hasta los pies. La tela era suave y brillante, de un esplendoroso color azul marino. Los bordados, dorados y granates, decoraban el cuello alto, las mangas anchas y la cintura.

Ayelén la sentó en un butacón que reposaba frente a un espejo de marcos dorados que se hallaba sobre un tocador repleto de botecitos curiosos. Peinó su cabello, lo trenzó y se lo recogió en la nuca. Apretado. Muy apretado. Después le aplicó unos polvos blanquecinos por la cara y el cuello, y otros más rojizos en las mejillas y en los labios, aunque muy discretos. Añadió una fina tiara dorada, que creaba espirales brillantes en su frente, y del centro de la cual pendía una perla alargada, que quedaba justo por encima de su entrecejo. Ayelén se retiró y dejó que Maira se observase en el espejo. Sus ojos le devolvían la mirada, pero sentía que era otra persona la que la imitaba desde el otro lado del espejo. Alguien aporreó la puerta desde fuera. Ayelén la abrió y dejó entrar a un nerviosísimo Koner. El joven se paró en seco y se llevó las manos al pecho de manera teatral. Eso hizo sonreír a Maira, a pesar de todo y casi en contra de su voluntad.

—Ahora sí, gracias a Ezartz —resopló Koner.

Él también se había cambiado de vestimenta. Se acercó a su hermana y le cogió el rostro con ambas manos. No dijo nada, se limitó a mirarla con orgullo.

—¿Estás preparada?

—No —respondió ella sin dudar.

—Claro que sí. Venga, acabas de llegar y ya los tienes a todos esperándote. Aprendes rápido.

Maira se levantó con un suspiro. Koner le levantó la barbilla con un dedo y le echó los hombros hacia atrás. Se puso a su lado y la cogió del brazo.

—Allá vamos.

Capítulo 20: Buenas nuevas

Maren descansaba en una taberna del puerto de Reldeter que olía a cerveza agria e hidromiel. Los marineros aprovechaban las pocas horas que pasaban en tierra bebiendo y cantando en las tabernas, y buscando mujeres que pudiesen darles algo de cariño antes de volver al mar. Maren buscaba otras cosas. Echó un ojo al recinto. No había nada excesivamente interesante, excepto por el tabernero. Se acercó al hombre, que cuchicheaba con uno de sus clientes habituales. Le pareció guapo, aunque era bastante mayor. Nunca le había importado la edad de los hombres con los que estaba. Más joven o más viejo, qué más daba. Lo importante es que le funcionase bien.
El tabernero le dedicó una mirada que no era del todo hostil, pero que intentaba parecerlo. Maren estaba acostumbrada, y no le importaba en absoluto. No era habitual ver una mujer por aquellos lares que no fuese puta, y Maren estaba claro que no lo era. Menos común todavía era ver a una mujer vestida de hombre, y que no solo fuese marinera, sino también capitana. Maren se apoyó en la barra y se acercó aún más a los dos hombres, que habían interrumpido los cuchicheos al verla llegar.

—He oído que va a haber una boda entre un Terralta y una Marnegra —comentó ella mientras le daba un sorbo a su jarra de hidromiel.

La mujer esperó con paciencia a que los dos hombres no la vieran como una amenaza. Al cabo del rato, el tabernero asintió.

—El hijo mayor de los Terralta con la primera de los Marnegra. Pero hay mejores nuevas todavía —soltó de forma jugosa.

Maren cambió de postura, curiosa. Las tabernas portuarias eran el mejor lugar para enterarse de cuchicheos y hacer negocios con ellos. Y Maren, en eso, era una experta.

—Soy toda oídos.

—Resulta que acaba de llegar la hija muerta de los Terralta. Bueno, no estaba muerta, pero todo el mundo pensaba que sí, hacía años que

había desaparecido.

Maren agradeció la información al tabernero dejándole algo de propina. Aquello cambió la expresión desconfiada del hombre por una muchísimo más amable. Ah, el dinero. Volvió a su mesa y se sentó, meditabunda. Una enorme sonrisa lobuna le cruzó la cara. Aquello significaba fiestas, banquetes, derroche y nobles viniendo de todos los rincones del norte a conocer a la Terralta fantasma. Se relamió los labios.

Aquello significaba negocios y dinero.

Capítulo 21: La corte

Antes de entrar a la gran sala, lo primero que percibió Maira fue el olor de mil delicias flotando en el aire denso y caldeado. El estómago le rugió de hambre después de estar comiendo pan duro y carne seca durante todo el viaje. Lo segundo que despertó sus sentidos fue la música festiva, que resonaba, vibrante, por todas partes, colándose bajo la inmensa puerta de madera maciza que Koner abrió con decisión.
Por nada del mundo se imaginó, en ningún momento, la cantidad de gente que la esperaba en el inmenso salón del castillo. ¡Por los rayos de Ezartz! ¿Cómo había acudido tantísima gente en tan poco tiempo? Las chimeneas crepitaban, calentando la enorme estancia plagada de mesas abarrotadas de comida y bebida, dispuestas de tal manera que dejaban un gran espacio en el centro. Tiró hacia atrás, cohibida, pero Koner la sostuvo con firmeza del brazo y la obligó a caminar, sin borrar, ni por un segundo, la sonrisa ladeada y traviesa que le atravesaba el rostro. Parecía disfrutar de su nerviosismo. Maldito fuese.

La música se silenció y las voces se volvieron susurros. Maira sintió que se mareaba, que un calor interior le subía desde el estómago y le hacía perder la cabeza, pero no tuvo más opción que seguir caminando, obligada por su hermano. Las paredes de piedra estaban decoradas con múltiples imágenes del escudo de los Terralta: tres osos dorados, con las garras en alto, sobre un fondo azul oscuro.

Regina de Terralta la esperaba junto a un hombre alto y moreno que portaba una reluciente corona de oro; Palben de Terralta, sin lugar a duda. Era su padre, al que aún no conocía. Había llegado de un pueblo contiguo con urgencia para poder recibir a su hija como era debido. Lo mucho que debía de haber corrido el mensajero. Ambos vestían con ropajes elegantes y brillantes, y Regina portaba también una corona sobre su cabello oscuro pulcramente recogido. Koner la arrastró, literalmente, hasta dejarla en frente de los señores de Reldeter, que sonreían, dichosos. Regina le plantó un beso en la mejilla y Palben le

puso las manos sobre los hombros, observándola. Maira se sintió diminuta, a pesar de que su padre no era un hombre grande. Palben la guio hasta ponerla entre él y su esposa.

—Esta noche estamos de celebración —anunció con voz recia—. Como todos sabéis, Ezartz nos ha bendecido una vez más con sus caprichosos deseos. Hoy, nos ha sido devuelta nuestra segunda hija, Tasha, a la cual todos creíamos muerta. Ezartz también ha querido quitarle ese nombre, y darle el de Maira, por lo que será conocida por todos, desde este momento, como Maira de Terralta, por voluntad de nuestro Señor. ¡Que corra la bebida, porque hoy no podemos ser más dichosos! ¡Alabado sea Ezartz!

—¡Alabado sea! —gritaron todos al unísono.

La música volvió a inundar el ambiente, cargándolo de notas festivas, y la gente comenzó a sentarse en las mesas que lucían cargadas de ingentes cantidades de comida apetitosa y bebida cara.

—Hija, siento este banquete, no hemos tenido tiempo de preparar nada mejor. Ha sido todo muy precipitado, pero me siento inmensamente afortunado de volver a tenerte con nosotros —le dijo Palben, acercándose a su oído para hacerse oír por encima de la estridente melodía.

Ella forzó una sonrisa, observando la descomunal cantidad de comida y bebida que parecía rebosar de las mesas.

—Vamos a presentarte, antes que nada, a tus hermanos.

Un grupito de niños custodiados por dos niñeras parecía esperarla, impacientes y a punto de ponerse a dar saltos nerviosos, pero controlando sus modales como bien habían aprendido a hacer. Mael, el más mayor, fue el primero en acercase a ella, le dedicó una reverencia perfectamente ensayada y le sonrió. Se parecía muchísimo a Koner. Hizea fue la siguiente, dedicándole otra reverencia y poniéndose de puntillas para plantarle un beso en la mejilla. Era una niña bonita, con aires de adultez a pesar de su corta edad. Qué incómodo. ¿Así iban a tratarla sus propios hermanos? Los mellizos, Sein y Xana, simplemente le dedicaron un par de sonrisas traviesas, sin entender muy bien qué era lo que estaba pasando, y se escaparon de los brazos de su niñera, que suspiró agotada y se remangó la falda para correr tras ellos.

El camino hacia la mesa se le hizo eterno, porque a cada paso que daba se acercaba alguien a saludarla. Más tarde, no recordaría el nombre de ninguno de los nobles de la corte de Reldeter. Le rugían las tripas de hambre y de nervios, y solo podía pensar en lo bien que olía la carne asada que la esperaba sobre las bandejas doradas.

Palben y Regina ya estaban sentados en sus enormes sillas. Vio una vacía al lado de su madre, y se apresuró a llegar a ella. Sin embargo, la comida tendría que esperar. Koner la interceptó a medio camino. Por todos los rayos.

—Esta es Aiala de Marnegra, mi prometida —le dijo, presentándole a una joven de cabello dorado y enormes ojos verdes.

Aiala le dedicó una reverencia y una sonrisa tímida pero cálida. A Maira le resultó hermosa. Tenía una expresión dulce y apacible, y la piel clara y perfecta, como si estuviese hecha de porcelana. La joven destacaba en medio de la corte, donde abundaban más los cabellos y ojos oscuros.

—Pasaréis mucho tiempo juntas, desde hace unos meses vive aquí con nosotros. Ella te enseñará a adaptarte.

La muchacha sonrió, plenamente de acuerdo con lo que decía Koner, y con cierta alegría de contar con novedades en la corte.

—Ah, y aquí están Eyben de Marnegra y Pryo de Duraroca. No son mis hermanos de sangre, pero casi —dijo Koner, dedicándoles una enorme sonrisa fraternal.

Eyben de Marnegra era obviamente hermano de Aiala, y no solo por el apellido que compartían. Ambos lucían el mismo cabello rubio y los mismos ojos verdes y brillantes, aunque la sonrisa de Eyben resultaba un poco menos recatada que la de su hermana. Pryo de Duraroca, en cambio, tenía una buena mata de pelo castaño y rizado, que dependiendo de la luz parecía rojizo, y las características pecas de los hombres del norte, acompañadas de una sonrisa encantadora que hacía juego con sus ojos achispados de color miel, también tan característicos de los norteños. Pryo era, sin duda, el más mayor, debiendo de pasar la veintena. Eyben parecía más joven, quizá de la misma edad que Koner. Tras aquellas presentaciones, fue Koner quien la acompañó hasta su asiento, dándose cuenta de que la pobre estaba ya lanzando miradas desesperadas a las bandejas de comida. Maira se sentó junto a su madre, entre ella y su hermano. Todo el mundo estaba ya en sus asientos, llenándose las bocas de comida jugosa.

—¡Brindemos! ¡Por Maira de Terralta! —vociferó Palben.

—¡Por Maira de Terralta! ¡Por los Terralta! —corearon todos.

Maira brindó con su copa llena de vino rubí, y el chocar fue tan brusco que la mayoría de líquido se derramó sobre la mesa. Los músicos tocaban las gaitas, los violines y las flautas con una energía insólita. La gente comía, bebía y reía, pero ella no sabía ni por dónde empezar, a pesar de que se moría de hambre. Tenía la sensación de que hiciera lo que hiciera estaría mal, y que además todos se darían

cuenta porque tenían los ojos puestos en cada uno de sus movimientos. Delante de ella había platos dorados con carne de animales que no conocía, y pescados exóticos rodeados de verduras exquisitas de colores vibrantes.

Regina se dio cuenta de que no comía y le cortó un pedazo de carne que puso en su plato, junto dos bolitas de color púrpura que resultaron tener un sabor de lo más intenso.

—Puedes mirarme a mí, y hacer lo mismo. Vamos, tienes que comer, estás muy delgada.

Maira observó a su madre e imitó sus movimientos, llevándose la carne tierna a los labios. Cuando acabó la noche, Maira había comido y bebido más que en toda su vida. Y las cosas con el estómago lleno y la cabeza contenta se veían de otra forma.

La gente había abandonado sus asientos y se repartía por el centro de la sala, embriagada por el vino y la música. Sus cuerpos danzaban de un lado a otro, en un baile que a primera vista podía parecer caótico, pero que a la vez resultaba fluido. Maira los observaba con cierta envidia sana, contagiándose poco a poco de la alegría que impregnaba el lugar. Dio otro sorbo de vino, que también la ayudaba a sentirse cada vez más liberada del peso que parecía acompañarla a todas partes. Los pies se le movían solos, siguiendo el ritmo. Sin embargo, no se levantó de la silla.

Koner hacía rato que bailaba totalmente desinhibido, haciendo que sus pasos resultaran torpes y cómicos. El cabello se le pegaba a la nuca, empapado de sudor, y tenía las mejillas encendidas. Se había quitado el chaleco y tenía la camisa desabotonada hasta el pecho. Eyben y Pryo estaban en condiciones muy similares, pero algo más serenos, lo que les permitía mirar a su amigo con sorna. Koner arrastró los pies hacia la mesa principal e intentó trepar, tropezando y tirando los platos y copas al suelo, despertando las carcajadas de los invitados. Volvió a saltar, esta vez logrando subirse sobre la mesa. Apartó los platos que quedaban con los pies y pidió silencio, alzando las manos. Los músicos y los bailes se detuvieron a la vez. El joven se aclaró la garganta.

—Quiero daros las gracias a todos por darle esta magnífica bienvenida a mi hermana
—anunció, arrastrando las palabras. Los invitados aplaudieron, divertidos por el espectáculo al que parecían estar acostumbrados. Por la expectación en sus ojos, parecían estar esperando alguna ocurrencia tremendamente graciosa—. Ha sido un viaje duro, porque a ella le daba miedo venir por mar y tuvimos que venir por tierra, por eso he tardado el doble en llegar. O el triple, no lo sé. Nunca se me han dado

bien los números. Pero bueno, ahora que ya estamos aquí, sanos y salvos, me alegro de haberlo hecho, porque… —hizo una pausa dramática, creando expectación entre la gente— ¡los bardos cantarán canciones de cómo vencimos a un árbol carnívoro y a un dragón gigante!

Los asistentes se echaron a reír. Koner se enfurruñó. Se agachó para coger a Maira del brazo, intentando subirla sobre la mesa. Ella se negó, cohibida, pero el joven continuó tirando de ella hasta que por fin consiguió plantarla a su lado, utilizándola también de apoyo, mientras descansaba su brazo sobre los hombros de ella.

—¡Es verdad! El árbol nos comió, pero logramos vencerlo, y el dragón era un monstruo enorme, de la altura de cuatro hombres por lo menos, con los colmillos como espadas y las garras como garfios. Él también intentó comernos, lanzando fuego por la boca, pero nosotros fuimos más fuertes y lo vencí en un combate sangriento cuerpo a cuerpo —contó Koner, exagerando algunos detalles y obviando otros.

Los invitados seguían desternillándose. Eyben y Pryo le gritaban que dejara de beber y contar historias.

—Mirad, ¡mirad! —dijo señalándose la cara—. Esta cicatriz me la hizo el dragón. La herida quemaba como si saliese fuego de ella. Maira os lo puede decir… Díselo, vamos.

Maira asintió, nerviosa.

—Tienes que ser más convincente si quieres que nos creamos las historias que nos cuenta tu hermano, porque le encantaría que todos los bardos cantasen las hazañas con las que sueña cada noche —manifestó Pryo, muerto de la risa.

—Es… es verdad. Nos comió un árbol carnívoro y nos atacó Herensuge —confirmó Maira.

Los invitados dejaron de reír, mirándola fijamente. Koner dejó que una sonrisa ladeada y triunfal le surcara el rostro.

—¡A ella sí os la creéis, eh! ¡Sois todos unos malditos zurumbáticos! —exclamó Koner. Le cogió la mano a Maira y la alzó—. Cantarán sobre los valientes hermanos Terralta y os comerá la envidia cada vez que escuchéis las canciones, que sonarán por todo Dunia durante mil años,
¡o más!

Todos aplaudieron, entre divertidos y fascinados por una historia que parecía ser real. Maira bajó de la mesa y ayudó a Koner a hacer lo propio, que se tambaleó hasta el centro de la sala para continuar con sus bailes torpes, no sin antes volver a rellenarse la copa de vino.

Koner pareció darse cuenta de algo cuando ya llevaba un rato bailoteando, y se acercó a Maira.

—Vamos, ven a bailar —le dijo.

Ella negó con la cabeza, tímida. Koner se encogió de hombros y se marchó de nuevo, como si ya hubiese cumplido con su misión. No fue el único que se acercó a pedírselo, pero ella rechazó todas las ofertas amablemente.

Maira observó a su (nueva) familia reír, beber y disfrutar, y pensó en que jamás había visto tanta gente feliz en un mismo sitio. Quizá su nueva vida no estaba tan mal, y pronto podría ser ella también una de esas personas sonrientes y despreocupadas que bailaban y reían.

Capítulo 22: No más plegarias

Julinka se despertó, sobresaltada. Oyó pasos que se acercaban. Susurró las plegarias antiguas, pero el hombre pasó de largo. Aún no le tocaba a ella, aunque sabía que no tardaría en suceder. Se miró allí donde antes había tenido el dedo meñique. Sus heridas curaban con una facilidad extraordinaria, pero todavía le resultaba extraño observar la carne rojiza e irregular que se apiñaba en lo que le quedaba de dedo. Un trozo de piel muerta le colgaba del muñón. Lo cortó con los dientes y se lo dio a una rata que la observaba, hambrienta. El animal engulló el pedazo de piel y se marchó.
Aquel día, o aquella noche, le tocaba al hombre de las plegarias, que comenzó a gritar, perturbado. Julinka intentó trabajar con él, pero el hombre no dejaba de gritar. La niña cerró los ojos y volvió a vislumbrar el edificio que se le aparecía en todos sus sueños y realidades. Lo había observado bien, y era una pirámide. Una enorme pirámide con un cáliz en forma de media luna en la cima, que brillaba, reluciente, bajo los rayos del sol. Le llegaban tantas voces que susurraban su nombre que no podía decir ni cuántas eran. La llamaban y le pedían que llegara a la pirámide. Aquello la calmaba, aunque sabía de sobra que jamás lograría salir viva de las mazmorras del templo. Aun así, tener aquellas visiones era como estar allí. Suficiente.

Volvió a abrir los ojos para cambiar de posición, pues los músculos y los huesos se le resentían contra la dura y fría roca que forraba su celda. Además, la poca carne que tenía se había consumido, dejándola prácticamente esquelética, y aquello le provocaba todavía más dolor.

El hombre de las plegarias volvía a su celda, pero no rezaba, solo emitía sonidos extraños. El guardia lo encerró y se marchó. Julinka percibió tanto dolor proveniente del preso que la hizo incluso marearse. Se asomó a las rejas para escuchar mejor. El hombre seguía balbuceando, y la niña llegó a ver como sacaba el brazo hacia el pasillo, intentado coger algo que había en el suelo. Julinka clavó la

vista en el objeto rosado que yacía sobre el suelo de piedra. Descubrió con horror que se trataba de una lengua. De la lengua del hombre de las plegarias. Un grupo de ratas se acercó al trozo de carne, y se pelearon por él, destrozándolo ante la vista del hombre, que seguía estirando el brazo tembloroso con desesperación. Las plegarias se habían acabado para él.

Capítulo 23: Libertad

Las semanas se acaecían rápido y lento a la vez, creando una medida de tiempo que Maira no entendía. Tras el Reinicio, las lluvias y tormentas habían contribuido a refrescar el ambiente, y a puertas de la Recaída, la nieve ya cubría Reldeter, aunque el sol todavía tenía la suficiente fuerza como para derretirla cuando conseguía esquivar a las nubes.

Desde su llegada a Reldeter, Maira había estado inmersa en aprendizajes de todo tipo, desde la danza hasta la costura, pasando por la hípica, el tiro con arco, la lectura, la escritura, los buenos modales y, en definitiva, a ser una buena mujer para poder conseguir un buen marido. Lo que debería haber aprendido en años tuvo que aprenderlo en meses.

Se pasaba el día ocupada, y en sus descansos ayudaba a cuidar y a educar a sus hermanos pequeños, que en ocasiones la desesperaban. Cuando llegaba la noche, caía rendida. A veces lloraba, sintiéndose culpable, porque no le faltaba comida, ni calor, ni ropa. Tenía todo lo que alguien podía desear. Todo excepto libertad. Se sentía presa del lujo, de las responsabilidades y de las apariencias. No solo se era noble por dinero o por apellido. Maira había vivido en otras prisiones, como la del hambre y la soledad, pero aquella se le antojaba insoportable. Su familia la quería, sus actividades no la agotaban físicamente, pero no podía ser ella. No podía ir donde quería ni cuando quería. Y, además, en algún momento no muy lejano, su padre la casaría con un hombre que pudiese aportarle beneficios económicos o políticos. No ser dueña de su propia vida la destrozaba por dentro, aunque solo de noche, cuando estaba sola, y lloraba en silencio con la concha que había recogido en la playa de Aiert sujeta contra su pecho. De día, se mostraba alegre y dispuesta a todo, intentando ser, ante los ojos de su familia, la persona que esperaban que fuese.

Aiala la ayudaba a sentirse mejor. Era una mujer agradable y dulce. Se movía como si nunca tuviese prisa, hablaba lento y pausado, hacía las cosas con cariño y dedicación. Maira la envidiaba por cómo había

aceptado su destino, pero también sentía un poco de rabia. A veces la impacientaba. Una tarde, mientras aprendía costura junto a ella, Maira le preguntó:

—¿Cómo te hace sentir que te casen con Koner?

—Muy bien, es un gran matrimonio. Estoy muy contenta, y eso reforzará la alianza entre los Terralta y los Marnegra —respondió ella, dedicándole una sonrisa recatada.

—Pero… ¿no te hace sentir mal que lo hayan decidido por ti? —insistió.

—No, claro que no. Así son las cosas. Además, Koner es un buen hombre. He tenido mucha suerte.

—Sí, pero ¿y si no lo fuera?

—Si no lo fuera, no importaría. Es mi deber. Es lo que se espera de nosotras. Se nos cría fuertes, capaces de soportar cualquier cosa. Hemos venido al mundo a ser buenas esposas —dijo, encogiéndose de hombros. Miró a Maira y vio el miedo en sus ojos—. No te preocupes, te casarán con un buen hombre. Tu familia te quiere.

Aquello no tranquilizó a Maira en absoluto. De hecho, no entendía la fortaleza que mostraban todas las mujeres a su alrededor. Ella se sentía débil. Era débil. No podría cumplir con aquel deber. Y echaba de menos a Frida, más que nunca. Con ella era libre de pensamiento y de acciones, libre de amor. Se sentía como una cría, aunque hacía años que había dejado de serlo.

Una noche, le contaba a su hermana Hizea un cuento sobre una princesa y un príncipe, el favorito de la pequeña. La niña la había interrumpido, curiosa, preguntándole si ya sabía con quién la iban a casar. Maira respondió que no, vacilante.

—Yo tengo muchas ganas de casarme. Quiero que me casen con Eyben de Marnegra. Seré la mejor esposa del mundo, le daré muchos hijos, todos hombres —había dicho la pequeña, orgullosa.

A Maira aquello le heló la sangre. No era normal que una niña de su edad pensase en esas cosas. Intentó explicarle que debía ser una niña, comportarse como tal, jugar, cantar, correr y ensuciarse. Pero no encontró las palabras.

Algunas noches, cuando todos dormían, Maira se enfundaba bajo una capa oscura y tupida y se escapaba a la playa, burlando a la guardia del castillo. No le resultaba muy difícil. Estaba acostumbrada a pasar desapercibida, y el castillo se quedaba muy tranquilo cuando pasaba de medianoche. Se quedaba sentada sobre la arena, imaginándose la libertad, soñando en ponerse una piel de foca y nadar hasta otros

mundos. Pero incluso las selkies podían ser sometidas si un hombre encontraba su piel.

Los días previos a la boda entre Koner y Aiala fueron un absoluto caos. Los preparativos ocupaban todas las actividades de todos los días. La ciudad entera estaba sumida en el bullicio festivo. Las embarcaciones se apelotonaban en el puerto, vendiendo ropa, comida y objetos de valor. Todo el mundo estaba jubiloso. Todos excepto Maira, que lo único que sentía era miedo. ¿Sería ella la siguiente?

La boda se celebró cinco días antes de la Recaída. Aquella mañana hacía frío. Ayelén ayudó a Maira a enfundarse en un hermoso vestido de color violeta. Le recogió el pelo y le puso su tiara perlada.

Las mujeres llegaron primero al templo, ocupando los banquillos de la parte izquierda. Todas llevaban velos oscuros, que les cubrían el rostro, y guantes. Ninguna mujer, a parte de la novia, podía mostrar su piel, para darle a la futura esposa la atención que merecía. Aquel día, Aiala era la única mujer que merecía ser observada. Los hombres llegaron, ocupando los banquillos de la derecha. El Gran Sacerdote se encontraba tras el altar, justo debajo del inmenso rayo de oro que colgaba de la pared.

Koner fue el siguiente en llegar. El templo entero se sumió en el silencio. El joven caminó con lentitud y altivez hasta el altar. Maira lo observó a través del velo con cierto orgullo. Aquel día irradiaba poder y, además, estaba muy apuesto. Sus ropajes de colores quedaban eclipsados por la capa de piel clara y mullida, tintada en su mayoría de un azul resplandeciente, con los tres osos dorados del escudo de los Terralta alzando sus garras. Llevaba también una corona sencilla, que destacaba sobre su cabello oscuro.

Aiala se hizo esperar un poco más. Entró al templo del brazo de Abner de Marnegra, su padre. Era un hombre alto, elegante y altivo, con el cabello y la barba rubios y unos ojos claros y penetrantes, que había dejado en herencia a sus hijos. Acompañó, orgulloso, a su hija hasta el altar. La dejó allí plantándole un beso en la mejilla. La madre de Aiala, Fabienne de Marnegra, estaba sentada junto a Regina, llorando disimuladamente tras el velo. Maira no pudo distinguir si lloraba de alegría o de tristeza.

Aiala llevaba un vestido negro y sobrio, y el cabello rubio recogido en la nuca. Una tiara sencilla le servía como tocado, y también llevaba una capa, mucho más sencilla que la de Koner, con el escudo de los Marnegra bordado en ella: un fondo oscuro con tres coronas doradas. Aiala sonreía con pudor y alegría a partes iguales. Endemoniada mujer. Tenía un saber estar que Maira volvió a envidiar, una vez más.

El Gran Sacerdote empezó el sermón, que para Maira duró más de lo

debido. No dejaba de removerse en el banco, aburrida. Habló de Ezartz, de Kalid y de las responsabilidades del matrimonio tanto para el hombre como para la mujer. Instó a Koner a ser fuerte como Ezartz, a iluminar el camino de su esposa en la Oscuridad, y a Aiala a renegar de la feminidad de Kalid y a vivir en la modestia, debiéndose a su marido y a sus hijos.

—Ahora tenéis que emprender juntos este camino sagrado, que solo terminará con la muerte —anunció el Gran Sacerdote.

Maira se sorprendió pensando en que morir era una manera válida de ser libre. Sacudió la cabeza para quitarse rápidamente aquel pensamiento de la mente y observó como Koner y Aiala sonreían, mirando a los invitados. Intentó convencerse a sí misma de que si ellos se veían tan felices, ella también podía serlo.

Palben le quitó la capa a Aiala, y le puso sobre los hombros una nueva: la que llevaba el escudo de los Terralta. Tras eso, el Gran Sacerdote se puso delante de ellos, abandonando el altar, y ató las manos de ambos, poniendo la de Koner encima, con una tela roja. Después, vendó los ojos y las orejas de Aiala con una tela del mismo color. Volvió a colocarse tras el altar, satisfecho.

—Ahora Aiala de Terralta ya no necesitará su vista, ni su oído, ni ningún otro sentido. Solo necesitará la mano de su esposo, Koner de Terralta, que la guiará por los caminos de Ezartz y la apartará de la Oscuridad de Kalid. Tendrá que confiar en él, y él protegerla a ella.

Koner guio los pasos de Aiala, que sonreía con timidez. Cuando salieron por la puerta del templo, la muchedumbre estalló en aplausos y vítores. El matrimonio recién unido caminó así hasta el castillo, recibiendo las bendiciones de los ciudadanos, y seguidos por la familia cercana. Maira alcanzó a oír como Koner le soltaba alguna que otra broma a Aiala, que intentaba no reírse. Maira sonrió. Ah, Koner. De verdad quería a su hermano.

Ya en el castillo, las mujeres se quitaron los velos y los guantes y adoptaron una postura mucho más festiva. Aiala había cambiado su vestido oscuro por uno colorido y alegre. El banquete fue descomunal. Maira jamás había visto nada igual, y entendió entonces por qué su banquete de bienvenida les había sabido a poco. Comparado con aquel, había sido tan solo un aperitivo. Cuando todos tuvieron el vientre lleno, comenzó la danza nupcial.

Koner y Aiala realizaron los pasos que llevaban aprendiendo desde su compromiso, cada uno en una punta del salón. El resto de jóvenes de la corte, que no estaban casados, esperaban pacientes su turno, entre ellos Maira. Cuando los recién casados se juntaron por fin en el centro de la gran sala, el resto de jóvenes iniciaron también la danza, las

chicas a la izquierda, los chicos a la derecha. Maira se sabía bien el baile. Era una de las pocas cosas que le había gustado aprender, y se había descubierto siendo una buena bailarina. Era de movimientos gráciles y tenía un don para seguir el ritmo de la música.

Mientras iniciaba los primeros pasos, levantó la vista para descubrir quién le había tocado como pareja de baile, al otro lado de la sala. Eyben realizaba los pasos de la danza con energía, justo delante de ella. Le sonrió. A Maira le caía bien, siempre era amable con ella, así que se alegró de que le hubiese tocado como pareja. Siguieron realizando los pasos, primero lentos, que poco a poco los llevaron a reunirse en el centro de la sala, hasta llegar a cogerse de la mano. En ese momento, la danza adoptaba un ritmo mucho más frenético. Al joven Marnegra le costaba un poco más seguir los pasos, pero aun así se notaba que había practicado y que disfrutaba de ello. Daban vueltas, se unían, se separaban y volvían a unirse, hacia un lado, y después hacia el otro. Cuando la danza terminó, los invitados aplaudieron y ellos les dedicaron unas reverencias entre respiraciones entrecortadas y mejillas sonrosadas por el esfuerzo.

La segunda parte de la danza nupcial resultaba aún más divertida, sobre todo para los que miraban desde fuera. Las jóvenes solteras se giraban, mirando a los invitados que se sentaban a la izquierda de la sala. Koner y Aiala les tapaban los ojos con trozos de tela. Fue Koner el que le tapó los ojos a Maira.

—Espero que no te caigas —le susurró con sorna al oído.

Maira sonrió. No pensaba caerse. Pero en los ensayos no iba harta de vino, lo cual supuso que complicaría un poco las cosas. Cuando los hombres jóvenes se acercaron a sus parejas de baile, los invitados ya se estaban riendo, anticipándose al desastre. Notó las manos de Eyben en los hombros, y entonces comenzó. Él empezó a hacerla girar, primero lentamente, y después a más velocidad. Maira lo escuchaba reírse, divertido.

—¡Tres, dos, uno! —gritó Koner.

Entonces Eyben la cogió de la mano y echaron a correr. Oyó un golpe cerca, así que alguien había caído al suelo. Era un problema estar mareada, con los ojos vendados, pero lo peor era tener un compañero de baile tan borracho que acabarais los dos en el suelo. Los invitados se morían de la risa. Otro golpe acompañado de improperios. Realmente era mucho más complicado hacerlo con el alcohol corriéndole por las venas, pero aun así Maira evitó caerse, y aunque dio algún que otro traspiés, Eyben la sostenía con fuerza. Aquello era una especie de ritual para dejar claro que los caminos de Ezartz no siempre eran sencillos de recorrer, pero siempre podía superarse todo

si una se dejaba guiar por la mano correcta.

—¡Ya tenemos ganadores! —anunció Aiala, que observaba la línea de meta con atención.

Maira se quitó la venda de los ojos y miró a su alrededor. Todavía le daba vueltas la cabeza, e incluso le vinieron ganas de vomitar. Dio un traspié y Eyben la sostuvo, dejándola de nuevo en su sitio. Sonreía, orgullosa de no haberse caído. La pareja de Pryo de Duraroca se dobló sobre sí misma y vomitó. Pryo dio un salto a un lado, maldiciendo entre dientes mientras los criados se apresuraban a limpiar el desastre. Aquello formaba parte del espectáculo mucho más a menudo de lo que nadie estaba dispuesto a aceptar. Aiala y Koner se acercaron a Maira, obviando a la pobre muchacha que parecía estar conteniendo una segunda arcada. Aiala le puso sobre la cabeza una cinta de flores, y Koner hizo lo propio con Eyben. Habían llegado los primeros.

—¡Está amañado! Han ganados los hermanos de los novios —gritó Pryo, burlón, mientras miraba de reojo a su pareja, por si acaso.

Koner le propinó una colleja amistosa. Los asistentes aplaudieron, complacidos. Maira observó, ya más serena, las ovaciones que le dedicaban. Se unió a los aplausos, feliz y orgullosa, mientras se le asentaba la cabeza. Eyben hizo lo mismo, satisfecho y risueño. Y entonces los ojos de Maira se detuvieron entre los asistentes. Su padre, Abner de Marnegra y Thamer de Duraroca (el padre de Pryo) murmuraban, distraídos, mientras le dirigían miradas. Palben negaba con la cabeza, mirando a Abner. La sonrisa de Maira se le borró del rostro. Los tres hombres hablaban de ella, y seguramente en aquellos momentos estaban decidiendo sobre su futuro.

La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada, y los invitados siguieron comiendo, bebiendo y bailando incluso cuando los novios ya se habían retirado a la alcoba. Los padres de Koner y el Gran Sacerdote siguieron a los novios, esperando a que consumaran el matrimonio para poder verificar la pureza de Aiala.

Maira no volvió a bailar. No volvió a probar bocado. Se apoderó de ella una sensación de opresión casi insoportable, como si todo a su alrededor hubiese quedado contaminado por la toxina de la desesperación. Sus esperanzas de poder ser feliz con aquella vida se habían evaporado. No podría soportarlo.

Aquella noche, Maira no durmió bien. Soñó que le sacaban los ojos y le perforaban los oídos, y que una mano áspera la paseaba, ciega y sorda, sobre un mar de cuchillos, obligándola a pisarlos todos.

Capítulo 24: Tras la Recaída

Maren apuró su segunda jarra de hidromiel, disfrutando de la taberna prácticamente para ella sola. Según le habían contado, la boda entre el Terralta y la Marnegra había sido espectacular, y ella había vendido mucha de la mercancía que acababa de traer desde las Islas Centrales. Estaba muy satisfecha. En pocas semanas había estado dos veces en Reldeter. Pensaba quedarse hasta la Recaída, para acabar de vender todo lo que le quedaba. Apuró el último sorbo y salió a pasear por el puerto, agradeciendo algo de aire fresco para dejar atrás el olor a orines y sudor rancio de la taberna. Sin darse cuenta, llegó hasta la playa, que estaba desierta. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y soltó una palabrota. Hacía un frío digno de la Oscuridad.
A aquellas horas de la noche solo se escuchaban las lenguas de agua acariciando la arena. La luna iluminaba el paisaje de forma sutil, creando una atmosfera fantasmagórica intensificada por el vaho que le salía a Maren por la boca. Un poco más allá, cerca de las rocas, le pareció ver a alguien. Una silueta se agazapaba en la arena. Maren se acercó, sigilosa. Descubrió que era una mujer escondida bajo una capa tupida. Supo que era mujer porque la delataron sus sollozos que, aunque eran débiles, rompían el silencio de la noche. Maren carraspeó para hacerse notar. La mujer se sobresaltó.

—No te asustes. ¿Estás bien, querida? —le preguntó Maren, sentándose junto a ella. La arena estaba congelada y húmeda, así que soltó otro improperio al notar como se le mojaba el trasero.

La chica la miró. Era joven. Y era noble. De cerca, su ropa la delataba, aunque su postura encorvada hacia delante no era propia de alguien de alta alcurnia.

—Señora, ¿qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó Maren, cambiando el tono e incomodándose de golpe.

—Nada —respondió la joven, sorbiéndose la nariz.

—No lloréis por ningún hombre, no valen la pena —dijo Maren, burlona, mientras se encogía de hombros y se marchaba.

No tenía ganas de aguantar los lloriqueos de una joven rica, con toda probabilidad preñada por accidente. El frío se volvió insoportable y volvió a la taberna a por otra jarra de hidromiel, justo cuando empezaba a nevar.

Maren nunca había pasado la Recaída en Reldeter, pero la fiesta era igual en todas las Tierras Modernas. No sabía qué hacían los nobles, pero el resto de la población se reunía alrededor de grandes hogueras, para darle luz a la noche más larga del año. La época de lluvias se había terminado, y se sumían ahora en un clima frío y duro, difícil para la cosecha. Las hogueras calentaban los cuerpos y los corazones, intentando mantenerlos cálidos hasta el Resurgimiento. Al día siguiente, la gente corría a bañarse a las gélidas aguas del Mar del Norte, para demostrar que no le tenían miedo a los demonios de la Oscuridad, que vivían bajo las turbulentas aguas. Y porque, según se decía, aquello evitaba los catarros invernales, algo que Maren dudaba mucho.

Aquel día, tras una noche de Recaída marcada por las nevadas, Maren decidió que partiría de nuevo. Se tomó una jarra de cerveza agria antes de marcharse. El tabernero la llamó. Ya se habían hecho casi amigos. A Maren no le resultaba difícil caer bien. Tenía desparpajo y desprendía una autenticidad magnética, que hacía que, tras el recelo inicial, se le cogiese cierto cariño. Pidió otra jarra, dispuesta a compartir unos instantes más con el hombre.

—Tengo una buena nueva, Maren —le dijo mientras le servía la cerveza.

—Suéltala.

—El Gran Sacerdote ha conseguido atrapar a un demonio. Mañana lo enseñarán en la plaza, delante del templo.

A Maren se le atragantó el sorbo de cerveza. Por un instante, sintió que todo le daba vueltas. Le pagó al tabernero, sin decir una palabra y dejando la jarra llena, y se dirigió a su embarcación como si hubiese visto un fantasma. Nero estaba fumando en la cubierta, acompañado de otro hombre que huyó al ver a Maren. Las parejas ocasionales de Nero solían comportarse así. Como si a ella le importase con quién compartían sus fluidos. Observó al hombre correr despavorido hasta meterse en una callejuela. Nero la miró, encogiéndose de hombros, y ella respondió con un gruñido.

—No podemos irnos todavía, Nero.

El marinero asintió. Nunca la cuestionaba.

Capítulo 25: Ojos

Un sol débil entraba por la pequeña ventana, pero no calentaba. Por suerte, la chimenea crepitaba cerca de ellas, desprendiendo un agradable calor. Aiala tejía y canturreaba, inmersa en sus pensamientos, mientras Maira leía los antiguos escritos de Ezartz sobre cómo ser una buena esposa, llamado, precisamente, El manual de la buena esposa. Era un libro grueso y antiguo, con el lomo de piel desgastado y unas hojas amarillentas, pero grabadas con mucho gusto. El texto, sin embargo, era tedioso hasta decir «basta». Por los rayos de Ezartz, nadie sabía lo mucho que odiaba leer aquel libro.
—¿Qué tal todo? ¿Eres feliz? —le preguntó a Aiala, dándose un respiro de su densa lectura.

—Mucho. Estoy muy contenta. Espero poder darle un hijo pronto —respondió,
sonriente—. Mira, estoy tejiendo esto para el futuro bebé.

Maira alabó su trabajo y sonrió, pero por dentro sintió como se le encogía el pecho de angustia. Siguió con su lectura, pero se había quedado atorada en la página que hablaba sobre no quejarse, ya que los problemas de la mujer eran nimiedades comparados con los que tenían que soportar los hombres. Lo releyó al menos tres veces, porque sus pensamientos la sacaban de allí constantemente. No es que no le gustase leer. Le gustaba, pero todavía estaba aprendiendo, así que prefería lecturas más ligeras. Le encantaban los cuentos para niños. Eran fáciles, amenos y le recordaban a las historias que le contaba Frida. Por suerte, en el castillo tenían una inmensa biblioteca repleta de cuentos. Maira no había ojeado el resto de secciones, pero se sabía el orden de los cuentos infantiles casi de memoria. La biblioteca contaba con cinco pisos que se alzaban hasta un techo altísimo. Cada uno estaba repleto de estanterías abarrotadas, y se accedía a ellos por una escalera de caracol con las barandillas blancas e intrincadas, hermosas a la vista. Los libros infantiles estaban en la tercera planta, y muchas veces Maira se quedaba allí leyendo, dejando colgar las piernas por el pequeño balcón que daba al centro de la estancia, que

gozaba de las mismas barandillas que la escalera.

—Maira, ¿puedes venir un momento? —la llamó su madre.

La joven cerró el libro, agradecida por la interrupción, y salió rápidamente de la sala. Su madre le plantó un beso en la mejilla y le acarició el cabello, poniéndole tras la oreja un mechón que se había desprendido del recogido.

—Me entristece mucho pensar en todo lo que has pasado sin nosotros. Tantos años sola… Se me rompe el alma —dijo Regina.

Maira la miró sin comprender. Ya le había hablado de Aiert, de Frida y de la barca *Olessa*. Le había contado todo sobre su anterior vida, lo que había hecho llorar a su madre desconsoladamente. Maira no creía que fuese para tanto. Se las había apañado a pesar de todo, ¿no?

—Solo quería preguntarte… ¿cómo pudiste sobrevivir tantos años? ¿Trabajaste de algo? —continuó Regina.

—No, no… yo… comía poco y solo vivía de lo que me daba la caridad. —Obvió que también robaba, incluyendo a su hermano. De hecho, muy pocas veces había recibido caridad de nadie. Pero prefería mantener su condición de ladronzuela de poca monta en secreto. De vez en cuando, sentía que aquel instinto le brotaba del interior, y ya se había llevado a su habitación varios objetos que consideraba de valor. Los guardaba debajo de la cama, y Ayelén los había visto mientras limpiaba. Maira se había inventado una excusa y la mujer parecía haberla creído, así que seguía guardándolo todo allí abajo.

—Ya, es que… sé que es horrible, pero debo preguntártelo. ¿Ejerciste la prostitución? Tengo que saberlo, es muy importante.

—No —balbuceó Maira, incómoda. ¿A qué venía eso?

—¿Estás segura? —insistió la mujer.

—Sí, claro —dijo, frunciendo el ceño. ¿Cómo no iba a estar segura de algo así? Además, aquello la hacía recordar el día en que… bueno, en que se había quedado sola de verdad.

—Entonces, ¿eres pura?

—¿Qué? —preguntó Maira, desconcertada.

—Maira, tienes que ser pura para poder contraer matrimonio. Tengo que saberlo… ¿has yacido alguna vez con un hombre?

Maira la miró, azorada, y negó con la cabeza. Regina suspiró de alivio y la abrazó, mientras volvía a acariciarle el pelo.

—Menos mal. Si no, no sé qué hubiésemos hecho contigo. Por cierto, arréglate un poco, dentro de un rato vendré a buscarte, hoy van a

enseñar a un demonio en la plaza. Díselo a Aiala.

Las dos jóvenes corrieron a cambiarse de vestimenta y a peinarse de acuerdo a la ocasión. Maira nunca había visto un demonio. Para acudir al evento, tenían que llevar ropa y peinados austeros, así como sus colgantes de rayo para evitar ser corrompidas por la criatura.

Cuando llegaron a la plaza, ya estaba abarrotada de gente. La corte de Reldeter se colocó en primera fila, separada del resto de ciudadanos por la guardia de los Terralta. Maira estaba de pie junto a su madre y Koner. Aiala, que estaba al otro lado de su hermano, la miró, emocionada, sacando un poco la cabeza de la fila. Maira le devolvió el gesto. El frío helaba los huesos y, aunque hacía sol, brillaba de forma débil. Aun así, Maira mantuvo su postura, altiva y con las manos enguantadas cruzadas ante ella.

Habían montado una tarima de madera delante del templo. A cada lado había dos mujeres religiosas. Sus miradas perturbaban, y no solo porque fuesen serias y vacías, sino porque carecían de pestañas. A las mujeres religiosas, llamadas «lluvias», no se les permitía tener nada que les recordase que eran mujeres. Se arrancaban las pestañas, se afeitaban la cabeza, y se cubrían hasta el cuello con ropajes grises y holgados. Si tenían mucho pecho, debían vendárselo para disimularlo. Tenían que ser todo lo contrario a Kalid. La madre de demonios poseía una larguísima cabellera oscura, una mirada seductora y unos labios rojizos y gruesos que escondían un par de colmillos y una lengua bífida. Además, tenía unos senos exuberantes y un vientre abultado, siempre encinta de demonios a los que parir bajo las oscuras aguas del mar. Se decía que nadaba a grandes velocidades, gracias a que, en lugar de piernas, tenía una enorme cola negra y viscosa, repleta de escamas y espinas. Representaba a todo lo femenino, y por esa razón las lluvias debían desprenderse de ello. Incluso las mujeres de a pie debían hacerlo, parecerse lo menos posible a Kalid, aunque hubiesen sido creadas a su imagen y semejanza. Era por eso que no se consideraban dignas de ser monjes, y mucho menos sacerdotes. Tenían que conformarse con ser lluvias, porque dentro de ellas el pecado estaba implícito, sobre todo sin un hombre que pudiese aplacar los impulsos femeninos y pecaminosos, ya que también tenían prohibido casarse.

La muchedumbre estalló en gritos cuando el Gran Sacerdote apareció. Lucía regio. La nobleza no se unió a los vítores, y se mantuvo majestuosa. Maren observaba desde el gentío. Ella tampoco gritaba. Sentía un malestar que le nacía en el estómago, y supuso que se debía a que no había ingerido nada desde la noche anterior. Ni siquiera alcohol. Se sentía extraña, como si no estuviese en su cuerpo. Todos sus músculos se tensaron cuando subieron al demonio a la tarima.

«Qué demonio tan pequeño», pensó Maira. Tenía la altura de un niño. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha de tela negra, y las manos y los pies encadenados con grilletes que parecían pesar más que su propio cuerpo. Maira se imaginó su boca espumarajeando, enseñando los colmillos y una lengua larga y roja chorreante de saliva espesa. Sein gritó de júbilo, emocionado por ver a su primer demonio.

—Aquí os muestro la gran labor de nuestro Templo. Siempre os protegeremos, a todos. Ese es nuestro deber, como siervos de Ezartz. Y para ello, nunca dejaremos de luchar contra los hijos de Kalid. ¡Exterminaremos a todos los demonios que osen salir de la Oscuridad! ¡Y, si hace falta, venceremos a la Oscuridad, la partiremos como un rayo parte el cielo! —exclamó el Gran Sacerdote.

El gentío lo vitoreó, emocionado. Maren sintió ganas de vomitar. Notó como le temblaban las manos, pero siguió con la vista fija en el demonio encapuchado. El corazón le latía a un ritmo frenético.

—¡Muerte al demonio! —gritaba la muchedumbre, alzando los puños.

Julinka, aunque no veía nada, notaba el sol en la piel. No calentaba, pero ella se imaginó que sí, y sintió un profundo bienestar tras meses sin salir de las mazmorras. Escuchaba los gritos de odio, y sabía que eran por ella, pero aquello tampoco le importó. Ante ella veía la gran pirámide, y no podía pensar en otra cosa. Sabía que iba a morir, pero su mente ya vivía en otro lugar. Lo que le pasara a su cuerpo ya no importaba.

El Gran Sacerdote le retiró la capucha de un tirón. La gente estalló en exclamaciones de horror. Un rostro níveo, pero castigado y demacrado, se reveló ante ellos. Parecía una niña de unos ocho o nueve años. Sus ojos completamente negros giraban en espirales de oscuridad. Todos dieron un paso atrás. Todos, excepto dos personas. Maren se quedó clavada donde estaba, confirmando sus sospechas. Sintió la necesidad de correr entre la muchedumbre y llevarse a la niña. Pero fue otra persona la que echó a correr hacia ella.

Maira no pensó. Solo vio. Los mismos ojos que la habían recogido del mar, y que la visitaban en sueños. Salió corriendo hacia el demonio. Koner intentó asirla del brazo, reaccionando demasiado tarde. La joven sintió como si el tiempo corriese más lento de lo normal. Las zancadas hasta la tarima se le hicieron eternas. Y cuando llegó y miró a la niña, esta se agachó un poco, sonriéndole. Maira se perdió en sus ojos, y antes de que Koner la cogiese y la arrastrase de nuevo a su lugar, pudo ver que le faltaban tres dedos de la mano derecha, uno de ellos con un corte reciente. Maira se retorcía en los brazos de Koner, que la arrastraba de espaldas a la tarima. Giró la cabeza, intentando no perder de vista a la niña, que no dejaba de sonreírle. No sonreía de

forma cruel, o demente. Sonreía con bondad. Con una madurez que no correspondía a alguien de su edad. Sonreía como si no temiese lo que iba a sucederle. Como si hubiese aceptado su destino.

—¡No hay que caer en el odio! El demonio tendrá su merecido, no os preocupéis —expresó el Gran Sacerdote ante el extraño suceso.

Pero no era odio lo que sentía Maira. Alguien le tiró una piedra a la niña, que le impactó directamente en la frente. Un reguero de sangre le recorrió la tez blanquecina, pero ni entonces dejó de sonreír. Alzó la cara, cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol.

—El sacrificio será en dos días —informó el sacerdote, nervioso.

Volvió a ponerle la capucha a Julinka, y el guardia la devolvió a su celda. Maira seguía en los brazos de Koner, ya inmóvil. Le entraron ganas de llorar, pero se sentía tan aturdida que su cuerpo no respondió a sus sentimientos. Oía las voces de Koner y de su madre pidiéndole que se calmase, preguntándole qué había ido mal. Pero no respondió, porque la verdad es que no lo sabía. No tenía ni idea de lo que acababa de suceder.

Maren apretó los labios y dejó que una lágrima le corriese por la mejilla. Se la secó con la manga de la camisa, furiosa. Intentó evitar lo que venía, pero notaba la ira cada vez más viva, creciendo en su interior. Apretaba tanto los puños que notaba la sangre escapando por las heridas que se infligía con las uñas. Abandonó la plaza mientras la muchedumbre seguía allí, lanzando gritos y piedras a la nada, solo para que su odio quedase patente. Bajó hasta el puerto aparentemente serena. No corría, aunque tenía ganas de hacerlo. La rabia que crecía en su interior acabaría por estallar en algún momento, lo sabía. Subió a su embarcación, sintiendo que le temblaba todo el cuerpo. Se estaba conteniendo demasiado. Nero estaba junto a los otros marineros en la cubierta. Frunció el ceño al ver a Maren en aquel estado. Se acercó y la envolvió con sus brazos peludos, pero ella lo apartó de un empujón. Nero vio la enajenación en sus ojos, y supo que debía hacerse a un lado. Con un gesto, le pidió al resto de la tripulación que le dejase espacio a la mujer, que corrió hacia el interior de la embarcación.

Nero conocía bien a Maren. Era como el mar. Tenía días buenos, en los que estaba en calma. Otros días eran traviesos, alegres o revoltosos. Pero a veces tenía días oscuros, de tormenta. Se sacudía como las olas, sacaba toda su furia, destruía todo lo que había a su alrededor, sin importar qué o quién era, como un tsunami. Y, si se respetaba su naturaleza, volvía a la calma con la misma rapidez con la que se había desatado la tormenta. No podía ayudarla, igual que no podía ayudar al mar. Nero encendió su pipa y rezó a Ezartz para que la protegiese, aunque sabía que ella no era creyente. El hombre se

preguntaba a menudo si su dios podía llegar a cuidar de alguien como Maren. Esperaba que sí.

Maren comenzó a bramar, y sus gritos llegaron más allá de la embarcación. Tiró todo lo que había en la mesa de un manotazo. Gritaba por todas partes, se doblaba, golpeaba las paredes de madera. Cogió un trozo de cristal de una botella que se había roto al caer al suelo. Lo apretó contra la palma de su mano y apuñaló la pared tantas veces que no pudo contarlas, mientras se desgañitaba, sumida en el odio más abismal y oscuro. Cuando su cuerpo por fin cedió al agotamiento, soltó el cristal, que le había hecho un corte profundo en la mano. Se quedó apoyada contra la pared, exhausta. El cabello despeinado le caía por la cara, ocultando los ojos idos y enrojecidos. Inspiró hondo varias veces y subió a cubierta. Ya era de noche, así que su ataque de enajenación había durado más de lo que pensaba. Sus hombres no se habían movido de allí, y ninguno la miró, a pesar de que lo habían escuchado todo y sabían perfectamente qué era lo que había sucedido. No era la primera vez, ni sería la última.

Maren se plantó junto a Nero y le quitó la pipa. Dio una calada y se la devolvió, sin mirarlo. Él no le dijo nada, pero le cogió la mano herida y la miró, afligido. Ella le mantuvo la mirada y retiró la mano con lentitud.

—Deja que te cure eso —le dijo él, a sabiendas de que podía volver a despertar su furia.

Pero ella asintió. Nero le puso alcohol en la herida y la cubrió con un trozo de tela más o menos limpia. Le cogió las manos con cariño. No soportaba que se lastimara de aquel modo.

—¿Vamos a partir ya? —le preguntó.

—No. Tengo cosas que hacer. Déjame sola —respondió ella con sequedad.

Nero volvió a subir a cubierta. Maren sentía su cuerpo agotado, la boca pastosa y las piernas débiles, pero su mente iba a mil por hora. El odio no había remitido, simplemente su cuerpo no era capaz de soportarlo durante tanto tiempo. Se dirigió a su baúl y lo abrió. Sacó el vestido arrugado que descansaba en el interior. Se puso su ropa de caza. Estaba sucia y vieja, pero eso a los hombres no les importaba. Cuanto más sucia, más barata. Se ajustó el corsé, dejando buena parte de sus pechos a la vista, se alisó las faldas y se aplicó un poco de bálsamo rojizo en los labios, como hacía su madre cuando tenía que trabajar, dejando atrás cualquier rastro de decoro. Las putas tenían que parecer putas, ¿no?

Salió de la embarcación, ante la mirada soslayada de su tripulación,

que de nuevo mantuvo el silencio, y recorrió el muelle nocturno en busca de la taberna adecuada. Cuando se decidió por una, entró y pidió una jarra de cerveza. Antes de cazar, debía observar. Paseó la mirada por aquel cuchitril maloliente, buscando a sus posibles presas. Tenía muy claro el tipo de hombre que buscaba. En una de las mesas vio a un varón algo mayor que le llamó la atención. Del cuello le pendía un colgante de oro en forma de rayo, y vestía las ropas sedosas de un religioso, aunque estaban casi ocultas por una capa para protegerse del frío. Un hombre de Templo, justo lo que ella exigía. Siempre. De entre los hombres que la observaban, solo a él le devolvió la mirada, una señal lo suficientemente válida para ganárselo como cliente. Salió al muelle para esperarlo en la oscuridad. No tardó en aparecer, y menos mal, porque con aquella ropa se estaba congelando.

—Hola, bonita —saludó, borracho y baboso—. ¿Cuánto me vas a hacer pagar?

—Una plata —respondió, decidida, cruzándose de brazos.

—No —espetó, riendo con ganas, como si acabaran de contarle el mejor de los chistes—. Date por satisfecha si te pago dos hierros cuando acabes.

Ella se encogió de hombros y aceptó. Nunca discutía por el precio. Por fuera seguía serena, pero por dentro era un hervidero de rabia y dolor. Le pidió al hombre que la siguiera, y se adentraron en un callejón oscuro que apestaba a orín.

—¿Qué precio te pondrías? —le preguntó al hombre, que la seguía de cerca, pero este no la oyó.

Se acercó a él, mordiéndose el labio, y comenzó a subirse las faldas. El hombre sonrió, satisfecho. En un abrir y cerrar de ojos, Maren sacó un cuchillo y le rebanó el cuello, tapándole la boca con la mano para que no pudiese gritar. Mientras el infeliz se ahogaba en su propia sangre, lo registró y contó el dinero que había conseguido, aunque no era aquello lo que le importaba. Oh, había mucho más que un par de hierros. Incluso había un buen puñado de platas. Sonrió, satisfecha, mientras clavaba la mirada en los ojos agonizantes del hombre. Su sed de venganza solo se calmaba con sangre, pero el dinero también ayudaba, para qué engañarse.

Antes de abandonar el cadáver del religioso, le quitó la cadena del cuello. Adoraba aquellos trofeos de la misma forma en que odiaba a aquellos hijos de puta. Se dio la vuelta y emprendió la vuelta a su embarcación, haciendo saltar una moneda sobre la palma de su mano, silbando una melodía alegre.

Cuando llegó a su embarcación, ya no quedaba nadie en la cubierta.

Todos estaban ya en sus lechos, o sentados alrededor de la mesa. Ninguno de sus hombres dijo nada cuando se paseó con aquel atuendo hasta su baúl. Se desnudó y volvió a guardar el vestido. En el fondo del baúl descansaba una cajita con una cerradura. Maren la abrió con la llave que llevaba pendiendo del cuello. Dentro, había un buen número de cadenas de rayo, que se enredaban las unas con las otras. Puso su nueva adquisición con las demás y cerró la cajita. Se vistió con su ropa habitual y se limpió el bálsamo de los labios. Se miró las manos. Aún las tenía llenas de sangre. Y se le había manchado el vendaje. Qué fastidio.

—¿Puedes curarme la herida? Creo que se ha abierto más —le pidió a Nero con su mejor sonrisa.

El hombre asintió. Le retiró el vendaje empapado de sangre y supo que no era de Maren, al menos no toda. Tampoco entonces dijo nada. Se limitó a lavarle las manos, desinfectar la herida y volver a envolverla en tela. No podía hacer mucho más. El mar volvía a estar en calma, y eso le pareció suficiente.

Capítulo 26: Sueños

Maira no recordaba cómo había llegado a su lecho. Se descubrió mirando el techo, arrebujada bajo la suave cobija de colores. Se levantó de un salto y se quedó de pie un buen rato, desorientada. Ya era de noche, y el silencio reinaba en el castillo, roto solo por una voz suave que reptaba por los pasillos, entonando una nana dulce. Maira salió de su alcoba, siguiendo la apacible melodía, de la cual no lograba entender ni una sola palabra. La voz la guio hasta la habitación de su hermana Hizea. Se asomó y descubrió a la niña medio dormida en su cama, mientras su niñera le entonaba aquella canción de cuna. Y al escuchar bien la letra, Maira no supo cómo la pequeña era capaz de coger el sueño. El dulce canturreo no se correspondía en absoluto a su significado. A Maira se le erizó el vello al escuchar la historia de cómo, si los niños no dormían, los hijos de Kalid encontrarían sus almas, les sacarían los ojos si los tenían abiertos y les cortarían las lenguas si lloraban.

Maira volvió a sus aposentos temblando, y no solo de frío. Se durmió con la siniestra melodía contaminándole los pensamientos. Aquella noche, su sueño volvió. Las aguas turbias, los ojos oscuros, que ahora sabía que pertenecían a un demonio. Pero no acabó de la misma manera que lo hacía normalmente. Tumbada en la playa, con los rostros cambiantes de ojos idénticos mirándola, no era su nombre el que susurraban. «Julinka, Julinka, Julinka», repetían una y otra vez. Y de pie, justo delante de ellos, la niña demonio la miraba, sonriente. Una mujer, que luego fue un hombre, y luego de nuevo una mujer, le susurró al oído.

—Yo te salvé la vida. No pedí nada a cambio, y nunca lo haré. Pero los buenos actos deben pagarse con la misma moneda. Ayuda a Julinka.

—¿Quién es Julinka? —respondió Maira en un murmullo. No era su voz, pero no le extrañó.

El ser de rostros cambiantes pero ojos inmutables miró hacia la niña demonio, señalándola con un dedo blanco, después negro.

—No sé cómo ayudarla —se quejó Maira.

—Ves a verla. Habla con ella. El resto tendrás que pensarlo tú.

Maira se despertó empapada de sudor. Aún estaba oscuro, y por un momento temió que los demonios llegaran para arrancarle los ojos. Intentó serenarse, respirando varias veces con calma. Sacó la cabeza por la ventana, y el gélido frío del norte le secó el sudor, congelándole los pensamientos y los miedos. Al este, la primera luz del alba se alzaba, tímida.

Volvió a meterse en la cama y se mantuvo allí hasta que el sol y el alboroto del patio de armas entraron por su ventana. Hizo sonar la campana de oro viejo que reposaba en su mesita de noche. Ayelén no tardó en aparecer. La ayudó a asearse y a vestirse, sin decir ni una palabra. Cuando estuvo lista, se dirigió al patio. Koner ensayaba con la espada junto a Eyben. El arma del Marnegra era distinta a la de Koner: la empuñadura era oscura, con la guarnición dorada en forma de alas, dos a cada lado, y el pomo, en lugar de ser redondo, acababa en punta, como una lanza.

Los impactos metálicos de las espadas resonaban por doquier. Koner le asestó un mandoble a Eyben que provocó que el muchacho soltase un gruñido de sorpresa. Koner sonrió, satisfecho, y soltó un comentario burlón que Maira no alcanzó a oír, pero que hizo sonreír al Marnegra, muy a su pesar. Maira llamó a su hermano, pero él no la oyó. Se acercó un poco más y volvió a gritar su nombre, esta vez más fuerte. El joven se giró hacia ella, y Eyben aprovechó la distracción para lanzarle una estocada en la pierna. Koner soltó una exclamación de dolor y sorpresa mientras su compañero sonreía, orgulloso.

—Lo siento, Koner —se disculpó Maira—. Buenos días, Eyben.

—No importa. ¿Estás mejor? —le preguntó su hermano, acercándose a ella mientras se frotaba la pierna.

—Sí.

—¿Qué te pasó? —preguntó Eyben, acercándose también mientras envainaba su espada, curioso.

—No lo sé. Bueno, es que ya la había visto antes. En sueños, o algo así. Creo que fue quien mató a Frida —mintió—. Tengo que hablar con ella antes de que…

—No creo que eso sea posible… —murmuró Koner, interrumpiéndola.

—Bueno, podemos preguntarle al Gran Sacerdote. Él es muy comprensivo, seguro que lo entiende —sugirió Eyben.

Koner asintió, no del todo convencido. Ambos la acompañaron al templo. El sol había desaparecido, y unos nubarrones lánguidos que

no anunciaban lluvias, pero sí nieve, tiñeron a Reldeter de un color muerto. Hacía muchísimo frío, así que, para Maira, el camino hasta el templo se hizo eterno. O quizá no era por el frío, sino por la incertidumbre. Maira ni siquiera sabía si hacía lo correcto. Si lo pensaba, parecía una demente siguiendo las órdenes de un demonio que había visto en sueños. Incluso se le pasó por la cabeza estar bajo el hechizo de la niña demonio. Pero, aun así, siguió con su cometido. El templo estaba casi vacío. En cuanto el Gran Sacerdote los vio, se acercó a recibirlos.

—Dichosos los ojos. ¿Qué hace este trío aquí a estas horas? Mi querido Eyben me visita más a menudo, pero ya me resulta raro veros a vos, Koner. Siempre hay cosas mejores que hacer que venir al templo a hablar con un viejo aburrido, ¿verdad? —dijo con dulzura.

Koner intentó protestar, molesto, pero el joven Marnegra se le adelantó.

—Tenemos una petición, Gran Sacerdote. Es sobre el demonio.

Eyben y el Gran Sacerdote estuvieron discutiendo largo rato. Había una amistad genuina entre ambos. El Gran Sacerdote se negó al principio, pero Eyben podía resultar muy convincente si se lo proponía. No de la misma forma que Koner, que lo era por insistencia y agotamiento, sino desde la amabilidad y la educación.

—Está bien, pero debéis tener cuidado. Ese demonio es capaz de cualquier cosa. Su apariencia no refleja lo peligroso que es.

Los guio hasta la puerta de las mazmorras, de donde colgaba un manojo de llaves viejas y pesadas. El hombre abrió la puerta maciza, que rechinó. Un olor nauseabundo los abofeteó, escapando de las mazmorras como un preso desesperado.

—Ya vamos nosotros, Gran Sacerdote. No hace falta que bajes aquí —sugirió Eyben.

El hombre aceptó, volviendo a sus quehaceres. Confiaba de veras en el joven Marnegra. En las mazmorras, a parte del hedor, reinaba un frío sobrecogedor. Maira arrugó la nariz, y ojalá hubiese podido arrugar también los oídos, pues a ellos llegaban los llantos y súplicas de los presos atormentados. Miró celda por celda, descubriendo horrores en cada una de ellas, hasta que llegó a la del pequeño demonio. Los tres jóvenes se quedaron mirando a la hija de Kalid, que parecía sorprendida de verlos allí, como si esperase a otra persona. Se acercó un poco a las rejas, curiosa pero cauta. Sus ojos giraban y giraban a una velocidad vertiginosa.

—Quiero estar sola —pidió Maira, sin apartar los ojos de la niña demonio.

—Ni hablar —respondió Koner.

—Por favor. Es importante —le suplicó mientras le apretaba la mano con cariño, girándose hacia él.

—Vamos, déjala un momento. No le va a pasar nada, aquí está segura. El demonio está encerrado —dijo Eyben, cogiendo a su compañero del hombro.

A Koner le apareció una pequeña arruga en el entrecejo, aquella que se le marcaba cuando se molestaba por algo. No había ni rastro de su sonrisa habitual, y por un momento pareció que iba a replicarle algo ofensivo a su amigo. Pero tragó sus palabras y se alejó, apartando la mano de Eyben de un guantazo.

—No tienes derecho a hablarme así, ni a decidir cuándo o dónde está segura —mascculló entre dientes mientras miraba a Eyben.

Maira oyó cerrarse la puerta chirriante. El demonio seguía mirándola, de nuevo con aquella sonrisa afable.

—Hola. Me acuerdo de ti. De ayer. Me llamo Julinka —dijo el demonio, mirándola.

—Hola —saludó Maira con la voz entrecortada, sin saber muy bien qué decir.

La niña sacó la mano mutilada entre las rejas. Maira se agachó y, con mucho cuidado, cogió la mano de Julinka. De inmediato la invadió una sensación de calma. Se sintió liberada, e incluso más feliz de lo que recordaba. Se perdió unos instantes en los ojos giratorios de la niña. Sintió que podía decir todo lo que sentía, que la libertad corría por sus venas.

—Te he visto en sueños. A ti y a otros como tú. ¿Qué eres?

—No lo sé.

—¿Eres un demonio?

—No lo sé, puede que sí. No hago daño queriendo. Solo quiero ayudar, pero creo que no lo hago bien.

—A mí me ayudó alguien como tú. Me salvó de morir ahogada cuando era pequeña. Y ayer me dijo, en sueños, que yo tengo que ayudarte a ti, pero no sé cómo hacerlo —susurró Maira.

La niña se removió, pensativa.

—Tengo que llegar a la pirámide. A mí también me lo dicen cuando sueño, o algo así. En mi cabeza. Tengo que llegar allí, pero no voy a poder. Mañana moriré.

La puerta chirriante se abrió de nuevo. Maira se sobresaltó y dejó ir la

mano de Julinka, que retrocedió un poco hacia el interior de la celda, cautelosa. La sensación de bienestar seguía llenándole el pecho a Maira. No tenía miedo. Koner entró, diciéndole que ya había estado suficiente rato.

Ninguno de los tres dijo nada al salir del templo. Koner y Eyben estaban tensos, dejando distancia entre ambos.

—No era el mismo demonio —explicó Maira, más para calmar el ambiente que por otra cosa.

—Bueno, sea como sea has podido hablar con ella antes de que se haga justicia —respondió Eyben ante el silencio de Koner.

Cuando llegaron al patio de armas, Pryo los interceptó.

—¿Dónde estabais? Llevo toda la mañana buscándoos —se quejó.

Eyben se quedó hablando con él, pero Koner pasó de largo, internándose en el castillo.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó el Duraroca, desconcertado ante la extraña actitud de Koner.

Eyben se encogió de hombros. Maira volvió a su alcoba, donde pasó la mayor parte del día. No dejaba de pensar. Su lógica le decía una cosa, pero su instinto le decía otra. Y llevaba muchos años sobreviviendo gracias a su instinto. La niña no era un demonio. No lo sentía así. Y conforme pasaban las horas, un plan cogió forma en su cabeza. Lo tenía todo claro, pero debía esperar hasta la madrugada. Cuando ya atardecía, los nervios se la comían de tal forma que decidió ir a ver a su hermano mayor.

Koner estaba solo, sentado en el patio de armas mientras golpeaba sin ganas una piedra con la punta del pie. Al verla, sonrió levemente. Maira se sentó junto a él.

—¿Estás bien? —le preguntó. Él asintió—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No, claro que no —le dijo mientras la rodeaba con los brazos, haciendo gala de sus típicas muestras de cariño.

—¿Y con Eyben?

—Tampoco. Eyben y Pryo son como hermanos para mí. Vinieron a la corte de Reldeter cuando eran muy pequeños, nos hemos criado los tres juntos. Tendrían que hacerme algo muy malo para enfadarme con ellos. —Ante el ceño fruncido de Maira, añadió—: Es solo que, aunque sea como un hermano para mí, no lo es realmente. Y no puede actuar como si fuese tu familia, porque no lo es. No tiene derecho.

—No creo que haya sido esa su intención. Solo es amable.

Él asintió, sonriendo, y la atrajo de nuevo hacia sí. Le apretujó la cabeza contra su pecho y le rascó el pelo, despeinándola. Ella se quejó, aunque su risa hizo que no la tomara en serio.

—Uf, estás horrible. Dile a Ayelén que te peine bien —se burló al soltarla.

La noche pasó lenta, como si el tiempo se hubiese detenido. A Maira se la comían los miedos y las dudas, pero, aun así, se escapó del castillo a altas horas de la madrugada, ataviada con su capa oscura y con una idea galopándole en las entrañas.

Capítulo 27: El plan

Las calles de Reldeter estaban desiertas. Nevaba. Maldito frío de mil demonios. Oculta bajo su capa, Maira apresuró el paso para llegar cuanto antes al templo. Siempre estaba abierto, aunque no hubiese nadie dentro, dando la bienvenida a todo el que necesitase el consuelo de Ezartz. Pero Maira no buscaba eso. Se quitó las botas antes de entrar. No quería dejar un rastro de nieve por todo el templo. Entró a hurtadillas y recorrió todo el edificio por si el Gran Sacerdote o alguno de sus monjes todavía estaban allí. Todo despejado.
Maira avanzó hasta la puerta chirriante, la que daba a las mazmorras. Cogió el manojo de llaves y comenzó a probar, una por una, hasta dar con la que encajaba en la cerradura. Le temblaban las manos y, al abrir la puerta, cerró los ojos con fuerza, rezando para que nadie la oyese. Con tanto silencio, la puerta parecía hacer el doble de ruido. Apretó los dientes y maldijo. Esperó unos segundos, por si aparecía alguien, pero el monje de guardia debía de estar durmiendo. Suspiró, aliviada.

Caminó de puntillas por el pasillo hasta llegar a la celda de Julinka, empapándose los calcetines de un líquido que prefería no identificar. La niña demonio la recibió, alegre, al descubrir que era ella. Volvió a probar las llaves, y las manos le temblaban tanto que cayeron al suelo, creando un eco metálico que recorrió las mazmorras como una enfermedad contagiosa. Se maldijo a sí misma. ¿Cómo podía ser tan torpe? Las recogió de nuevo y se apresuró a encontrar la adecuada. Cuando lo hizo, vaciló unos instantes antes de girarla. La puerta se abrió con un chasquido metálico. Maira entró a la celda, buscando de nuevo las llaves para liberar a Julinka de las cadenas que la sujetaban de manos y pies.

—Voy a sacarte de aquí, pero es muy importante que no hagas nada de ruido, ¿de acuerdo? —susurró Maira, nerviosa.

La pequeña asintió, seria. Salieron de la celda caminando de puntillas. Maira volvió a cerrar la puerta de barrotes. Mientras lo hacía, Julinka se había acercado a la celda contigua, y le daba la mano al hombre

que la habitaba.

—Amén —le susurró.

Maira la cogió del brazo y tiró de ella, haciéndola callar. Ambas se apresuraron hasta la puerta de salida de las mazmorras, obviando las súplicas del resto de presos. Maira cerró la puerta sin poder evitar el crujido, y colgó el manojo de llaves donde lo había encontrado.

—¿Quién anda ahí? —aulló una voz grave, rompiendo el silencio del templo en mil pedazos.

Maira no reconoció la voz, así que supuso que se trataba de uno de los monjes, y no del Gran Sacerdote. Cogió a Julinka de la mano y le indicó que se mantuviese en silencio. Los pasos se acercaban a gran velocidad. Maira se desplazó, a gatas, hasta el altar, con Julinka siguiéndola de cerca. Se metieron bajo las telas rojas, tembleando. Aquello era peor que robar. Ahora tenía mucho más que perder.

—¿Hola? —volvió a repetir la voz.

Maira oyó los pasos cada vez más cerca. Se le cortó la respiración al ver que se habían dejado la tela roja un poco levantada. Julinka también se dio cuenta, y fue a ponerla bien, pero Maira negó con la cabeza. El hombre llegó al altar. Maira observó sus pies y sintió pánico. Las matarían a las dos por aquello. Julinka alargó su mano de dos dedos y tocó la suya. El miedo disminuyó, aunque no desapareció del todo. Maira se perdió en los ojos de la niña hasta que el hombre se alejó. Oyó como cogía las llaves y abría la puerta de las mazmorras. Maira aprovechó el momento para salir de allí. De puntillas, alcanzaron la puerta del templo, y una vez en la calle, Maira volvió a calzarse, cogió a Julinka de la mano y echó a correr.

La oscuridad de las calles de Reldeter las amparó hasta llegar a la playa. Sus pasos se amortiguaron primero en la nieve y después en la arena. Aquella noche, el mar estaba furioso.
O tal vez entusiasmado. Fuera como fuese, las olas rugían, creando sombras invisibles coronadas por la espuma. Se internaron en las estrechas y húmedas grutas que habitaban en las rocas del acantilado. Si las selkies podían esconder allí sus pieles, también podía esconderse un demonio, ¿verdad? Maira se sacó una pequeña cobija de lana que guardaba bajo su capa, y la puso en el suelo de uno de los recovecos rocosos.

—Tienes que quedarte aquí. No te muevas, no salgas. Yo vendré a darte de comer hasta que se me ocurra algo. ¿De acuerdo? —susurró Maira, intentando hacerse oír por encima del rugido del mar.

La niña asintió y cogió el pedazo de pan negro que le ofrecía Maira. Lo devoró en un santiamén. Miró a Maira y sonrió.

—No te preocupes, estaré bien. No me moveré. Antes vivía en las montañas, y también dormía en una cueva.

Maira asintió. Se dio cuenta de que la cría estaba descalza. Sus deditos estaban enrojecidos por el frío. Se quitó las botas y le dio sus calcetines que, aunque estaban húmedos, al menos le servirían de algo. Se marchó de la gruta a toda prisa. Cuando llegó al castillo, todavía temblaba. Aquella noche no durmió.

Quizá acababa de cometer el mayor error de toda su vida.

Capítulo 28: Justicia

Maren se dirigió a la plaza de Reldeter. Notaba la herida de la mano palpitándole, recordándole por qué estaba allí. Cuando llegó, la plaza ya estaba atestada. Los nobles, como siempre, llegaron los últimos y se pusieron los primeros. Maren buscó con la mirada a la lunática que había salido corriendo hacia el demonio. La identificó a lo lejos, pero no pudo observar bien sus facciones. Sin embargo, ya sabía que se trataba de la hija fantasma de los Terralta. La muerta no muerta, vamos. Nunca había visto a la corte de Reldeter de cerca, pero podía distinguirlos desde la lejanía por el color de sus cabellos, sus andares, y algunos de sus gestos.
Koner le susurró algo a Aiala en el oído que la hizo sonreír. Después miró a Maira y frunció el ceño.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No he dormido mucho esta noche —respondió ella.

Koner iba a replicarle, con una burla seguramente, cuando el Gran Sacerdote subió a la tarima. Un silencio sepulcral hizo vibrar a la ciudad entera. Maira retuvo la respiración, angustiada. Demonios, qué nervios.

—Me dirijo a vosotros para anunciaros el suceso de un milagro divino. El demonio murió anoche en su celda, por la gracia y poder de Ezartz. Ahora lo quemaremos para que su alma no vuelva a atormentarnos —anunció el Gran Sacerdote.

Maira se esperaba muchas cosas, pero no aquello. Por un momento, temió que fuese verdad. Pero el saco que contenía al supuesto demonio en su interior parecía pesar muchísimo más de lo que pesaba Julinka. Era otro el cadáver que yacía en su interior. Las lluvias pusieron el saco sobre la pira y encendieron el fuego. Mientras las llamas devoraban al pobre infeliz, la gente suspiraba, aliviada.

—Hoy se ha hecho justicia. Sin embargo, pido a los ciudadanos que estén atentos y colaboren. Sabemos que ese demonio no es el único.

Maren no sintió rabia en aquella ocasión. No sabía quién era la pobre alma chamuscada, pero no era la niña. Aquello no funcionaba así. Supo que pasaba algo extraño, pero no logró saber el qué.

Maira sentía frío y calor a la vez. Le dolía la cabeza y le temblaban las piernas. Y, por si fuera poco, sentía unas tremendas ganas de vomitar. Todo aquello se intensificó cuando el Gran Sacerdote se acercó a ellos. Ah, demonios. Ojalá pudiese volver a ser invisible.

—Mi señor, necesito hablar con vuestros hijos —le dijo a Palben, que asintió, confuso.

El Gran Sacerdote guio a Koner y Maira hacia el interior del templo, dejando atrás el barullo de la plaza.

—El demonio no ha muerto. Ha desaparecido esta noche. Su celda seguía cerrada, pero él no estaba dentro —dijo el hombre, yendo directo al grano.

Maira tragó saliva y Koner abrió los ojos de par en par, alarmado.

—¿Cómo ha podido escapar? ¿Brujería? —preguntó el joven, asustado.

—Puede ser. Creemos que otro demonio vino a buscarlo. Algunos presos vieron una figura oscura por los pasillos. Solo quería saber si pasó algo extraño ayer, cuando visitasteis a esa hija de Kalid.

—No, Gran Sacerdote. Apenas hablé con ella, me di cuenta enseguida de que no era el mismo demonio que yo pensaba —se apresuró a responder Maira, con voz temblorosa.

—Ya lo suponía. De todas formas, son criaturas organizadas, y hay más de las que pensamos. Id con cuidado, mis señores. Y por favor, ni digáis nada. No queremos que cunda el pánico —pidió el hombre.

Koner pensó que el terror de Maira se debía al miedo de que el demonio fuese a por ella, y le prometió que la protegería.

Maira pareció vivir el resto del día como si no estuviese en su cuerpo. Tenía la sensación de haber hecho algo terrible. La culpabilidad le devoraba las entrañas y le repiqueteaba tras los ojos. En la cena, se guardó bajo la ropa un trozo de pan, carne y una manzana. Esperó en su alcoba hasta que la noche engulló Reldeter. Estaba deseando ver a Julinka, saber si estaba bien. Comprobar que no se había equivocado con ella. Bajó a toda prisa hasta la playa. Aquella noche ya no había luna. La oscuridad era casi absoluta, como si quisiera ayudarla a esconder sus pecados. Como si intentase encubrir que estaba ayudando a un demonio.

—¡Maira!

Se quedó clavada en la arena, incapaz siquiera de darse la vuelta. Sintió como el corazón se le quería salir del pecho. No, no, no, no. Maldición. Demonios, demonios, demonios.

—¿Qué estás haciendo?

Koner la alcanzó. Siguió sin poder moverse, paralizada por el pánico. Pensó muchas cosas en aquel instante, entre ellas mentirle. Pero decidió no hacerlo. Lo miró a los ojos y decidió confiar en él. Al fin y al cabo, era la persona en la que más confiaba de todo el mundo.

—¿Me has seguido? —le preguntó, aunque la respuesta era obvia.

—Llevo todo el día observándote, estabas muy rara. Te vi guardar comida durante la cena. ¿Qué pasa?

Maira lo cogió de la mano y lo guio hasta las rocas, adentrándose en las grutas. El sonido del mar se colaba entre las cavernas, disimulando los goteos constantes que acaecían en las grutas húmedas. Koner no preguntó nada, se dejó llevar hasta que se encontró cara a cara con Julinka.

—¡Maira! ¡Vete, rápido! —gritó mientras desenfundaba la espada.

Julinka la miró, confusa y asustada. Maira se interpuso entre ambos, levantando las manos y mirando a Koner con ojos llorosos.

—Koner… yo la saqué de las mazmorras. La… la estoy ayudando.

Koner no bajó la espada, pero pasó la mirada de la una a la otra, frenético. Intentó apartarla de un empujón, pero Maira se mantuvo firme.

—Koner, por favor…

—¿Qué… qué has hecho, Maira? ¿Cómo se te ha ocurrido? —Su voz sonaba entre dolida y asustada. Estaba aterrado, se lo veía en los ojos.

El joven se dio la vuelta y echó a correr entre las grutas. Maira corrió tras él, cogiéndolo del brazo, pero Koner se zafó con brusquedad. Volvió a intentarlo suplicándole que la escuchara, pero él estaba cegado, quizá por el miedo, quizá por la rabia. Maira no quería pensar que seguramente también estaba cegado por la decepción.

—¡Koner! Koner, ¡por favor! Escúchame —le suplicó, poniéndose delante de él.

Maira le cortó el paso, así que él se detuvo a la fuerza. La muchacha comenzó a sollozar, cogiéndole de las manos.

—Escúchame, por favor. Eres la única persona en la que confío. Eres el único que me entiende. Por favor.

—No, no te entiendo —respondió él, apretando la mandíbula y

frunciendo los labios.

—Pues déjame que te lo explique. Después haz lo que tengas que hacer, pero primero escúchame.

La joven se había acercado más a él, y le sujetaba el rostro a su hermano con manos temblorosas. Vio la duda en sus ojos. Ahí estaba su oportunidad. A regañadientes, Koner accedió. Maira lo abrazó, se sorbió la nariz y le explicó todo lo que había pasado entre sollozos e hipidos; los sueños, la fuga, la intuición.

—No es un demonio, Koner. Te lo juro. Fue uno de ellos el que me salvó la vida en el naufragio. Ese sueño es un recuerdo, ¿lo entiendes?

—Y si no es un demonio, ¿qué es? —preguntó él, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

—No lo sé. Pero no es una criatura malvada. Es todo lo contrario. Ven y habla con ella. Por favor.

El joven se debatía entre su deber y su hermana. Finalmente, fue su corazón el que tomó las riendas. Accedió de mala gana a hablar con el demonio. La niña se había agazapado en una esquina, bajo la cobija.

—No pasa nada, Julinka. Este es mi hermano Koner. Te he traído un poco de comida.

Maira le ofreció el trozo de pan, la carne y la manzana. Julinka lo cogió todo, pero de repente pareció sacudirla algo, y le devolvió el trozo de carne.

—Esto no, gracias.

—¿No te gusta?

—No me lo puedo comer. No sé explicarlo bien.

Koner las miraba, de pie tras Maira. No le quitaba ojo a Julinka, y tenía la mano sobre su espada, dispuesto a desenfundarla en cualquier momento. La arruguita de su entrecejo se había intensificado. Maira lo hizo agacharse, aunque él se mostró rígido. Entrelazó sus dedos con los de su hermano, y acercó su mano a la de Julinka, un poco a la fuerza. La chiquilla extendió los dos dedos que le quedaban. Koner retiró la mano antes de tocarla, negando con la cabeza. Pero Maira insistió, con firmeza, pero también con cariño. Cuando se tocaron las yemas de los dedos, el tiempo pareció pararse. Julinka extendió la otra mano y lo envolvió con ella.

—¿Cómo te sientes? —le susurró Maira a su hermano, cogiéndose de su brazo.

Pero Koner no contestó. Se había quedado embobado observando el eterno girar de los ojos de la niña.

—No… no lo sé. Bien.

—Es la persona con menos dolor que he tocado —sonrió Julinka.

—¿A qué te refieres? —preguntó Maira.

—Siempre he tocado a personas que están sufriendo mucho. Siento su dolor en el pecho, y entonces tengo que ir corriendo a tocarlos. No puedo evitarlo. Me cogieron cuando tocaba a un perro que estaba muriendo. Yo… yo no he matado a nadie, pero sí que he estado muchas veces cuando se morían. Pero solo para tocarlos. Es lo que tengo que hacer. Pero *nunca nunca* había tocado a alguien sin dolor —explicó mientras acariciaba las manos de Koner, fascinada.

—¿Y qué pasa cuando los tocas? —preguntó Koner, aún con la mirada fija en sus ojos.

—No sé explicarlo muy bien. Pero lo que ellos sienten se mete dentro de mí. Creo que así dejan de sentirlo ellos. Con animales es más fácil.

—¿Lo ves, Koner? No es un demonio, es todo lo contrario. Ayuda a los que sufren.

—¿Y por qué te persigue el Templo, entonces? ¿Por qué te han hecho esto? —quiso saber Koner, volteando la manita mutilada de Julinka.

—Es por mis ojos, creo. Les asustan. Es normal. Y creo que también porque no entienden lo que soy, o lo que hago. También es normal, porque yo tampoco lo entiendo. Me cortaron los dedos porque yo no sabía dónde había más como yo. Pero sigo sin saberlo. Solo sé que tengo que ir al otro lado del mar. Allí hay una pirámide enorme, y tengo que llegar a ella. Es un instinto. Como cuando algo duele, aunque no tenga nada que ver.

Koner dejó caer las manos y se sentó, apoyando la espalda en la pared húmeda. Estaba confundido, pero ya no estaba rabioso. Intentaba comprender, intentaba hacer encajar lo que le habían hecho creer con lo que tenía delante, pero no lo conseguía.

—¿Es por eso que no te comes la carne?, ¿le notas algo? —preguntó el joven.

—Sí, le noto dolor. Es de alguien que ha muerto sufriendo.

—Es solo un trozo de cerdo —explicó Maira, volteando el pedazo de carne y pensando seriamente en darle un mordisco.

La niña se encogió de hombros. Koner estuvo conversando con ella un poco más. Dejaron a Julinka en la gruta y emprendieron el camino de vuelta al castillo. Aquella vez fue sin prisas.

—¿Vas a delatarme? —le preguntó Maira finalmente.

—No. Siento que debería, pero no lo haré. Ahora mismo me siento confundido y engañado. Has hecho algo horrible, Maira.

—No espero que lo entiendas, porque yo tampoco lo hago. Pero tengo que ayudarla, Koner. Tengo que hacerlo.

—Ya la has ayudado.

—No, me refiero a que tengo que ayudarla a llegar al otro lado del mar. No puede hacerlo sola.

—¿Qué? Estás bromeando, ¿verdad? —dijo, deteniéndose en medio de la calle. Tenía el pelo cubierto de nieve, pero no parecía molestarle.

—No. No. Debo hacerlo —dijo, convencida.

—Maira, ¡le tienes miedo al mar! Y para llegar al otro lado hay que cruzarlo, ¿sabes?, ir en barco, por el agua —replicó, ondeando el brazo—. Además, ahora tienes obligaciones. No puedes irte sin más. Serán meses de viaje. Y… y, además, ¿cómo vas a irte sola? ¿Tú y una niña? ¿Una niña demonio? No duraríais ni un día antes de que alguien os robe u os mate. O lo que sea.

—¡Me he pasado la vida sola! Por favor, Koner. Tengo esa misión, de verdad. Por primera vez en toda mi vida, tengo algo importante que hacer. Y tiene que ser ahora, po-porque cuando me case ya no podré ir a ningún sitio —balbuceó, la voz entrecortada.

Koner suspiró, negando con la cabeza. Se apretó los ojos con ambas manos y volvió a mirarla.

—Estás loca. Se te ha ido la cabeza. Majareta, como una cabra. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Ven conmigo. Como cuando vinimos a Reldeter, ¿te acuerdas? Luchamos contra un árbol carnívoro y un dragón y…

—Maira, yo no puedo hacer eso. Me acabo de casar, y no quiero estar haciendo Ezartz sabe qué mientras mi mujer se queda aquí. Mi lugar está en Reldeter. Y el tuyo también.

—Sí, mi lugar está aquí. Pero aún puedo decidir qué hacer con mi vida. Cuando acabe esto, volveré y cumpliré todos mis deberes. Pero, por favor, Koner. Lo haré yo sola. Pero tienes que ayudarme a convencer a nuestros padres. Tienes que ayudarme a inventar una buena historia, creíble. Solo eso. Yo haré el resto. Por favor.

Koner respondió con un suspiro. No volvió a hablar en todo el trayecto, absorto en sus pensamientos. Ya en el castillo, se quedó mirando fijamente a Maira, como debatiéndose internamente. Sacudió la cabeza, le dio un beso en la frente a su hermana y le pidió que intentara dormir. Él no lo hizo.

Capítulo 29: Anclada

Maren se sujetaba la cabeza con una mano, agotada. No había dormido nada. Ni siquiera le apetecía beber. Estaba decaída. Maren podía mostrarse tranquila, nerviosa, violenta, graciosa… pero no era habitual que estuviese decaída. Su cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Dónde estaría la niña? ¿Qué habían hecho con ella? Lo único que tenía claro es que el cuerpo que habían quemado no era el de una niña. Los habitantes de Reldeter parecían estúpidos. ¿De verdad se habían creído aquello? Panda de inútiles. Además, el ritual de sacrificio de un demonio consistía, primero, en sacarle los ojos y mostrarlos al gentío enfurecido, y no había ni rastro de ellos. Pero… ¿por qué harían algo así?
Maren, además, era tozuda hasta la extenuación. Por ello, había anclado su embarcación al puerto de Reldeter hasta descubrir lo que había pasado. O hasta acabar aburrida. Aquella mañana, el rocío se había vuelto escarcha y el cielo estaba encapotado, pero no iba a llover. Rara vez llovía tras la Recaída. Maren ascendió hasta el templo, desabrochándose la chaqueta. Aquella endemoniada pendiente era una tortura. Observó el edificio con la cabeza ladeada desde la plaza, que estaba casi vacía. Recorrió todo su perímetro y, al final, se animó a entrar. Sintió arcadas, pero se contuvo. El Gran Sacerdote la interceptó cuando recorría las paredes con las manos sucias, buscando algo que ni ella sabía. La miró de arriba abajo, juzgando su modo de vestir y de actuar. Maren aprovechó para mostrar movimientos aún más descarados.

—¿Puedo ayudarte, hija?

—Sí. ¿Es verdad que el demonio está muerto? —preguntó ella, atrevida. Odiaba que la llamasen hija.

—Claro. ¿Por qué no iba a serlo?

—Bueno, es que me gustaría saber cómo pasó. Para quedarme tranquila. Supongo que lo entiendes, mi honorabilísimo sacerdote.

—Lo alcanzó un rayo —respondió el hombre, sin ser muy consciente

de que aquello no era respeto, sino burla.

—¿Dentro de la mazmorra? —preguntó en tono mordaz.

—Sí. No podemos entender los actos de Ezartz, pero sabemos que se hizo justicia divina. Siempre se hace.

—Claro —respondió ella con sorna, mirándolo sin pestañear.

—No te había visto nunca por Reldeter, hija —observó el Gran Sacerdote, intentando cambiar de tema.

—Solo estoy de paso. —Volteó los ojos, exasperada. La había vuelto a llamar hija. «No soy tu puñetera hija, viejo. No lo creo, al menos».

—¿Te apetece, ya que estás aquí, hablarme de tus pecados? —le sugirió.

—No tengo tanto tiempo —se mofó, divertida.

Maren se dio la vuelta y se marchó. Allí no iba a encontrar más que mentiras y oro. Oro que, por cierto, había conseguido mangar. Acarició con la punta de los dedos la joya que algún fiel había dejado como ofrenda, y que ahora se enredaba en su bolsillo. Sin duda, ella le daría mejor uso que los sacerdotes.

De vuelta al puerto, decidió sentarse un rato en la playa. El mar estaba gris y calmado, como si fuese un espejo antiguo.

—¿Qué habrán hecho contigo, pequeña? ¿Dónde estarás? —le preguntó, en susurros, al viento frío, sabiendo que no obtendría respuestas.

Capítulo 30: El inventor de historias

Koner no había pegado ojo en toda la noche. Aiala lo miraba con preocupación, pero no le dijo nada. Tampoco ella había podido dormir con Koner dando vueltas como un animal enjaulado. Normalmente, el joven tenía facilidad para contar medias verdades y mentiras completas. Lo malo era que, por esa misma razón, casi nunca se lo tomaban en serio. Estuvo dándole vueltas a una historia que contenía verdad, mentira y algo de persuasión. Él la contaría, pero Maira debía ser su apoyo, demostrando la falsa veracidad de la que gozaba.
Los hermanos se reunieron a la mañana siguiente, y buscaron a su padre, que la mayor parte del tiempo estaba ausente. Palben de Terralta estaba atendiendo unas audiencias cuando Koner lo localizó. Esperaron impacientes a que terminara para abordarlo.

—Padre, tengo algo que contaros —empezó Koner—. Maira y yo no os hemos dicho toda la verdad sobre ella.

Palben lo miró, serio, con una pequeña arruga cruzándole el entrecejo, idéntica a la de Koner. No dijo nada, así que el joven prosiguió con su labia.

—Resulta que es alguien muy especial…

—Koner, pide ya lo que me tengas que pedir —lo interrumpió, a sabiendas de cómo era su hijo.

—Bueno, es que Maira tiene visiones. Por eso ha sobrevivido tantos años en la indigencia. Maira es una enviada de Ezartz —dijo, solemne.

—Ah, ¿sí? —respondió él, enarcando una ceja.

—Sí, padre. No os quería decir nada por miedo a parecer rara. La verdad es que me da mucho miedo —añadió Maira, recibiendo una mirada de aprobación por parte de su hermano.

Palben pareció entonces mirarlos con otros ojos. Maira tragó saliva, nerviosa, pero Koner lo miraba, digno. Tenía la gran capacidad de

saber ganarse a todo el que tuviera delante. Palben exigió que fuesen al grano, algo más interesado, pero todavía con reservas.

—Resulta, padre, que Maira lleva un tiempo teniendo visiones sobre un lugar sin explorar, al otro lado del mar, donde hay un enorme edificio antiguo repleto de oro. Tiene la necesidad de ir a descubrirlo. Ezartz le ha encomendado esa misión a ella, y quiere que sea una Terralta la que dé con el mágico lugar.

—La respuesta, obviamente, es no —contestó mientras se levantaba con brusquedad y se marchaba.

—¡Padre! ¡Esperad! Es una gran oportunidad para nuestra familia. Ezartz nos ha elegido. Ezartz la salvó, le dio esa vida y a cambio le regaló las visiones. Y ella debe seguir su camino.

—Si tan segura está, que me diga dónde se encuentra ese lugar, y enviaremos a los exploradores.

Maira tragó saliva, pidiéndole ayuda a Koner con la mirada, que se la devolvió, tranquilizadora.

—Tiene que ir ella. Es la elegida. Porque… porque Ezartz le ha mostrado que necesita de los habitantes del lugar para llegar allí, y que debe ser una mujer indefensa quien lo haga, de otra forma los habitantes se sentirán amenazados y nunca podrán llegar al edificio de oro. Solo ella puede atravesar las aguas hasta el otro lado del mar y sobrevivir a ello. Ezartz le ha prometido que la protegerá.

—Koner, eres un *vidaperdurable* —le espetó su padre.

—Padre… es la voluntad de Ezartz. Está recompensando nuestra devoción. Primero devolviéndonos a Maira, luego entregándonos ese lugar sagrado. No rechacéis sus caminos, por favor.

Palben se quedó inmóvil por un momento, de espaldas a ellos. Poco a poco, se dio la vuelta, imponente.

—¿Qué insinúas, entonces? ¿Que deje a mi hija, que perdí durante años, irse sola al otro lado del mar?

—No, ¡claro que no! Eso sería una locura. Yo mismo la acompañaría si no fuese porque debo cumplir mis deberes aquí. Pero he pensado en que podrían acompañarla dos de nuestros mejores hombres.

—¿Qué dos hombres?

—No lo sé. Había pensado en organizar un torneo para que estemos seguros de que solo la acompañarán los mejores de los mejores.

—Koner…

—Pensadlo, padre. Es algo importante para nuestra familia, para

nuestro honor. ¿Os imagináis lo importante que será esto para nuestro apellido?

Palben entrecerró los ojos, dudando.

—Entonces habrá que organizar un torneo, una embarcación con tripulación y…

—No, no —se apresuró a contestar Koner, agitando las manos—. Quiero decir, el torneo sí. Pero el resto no hace falta. Tiene que ser una expedición lo más secreta posible. Si no, otras familias podrían ocupar nuestro lugar. No nos conviene que se sepa.

—¿Y cómo piensas hacer una expedición secreta si vas a organizar un torneo para que dos hombres puedan acompañar a tu hermana al otro lado del mar?

—No revelaremos toda la verdad. Podemos decir que Maira quiere conocer las Islas Centrales, por ejemplo, y aprovechar los privilegios de su nueva vida. Pero que no puede ir sola, obviamente, y todos estamos demasiado ocupados como para poder acompañarla a un viaje lúdico.

La mente de Koner trabajaba a toda velocidad. Mentira tras mentira, iba tejiendo una historia que ni él mismo se creía. Pero no dejó que eso se viera. Siempre tenía que creerse sus mentiras, porque si no las creía él, nadie más lo haría. O al menos, creer que se las creía.

—Mañana tendréis mi respuesta —finalizó Palben, marchándose de la sala.

Koner se giró hacia Maira, el triunfo brillándole en los ojos.

—Dirá que sí, lo conozco. Va a decir que sí —le susurró, emocionado, mientras la zarandeaba por los hombros.

—Pues entonces tenemos un problema, Koner. ¿Recuerdas que la finalidad de todo esto es llevar a un DEMONIO hasta el otro lado del mar? —susurró, exasperada—. ¿Cómo voy a llevar a dos hombres conmigo si llevo a un demonio de la mano? ¡Nos delatarán!

—Bueno, cálmate. Te pones muy nerviosa, Maira. Primero, tú misma dijiste que no era un demonio. Y, segundo, he visto suficientes torneos en Reldeter para saber quién los ganará.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Solo se presentarán jóvenes aburridos, sin mucho que hacer, que busquen reconocimiento para ellos y para sus familias. Y los mejores que conozco, a parte de mí, por supuesto —aclaró, sonriendo —, son Eyben y Pryo. Ganarán ellos, seguro. Y en ellos puedo confiar. Podremos contarles la verdad.

—Y, entonces, ¿por qué no los has propuesto a ellos directamente? —respondió, irritada.

—Porque entonces padre no se lo hubiese creído. Tienes que ser un poco más pícara, Maira. Además, hace ya tiempo que no se organiza ningún torneo. Será divertido y, por si fuera poco, será en tu honor. Te va a encantar.

Maira siguió sin verlo claro, pero su hermano no le dio pie a seguir discutiendo.

Capítulo 31: De vuelta al mar

Maren no podía seguir sosteniendo aquella situación. La tripulación comenzaba a incomodarse, y ella no tenía ni idea de dónde estaba la niña. Ni siquiera sabía si seguía viva. Era tozuda, sí, pero también tenía un gran sentido de la responsabilidad para con su tripulación y su trabajo.
Maren y sus hombres partieron a las Islas Espejo en busca de mercancía y productos exóticos que pudiesen vender en las Tierras Modernas. Estaban a unos pocos días de viaje y resultaban el puente ideal entre las Islas Centrales, mucho más lejanas, y las Tierras Modernas. Obviamente no conseguía mercancía de tanta calidad ni tan barata como en las Islas Centrales, pero el corto trayecto la compensaba.

Como muchas noches, Maren se levantó sobresaltada tras la pesadilla extrañamente vívida que la atormentaba. Ojos negros. Sangre. Miedo. Cuencas vacías. Dolor. Odio. Notó la cabeza embotada y la boca pastosa, recordándole que había vaciado la botella de alcohol que yacía sobre la mesa sucia que tenía cerca de su hamaca. El mar estaba agitado, pero ella nunca se mareaba. Tenía un estómago de hierro y había nacido para soportar el repetitivo vaivén de los barcos. Le cogió la pipa a Nero, que dormía de forma apacible, y la encendió con una cerilla que iluminó por un instante la estancia enranciada repleta de marineros durmientes. Sujetó la pipa con dedos temblorosos y aspiró, llenándose los pulmones de humo negro. Se levantó y subió a la cubierta.

El frío y el fuerte viento marino la hicieron sentir mejor al instante. Se llevó la pipa a los labios y le dio una última calada antes de lanzar el contenido al mar. Recordó cuando rezaba, siendo una niña, por tener miedo. Le habían dicho que así Ezartz la protegería, pero nunca lo sintió así. La Oscuridad la esperaba desde el día en que renunció a Ezartz y a sus hombres. Contra todo pronóstico, aquello no la

asustaba.

Observó las aguas golpeando con fuerza la vieja nave. Siempre le habían dicho que la Oscuridad se encontraba bajo el mar. Un lugar sombrío, frío, habitado por monstruos y donde la luz y el perdón no podían llegar. El hogar de la grotesca Madre Kalid. Rio con amargura, pues en el fondo del mar era justamente donde deseaba que fuese su alma tras abandonar su cuerpo. Lo había sabido siempre. Le parecía el lugar más bello y divino del mundo entero. Y es que los había destinados a habitar en el frío y la Oscuridad, huyendo de la ardiente y cegadora luz de Ezartz, pudiendo encontrar descanso únicamente en el infierno azul habitado por monstruos tan desesperados como ellos.

Capítulo 32: Por Maira de Terralta

El frío se había adueñado totalmente de Reldeter. La nieve cubría el suelo del monte hasta la playa, que era el único lugar que se libraba del manto blanco. Sin embargo, aquel día hacía sol. Era un sol débil y pálido, sin fuerza, pero ayudó a derretir un poco la nieve y cambió el paisaje del sempiterno cielo encapotado de Reldeter.
Maira se arrebujaba bajo su capa, intentando mantener una postura altiva en el trono de la tribuna que habían construido para que pudiese disfrutar del torneo que se celebraba en su nombre.

Habían pasado días organizándolo, corriendo la voz por todo el norte, pidiendo jóvenes valientes que acompañaran a Maira de Terralta a una pequeña aventura a las Islas Centrales. Mientras, Maira le llevaba cada noche comida a Julinka, y se quedaba charlando con ella para amenizarle, al menos un poco, su encierro en las grutas del acantilado. La niña había recuperado peso y sus heridas sanaban con facilidad, incluso la fea amputación reciente. Koner había bajado también un par de veces a conversar con la pequeña, que respondía a todas sus preguntas de buena gana, aunque no supiese escoger las palabras para expresarse y compartiese con él la mayoría de dudas.

La tribuna donde estaba la corte de Reldeter, entre ellos Maira, estaba hermosamente decorada con madera tallada y los colores del escudo de su familia. Koner se sentaba a su izquierda, acompañado de Aiala, y sus padres a su derecha. Frente a ellos, se habían construido tribunas sencillas para que el resto de habitantes de la ciudad y de los pueblos cercanos pudiesen disfrutar del espectáculo, que rodeaban el improvisado campo de batalla. El acontecimiento se había recibido con mucha alegría por parte de los lugareños, que daban la bienvenida a los concursantes de otras localidades con danzas y comida, consiguiendo salir así de la monotonía de sus vidas y olvidarse un poco del crudo invierno norteño.

Para Maira habían mandado tejer un hermoso vestido que quedaba

disimulado por su lujosa capa. El cabello se lo habían recogido en un trenzado puritano, decorado con un broche de piedras preciosas y su tiara perlada. Estaba nerviosa, pero a la vez contenta de poder, por fin, emprender su arriesgada aventura al otro lado del mar. Si todo salía bien, por supuesto.

Su cometido en el torneo era, básicamente, saludar a los concursantes y estar atenta a sus maniobras en las luchas individuales con armas corteses, modificadas para no resultar mortales. Aun así, no resultaban extrañas las heridas graves y las muertes accidentales. Sin embargo, por mucho que estuviese atenta, no tenía ni la más remota idea de maniobras, espadas o normas.

El torneo se había organizado en dos grupos, que tendrían un ganador cada uno. Se había decidido hacer combate individual con espada, sin caballos, por si había hielo que los hiciese resbalar. Todo el torneo era un festín de colores y una demostración de caballería viril que resultó ser francamente impresionante para Maira, que jamás había visto nada igual.

Dos hombres jóvenes se acercaron a la tribuna a saludarla con los yelmos en las manos. Ambos tenían el pelo oscuro y el rostro cubierto de pecas. Norteños hasta la médula. Hincaron la rodilla en el suelo, haciendo crujir sus armaduras, y se presentaron ante ella.

—Soy Eleo de Monteverde, nacido en Paupe, tercer hijo de Amet de Monteverde.

—Yo soy Jakue de Fuerteancor, nacido en Garuk, quinto hijo de Ander de Fuerteancor.

Maira lo saludó a ambos con un gesto, sintiéndose un tanto incómoda. Los jóvenes se pusieron los yelmos y se plantaron cada uno en un extremo del pequeño campo de batalla. Koner le iba susurrando al oído todo lo que sabía de ellos, incluidos cotilleos y características desafortunadas, mientras daba sorbos a una copa de vino que iba rellenando cada poco tiempo.

—Bueno, Maira, no te asustes, pero nunca he visto luchar a este tal Jakue de Fuerteancor. Es de una de las ciudades más al norte que existen, ni siquiera pensé en que pudiese venir. Debe de estar bien curtido, supongo —le susurró Koner.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que puede ganar? —preguntó ella, alarmada.

—No, no. Tranquila. Bueno, no lo sé. Pero no te alteres —susurró mientras daba un buen sorbo a su bebida.

Maira fue a responderle, pero el mediador bajó la bandera y los dos

jóvenes comenzaron la competición. La gente gritaba, emocionada. Jakue llevaba una armadura de tonos azules brillantes, mientras que la de Eleo era verde. Los penachos iban a juego. Las estocadas de las espadas resonaban sin cesar. Jakue no daba tregua; atacaba sin interrupción. En un momento dado, hizo saltar el espaldar de su contrincante, que, sin embargo, no cedió. Eleo se tambaleó y atinó a defenderse del nuevo ataque justo a tiempo.

—Bueno, pues el joven Fuerteancor es bastante bueno —murmuró Koner, alarmado—. Pero tú tranquila, de verdad.

Maira no lo estaba, y mucho menos después de ese comentario. La ferocidad del Fuerteancor los dejó a todos con la boca abierta. Finalmente, consiguió desarmar a Eleo. Los aplausos resonaron incluso más fuerte que el chocar de las espadas. Jakue pasaba a la siguiente fase. A pesar del frío, Maira sintió que se sofocaba. Se abrió un poco la capa para poder respirar mejor. Los siguientes concursantes se presentaron ante ella. Un Muroalto y un Vanteor. Ganó el joven Muroalto. Eran tantos los nuevos nombres que a Maira le daba vueltas la cabeza. Además, los mismos caballeros se presentaban cada vez que iban a competir, aunque ya lo hubiesen hecho antes, lo que le parecía estúpido. Cada ronda se volvía más tensa. No quedaban muchas, y Maira solo podía pensar en Jakue, que ganaba todas las rondas, al parecer sin mucho esfuerzo. Por todos los rayos, maldito muchacho endemoniado.

Eyben y Pryo estaban en grupos distintos. Koner se había asegurado de aquello para que no tuviesen que competir entre ellos. Ambos estaban resultando ganadores de todas las rondas, tal y como había predicho Koner. Pero Jakue también. Y finalmente, llegó la última ronda.

—Yo soy Eyben de Marnegra, nacido en Trom, segundo hijo de Abner de Marnegra —lo dijo serio, pero no pudo evitar un asomo de sonrisa al mirar a Koner.

—Yo soy Iuon de Muroalto, nacido en Sater, primer hijo de Tauof de Muroalto.

Eyben se puso el yelmo, decorado con un penacho negro, al igual que el resto de su armadura. El Muroalto lo llevaba amarillo. El joven Iuon era buen espadachín, pero no tenía nada que hacer contra la agilidad y técnica de Eyben. El Marnegra no dejaba de moverse de aquí para allá, agotando a su rival. Asestaba los golpes uno detrás de otro, sin descanso. Iuon se abalanzó sobre su contrincante, soltando un grito desesperado. Eyben lo esperó con la rodilla derecha flexionada, jadeando, y con la espada apuntando al lado contrario. Cuando lo tuvo cerca, descargó una fuerte estocada sobre su adversario, girando

hacia un lado y derrumbándolo en el suelo mientras le apuntaba con su arma en el pecho.

—Una buenísima postura del ciervo. Tuvimos al mejor maestro espadachín de todo Dunia, y eso se nota —comentó Koner, satisfecho. Ya iba por su cuarta copa de vino.

Eyben se proclamó el primer vencedor del torneo, pero todavía quedaba la competición entre Pryo y Jakue, que era la que más temía Maira. Pryo se preparó para atacar, con su penacho rojo ondeando al viento. Tenía mucha fuerza, y era más corpulento que su contrincante. No dudaba en asestar golpes violentos contra Jakue. Sin embargo, el joven Fuerteancor también gozaba de una fuerza brutal. Se defendía y atacaba con una facilidad que parecía ser innata. Jakue asestó un mandoble que hizo saltar el guardabrazo de la armadura de Pryo por los aires, haciendo que el corazón de Maira se saltase un latido. Pryo pareció no darse cuenta, cegado por la adrenalina del momento. Ambos gritaban sin parar, intentando sacar fuerzas y agotar física y emocionalmente a su contrincante. A Koner se le escapó un poco de vino por la nariz, sorprendido, e intentó disimular la tos con un carraspeo suave.

—Por los rayos de Ezartz… —murmuró Maira, desesperada.

—Los dos son muy vigorosos. Fíjate. ¡Impresionante! —comentaba Koner, más emocionado que alarmado, maquinando en su fuero interno qué hacer si Jakue ganaba.

Jakue le asestó tal golpe a su contrincante que este cayó de rodillas al suelo. Maira se llevó las manos a la cara, espantada. El público enmudeció. En un abrir y cerrar de ojos, Pryo se levantó con un grito y arremetió contra Jakue de forma brutal, alcanzándolo en el costado. El Fuerteancor se tambaleó, aunque finalmente logró mantenerse en pie. Pryo se apartó, calibrando la situación. Estaba herido, notaba la boca seca y se sentía acalorado bajo la armadura, pero aquello solo le hacía tener más deseos de ganar. La victoria era mucho más dulce cuando costaba hacerse con ella. Se relamió los labios, notando el sabor salado del sudor. Se abalanzó contra Jakue a tal velocidad y con tal fiereza que el muchacho no tuvo nada que hacer, cayendo al suelo y causando un gran estrépito. Pryo lo apuntó con la espada en el pecho, dando por finalizado el torneo.

Pryo y Eyben, los ganadores del torneo para tranquilidad de Maira, se pasearon entre las tribunas, saludando y recibiendo los aplausos y las flores invernales de la emocionadísima audiencia, obteniendo las miradas de admiración de los hombres y los suspiros encandilados de las mujeres jóvenes (y no tan jóvenes). Cuando llegaron ante la tribuna de la corte, se arrodillaron ante Maira, agachando la cabeza.

Ambos tenían el cabello pegado a la nuca y a la frente a causa del sudor, y tenían las mejillas encendidas por el esfuerzo. A Pryo le sangraba mucho el brazo, pero no parecía darle importancia. Sonreía, orgulloso. Su victoria había sido mucho más espectacular que la de su compañero, y estaría presumiendo de ello durante días.

—Te lo dije, Maira —murmuró Koner, exhibiendo una sonrisa triunfal.

El banquete posterior al torneo fue uno de los más concurridos que había vivido Maira. Todos los concursantes estaban invitados, y compartían noticias sobre sus ciudades, sus métodos o charlaban animadamente de asuntos nimios. No había ni rastro de la competitividad que habían demostrado en el torneo, o al menos conseguían disimularlo bastante bien. Maira le estaba dando un sorbo a su copa de vino cuando Koner le pidió que lo siguiera.

Su hermano la había reunido en el patio de armas, que estaba congelado y desierto, junto con Eyben y Pryo, que lo miraban, confusos. Las farolas de luz de lys estaban encendidas, y les conferían un aspecto fantasmagórico.

—Enhorabuena de nuevo —les dijo Maira, cruzándose de brazos para mantener en calor corporal.

—Sí, bueno, ellos ya saben lo buenos que son, no hace falta volver a repetírselo. Vayamos al grano —interrumpió Koner.

A Maira le invadió una oleada de miedo. No sabía cómo iban a reaccionar. Uno de los posibles escenarios es que fuesen corriendo al templo a delatarlos. Para Maira, el más probable. Koner le había asegurado que no era *tan tan* probable. Solo posible.

—No vais a acompañar a Maira a las Islas Centrales —soltó Koner, sin más.

Los jóvenes se miraron, extrañados. Koner suspiró y se lo contó todo, obviando algunas partes e inventando otras. Como siempre que contaba algo. Evidentemente no les dijo que había sido Maira quien había sacado a Julinka de las mazmorras.

—Esto solo lo sabemos nosotros. Nadie más. Ni siquiera nuestro padre. Confío en vosotros y sé que confiáis en mí. Aunque no tengamos la misma sangre, somos hermanos. Sé que os cuesta, pero tenéis que creerme —continuó Koner.

Le costó largo rato convencer a sus compañeros de aquello. Ninguno de los dos veía bien lo que estaban haciendo, pero por alguna incierta razón, terminaron aceptando acompañar a Maira y a la niña demonio, y no contárselo a nadie. Se notaba que confiaban realmente en Koner.

—Maira, has dicho que puede haber más como ella en ese lugar. ¿No

crees que es una trampa? ¿Qué vamos a hacer nosotros tres contra una horda de demonios? —preguntó Eyben, rascándose la barbilla.

—No son demonios. De verdad. Si hay más, que creo que sí, no nos harán daño. Todo lo contrario.

Medio convencidos Eyben y Pryo, a su pesar, el grupo volvió al banquete. Maira agradeció el calor que emanaba de las chimeneas. Estaba más tranquila, pero aun así las dudas la carcomían por dentro. Siguió bebiendo y comiendo, y guardando disimuladamente entre su ropa pan, fruta y verdura que pudiese llevarle a Julinka. Koner se subió a una de las mesas, ya bastante beodo, y pidió silencio.

—Primero quiero dar mi más sincera enhorabuena a Eyben de Marnegra y Pryo de Duraroca por su victoria en el torneo de hoy —anunció, arrastrando las palabras y despertando las risas de los comensales, también achispados por el vino—. En segundo lugar, quiero desearle un buen y seguro viaje a mi hermana. Y, por último, quiero daros a todos una buena noticia. No lo he dicho antes por no eclipsar el torneo, pero ya estoy esperando a mi primer hijo. ¡Aiala está encinta!

La sala entera estalló en vítores. Maira casi se atragantó con el vino. Se sorprendió sintiéndose muy feliz. Maira, Regina y otras mujeres de la corte se acercaron a Aiala para darle la enhorabuena. La joven estaba pletórica. Maira la abrazó con todo el cariño que sentía por ella en aquel momento, y descubrió que era un sentimiento auténtico. Su primer sobrino se gestaba en el interior de la joven, y aquella era una de las mejores noticias que le habían dado jamás.

—Maira, no te retrases mucho en tu viaje. Espero que llegues a tiempo para verlo nacer
—le dijo Aiala.

Maira asintió con lágrimas en los ojos, pues sabía que no sería así. Su destino estaba más allá de las Islas Centrales. Tardaría varios meses en ir y volver. Koner la miró desde el otro lado de la sala, con Sein en un brazo y Xana en el otro. Maira se acercó a él, que dejó a los niños en el suelo, y lo abrazó. Koner la apretó entre sus brazos, con aquel infinito cariño que profesaba a todos sus hermanos.

—Koner, seguramente no esté aquí cuando tu hijo nazca… pero ya estoy deseando poder conocerlo. Estoy muy feliz por ti.

—Ya lo sé, Maira. Te estaremos todos esperando cuando vuelvas, así que esfuérzate en venir pronto. Te vamos a echar mucho de menos.

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche. Había mucho que celebrar. Maira comió, bebió y bailó con prácticamente todos los jóvenes que se habían presentado al concurso, y que estaban

encantados de conocerla en persona. Sin embargo, se sentía más cómoda danzando con Pryo y con Eyben, ya que tenía más confianza. Además, ambos eran siempre muy amables con ella. Disfrutó de su compañía, dando vueltas, cogida de sus manos, hasta que acabó exhausta, retirándose de nuevo a la mesa para acallar la sed que se apoderaba de su garganta.

Nadie se dio cuenta cuando un hombre joven, ataviado con una capa oscura, se escabulló del banquete para ir al templo. Las calles estaban desiertas y cubiertas de un manto blanco que comenzaba a cuajar. El joven entró al templo, buscando al Gran Sacerdote.

—Gran Sacerdote, tengo algo que decirte. El demonio ha vuelto a Reldeter, pero no se va a quedar aquí. Le he tendido una trampa. Voy a llevarlo a un lugar donde dice que hay más como él, al otro lado del mar, pero todavía no sé exactamente dónde es. Nadie puede enterarse de esto, pero quería avisarte. Podemos acabar con el mal si lo hacemos bien.

—Gracias, hijo. Eso haremos. Debéis mantenerme informado en todo momento, enviadme una carta desde todos los puertos en los que amarréis, con la información que vayáis obteniendo. Yo me aseguraré de seguir vuestros pasos, y cuando llegue el momento, atacaremos. Confío en vos. Por Ezartz, bendito seáis.

—Por Ezartz.

Capítulo 33: Tarde

Maren no tenía buen día. Sentía la necesidad de pelearse con alguien, pero aún no había encontrado una excusa válida para hacerlo. No es que fuese muy difícil iniciar una pelea en una taberna, pero necesitaba una buena excusa para sentirse mejor consigo misma. No era una barriobajera. Al menos, no una cualquiera.
Había vuelto a Reldeter hacía unas horas, y se había enterado de que había tenido lugar un torneo en la ciudad mientras ella estaba fuera. Podría haber vendido muchísimo si hubiese llegado unos días antes. Reldeter había estado a rebosar de gente con dinero.

Intentaba calmarse mientras bebía su habitual jarra de hidromiel, pero a su alrededor todas las conversaciones giraban en torno al torneo. Se le revolvían las tripas de rabia. Dio un golpe en la mesa con el puño, haciendo resonar las jarras. Los hombres la miraron, entre curiosos y alerta, seguramente pensando en lo loca que parecía estar aquella mujer.

¿A quién se le ocurría organizar un torneo con tan poca antelación? Menuda puta mierda de lugar. Y menuda puta mierda de gente.

Capítulo 34: Capitán

Maira sujetaba su macuto con manos temblorosas. Ya había caído la noche en Reldeter. En teoría, su viaje comenzaba a la mañana siguiente, pero habían decidido marcharse de noche para que nadie descubriese el verdadero motivo de la aventura.
—Maira, recuerda, la niña siempre tiene que llevar los ojos tapados. Es ciega, ¿vale? Nadie, bajo ningún concepto, puede verle los ojos —le dijo Koner, cogiéndola de los hombros y zarandeándola.

—Sí, ya nos lo has dicho diez veces, por lo menos. Deja de sacudir a tu hermana, le vas a dislocar los hombros —comentó Pryo, riéndose.

—Bueno, solo quiero asegurarme —aclaró Koner. Sacó un trozo de papel y lo enseñó—. Diré que me he encontrado esta carta de despedida explicando que os marchabais esta noche para evitar aglomeraciones. Os voy a echar de menos —añadió tras una pausa.

Primero abrazó a Maira durante más tiempo del necesario. Ella se impregnó de su olor a sándalo, que no volvería a sentir durante mucho tiempo. Aquel acto de amor fraternal tan intenso provocó las risas de sus compañeros, a los que abrazó con menos efusividad. Les volvió a pedir que tuviesen cuidado, por enésima vez.

El trío llevaba el equipaje justo. Se habían vestido con ropa sencilla, para no llamar la atención. Descendieron por las calles de Reldeter hasta llegar a la playa. Maira se internó en las grutas para buscar a Julinka. Los dos jóvenes la esperaron fuera, con el miedo y la incertidumbre recorriéndoles las venas.

—Julinka, nos vamos. Ven, deja que te ponga esto. No te lo puedes quitar. He cogido una tela fina para que puedas ver algo a través de ella. Pero nadie puede verte los ojos, ¿de acuerdo?

La niña asintió, emocionada. Al tocarla, todos los miedos de Maira se esfumaron. Le había llevado un vestido de Hizea que, aunque era más joven, era más corpulenta y alta que Julinka. También le había llevado unas botas, que la niña se puso a regañadientes. Maira ayudó

a Julinka a salir, llevándola de la mano hasta sacarla de las grutas. Eyben y Pryo se pusieron rígidos ante su presencia. Maira los presentó, y Julinka los fue a saludar dándoles la mano. Ellos no accedieron, recelosos. Maira ya se lo esperaba. Ya le había parecido todo un milagro conseguirlo con Koner, y no esperaba hacerlo tan pronto con aquellos dos. Se daba por satisfecha de que no la hubiesen delatado a ella y a su hermano.

—Ahora tenemos que buscar una embarcación que nos pueda llevar al otro lado del mar, a las Tierras Antiguas —explicó Pryo mientras se cubría la cabeza con la capa. Todos lo imitaron, ya que no debían ser reconocidos.

Había once embarcaciones en el puerto. Preguntaron una a una, a las diez primeras, pero todas se dirigían al sur o simplemente se quedaban unos días más en Reldeter. Ninguna al otro lado del mar, ni siquiera a las Islas Centrales o las Islas Espejo. Maira observó la última embarcación. Era vieja y parecía destartalada.

—Quizá deberíamos esperar a que llegue otra… —comentó, dubitativa.

Pryo negó con la cabeza. No podían esperar. Maira estaba segura de que aquel barco no aguantaría un viaje como ese, pero tragó saliva y siguió a los dos jóvenes, que ya se habían adelantado, y arrastró a Julinka con ella. Eyben se acercó a uno de los hombres que descansaba en la cubierta, cerca de la pasarela de madera raída.

—Disculpa, buen hombre, ¿podríamos hablar con el capitán? —El hombre, alto, peludo y de espalda enorme, los repasó con la mirada. Había algo extraño en su rostro. Quizá era la nariz, que resultaba demasiado pequeña comparada con el resto de facciones.

—Está al llegar, cuando decida salir de la taberna. Y no la llaméis capitán, se cabrea
—respondió con voz grave y un deje burlón.

Eyben retrocedió junto a sus compañeros, frunciendo el ceño. La puerta de la taberna más cercana se abrió de par en par con gran estruendo, y de ella brotó una pequeña mujer que daba pasos poco coordinados, y que portaba un cuchillo que no dejaba de agitar de forma amenazante.

—¡Que te jodan, cabrón de mierda! —gritó con voz aguda y lengua resbaladiza, dando un puñetazo contra la puerta de madera al resbalársele el cuchillo—. ¡Cuando vuelva pienso rebanarte el cuello!

—Ahí la tenéis. Oportuna como siempre —les gritó el marinero, divertido.

La joven mujer llegó dando tumbos mientras intentaba guardarse el cuchillo, y se quedó allí plantada observándolos con los ojos entornados. Llevaba el pelo oscuro mal cortado, descuidado y apelmazado por la sal y la suciedad. La ropa era masculina, y se le arrapaba a la piel revelando las formas de su cuerpo, algo totalmente indecente. Además, los pantalones parecían quedarle largos, sobresaliéndole de las botas viejas. El chaquetón raído también le quedaba muy grande, haciéndola parecer incluso más pequeña de lo que era, dándole un aspecto algo cómico. Tenía la cara curtida por el viento y la sal y, a pesar de tener unas facciones agraciadas, su expresión y sus gestos eran bruscos y cortantes.

—¿Quiénes son estos, Nero? —le preguntó al marinero, arrastrando las palabras.

—Quieren hablar contigo —se limitó a añadir el marinero, señalándolos con la cabeza mientras daba una calada a su pipa.

—¿Qué? —les demandó ella, mirándolos sin pestañear.

—Nos preguntábamos si podríamos viajar en tu hermosa embarcación, hacia el otro lado del mar, mi señora —dijo Eyben con recelo, escrutándola con la mirada. Qué mujer más rara.

La mujer soltó un resoplido, seguido de una sonora carcajada. El marinero parecía, a esas alturas, sumamente divertido.

—Serás el único que ve hermoso a este barco de cuando Kervasi era un brote. Y mi señora, dice. Qué gracioso. Haz el favor de llamarme Maren, anda —se burló—. ¿Quiénes sois, por qué queréis ir al otro lado del mar y qué tenéis para ofrecerme a cambio?

—Somos… somos hermanos. Yo soy Izo, él es Ainte, el mayor, esta es nuestra hermana Astra y, por último, la pequeña Julinka. —Eyben había cambiado todos los nombres, excepto el de la niña, porque nadie la conocía—. Queremos irnos en busca de una nueva vida, nuevas oportunidades. Aquí somos agricultores de trigo y cebada. Nos va bien, pero queremos probar suerte en otras tierras —dijo. Como respuesta a la última pregunta, sacó una bolsita de cuero llena de monedas.

—Os parecéis muy poco para ser hermanos —soltó Maren en tono mordaz, enarcando una ceja—. Menuda fulana tiene que ser vuestra madre. ¿Y qué le pasa a la criatura? —preguntó señalando a Julinka.

—Es ciega —respondió Maira, asustada.

—¿Por qué no pasáis y lo hablamos en el barco? —los invitó.

Algo provocó un chasquido en la cabeza de Maira. Cayó en la cuenta, de golpe, de que realmente iba a subir a un barco. La invadió un

pánico repentino. No podía hacerlo. Después de todo el revuelo, todos los nervios y los peligros a los que se había expuesto, se sentía incapaz de subir a bordo. Se le aceleró el corazón y dio un paso atrás, soltando la mano de la niña. Julinka giró con brusquedad la cabeza hacia ella, como si hubiese reaccionado a un grito muy fuerte. La cogió con rapidez de la mano, asiéndola con la misma dosis de firmeza que de cariño. Maira no podía ver los ojos de la niña, pero en ese momento podría haber jurado que sus remolinos giraban, frenéticos. Se sintió mejor al instante. El miedo no había desparecido del todo, seguía habiendo una reminiscencia visceral, pero podía controlarlo. Inhaló con fuerza y dio un paso al frente, decidida.

Cuando Maira fue a subir con la niña aferrada a su brazo, la mujer las detuvo.

—Deja que ayude yo a subir a la pequeña Julinka, esta pasarela es un poco traicionera y la conozco mejor que tú. No me gustaría que acabarais cayendo una por cada lado —dijo Maren en un tono que dejaba muy claro que le encantaría.

—No hace falta, ya vamos con cui…

Maira cerró la boca. Maren le había dirigido una mirada aterradora. Soltó a la niña a regañadientes y desapareció dentro de la embarcación, tras Pryo y Eyben, girándose para controlar a Julinka. Maren cogió a la niña de las axilas y la colocó en la pasarela chirriante. Justo cuando Maira las perdió de vista durante unos instantes, Maren cogió a la cría por el pelo y le tiró la cabeza hacia atrás, tapándole la boca con la otra mano.

—No se te ocurra gritar, preciosa —susurró, haciéndole llegar el olor a alcohol enranciado que desprendía su aliento. Le destapó la boca y le apartó el vendaje de los ojos. Los observó por unos instantes, mirando fijamente aquello que muchos hombres habrían enloquecido al mirar. Los ojos de un demonio—. Con que ciega, ¿eh? —Volvió a colocarle la venda y la ayudó a subir, mientras los labios se le curvaban hasta formar una enorme y feroz sonrisa.

Capítulo 35: Trato

El interior del barco olía a sudor rancio, sal y alcohol, y estaba igual de destartalado que el exterior. Los marineros los miraron al entrar, extrañados, pero no dijeron nada. Maren los hizo sentarse alrededor de la mesa pegajosa. Los miraba con atención, con una sonrisa hambrienta. A veces, la vida le sonreía. Como aquella noche que, sin quererlo ni beberlo, se le había aparecido la niña demonio, surgida de la nada. Qué curiosas eran a veces las cosas. Sacó hierba de lys de un enorme cuenco y la machacó con fuerza, haciendo mucho ruido y asustando a la pobre muchacha que tenía delante, que la miraba con los ojos como platos. La hierba comenzó a soltar su veneno luminiscente. Maren la metió en un tarro y lo dejó sobre la mesa. La luz de lys no era tan fuerte como la del fuego, pero era más segura, y duraba varios días. Y, además, era baratísima. Maren se secó las manos en el pantalón, sintiendo que el veneno comenzaba a escocerle.

—Hablemos de negocios, entonces. El viaje al otro lado del mar es largo. Muy largo. Y también arriesgado —comenzó Maren.

—¿Has viajado al otro lado del mar alguna vez, señora? —preguntó Pryo.

—¿Por quién me tomas? Obviamente. Y haz el favor de no llamarme señora, me estás poniendo nerviosa. No me hagáis repetirlo otra vez. Lo he hecho y por eso sé de lo que hablo. ¿Cuánto me ofrecéis?

Julinka le pegó un estirón a la manga de Maira, intentando llamar su atención. Pero Maira le dio un puntapié por debajo de la mesa. No era el momento.

—Tres oros —ofreció Eyben.

—¿Te estás riendo de mí, querido? Qué mínimo que un oro por cabeza. Y eso sin contar los gastos de comida, bebida y provisiones en general.

—Pues cuatro oros, entonces. Más los gastos.

—Muy bien. ¿Cuándo queréis partir?

—Ya. Esta noche —respondió Pryo.

Julinka seguía intentando llamar la atención de Maira, desesperada. Maira le volvió a dar una patada, esta vez más fuerte. Maren las miró, arqueando las cejas.

—Es muy nerviosa —se disculpó Maira con voz queda.

—Ya. Pues si queréis zarpar esta noche, que veo que tenéis prisa, tendréis que sumar otro oro.

—De acuerdo.

—Trato hecho entonces —sonrió Maren.

—Trato hecho —respondió Eyben mientras dejaba los cinco oros sobre la mesa.

—¡Pues esto hay que celebrarlo! ¡Bienvenidos a mi humilde embarcación, la vieja pero ágil Idoia! Nero, trae bebidas para nuestros huéspedes. Hay que zarpar ya.

Mientras el marinero les ofrecía bebida, Maren subió a cubierta con algunos de los marineros para sacar la embarcación del puerto de Reldeter. Antes de ascender por la escotilla, se acercó a Nero y le susurró algo. El hombre asintió, sonriendo. Julinka no sabía qué hacer, Maira estaba tensa y Pryo y Eyben empezaban a beber, satisfechos, divertidos y emocionados por la nueva aventura que daba comienzo.

Cuando el vaivén del barco comenzó a notarse, Maira volvió a sentir el pánico. Se puso pálida y sintió que el corazón iba a salírsele del pecho. Julinka le puso la mano encima, calmándola. Por suerte, no tardó en surtir efecto.

—Le tengo miedo al mar. Y a los barcos —le explicó a la niña.

—Maira, creo que... —empezó a decir Julinka.

En ese momento Maren volvía a entrar. Julinka enmudeció de golpe, bajando la cabeza. Maren se sentó con ellos, visiblemente feliz. Ni siquiera parecía ya tan ebria como cuando había salido de la taberna. Los ojos, oscuros y grandes, le relampagueaban. Se relamió los labios.

—¿Cómo va eso? ¿Tenéis un poco para mí? —comentó, dando golpes en la mesa con los puños.

Eyben le sirvió un poco de hidromiel. Maren se lo bebió de un trago, volviendo a poner el vaso sobre la mesa.

—¿Tú no bebes, querida? —le preguntó a Maira.

—Es que me estoy mareando.

—Entonces te ayudará a dormir mejor. Vamos, un poquito. Eso es. Además, da buena suerte beber cuando te embarcas en un largo viaje, ¿sabes? Así recuperarás el color de las mejillas. Cualquiera diría que has visto un demonio —dijo mientras estallaba a carcajadas.

Maira se puso aún más tensa, y miró de reojo a sus dos acompañantes, que parecían no haber oído el comentario de Maren. Bebían, animados, hablando con Nero. Maira empezó a notar el sudor en la nuca, pero sonrió y siguió sorbiendo la bebida, ante la atenta mirada de Maren.

—Dicen las malas lenguas que nadie bebe más que los marineros. ¿Qué decís vosotros?
—preguntó Maren a los jóvenes, inclinándose sobre la mesa.

—De ninguna manera —respondió Pryo, visiblemente embriagado.

—Es tu palabra contra la mía. Eso hay que demostrarlo con hechos, no con palabras. Estoy segura de que no sois capaces de beber más que Nero o yo misma.

Los jóvenes aceptaron el reto, achispados. El alcohol corría por sus gargantas sin cesar. Los marineros cantaban canciones obscenas y aplaudían sin parar. Maira acabó tan mareada que tuvo que retirarse antes, quedándose dormida en la hamaca que le habían asignado a pesar del escándalo. Eyben y Pryo bailaban al son de los cantares de ultramar, mientras Maren los observaba, ya sin reír. Esperó a que cayeran inconscientes para registrarlos en profundidad.

Maren se acercó a la niña, que no se había movido en todo el rato, y le quitó la venda de los ojos.

—No necesitas esto aquí. No te preocupes, no te va a pasar nada. No puedo prometer lo mismo para tus amigos. Ahora descansa. Mañana será un día interesante.

Capítulo 36: Mentiras

Un rayo de sol impactó en los ojos todavía cerrados de Eyben. Sentía un fuerte dolor de cabeza y tenía la boca seca. Intentó despegar la lengua pastosa del paladar. Los tobillos y las muñecas le ardían, y se notaba la cabeza cada vez más dolorida, como si toda la sangre de su cuerpo estuviese allí, palpitando. Además, hacía frío. Mucho frío. Abrió los ojos un poco, entrecerrándolos por la molesta luz. Se notaba raro, y no solo por la melopea de la noche anterior. Había algo que no cuadraba.
Los ojos se le abrieron de par en par cuando el cerebro por fin se le despertó. Se descubrió colgado bocabajo, atado de los tobillos y con las muñecas amarradas en la espalda. Completamente desnudo. Intentó soltarse, mirando a su alrededor, desesperado. Lo primero que vio fue a Pryo en la misma posición que él, a su lado, aún dormido y con la cara de color púrpura. Le gritó para que se despertara. El joven Duraroca abrió un ojo y lo miró, sin entender nada, durante unos instantes. Y después despertó. Ambos se pusieron a gritar improperios y a sacudirse como anguilas para intentar zafarse, sin éxito.

—Vaya, veo que ya estáis despiertos. Buenos días —saludó Maren, doblando las rodillas para mirarlos a la cara—. ¿Habéis dormido bien?

—¡Hija de puta! ¿Qué te crees que haces? —bramó Pryo, fuera de sí.

—Querido, a mí ese insulto no me ofende. Soy, en efecto, una hija de puta. En todos los sentidos posibles. Y no me avergüenzo. Traed a la chica —ordenó, girándose hacia los marineros.

Maira subió a cubierta un poco adormilada, escoltada por dos de los marineros, pero los ojos parecieron salírsele de las órbitas cuando vio a Eyben y Pryo colgados bocabajo.

—Bueno, ya estamos todos. Hace un día precioso. Un poco frío para andar en pelotas, pero así se espabila uno más rápido, ¿verdad? —comentó Maren, sonriendo—. Os preguntaréis qué está pasando. Para ir al grano, porque sé que estáis un poco incómodos, os diré que hay algunas cosas que no soporto. Muchas, en realidad. Pero una de ellas

es la mentira. Odio que me mientan. No os hacéis una idea de lo que eso me llega a enfadar, de verdad.

—¡Suéltalos! —amenazó Maira, avanzando hasta sus compañeros.

Maren caminó hacia ella con lentitud, y se plantó tan cerca de su cara que Maira podía notar su respiración en la piel. La miró con fijeza a los ojos, burlona.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme? A ti no te han educado para esto, preciosa. Así que cállate y vuelve a tu sitio. —Volvió a girarse hacia Eyben y Pryo—. Como iba diciendo, no tolero que me mientan. Y vosotros me habéis mentido. Mucho, además. Y mal. A ver, está claro que no sois hermanos. ¿Os creéis que soy tonta? —Maren ya no reía. De hecho, su expresión resultaba bastante aterradora.

Se acercó a Pryo y lo movió un poco, haciéndolo oscilar. Se puso tras él y le cogió las manos.

—Estas manos no son las manos de un agricultor. Tienes algunos cayos, sí, pero no son de trabajar. Son de otra cosa. ¡Y esta piel tan blanquita! —exclamó mientras le daba un azote en las nalgas—. Tú no has trabajado en el campo en tu puta vida, bonito.

Se acercó entonces a Eyben, que se sentía más mareado que en toda su vida. Sintió unas inminentes ganas de vomitar, pero se ahogaría si lo hacía en esa posición. Tragó saliva como buenamente pudo e intentó fijar la mirada cuando Maren lo zarandeó.

—La ropa que os he quitado parecía sencilla, pero no lo era. Y esa cadena de oro tan bonita que lleváis al cuello, no se la pagaría un agricultor ni en mil años de trabajo.

—Es que nos ha ido muy bien, de verdad… —protestó Pryo, intentando convencerla.

Maren se alejó de Eyben y buscó algo en la cubierta. Se puso ante Pryo y le arrojó un cubo de agua helada.

—¡Que no me mientas! —vociferó ella, furiosa.

Pryo sintió como el agua salada le entraba por la nariz. Intentó respirar por la boca, dando bocanadas como un pez agonizante. Sintió que se le congelaba hasta la punta del pelo.

—Se está ahogando… —gimoteó Maira.

—No se está ahogando. Es solo un poco de agua fresca, para despertarlo bien y que deje de decir tonterías. Querido, por mucho que os hubiese ido bien en el negocio del trigo y la cebada, jamás me hubieseis pagado cinco oros sin pestañear si quiera. Hubieseis negociado, al menos. Y, bueno, me dejaba lo más importante. Resulta

que la niña no es ciega —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza a Nero.

El hombre se retiró un momento y salió con la niña en los brazos, pataleando. Maren se acercó a ella, le cogió la cara con una mano, apretándole las mejillas, y la miró a los ojos.

—Esta niña ve perfectamente. Pero no tiene unos ojos muy comunes que digamos.

Soltó a la niña y se acercó de nuevo a los dos hombres jóvenes. Puso los brazos en jarra y le dio otra orden con la mirada a Nero, que le dio la vuelta a la niña, amarrándola de los pies, y la sacó por la borda.

—¡No! —gritó Maira, corriendo hacia la niña.

Maren la apartó de un empujón. Estaba estudiando sus reacciones. Los dos hombres no se habían ni inmutado. No les importaba. Pero a ella sí.

—O me decís la verdad, toda ella, o la tiro por la borda. Primero a ella y después a vosotros —sentenció Maren.

—Vale, vale —dijo Maira, levantando las manos—. No… no somos hermanos.

—Claro que no. Dime algo que no sepa, bonita.

Hizo un gesto y Nero soltó una de las piernas de la chiquilla, que pegó un grito. Maren observó como la joven se debatía por dentro. Le costaba respirar, miraba hacia la niña y hacia sus compañeros de manera frenética.

—Soy Maira de Terralta —dijo por fin, en apenas un susurro.

Maren enarcó una ceja y sonrió.

—¿Y los demás?

—Él es Eyben de Marnegra y él Pryo de Duraroca —musitó.

—¡No me puedo creer que le haya dado un azote en las nalgas a un Duraroca! Me ahorcarán por esto —dijo, muerta de la risa.

Se dobló hacia delante, desternillándose. Los marineros se carcajeaban, divertidos. Maren se acercó entonces a Eyben y con la palma de la mano bien abierta, le propinó otra manotada en el trasero.

—Si me van a ahorcar de todas formas, al menos que no me quede con las ganas, ¿no?
—comentó dirigiéndose a su tripulación, que rio aún más fuerte—. Y la niña, ¿quién es?

—Julinka. Es… es un demonio.

—No, querida, no es ningún demonio. ¿Es la niña de Reldeter, la que iban a matar en la plaza?

—Sí.

—¿Y por qué queréis ir al otro lado del mar con ella? ¿Qué os traéis entre manos?

—Es difícil de explicar. Ella… ella necesita ir allí. Tiene visiones. Y nosotros la acompañamos, para que llegue sana y salva.

Maren se quedó un rato mirándola, mordisqueándose el dedo índice. Entonces se encogió de hombros y le pidió a Nero que liberase a la niña. La pequeña Julinka ya tenía la cara enrojecida por la presión. Maren se agachó junto a ella y le apartó el pelo del rostro.

—No te preocupes, Julinka. No te haremos ningún daño, esto solo era una broma. Llegarás sana a donde tengas que ir, yo me encargaré de ello —le dijo con voz dulce, mientras le acariciaba las mejillas.

Maren se incorporó, sacó un cuchillo de su cinto y se acercó a Eyben y Pryo. Cortó las cuerdas que los amarraban por las muñecas y, de un tajo rápido, también las que los sujetaban por los tobillos. Los muchachos cayeron al suelo de un golpe sordo. Maren le dio la mano a Pryo para ayudarlo a levantarse, pero él la rechazó.

—Sin rencores, ¿eh? Bienvenidos, ahora sí, mis queridísimos señores. Tengo a la flor y nata de la corte del norte en mi barco, y ahora que ya nos hemos sincerado, os aseguro que vamos a pasarlo muy bien —les dijo ella mientras le daba una palmadita en el hombro, ignorando la mirada iracunda de Pryo—. No volváis a mentirme, y si lo hacéis, al menos hacedlo bien. Ah, y no esperéis ningún tipo de subordinación por mi parte, ni reverencias, ni tonterías. Ahora formáis parte de mi tripulación, y la que manda aquí soy yo. ¿Entendido?

Eyben seguía de rodillas, apretando los dedos contra el suelo de madera. Devolvió todo lo del día anterior, y posiblemente todo lo que llevaba en el estómago desde su primera papilla.

—¡Qué asco! ¡En el suelo! Querido, tienes el mar a tres pasos, literalmente. La próxima vez asoma la cabecita y vomita fuera del barco —lo riñó mientras cogía un cubo de agua y un cepillo viejo—. Toma, límpialo.

—¿Qué? —musitó Eyben.

—¿Qué quieres, que lo limpie yo? No soy tu madre, niño, y aquí no tenemos criados. Limpia tu vómito y la próxima vez hazme el favor de hacerlo fuera.

Eyben se levantó, aún mareado. No se había encontrado tan mal en toda su vida. Pryo también tenía mala cara, pero parecía que la rabia

se lo hacía llevar mejor.

—¿Puedo vestirme antes? —preguntó Eyben mientras se cubría los genitales con las manos.

—Claro, tenéis la ropa sobre vuestras camas. Y no te preocupes, es del frío —se burló Maren—. En un rato se sirve el desayuno, os espero abajo —dijo dándole una palmadita en el hombro a Maira, que se había quedado atónita.

Maren había sabido quiénes eran desde el momento en que los había visto. Había reconocido a la Terralta lunática, el rubio solo podía ser el Marnegra y, por eliminación, el otro era el joven heredero de los Duraroca. Pero se lo había pasado en grande montando aquel espectáculo. No todos los días podía una azotar a un noble, y mucho menos a dos.

Capítulo 37: A bordo del Idoia

La vida a bordo era mucho más ajetreada de lo que Maira hubiese imaginado jamás. Se trabajaba muy duro, se comía muy mal y se dormía poco, pero los marineros parecían gozar de una energía que no se acababa nunca. Acompañaban todas las tareas de música y canciones, que parecían mantenerles el ánimo bien alto. Todos, incluida Maren, estaban curtidos por el sol, el viento y el agua. Tenían las manos rugosas, la piel dura y los músculos fibrosos bajo la tez tostada por el sol.
Maren, en concreto, era puro nervio. Se pasaba el día corriendo de un lado a otro, nervuda y enjuta, ladrando órdenes de aquí para allá. Los únicos momentos en los que se mantenía en calma absoluta era cuando sujetaba el timón. Aquella mañana, el cabello corto se le agitaba al viento, y miraba al frente mientras sostenía el timón con expresión sosegada.

Maira corrió a sacar la cabeza por la borda, para vomitar por enésima vez aquel día. Apretó las manos contra la regala, sintiendo la acidez treparle por la garganta. No conseguía acostumbrarse al vaivén del barco, quizá por el miedo que tenía cada vez que pensaba en cómo algo tan grande y lleno de gente aguantaba sobre el agua.

—¡Muy bien, querida! Así se hace —le gritó Maren desde el timón—. Qué rápido aprenden —le comentó a un marinero que estaba arreglando una vela cerca de ella, con una ternura burlesca.

Maira se dejó caer hasta el suelo de la cubierta, exhausta. Tanto ella como Eyben y Pryo participaban también en las tareas del barco, aunque no en todas. Miró a Maren, que le sonreía desde la distancia. Le devolvió una sonrisa cansada. A pesar del incidente del primer día, Maren había resultado ser una mujer sociable y divertida. También sarcástica y un poco brusca, pero uno se acostumbraba rápido. Pero lo que más maravillaba a Maira sobre aquella mujer era la fuerza que emanaba. Parecía tener un brío interminable.

Llevaban ya varios días de viaje. Cuando Maren le había preguntado a Julinka dónde tenían que ir exactamente, la niña había señalado al horizonte.

—Oh, muy preciso, sí, señora —había contestado Maren.

Decidió ir preguntándole sobre la marcha, pero primero pararían en las Islas Espejo, después en las Islas Centrales y finalmente se dirigirían a las Tierras Antiguas, siguiendo el índice de la pequeña Julinka como si fuese una brújula.

La niña rebosaba felicidad. Jamás se había sentido tan segura ni tan acompañada. Hacía todas sus tareas con muchísimo ímpetu, intentando agradecerle el trato a Maren. Por su parte, Maren la trataba con un cariño especial, llegando a parecer otra persona cuando estaba con ella.

Julinka se encontraba limpiando el almacén de comida. Dio un golpe sin querer a una estantería de madera e hizo volcar un tarro repleto de pescado seco que, milagrosamente, no se rompió al caer contra el suelo opaco. Se apresuró a cogerlo e intentó devolverlo a su lugar, pero quedaba demasiado alto para ella. Eyben, cerca de ella, fregaba el suelo del almacén con poca pasión, dejando churretes de jabón y agua turbia aquí y allá. La perfecta definición de desgana. No le solía dirigir la palabra a Julinka a no ser que fuese estrictamente necesario.

—Eyben, se me ha caído un bote. ¿Lo puedes subir a su sitio, por favor? —le pidió ella con toda la educación y dulzura que pudo.

Pero él actuó como si no la oyese. Julinka suspiró y dejó el tarro en una balda más baja, apretujándolo entre el resto de víveres. La sensación de Julinka cuando estaba con Pryo o Eyben era la de no existir. La ignoraban la mayor parte del tiempo. Eyben evitaba mirarla, receloso. Pryo sí que la miraba a veces, con un poco de inquina. No le importaba mucho. Se había acostumbrado a la soledad y con tanta gente que sí que le mostraba afecto, lo que hiciesen esos dos no le importaba lo más mínimo. Además, sabía que era porque le tenían miedo. Aquello la hizo sonreír con cierta malicia.

Llegaron a las Islas Espejo al día siguiente, justo después del amanecer. En concreto a la Isla del Faro, la más grande de las tres, llamada así por el enorme faro que se veía desde todos los rincones del lugar. Hacía un frío atroz, intensificado por el gélido viento que soplaba, huracanado. La isla estaba casi desierta, a excepción del puerto, donde parecía concentrarse toda la actividad. Era, a todas luces, un lugar de paso tanto para viajeros como para mercancía. La gente de las Islas Espejo no difería mucho en apariencia a los habitantes del norte de las Tierras Modernas. Era como estar en Reldeter, pero con un clima algo más feroz y un paisaje yermo y

escarpado.

—¿Dónde está el templo? —le preguntó Eyben a Maren justo al pisar el suelo.

—¿Para qué? —bufó ella, molesta.

—Para ir a rezar, obviamente —respondió él.

—Yo también quiero ir —añadió Pryo.

—Vaya, qué devotos —comentó Maren con desagrado.

Les dio las indicaciones de mala gana. Maira se quedó en el puerto con Julinka. No podía llevarla al templo, incluso llevando la venda que le cubría los ojos, aunque a ella le hubiese gustado acudir a dejar una ofrenda. Maira sintió ganas de besar el suelo cuando bajó de la embarcación, y se le hizo incluso raro caminar sobre algo tan firme después de varios días a bordo. Iban a pasar todo el día allí, reponiendo provisiones, así que Maira decidió dar un paseo hasta el inmenso faro que dominaba el paisaje, majestuoso, con Julinka de la mano.

Eyben y Pryo se internaron en el templo, que resultó ser diminuto comparado con el de Reldeter, pero estaba bien cuidado. Dejaron sus ofrendas y dedicaron buena parte de la mañana a sus plegarias. Mientras, Maren se discutía con los comerciantes del puerto. Era una gran negociadora, y no tenía pelos en la lengua a la hora de regatear precios imposibles. Al fin y al cabo, así se ganaba la vida. Ella compraba y sus hombres cargaban los barriles y los bultos en la embarcación.

Maira jamás había visto algo tan enorme como aquel faro de piedra oscura, que se erguía sobre las rocas escarpadas de la costa, del mismo tono grisáceo, como si fuese una extensión de la propia tierra, alzándose hacia el cielo como un dedo titánico. No pudieron acercarse mucho, pues el acceso era difícil y las olas chocaban con tal furia contra él que parecía que iba a partirse en dos. Maira echó un vistazo a su alrededor. El lugar, cubierto de hierba húmeda y austera de color rojizo, estaba desierto, así que le levantó un poco la venda a Julinka para que pudiese observar mejor la majestuosidad y furibunda belleza del lugar. Ambas rieron al ver como se les revolvía el cabello a causa del fuerte viento. Sus vestidos aleteaban, furiosos. Volvieron al puerto a la hora de comer, deshaciendo sus pasos sin prisas. Pryo, Eyben y la tripulación se encontraban ya allí. Comieron en una taberna que ofrecía el salmón típico de la zona. Julinka prefirió un puchero espeso a base de patata, que le pareció lo más delicioso que había probado jamás. Cenaron y bebieron en la misma taberna, pero no trasnocharon, ya que debían zarpar a primera hora de la mañana

hacia las Islas Centrales.

Sin embargo, una de las personas sí que estuvo despierta hasta altas horas de la noche. Salió del barco mientras todos dormían. Caminó con rapidez hasta el templo que, a diferencia del de Reldeter, estaba cerrado por la noche. El joven llamó a la puerta con los nudillos. El sacerdote del lugar abrió la puerta, confuso y adormilado. Reconoció al joven hombre, que había estado rezando allí por la mañana.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que le hagas llegar esta carta al Gran Sacerdote de Reldeter —dijo mientras le ofrecía un trozo de papel y una plata.

El hombre asintió. La carta no iba dirigida ni firmada.

«1. Islas Espejo. 2. Islas Centrales. 3. Al otro lado. Embarcación vieja, Idoia. Capitán: Maren. Es una mujer» decía el escrito, con una caligrafía pulida y refinada. Eso sería suficiente para que pudiesen seguirles la pista, por el momento.

Capítulo 38: Monstruo

El viaje hasta las Islas Centrales duraba semanas. Lo bueno es que el mar Central era mucho más calmado que el salvaje mar del Norte. Aquello, a veces, también suponía un problema, ya que cuando no soplaba el viento, podían pasarse días estancados en el mismo lugar. Aquellos días, la tripulación aprovechaba para darse un respiro y realizar actividades un poco más lúdicas.
Tras dos semanas navegando el mar Central, el clima había cambiado de forma radical. El sol dominaba el cielo casi todos los días, y hacía tanto calor que habían tenido que cambiar toda su ropa. Los marineros, en general, iban sin camisa. Algunos de ellos, también sin zapatos. Maren sí que llevaba camisa, remangada hasta los hombros y desabotonada hasta el pecho, aparentemente sin ningún tipo de pudor. No parecía importarle a nadie, excepto a los jóvenes reldeterienses, que dedicaban miradas de soslayo de vez en cuando.

Uno de los pasatiempos preferidos de la tripulación eran las canciones obscenas y los bailes de taberna. Podían pasarse horas así, bebiendo, sudando y riendo sin parar. Aquella noche, estaban especialmente animados. Maren saltaba y danzaba de forma caótica pero grácil con un marinero delgaducho y de piel oscura de nombre Osto, que parecía no cansarse nunca. De repente, Maren se detuvo en seco, levantando las manos y abriendo mucho los ojos. Los marineros dejaron de cantar, deseosos de escuchar la nueva ocurrencia de su capitana.

—No nos estamos comportando con decoro, señores —dijo con la respiración entrecortada—. Tenemos a la joven élite del norte en nuestro barco y estamos actuando como locos obscenos y fulanas desesperadas. Esto no puede ser, ¡tenemos que ser más refinados! ¡Podemos hacerlo mejor!

Corrió entonces hacia las hamacas, llevándose a Osto de la mano. El resto esperaba, impaciente. Cuando aparecieron de nuevo, estallaron las risas, sobre todo las de los marineros. Maren se había puesto una cobija sobre los pantalones a modo de falda y se había recogido el cabello corto en una diminuta coleta, de la cual escapaban mechones

rebeldes. Osto, por su parte, se había puesto una camisa de Pryo (que le venía grande) y se había repeinado el rizado pelo grasiento hacia atrás. Ambos realizaron una reverencia exagerada y pidieron música refinada. Comenzaron a bailar, tiesos y con movimientos pasivos, como si estuviesen desganados o se encontrasen mal. Nero se moría de la risa, picando con el puño en la mesa.

—¿Complace esto a los señores? —preguntó Maren con la boca chica.

—¿Qué se supone que hacéis? —preguntó Pryo, divertido.

—Somos nobles. ¿No son así los bailes en la corte? ¿Lánguidos y sin pasión? —dijo Maren con un gesto indolente mientras cerraba los ojos como si estuviese a punto de desmayarse.

Los jóvenes del norte se rieron. Pryo se levantó, apartó a Osto de un empujón amistoso y se puso delante de Maren. El joven intentó enseñarle algunos pasos sencillos, sin éxito y bajo el cachondeo de espectadores.

—¿Me ayudáis? —les pidió, apurado, a Eyben y Maira.

Maira accedió, encantada. Hacía mucho que no bailaba. Le costó un poco convencer a su amigo, pero al final él también accedió, en parte porque el alcohol empezaba a hacerle efecto. Eyben y Maira comenzaron a danzar, mostrándoles los pasos, mientras Pryo y Maren intentaban imitarlos. Los marineros y Julinka disfrutaban viendo por primera vez un baile de la corte, aunque solo fuese una interpretación cómica y caótica.

—Bueno, bueno, no está mal, pero sigo prefiriendo los bailes de taberna. Son más pasionales —comentó Maren, echándose los mechones de pelo suelto hacia atrás.

Dicho eso, se subió a la mesa de un salto y comenzó a bailar. Se levantó la cobija que llevaba por falda y la puso sobre la cabeza de Nero, provocando que el hombre se tronchase de la risa. Se la arrancó de un tirón y la lanzó por los aires con gesto teatral. Se agachó para coger de la mano a Julinka, que se mostró un poco cohibida, pero acabó accediendo. La hizo dar vueltas y brincar sobre la mesa. La niña sonreía, pero algo interrumpió su gozo. Continuó sonriendo y dando vueltas, siguiendo el ritmo de las palmas, pero ya no escuchaba la música ni sentía la alegría que la había invadido momentos antes. En aquel momento solo podía sentir el dolor que emanaba de Maren, que la atravesaba desde la yema de los dedos hasta el pecho. Maren no parecía estar sufriendo. Bailaba y reía como si fuese plenamente feliz, pero Julinka percibía tal sufrimiento dentro que se preguntó si su instinto no estaría fallando. Era tan intenso que incluso dejó de percibir todo lo demás, mareándose. Observó a la mujer, buscando

sangre en su ropa, o heridas en su piel. Pero no había nada.

Aquella noche, Julinka despertó a Maren cuando el resto de la tripulación dormía. Le puso las manos en las mejillas, sintiendo el calor que emanaba de la piel manchada de la mujer y observando su respiración apaciguada. Julinka pensó que parecía otra persona cuando dormía. De golpe, Maren abrió los ojos, sobresaltada, para encontrarse con los de Julinka, que giraban, frenéticos. La niña no apartó las manos.

—¿Qué te pasa, Julinka?, ¿estás bien? —susurró, preocupada.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí, claro —respondió, extrañada.

—Yo noto que no.

Maren la miró durante largo rato, frunciendo el entrecejo, y finalmente se incorporó con un suspiro. Se desperezó y observó a la tripulación en la oscuridad, impregnándose de sus ronquidos y resuellos nocturnos. Llevó a la niña de la mano hasta la cubierta. Caminó hasta la amura y se asomó al mar. La brisa nocturna era agradable comparada con el sofocante calor que hacía de día. La niña esperó, paciente.

—Noto el dolor. ¿Te duele algo? —aventuró al cabo del rato.

—No, no. No me duele nada —respondió Maren, distraída.

—¿Y por dentro?

Maren tragó saliva. Por dentro le dolían muchas cosas. O, más que dolor, lo que sentía era rencor. El sufrimiento se había transformado en una rabia que conseguía dominar su vida, que la volvía loca, pero que también la hacía sobrevivir. Era como una energía vital con ciertos efectos secundarios.

—No tuve una vida fácil cuando era pequeña —dijo por fin.

—Yo tampoco.

—Ya lo sé.

Julinka le cogió la mano. Maren le acarició los muñones de los dedos, apenada. La niña conseguía que se sintiese mejor, pero, aun así, su sed de venganza permanente no desaparecía. Estaba demasiado arraigada en ella. Si desaparecía, Maren moriría, como si le arrancasen un órgano vital. Hacía ya muchos años que formaba parte de su carne, de sus huesos.

—¿Qué te pasó? —preguntó por fin Julinka.

—Bueno. Tuve una infancia relativamente feliz. Nací en Aiert. En un

burdel del puerto, mi madre era puta. Era muy guapa, siempre tenía muchos clientes. Yo, obviamente, fui un despiste. Un burdel no es el mejor ambiente para criar a un hijo, pero no me faltaba comida y las mujeres que trabajaban allí eran amables conmigo. Jugaba todo el día y me bañaba en la playa. Soñaba con navegar a tierras lejanas. Cuando empecé a hacerme mayor, intentaba estar lo menos posible en aquel lugar. Los hombres que acudían allí normalmente no estaban en sus mejores facultades, y no fueron pocas las veces que me llevé alguna paliza por rondar por donde no debía. Poco a poco me convertí en una niña triste, decaída y solitaria. Hasta que nació mi hermano. Era como tú. Tenía los mismos ojos. No sé por qué mi madre no se deshizo de él en un primer momento. Quizá sentía culpa, o vergüenza, no lo sé. Lo amamantaba lo justo para que la criatura no muriese de hambre, pero no quería tocarlo ni darle amor. De noche, cuando lloraba de hambre, era yo quien se acercaba a acunarlo entre mis brazos. El resto de mujeres de la casa lo temía un poco, incluida mi madre. Pero a mí me resultaba fascinante. Lo arropaba con una mantita y besaba su suave pelo nuevo, disfrutando de aquel olor de inocencia y pureza en aquel lugar tan sucio y decadente. Me sentaba cerca de la ventana, y a la luz de las velas, comparaba la noche sin estrellas con los ojos oscuros, profundos y casi demoníacos del bebé. Eran horribles, sí, pero también fascinantes. Mágicos. Desde que el pequeño había llegado indeseado al mundo, la vida me parecía más sencilla. Más hermosa. Más feliz. Parecía que todo lo malo se queda atrapado en aquellos ojos, como si fueran ventanas directas a la mismísima Oscuridad.

Maren se quedó callada, acariciando de forma distraída la mano de Julinka, que absorbía el dolor de sus palabras.

—¿Se lo llevó el Templo?

—No exactamente. Una noche, en la fiesta del Reinicio, cuando volvía al burdel para cuidar del bebé después de estar jugueteando en la playa, un hombre me interceptó en la puerta. Era un religioso. Me acuerdo de su ropa y de su voz, pero no de su cara. Me dijo que le pertenecía. Mi madre me había vendido para que fuese una lluvia, o eso me dijo él. El hombre me sacó de allí a rastras, mientras yo gritaba, lloraba y pataleaba. Siempre he tenido un poco de genio, ¿sabes? Y yo no quería ser una lluvia. Rezaba cada noche, pero no quería que me rapasen y me arrancasen las pestañas, ni que me alejaran de mi familia. El hombre me llevó a un granero y me preguntó, irritado, si no me habían enseñado modales. Allí… me hizo algo horrible. —Julinka no preguntó qué—. Sé que fue aquel el momento en el que algo se rompió en mi cabeza. O en mi alma, no lo sé. Algo se quedó mal en mí, para siempre. Dejé de ser yo, y me

convertí en otra cosa. Lo supe cuando el religioso se dio la vuelta y, aprovechando que no me miraba, saqué un cuchillo y lo apuñalé en el cuello. No recuerdo su expresión, pero sí la sangre. Cayó sobre su espalda, manchándolo todo. Y yo seguí apuñalándolo. No recuerdo cuántas veces, fueron muchas. Me hice cortes en las manos, pero no me importó. Después me dirigí al burdel, completamente desorientada. No entendía nada.

Maren volvió a parar. Una lágrima le rodó por la mejilla. Se sorbió la nariz y se llevó una mano a la frente. Le temblaban los labios y la voz se le entrecortaba.

—Cuando entré en el burdel, vi a mi hermano muerto en el suelo. Le habían sacado los ojos y lo habían dejado morir allí. Mi madre, su madre, no había hecho nada por defenderlo. Todo lo contrario. Aquello acabó de destrozarme del todo. La muerte de mi hermano sigue doliéndome cada día de mi vida.

—Lo siento. No te hace mala que matases a ese hombre.

—No solo lo he matado a él. He matado a muchos hombres —confesó.

—¿A cuántos?

—He perdido la cuenta. Solo sé que volveré a hacerlo. Estoy tan quebrada por dentro, hay tanto odio en mí, que ya no le temo a nada. Lo peor que podía pasarme ya me ha pasado. No hay castigo en este mundo que pueda asustarme, y eso no es bueno. Los hombres deberían temer algo siempre. Si no, se convierten en monstruos. Y yo soy el monstruo que los mantiene a raya.

Julinka la acompañó un rato más, pero no tardó en irse a dormir. Maren se quedó en la cubierta, tenuemente iluminada por la hierba de lys, observando la enorme luna llena que se escabullía entre las nubes. Todo el mundo temía a la Oscuridad. A los monstruos que la habitaban. A las criaturas de Kalid. La gente se refugiaba en todo lo que emanaba luz: el sol, el fuego, los rayos, la luna… Sin embargo, para ella esas cosas eran mucho más peligrosas que la Oscuridad. El sol le quemaba la piel, el fuego lo consumía todo a su paso, los rayos eran violentos y letales, e incluso la luna, que parecía inofensiva, movía mareas y jugaba con la mente de las personas. La Oscuridad, en cambio, era solo eso. Nada más ni nada menos. Se sentía abrigada bajo la ausencia de luz. Más de una vez se había preguntado si realmente no sería ella una hija de Kalid. Y, si lo era, desde luego, no le importaba.

Los peores monstruos se ocultaban en la luz, a simple vista.

Capítulo 39: La noche que todo cambió

CATORCE AÑOS ANTES

Maren jugueteaba con un barco de madera que le había hecho Ishana, una de las chicas del burdel. Su padre había sido carpintero y le había enseñado alguna cosa. No era perfecto, pero a Maren le encantaba. Sentada en la playa, ondeaba el barquito con los ojos entrecerrados, imaginándose que estaba navegando bajo una tormenta. Un estruendo la sacó del fascinante mundo de su imaginación. Cuando se dio cuenta, descubrió que estaba sola en la playa. La fiesta del Reinicio había dado comienzo. Observó, encandilada, una brillante cascada rojiza cayendo del cielo. Le gustaban los fuegos artificiales.

Guardó su juguete y se dirigió al puerto. Prefería que su madre no viese el barco. Le decía que ya era mayor para estar jugando con esas cosas. Correteó hasta los muelles, fascinada por las luces que invadían el cielo. Las risas y el alboroto festivo solo se veían interrumpidos por el estruendo de la pirotecnia. Sonrió y aplaudió ante unas chispas de color azul que cayeron sobre ella. Pensó en su hermano. Aún era muy pequeño, pero quizá podría disfrutar de aquel espectáculo tanto como lo hacía ella. Echó a correr, ilusionada. Su madre no dejaba que lo sacara a la calle, pero podría enseñarle los fuegos artificiales desde la ventana.

Cuando llegó al burdel, había dos religiosos en la puerta. No era extraño verlos por allí, pero sí con tanta gente rondando cerca. Solían ser más cuidadosos. Uno de ellos se internó en el burdel. El otro se quedó en la puerta. Maren, siendo una cría flacucha, estaba acostumbrada a escabullirse entre los adultos sin llamar la atención. Al menos la mayoría de las veces. Sin embargo, aquel hombre ya había reparado en ella.

—¿Maren? —preguntó.

Ella dio un respingo. ¿Cómo sabía su nombre? Se quedó allí parada. Asintió, cautelosa, e intentó entrar en el burdel. El religioso la interceptó, cogiéndola de los hombros. Ella se envaró, alarmada.

—Este ya no es tu lugar. Tienes que venir conmigo. Ahora le perteneces a Ezartz. Tu madre ha elegido una mejor vida para ti. Desea que te conviertas en lluvia, que sirvas al Señor de la Tormenta.

Ni hablar. No. Las lluvias le daban muchísima impresión. No se convertiría en una. Intentó escabullirse, pero el hombre la cogió con fuerza. Ella pataleó, furiosa y muerta de miedo. Gritó y le dedicó una retahíla de los mejores insultos que había aprendido hasta el momento, que no eran pocos. A nadie parecía importarle su desesperación. Un religioso dándole una reprimenda a una niña malcriada. Nada que pudiese considerarse alarmante.

El hombre la llevó hasta un granero. La tiró al suelo de un empujón y cerró la puerta a la vez que resonaba un fuerte petardo, como si fuese una actuación preparada. Maren jadeó, aterrada. Las lágrimas se le escabullían, rebeldes. Se levantó de un salto y le propinó un puñetazo en el abdomen al religioso. Él volvió a empujarla, haciéndole perder el equilibrio. Se levantó de nuevo y le escupió, insultándolo. El miedo le hervía por dentro, pero no por ello iba a amedrentarse. No era su estilo.

—¿A ti no te han enseñado modales? ¿Así tratas a un hombre de Ezartz? —le espetó el religioso.

—¿Y a ti? ¿Así tratas a una niña? —le replicó, rígida.

El hombre le dio una bofetada tan fuerte que Maren perdió la visión por un momento, cayendo al suelo. Le pitaba el oído. Se llevó la mano a la cara, dolorida y desconcertada. Aún no se había repuesto cuando sintió que la arrastraban por el suelo. ¿Qué estaba pasando? No sabía ni dónde estaba. Solo veía el suelo. Se giró un poco. Ah, el hombre. Por Ezartz, ese hombre. Estaba detrás de ella, sosteniéndola por los tobillos. Notó que le subía la falda. ¿Qué demonios hacía? Intentó levantarse, pero el religioso la cogió del pelo y le estampó la cara contra el suelo. De nuevo la invadió el dolor. Estuvo a punto de perder el conocimiento, y ojalá lo hubiese hecho. Notaba la sangre salirle a borbotones de la nariz y el labio. Qué dolor. Un desagradable regusto metálico le invadió la boca. Estaba mareadísima, como si la cabeza le flotara sobre los hombros. Ya le habían pegado otras veces, e incluso se había metido en alguna pelea con niños más mayores que ella. Pero aquello le dolía muchísimo. Toda su cara debía de ser un amasijo de sangre y lágrimas.

Sin embargo, el dolor de verdad no tardó en llegar. No fue capaz de gritar. Ella quería hacerlo, pero no podía. Quizá estaba muerta. Pero

¿podían los muertos sufrir tanto? Sintió que se rompía, y no solo físicamente. El dolor había pasado a ser algo interno. Su cabeza, por dentro, se resquebrajó. Se partió en mil pedazos. Para siempre. Como ese plato, que una vez se le había caído, transformándose en cientos de trocitos muy pequeños, haciendo imposible volver a unirlos. Cómo le había reñido su madre por eso. ¿La reñiría también por romperse ella? ¿Se enfadaría por no poder volver a unir los trozos de su cabeza resquebrajada? ¿Y si no era su cabeza, sino su alma? ¿En qué se convertía una persona con el alma rota? ¿Iría a la Oscuridad? Todas aquellas preguntas se agolpaban en su cabeza, que, aunque estaba fracturada, por lo visto podía seguir pensando. No supo cuánto rato permaneció allí, tumbada bocabajo, con la mirada fija en un saco de grano un poco roto por la esquina superior derecha. ¿Cómo podía dolerle todo tanto? Ya no notaba al hombre cerca de ella. Giró un poco la cabeza. Él estaba allí, de espaldas a ella, de rodillas. Parecía que estaba abrochándose la túnica. Maren se incorporó un poco, haciendo un esfuerzo sobrehumano. Eso fue lo más difícil.

Se palpó el bolsillo. Notó el barco de juguete. Pero no buscaba eso. No. Buscaba otra cosa.
Al lado del barco, estaba su cuchillo. Era pequeño. Tampoco le había dicho a su madre que lo tenía, pero otros niños mayores llevaban sus cuchillos, así que ella también se había hecho con uno. Lo sacó, haciendo caer el barco de madera. Dio unos pasos temblorosos hasta el religioso, pero la mano no le tembló cuando clavó el cuchillo en su cuello. No le tembló en absoluto. Observó la hoja introducirse en la carne, y sintió como la mano se le empapaba de sangre caliente. Por Ezartz, cuantísima sangre llegaba a salir de allí. El hombre tuvo tiempo de mirarla, estupefacto, antes de caer al suelo de espaldas, sujetándose el cuello con ambas manos. Como si eso pudiese servirle de algo. Por si acaso, Maren se arrodilló junto a él y lo apuñaló. Muchas veces. Por todo el cuerpo. Quería romperlo a él también. En millones de pedazos de carne y sangre. Siguió clavando el cuchillo en su cuerpo mucho después de que el hombre hubiese dejado de respirar. Sudaba por el esfuerzo. Se secó el sudor de la frente, manchándose de sangre que no era suya. Se incorporó y miró, aterrada, el dantesco cuadro de tonos rojizos que tenía delante. Se guardó el cuchillo y se centró en su propio dolor. Por Ezartz. Era horrible. Se levantó un poco la falda del vestido. Había sangre. Le resbalaba por las piernas. ¿Eso significaba que ya era mujer? No había sangrado todavía. Y sabía que a algunas muchachas del burdel les dolía sangrar. Se mordió el labio. No, estaba casi segura de que aquello no funcionaba así. Su madre se lo había explicado. Aquella sangre debía de ser por otra cosa. Intentó quitársela con las manos, pero solo consiguió esparcirla y mezclarla con la del hombre.

Comenzó a temblar. Lo mejor sería ir a ver a su madre. Ella sabría qué hacer, seguro. La reñiría, pero después la ayudaría. Abrió la puerta del granero, justo cuando una brillante cascada de luces rojas caía sobre la calle.

Capítulo 40: Las Islas Centrales

Maira ya se había habituado a la vida a bordo cuando divisó a lo lejos las costas de Grea, la mayor de las Islas Centrales. El agua de aquel mar no se parecía en nada a la del mar de Hibai, o a la del mar del Norte. Maira estaba acostumbrada a las aguas oscuras, pero ahora se presentaban ante ella de color turquesa, vivaces y llenas de luz. Julinka observaba lo mismo, maravillada. Eran tan puras que incluso veía a los peces de colores hacer sus vidas bajo la superficie, ajenos a las miradas del exterior.

El puerto de Grea era bullicioso. A Maira le recordó a Aiert, pero olía diferente. Los aromas de las especias, las flores que nunca pensó que existían y las frutas de aspecto extravagante invadían los sentidos. Había comerciantes de las Tierras Modernas, pero en su mayoría eran habitantes de las Islas Centrales, que intentaban vender sus productos al mejor precio. Maira no reconoció la mayoría de lenguas que allí se hablaban. Había tanta gente que era casi imposible abrirse paso. Una mujer, casi desnuda de cintura para arriba (solo se cubría los pechos con una cinta de tela) y con una falda de colores chillones hasta los tobillos, pasó ante ella con un enorme saco de fruta sobre los hombros. Pesaba tanto que la mujer iba encorvada, con perlas de sudor recorriéndole la piel oscura. A su lado, la que debía de ser su hija, vestida de la misma manera, portaba sobre la cabeza un manojo de leña gruesa. Maren vio la expresión extrañada de Maira.

—Aquí las mujeres trabajan igual que los hombres. O incluso más. Fíjate en sus cuerpos. Son fuertes —explicó Maren.

—¿Y por qué algunas van desnudas? —preguntó Maira.

—No van desnudas, aunque a ti te lo parezca. Es como visten aquí. No se avergüenzan de su cuerpo. Antes, hace muchos años, ni siquiera llevaban los pechos cubiertos. Eso cambió con la colonización. Sus pechos son para amamantar a sus hijos, y eso no era ningún pecado en estas tierras. Solo los nuevos ricos visten como en las Tierras

Modernas. Intentan parecerse a nosotros, sin saber que no tenemos nada de especial.

Los hombres vestían de igual forma, con faldas vivaces y largas, con el torso desnudo. Sobre sus pieles oscuras y brillantes, colgaban ornamentos de colores, decorando sus cuellos, orejas, brazos y frentes.

—¿Y el templo? —preguntó Pryo.

—Buena suerte encontrándolo, querido. Tendréis que internaros en la ciudad e ir preguntando. Sé que hay uno, pero no me he molestado nunca en ir a verlo. Hay demasiadas cosas interesantes aquí como para perder el tiempo en el templo —respondió Maren.

Maira le pidió que se quedara con Julinka, pues ella también quería ir al templo. Lo echaba de menos. Maren la miró con desaprobación y frunció los labios, pero no dijo nada.

El trío de Reldeter se adentró en las estrechas y abarrotadas calles de Grea. Infinidad de puestos ambulantes de comida de aspecto grasiento y picante salpicaban las calles, emanando un olor apetecible pero extraño al poco acostumbrado olfato de Maira para la comida exótica. Había tanta gente que los cuerpos se rozaban unos con otros. Las flores enmascaraban un poco el olor a sudor, pero hacía tanto calor que era inevitable acabar empapado. Parecía que con solo respirar ya se sudaba. Maira sentía la ropa pegada al cuerpo y la respiración cada vez más dificultosa.

Miles de manos y rostros se le interponían, ofreciéndole flores, especias, joyas de colores y frutas. Sintió que se mareaba, pero siguió caminando. Iba justo detrás de Pryo, que echaba la vista atrás de vez en cuando para comprobar que sus compañeros no lo perdían de vista. Eyben iba detrás de ella. El trío era diana de miradas curiosas, sobre todo por el inusual cabello dorado de Eyben, que brillaba, llamativo, bajo el sol. Un grupo de niños se acercó a ellos, riendo con timidez. Los miraban y los tocaban, divertidos y curiosos. Maira se fijó en que tanto niños como niñas, mujeres y hombres, llevaban el pelo rizado lo más corto posible.

Los edificios eran inusualmente altos, y estaban apiñados como si no quedase más espacio en la isla. Eran casas las unas amontonadas sobre las otras, sujetas con vigas de madera que no parecían lo suficientemente estables como para suportar los edificios ladeados, que parecían abocarse a las calles.

Maira sintió que le faltaba el aire. Tenía el cabello pegado a la nuca, empapado, y la frente perlada de sudor. Se detuvo, apoyándose en una de las irregulares paredes.

—¡Pryo! —lo llamó Eyben.

Maira estaba pálida, jadeando.

—Maira, ¿qué te pasa? —preguntó Eyben, acercándose a ella.

—No puedo respirar.

Intentó bajarse el cuello del vestido, sin éxito. Después, la vista se le nubló y se desplomó. Los viandantes se congregaron a su alrededor, ofreciendo ayuda en un idioma desconocido. Una mujer salió de la casa más cercana, alertada por el barullo. Se agachó junto a Maira y le tocó la frente.

—¿Qué *pasaro*? —les preguntó a Eyben y a Pryo.

—No lo sé. Se ha desmayado —respondió Eyben, angustiado.

—Vamos —indicó la mujer, señalando a Maira y después a su casa.

Eyben cargó a Maira en sus brazos y entró a la casa, seguido de Pryo. Por dentro, la choza olía a arroz hervido y cosas dulces. Se estaba fresco allí dentro. Las paredes de barro aislaban el interior de manera asombrosa. La mujer, mediante gestos, le pidió a Eyben que dejara a Maira sobre unas mantas de colores que había en el suelo. Se agachó junto a ella y comenzó a palparla.

—Oh. *Muchio* calor. *Muchia* ropa —dijo, frunciendo el ceño.

La mujer procedió a quitarle el vestido, y observó que debajo llevaba más capas de ropa. Se llevó las manos a la cabeza y siguió quitándole capas.

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó Pryo.

—*Muchia* ropa. ¿Por qué tanta? —respondió la mujer, mirándolo como si fuese estúpido.

Al final, la dejó con la primera capa de ropa: unos pantalones de lino blanco hasta las rodillas y una camisa de manga corta del mismo aspecto. Después, le alzó las piernas.

—Tú, coge —le ordenó a Eyben.

Eyben le sujetó las piernas en alto mientras la mujer se marchaba a otra habitación. Regresó rápidamente con una pequeña flor blanca en la mano, y le metió a Maira pedacitos de pétalos en la boca.

Al poco tiempo, Maira abrió los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de una mujer que no conocía. Su tez oscura enmarcaba un ojo del mismo color, que la observaba, y otro de color blanquecino, seguramente sin visión. Sus labios gruesos se curvaban en una sonrisa amable. El siguiente rostro que vio sí que lo conocía. Se preguntó qué hacía Eyben bajo sus pies, pero después se dio cuenta de que estaba tumbada en el suelo. Intentó incorporarse, confusa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—*Muchio* calor, *muchia* ropa —respondió la mujer, señalando el montón de prendas arrugadas en el suelo.

Maira intentó incorporarse más rápido, avergonzada, pero la mujer la frenó. La ayudó a levantarse cogiéndola del brazo, y después la acompañó a una habitación en la que había una pequeña cama. La ayudó a tumbarse allí. Pryo y Eyben la siguieron, pero la mujer los echó.

—No. Necesita descanso. Vosotros *espera* fuera.

—No —dijo Pryo.

—Sí —aseveró la mujer, firme.

Eyben cogió a Pryo del brazo y lo arrastró fuera de allí.

—¿Vas a dejarla ahí sola? Si le pasa algo será culpa nuestra —le espetó Pryo.

—No le pasará nada. La esperaremos aquí —dijo Eyben, no del todo convencido.

La mujer se acercó a Maira y le ofreció una flor, poniéndosela cerca de los labios.

—Come.

—¿La flor?

—Sí. Soy Zahira. Curo. La flor cura. Come.

Maira le dijo su nombre y acto seguido se metió los suaves pétalos en la boca, y se sorprendió del exquisito dulzor que le explotó en el paladar. La mujer le mojó la cara con un paño frío. Se la quedó mirando, cavilando en algo que a Maira se le escapaba.

—Vienen viajeros aquí, a veces. De tu tierra. Quieren saber su futuro. —Tras una pausa, añadió—: Yo veo tu futuro, también. Ojos negros, siempre contigo, pasado, presente, futuro. Muerte y guerra. Un nombre para que te *escuchien*, no eres nadie, eres alguien. Pero no suficiente… la fuerza debe salir de lo profundo. No *existe* las casualidades. Todo pasa como debe pasar. Lo entenderás, y *entonce* todo será uno y podrás encontrar la fuerza. Ahora eres débil.

La mujer pronunció entonces unas palabras en su idioma y le dio otra flor. Maira no había entendido absolutamente nada, pero sí que se sentía débil. Después de la tercera flor dulce, se sintió mucho mejor. Salió de la habitación, lista para marcharse. Los muchachos se alegraron de verla caminar por su propio pie. Maira se agachó a coger su ropa, y comenzó a vestirse de nuevo.

—¡No! —gritó la mujer, asustándolos a todos—. ¡*Muchio* calor! ¡Para qué tanta!

—¡No puedo salir así a la calle! ¡Estoy prácticamente desnuda!

La mujer se llevó las manos a la cabeza, ofuscada. Maira cayó en la cuenta de que ella sí iba casi desnuda. Se metió en la habitación y salió con una tela azul que le ató a la altura de la cintura.

—Ya. Ya no desnuda.

—Pero los brazos…

—¡Qué los brazos! ¡Son brazos! Nadie mira, vamos, fuera —dijo mientras la echaba a empujones.

Cogió el montón de ropa y se lo puso a Pryo en los brazos.

—¡No *deje* que se ponga tanta! —le dijo—. Y tú, esto por si otra vez —añadió, dándole una flor a Eyben—. Venga, fuera.

Los muchachos salieron a trompicones. A Eyben le dio por preguntarle si sabía dónde estaba el templo. La mujer señaló con brusquedad calle arriba, y después le dijo que girara a la izquierda en el segundo cruce.

El templo estaba en una calle tan estrecha que solo podían ir de uno en uno. El edificio resultó ser tan minúsculo que casi pasaron de largo. Si no fuese por la pequeña placa desgastada que anunciaba que era un Templo de Ezartz, jamás se lo hubiesen imaginado. Entraron, cohibidos. El interior olía a humedad y estaba descuidado. Maira entró con pies de plomo, porque jamás lo había hecho yendo tan ligera de ropa. Pero cuando los recibió el sacerdote, vestido solo con una falda marrón, Maira se sintió algo mejor.

—Qué desfachatez… —comentó Pryo en voz baja.

En aquel templo no había oro, y la caja de las ofrendas estaba vacía. El trío dejó unas monedas ante la alegría del sacerdote. No rezaron durante mucho tiempo. Solo lo justo. No era un lugar donde apeteciese estar. El resto del día se lo pasaron paseando por las singulares calles de Grea. Compraron flores dulces y frutas, y Maira se llevó unas telas para su madre, sus hermanas y Aiala. También le compró una a Julinka. Estaba segura de que le gustaría.

Maira entendió el porqué de los viajes de los nobles a las Islas Centrales. Acabó embriagada de experiencias, olores y sabores nuevos. No recordaba haberlo pasado nunca tan bien. Pryo sugirió ir a la playa antes de volver al puerto. Había oído que eran las mejores playas de Dunia.

Y lo era. Maira jamás había visto nada igual. La arena resultó ser finísima, de color blanco, y sintió como si estuviese caminando sobre

un montón de harina. El agua no era menos hermosa; sus colores claros la hacían parecer una inmensa tela de seda azul cerúleo. Además, estaba templada. Maira se maravilló al meter los pies en el mar. Observó a los pececillos de colores, que se acercaban a curiosear. Algunos eran como los peces que ella conocía. Otros, en cambio, eran criaturas gráciles, como pequeñas hadas de colores vibrantes y aletas transparentes que flotaban de aquí para allá, hipnotizándola. En el fondo, descansaban estrellas de mar, que no tenían nada que envidiar a las del cielo, siendo una versión más colorida de ellas.

Las palmeras ondeaban ante la suave brisa marina. Un grupo de isleños tocaban tambores cerca de ellos. El sol, hasta ese momento el rey del firmamento, comenzaba a retirarse, dejando un cielo rojizo y dando paso a pequeños murciélagos que danzaban al ritmo de las percusiones. Maira los imitaba, abriendo sus brazos como si fuesen alas, chapoteando en el agua cálida mientras daba vueltas. No recordaba haber sido nunca tan feliz. En aquel momento, no existían las preocupaciones. Ya no era Maira de Terralta. Volvía a ser una niña que no tenía que pensar más que en donde poner el pie en el siguiente paso. El pasado no existía, y el futuro tampoco. No entendía de dónde venía aquel calor que sentía en el pecho. Un calor agradable, cargado de gozo. Como si el mismísimo sol le brillase entre las costillas. Aquello le provocaba una sonrisa permanente y genuina. Necesitaba reírse, bailar y saltar sin parar.

Pryo y Eyben la miraban desde la arena, divertidos pero pasmados ante tal actitud. Jamás la habían visto comportarse de aquella manera, totalmente desinhibida y extraña para alguien de su casta. Cuando el gran astro rojizo se ocultó por fin tras las aguas, como si se sonrojase ante su actitud, Maira se acercó a los ellos y se tumbó entre ambos, impregnándose de arena suave, sin dejar de reír.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Eyben, mirándola primero a ella y después a Pryo con expresión guasona.

—Estoy muy feliz. De verdad. Nunca había sido tan feliz. Es el mejor día de mi vida
—contestó Maira, suspirando.

Pryo y Eyben se miraron, evitando con todas sus fuerzas estallar en carcajadas, sin mucho éxito.

—No, no. No os riais. Lo digo enserio. Y me hace muy feliz también que estéis conmigo —dijo, suspirando y cogiéndolos de las manos.

Estuvieron un rato así, hasta que la noche se hizo evidente y decidieron volver al barco. Maren estaba en cubierta cuando los vio entrar. Maira parecía pletórica, como si flotase con cada paso, e iba en paños menores, mientras que Pryo le cargaba la ropa y Eyben llevaba

todo lo que habían comprado. Maren frunció el ceño, curioseando la escena con una sonrisa burlona.

—¿Qué habéis hecho? Veo que ha sido una excursión muy muy divertida —se mofó en tono mordaz.

—Es una larga historia —musitó Eyben.

Maira vio entonces a Julinka y se acercó corriendo a ella, envolviéndola con los brazos.

—Te quiero mucho, Julinka. De verdad.

Maren soltó una risotada, poniendo los brazos en jarras.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida—. Por cierto, ¿qué es todo eso? —le preguntó a Pryo.

—La ropa de Maira.

—¿Por qué demonios lleva tanta ropa?

—Pues no lo sé, porque así voy mucho más cómoda —dijo ella, acercándose a Maren y abrazándola.

Maren le dio una palmadita en el hombro y la miró fijamente con una sonrisa contenida.

—¿Ha comido flores? —les preguntó a los muchachos.

—Sí. ¿Por qué? —se extrañó Eyben—. Hemos comprado más.

—Oh, genial. Es que huele a flores. ¿Las habéis probado ya? Son muy dulces.

—Nosotros no. Hemos traído para todos —dijo Eyben, ofreciéndole una a Maren.

—Pues probadlas ya. Después de cenar compartimos el resto —dijo ella, rechazando la oferta con un gesto.

Eyben y Pryo se comieron una cada uno. Maren les dijo que con otra más notarían más el sabor, y le hicieron caso.

—Es como comer azúcar con vainilla —musitó Pryo.

—Sí, y en un rato estaréis como Maira. No sé cuántas se habrá comido para estar así, pero con dos notaréis un buen efecto —se carcajeó Maren.

—¿Qué? —demandó Eyben, que acababa de tragarse otra.

—Que va drogada. ¡Miradla, por favor! Si se le ha ido la cabeza totalmente. Esta noche será muy divertida porque vamos a tener a tres jovencitos embriagados de felicidad y eso puede dar mucho juego —se burló Maren, mientras Maira seguía riendo y dando vueltas por la cubierta del barco, mirando al cielo.

La noche fue, en efecto, divertidísima para los que no se encontraban bajo los efectos de las flores. A Maren le dolía la barriga de reírse. Eyben y Pryo se habían resistido todo lo posible, pero al final habían caído en la experiencia de la felicidad extrema. Cuando a Maira se le estaba pasando un poco el efecto, Maren le ofreció otra flor, que aceptó de buena gana.

—¡Eyben! —gritó Pryo de golpe, sobresaltándolos a todos—. Nunca me había dado cuenta de lo bonito que tienes el pelo —le dijo mientras se lo tocaba con la punta de los dedos, ensimismado.

—Tú también lo tienes muy bonito —le respondió él mientras acariciaba distraídamente un trozo de carne seca, que se llevó a la boca—. Esto está buenísimo. Creo que es lo mejor que he comido jamás.

—Los dos tenéis el pelo muy bonito —añadió Maira mientras se abrazaba a una viga.

—¡No puedo más! —exclamaba Maren mientras se desternillaba de la risa.

Pryo se levantó entonces, acercándose a otra de las vigas, y también se abrazó a ella, observándola con atención.

—Es espectacular. Esta madera… incluso huele aún a bosque. Y este tacto…

Estuvieron bailando y acariciando objetos extraños hasta que cayeron rendidos. Esa noche, uno de los jóvenes no pudo ir al templo. A la mañana siguiente, Maira se levantó cuando el barco ya había zarpado del puerto de Grea.

—¿Por qué estoy casi desnuda? ¡No me acuerdo de nada! —chilló, nerviosa.

—Mejor, querida, mejor —le dijo Maren.

—¿Qué?

—Ibas puesta hasta las cejas de flores. Tus amigos también. Sois muy divertidos cuando os sacáis el palo del culo.

Maira quería seguir preguntando, pero no lo hizo. Eyben y Pryo seguían durmiendo a pierna suelta.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Vas a ponerte todo esto otra vez? —se burló Maren, dándole la ropa arrugada.

—Claro. Bueno, quizás no todo. Hace calor.

—¡Este vestido es de lana! ¡Y de cuello alto! —exclamó la mujer,

asombrada.

—Es el más fresco que tengo —musitó Maira.

—¿En serio? Te vas a cocer viva, querida.

—No tengo otra cosa.

—Yo tengo ropa que dejarte. Es fresca y cómoda —dijo ofreciéndole unos pantalones y una camisa.

—Esto es de hombre —se quejó.

—Es de quien lo lleve. Yo lo llevo y no soy un hombre. Espera. —Se desabrochó los pantalones y se miró la entrepierna—. No, no soy un hombre. Pero tengo dos piernas, una para cada pata, y dos brazos, uno para cada manga. No seas estúpida y póntelo o tendré que tirar tu cadáver hervido por la borda.

Maira aceptó de mala gana. Aunque se sentía incómoda, también tuvo que asumir que la ropa era fresca. Salió a cubierta a despejarse la cabeza, aún un poco embotada.

—¿Ves? No está tan mal. Y te queda mejor que a mí —comentó Maren, guiñándole un ojo—. ¿Qué llevabas antes de llegar a Reldeter? Vamos, no me mires así. Todo el mundo se enteró de cuando llegaste, la Terralta que había vuelto de entre los muertos.

—No estaba muerta.

—Ya lo veo. ¿Qué llevabas antes de saber que eras de alta alcurnia?

—Un vestido de retales que me había hecho Frida, la mujer que me cuidó.

—Y si durante tantos años vestiste así, ¿por qué te empeñas ahora en vestirte con cien capas que nadie ve?

—Porque todo ha cambiado, y no es fácil. Tengo que esforzarme más que los demás en parecer lo que soy, porque nadie me ha enseñado a serlo. He tenido que aprenderlo todo rápido y mal. Y he pasado de tomar mis propias decisiones, aunque mi vida fuese penosa, a no poder ni decidir la ropa que me pongo. Antes no podía porque no tenía, pero es que… bueno, tú no lo entiendes.

—Claro que sí. Lo tienes todo y eso te hace ser una esclava. No es tan difícil.

Maira iba a replicar, pero en ese momento apareció Eyben por la escotilla, frotándose las sienes. Al verla, la miró con los ojos entornados y después miró a Maren.

—¿Sigue drogada? —le preguntó a la mujer.

—No, yo diría que no.

—¿Y qué haces así? —le preguntó entonces a Maira.

—Hace calor —respondió ella con un hilo de voz.

—Pero… es de hombre.

—¿Y tú, sigues drogado? —le espetó Maren.

—No.

—Pues lo parece. ¿Prefieres que se muera de calor por llevar lo que tú consideras que debe llevar?

—No, pero…

—Pues entonces cállate —le soltó.

Eyben volvió a cogerse las sienes y se retiró, exhausto. Se sentó a la sombra de una de las velas, intentando evitar el sol todo lo posible. No estaba acostumbrado a aquel clima tan sofocante. Maira se acercó a él, cabizbaja, y se sentó manteniendo la distancia.

—No es justo que te enfades por eso. Solo es ropa —le dijo con sequedad.

—¿Qué? No, claro que no. No me he enfadado. No estoy enfadado, y menos por eso. Me da igual… la verdad. Solo estoy cansado —musitó, frotándose los ojos.

Maira se quedó un buen rato allí, sentada, sin decir nada. Ella también estaba cansada.

—No recuerdo nada de lo que pasó ayer —confesó al fin.

Eyben la miró y después sonrió, aliviado.

—Mejor —sentenció.

—Maren me ha respondido lo mismo. ¿Tan malo fue?

—No, no. Fue… divertido. Bailabas y estabas feliz, solo eso.

—Qué vergüenza. Y todos riéndoos de mí, seguro. Qué estúpida.

—Bueno, Pryo y yo también comimos las flores, así que se rieron de los tres.

—Oh. Bueno. —Rio—. Eso me deja más tranquila. ¿Tampoco te acuerdas de nada?

—Oh, sí. Yo sí que me acuerdo. Eso es peor —musitó Eyben.

—¿Y por qué yo no me acuerdo?

—Porque te comiste un montón. ¡Seis por lo menos!

Maira se rio de nuevo. En ese momento, Pryo subió a la cubierta, desperezándose. Se quedó mirando a Maira, y cuando fue a abrir la

boca para comentar sobre su nuevo atuendo, Eyben le hizo un gesto con la cabeza para evitar que se llevase la misma reprimenda que él. Pryo lo pilló al vuelo. Llevaban juntos toda la vida.

—Bueno, ¿sobraron flores? —comentó Pryo, disimulando un bostezo.

—¿Por qué? ¿Quieres más? —le preguntó Maren.

—La verdad es que alguna más estaría bien. ¡Qué experiencia!

—¡Esa es la actitud! —aportó Maren, divertida.

Pryo se acercó a Maira y Eyben con paso lento. Volvió a mirarla, con los brazos en jarra, esta vez de reojo, mientras le decía a Eyben en tono guasón lo bonito que tenía el pelo, despertando las risotadas de los marineros.

Capítulo 41: Rado

El océano Rado no era una ruta de comercio habitual. La distancia entre las Islas Centrales y las Tierras Antiguas era inmensa y, además, aquellas aguas no respondían ante las leyes de la naturaleza. Eran casi vírgenes y totalmente impredecibles. Había días calmos, y días violentos. Incluso días que eran ambas cosas. Solo los más valientes, o los más desesperados, se animaban a recorrer las aguas de Rado.
Aquel día, el sol brillaba con furia. Maren controlaba el timón, distraída. Julinka se asomaba por la borda, como de costumbre, tras acabar sus tareas de limpieza. Se impulsaba con los brazos apoyados en la regala, dejando los pies en el aire. Siempre iba descalza, a pesar de que Maira le había comprado zapatos. Era muy agradecida con todo lo que le regalaba Maira, porque nadie le había regalado nada nunca, pero le resultaba imposible llevar zapatos. Sus pies estaban acostumbrados a la libertad, incluso en los días gélidos del norte.

—¡Maren! ¿¡Qué es eso!? —gritó, señalando una nube de aire que emergía del agua con un resoplido.

Maren se acercó a la niña, sonriendo, y le rodeó los hombros con el brazo.

—Es un buen augurio. Son ballenas. Fíjate, son enormes.

—¿Nos atacarán? —preguntó la niña, fascinada pero temerosa ante unas criaturas de tal tamaño.

—No, claro que no. Mira, salúdala.

Julinka agitó la mano, emocionada. El inmenso animal se sumergió con elegancia, elevando la cola por encima del agua. Apareció un poco más allá, saltando por encima de la superficie. Julinka jamás había visto algo tan hermoso. Ante tal espectáculo, sus ojos estaban casi inmóviles. Los giros eran leves, apaciguados. Maren se fijó en aquello, y se preguntó si así expresaba ella la felicidad. Dejó a la niña disfrutando de los bailes marinos y se dirigió de nuevo al timón. Percibió entonces un olor conocido. No sabría definirlo, pero sí sabía

lo que aquello significaba. Notó una familiar sensación en las entrañas, justo por debajo del ombligo. Miró hacia el sol furioso, protegiéndose la cara con una mano.

—Nero, Osto, Arki; recoged las velas. Agor, Unai; asegurad la bodega. El resto, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Maira, Eyben, Pryo y Julinka, meteos dentro y ataos las cuerdas de las vigas a la cintura. Rezad si es eso lo que necesitáis hacer, aunque os adelanto que no servirá de nada. Se acerca tormenta.

—No hay ni una nube —se burló Pryo, mirando en todas direcciones.

El joven dejó de reír al ver la expresión de Maren y el empeño de los marineros por acatar sus órdenes. Se metieron dentro, obedientes. Pryo y Eyben se miraron, mofándose de la situación, mientras se ataban las cuerdas con desgana. Maira, en cambio, empezó a sentir un miedo atroz. Al poco tiempo, empezaron a notar que los movimientos del barco iban a más. Maren bajó a comprobar que todo iba bien. Tiró de las cuerdas de Julinka, de Maira y de Eyben para comprobar que estaban bien puestas. Cuando tiró de la de Pryo, esta se soltó. Maren se quedó con la cuerda en la mano, clavando en Pryo una mirada iracunda.

—¿Te crees que esto es una broma? —le espetó, plantándose ante él con actitud amenazante—. Conoces el mar del Norte, ¿verdad? Sabes que es un mar cruel. Pues es una princesita al lado de Rado. Rado no tiene piedad. Es un océano. Así que, por una vez, obedéceme o tírate directamente por la borda para ahorrarnos a todos el disgusto de tener que buscar tu cadáver por todo el camarote.

Acto seguido, le pasó la cuerda por la cintura y se la anudó de un tirón fuerte, dejándolo casi sin respiración.

—De nada, Pryo —pronunció con desprecio.

El barco empezó a dar bandazos. Maren se dirigió a la escotilla con paso firme. Antes de desaparecer en cubierta, les dedicó una sonrisa delirante y añadió:

—Espero que disfrutéis de la experiencia. Intentad mantener la calma.

Maira se fijó en que algunos de los marineros que los acompañaban en aquella sala se ponían a temblar y a rezar. Aquello acabó de desesperarla.

—Vamos a morir, ¿verdad? —les preguntó.

—Niña, eso no se dice cuando hay una tormenta. No seas gafe —respondió uno de ellos, angustiado.

Aquello no se decía, pero todos lo pensaban. Todos, menos Maren. Ya en cubierta, mandó a todos los hombres al interior, excepto a Nero.

Ambos se ataron a la cintura una cuerda gruesa y lo suficientemente larga como para poder recorrer la cubierta entera. Nero se fijó en que Maren ya sonreía, mostrando una mirada de excitación ante lo que se les venía encima. Él, sin embargo, estaba atemorizado. Ya había vivido tormentas en Rado. Y no era algo que quisiese volver a vivir.

El cielo se había vuelto un amasijo de nubes negras que habían surgido de la nada. El viento soplaba con fuerza, pero aquello era solo un tanteo. El sonido de una lluvia rábida repiqueteando sobre la cubierta llegó hasta los oídos de Maira, que sintió como se quedaba sin aire.

Un rayo impactó contra la superficie agitada de Rado, cegando momentáneamente a Maren. El estruendo del trueno fue tal que los confinados en el interior votaron al unísono. Los oídos de Maren y Nero pitaban. Se miraron, sin poder oírse, y asintieron. Estaban preparados. Rado respondió a la provocación del cielo despertando enormes olas, como si fuesen dedos de agua de un dios antiguo. Una de ellas lamió la cubierta de babor a estribor, empapando a Maren y a Nero y colándose en el camarote de los marineros. El oleaje era cada vez más furioso. Otro rayo impactó en el agua, cerca de la proa. Maren y Nero se anticiparon y se taparon los oídos. El trueno hizo retumbar cada rincón del Idoia. Una enorme ola apareció ante ellos. Nero se puso tenso.

—Vamos allá —gritó Maren, con un entusiasmo que ya había pasado la frontera de lo cuerdo.

La proa del barco se elevó, quedándose casi en vertical, para después dejarse caer con violencia. La embarcación entera crujió. Maira y sus compañeros chocaron contra el suelo, desplazándose por la superficie empapada a merced de los movimientos de Rado, como si fuesen muñecos. Maira intentó ponerse de pie de nuevo, cogiéndose de la cuerda que impedía que se estampara el cráneo contra las paredes. Pero su intento se frustró ante otra brutal sacudida, seguida de la entrada desbordante de agua salada por la escotilla. Tenía tanto miedo que no era capaz de llorar ni de gritar. Ni siquiera podía respirar bien. La proa se elevó de nuevo, arrastrándolos hacia la popa, y golpeándolos contra el suelo al bajar.

Maren y Nero luchaban por controlar la embarcación y evitar ser arrastrados por el agua. Una enorme ola los barrió a ambos. Fue tan violenta que arrancó el fogón de la cubierta.

—¡No, joder! —gritó, aunque ni ella misma podía oírse.

Sin fogón, no podían cocinar, así que caminó a trompicones por la cubierta, intentando agarrarlo. Nero hizo lo propio. El hombre dio con él, y justo cuando Maren estaba a punto de alcanzarlo, una lengua de

agua, seguida de un impacto, la hizo caer por la borda. La cuerda se tensó y le raspó la piel de las costillas. Se golpeó contra el casco y se quedó allí colgando. Se cogió de la cuerda con ambas manos y comenzó a trepar, poniendo las rodillas sobre el casco de la embarcación.

—Va a ser que no, querido Rado. Hoy no —masculló entre dientes mientras sentía la emoción crecerle por dentro.

Otro impacto la hizo caer de nuevo, haciendo que se golpease la cabeza mientras las olas intentaban arrancarla de la embarcación. Volvió a trepar por la cuerda. Nero le ofreció la mano, pero ella lo rechazó con un gesto de cabeza. Era más importante el fogón. Nero no dudó. Por eso siempre contaba con él. El hombre se desplazó para coger el fogón. Maren logró llegar a cubierta, lo que le provocó una carcajada orgullosa, y se deslizó junto a Nero para ayudarlo. Otro rayo impactó cerca de ellos, esta vez en la propia embarcación. Hizo saltar por los aires, en mil astillas, la vigía del mástil principal.

—¡Ah, joder! ¡No! ¡Maldito Rado! —vociferó Maren, escuchando tan solo el pitido que le reventaba los tímpanos.

A Maira la habían abandonado todas sus fuerzas. Se limitaba a dejarse llevar, de rodillas en el suelo y amarrada a la cuerda con cuerpo y alma. El agua le llegaba por el pecho, pero no le importaba. El miedo la había paralizado, dejándola en un estado catatónico. Pryo rezaba, y Eyben también, o al menos lo intentaba. El joven estaba tan mareado que no sabía ni dónde estaba. Se cogía a una de las vigas como si en ello se le fuese la vida. Julinka, por su parte, había cerrado los ojos y se sujetaba a la cuerda con la mano izquierda. El barco crujía tanto, y había tanta agua, que daba la sensación de que ya se había partido en dos.

Y tal cual había llegado, la tormenta se marchó. Lo último en irse fue la lluvia. De hecho, todavía llovía cuando Maren y Nero bajaron al camarote. Maren tenía un buen coscorrón en la cabeza y la ceja partida, de la cual salía un hilillo de sangre que se mezclaba con el agua salada que aún le corría por la piel.

—¿Se ha muerto alguien? —preguntó ella con socarronería—. ¿No? Genial. Pues hay que sacar toda esta agua. A trabajar.

Todos se desataron, aliviados, excepto Maira. Se había quedado de rodillas, con las manos apretadas contra el pecho, agarrándose a la cuerda, temblando y mirando a la nada. Pryo fue el primero en darse cuenta. Intentó levantarla, pero la muchacha no respondía. La zarandeó un poco y llamó a Eyben, pidiéndole ayuda. Pero él dio un paso atrás, se dio la vuelta y desapareció en cubierta. Fue Maren la que acudió en su lugar.

—Vamos Maira, ya está —le dijo la mujer mientras la zarandeaba también—. ¡Venga, querida! —exclamó mientras le daba una bofetada.

Maira reaccionó, mirando a su alrededor con labios temblorosos. Maren le dio una palmadita en el hombro.

—¿Y tú por qué no has hecho nada? —le espetó Pryo a Julinka—. ¿No se supone que estás aquí para evitar esto?

La niña no respondió. Todos la miraban, expectantes. Pero ella no sabía por qué no les había hecho caso a los impulsos.

—Déjala, Pryo —avisó Maren con voz cortante.

Pryo no respondió, pero atravesó a la niña con una mirada furibunda. La pequeña subió a cubierta, cabizbaja. El mar aún estaba un poco revuelto, y la lluvia era fina pero abundante. Eyben se asomaba por la borda, aguantándose la cabeza con una mano. Estaba empapado, pero no parecía importarle. Julinka notó allí el impulso. Se acercó con cautela y le tiró de la manga. Él se giró con brusquedad.

—No me toques, por favor —le dijo entre dientes.

La niña se retiró, resignada. Para algunos ojos, ella seguía siendo un demonio. Eso le hizo pensar en que quizá sí lo era.

Si no lo fuese, ¿habría dejado sufrir a Maira de aquella manera?

Capítulo 42: Cosa de hombres

Rado fue bondadoso durante los días siguientes. El mar estaba en calma y soplaba buen viento. Muchas veces los acompañaban los delfines, que jugueteaban alrededor de la embarcación, curiosos.
Maren revisaba un mapa desgastado junto con Julinka. La mujer había asumido varios roles dentro de la embarcación. Además de ser capitana, era también piloto. Es decir, no solo era la dueña del barco, la que pagaba a la tripulación y marcaba la dirección de la nave, sino que también se encargaba de la parte técnica. Era una experta en cartas de navegación, mareas y, en definitiva, cualquier cosa que tuviese que ver con la navegación. Por eso odiaba que la llamasen «capitana». Mucho menos «capitán», claro. Aquello dejaba fuera a muchas de sus habilidades. De cocina, sin embargo, no tenía ni idea. Por suerte, contaban con Osto, que era un gran cocinero y el dueño y señor del fogón, o al menos eso pensaba Maren, porque para cualquiera acostumbrado a vivir en tierra, la comida a bordo dejaba mucho que desear.

—¿No sabes entonces marcarme más o menos dónde está? —volvió a preguntarle a la niña, que negó con la cabeza y siguió apuntando al horizonte con el dedo, dirección suroeste.

Maren se tiró el pelo hacia atrás, un poco exasperada. Tan al sur, no había ciudades grandes, por lo que no había puertos. Tenía dos opciones: o anclar el Idoia y llegar a la costa con el bote, dejando a los viajeros allí, o amarrar en el puerto más cercano y acompañar a Julinka en su viaje. Lo había discutido con Nero y, al final, había optado por la segunda opción. Era importante para ella. Algunos de sus hombres se quedarían cuidando de la embarcación, y el resto, se internaría en busca de la pirámide. Les vendría bien un cambio de aires.

Maira se había recuperado de su ataque de pánico durante la tormenta. Los marineros la tranquilizaron, contándole sus

experiencias. A muchos de ellos les habían pasado cosas similares. No era algo sencillo de afrontar, y mucho menos si ya habías sufrido un naufragio, aunque hubieses sobrevivido a él. Ya habías estado cerca de la muerte, y eso el cuerpo no lo olvida. A pesar de que la joven seguía siendo la misma de antes, había algo que la incomodaba. Todo seguía igual, excepto Eyben. Algo le había ocurrido. Estaba taciturno y la evitaba la mayor parte del tiempo. Al principio no le había dado importancia, pero Pryo también se lo había comentado, y aquello acabó por confirmarle lo que pensaba. Esa actitud la preocupaba. Tenía la sensación de haber hecho algo mal, de hacer o decir cosas inapropiadas. ¿Estaría enfadado con ella por su ropa? ¿Por no comportarse como debía? Él le había dicho que no, pero, demonios, no se le ocurría otra razón… La hacía sentir mal de verdad. Por suerte, Pryo estaba más amable que nunca, y podía refugiarse en él cuando Eyben se comportaba de aquel modo.

Los primeros días tras la tormenta, estuvieron muy ocupados. Había muchos desperfectos que arreglar. Pero después, el tiempo se sucedía sin fin, un ciclo eterno de sol naciente y muriente con la única compañía de una interminable masa de agua.

Hacía dos días que no soplaba el viento. Nero y Agor se entretenían entrenando con sus espadas ante la atenta mirada de Maren, que se escondía del sol bajo su sombrero raído. Las armas eran sencillas, con la hoja ligeramente curvada y más anchas en la punta. Nero, a pesar de ser fornido, no pecaba de movimientos toscos. El choque del metal atrajo a los jóvenes hombres del norte, que miraban con curiosidad la forma de luchar de los hombres de mar, que poco tenía que ver con la que les habían enseñado en la corte. Faltaba elegancia y sobraba el juego sucio. Incluso había lugar para algún escupitajo, carcajadas vengativas e insultos de lo más originales. Maira también los observaba, distraída. Aquellos combates le parecían muchísimo más divertidos que los que había visto en la corte. Maren se acercó a ella.

—¿Sabes luchar con la espada? —le preguntó.

—No —respondió Maira, absorta en el combate amistoso. Soltó una risita ante un comentario inapropiado de alta carga sexual por parte de Agor.

—Deberías aprender. Es una buena forma de defenderse —sugirió Maren.

—Ya me enseñaron tiro con arco.

—Bueno, eso está muy bien cuando tienes un arco y tu atacante está bastante lejos de ti. Pero si lo tienes cerca… Bueno, quizá puedes ensartarle una flecha en el ojo. De todas formas, yo puedo enseñarte, si quieres. Considero que es necesario. Este es un mundo muy

traicionero para las mujeres. No está de más, y ahora nos sobra tiempo para practicar.

—Pero a mí no me hace falta. Ya voy con Pryo y Eyben, por eso han venido conmigo
—contestó ella.

—¿Y si son ellos los que deciden atacarte?

—Jamás harían algo así.

—Eso no lo sabes. Nunca sabemos cómo son las personas realmente. Y siempre hay mucha mierda entre las familias de la corte, quizá un día deciden violarte, o incluso matarte, solo para cabrear a tu padre. Estas cosas pasan más a menudo de lo que crees, querida. Los nobles sois muy retorcidos.

Maira la miró como si estuviese majareta, pero Maren percibió un deje de interés en sus ojos.

—Tú eres la única persona que va a estar contigo siempre, así que, a fin de cuentas, solo tú puedes defenderte. Pryo y Eyben no van a estar siempre cubriéndote las espaldas.

La joven acabó aceptando, más ilusionada de lo que aparentaba. Cuando Nero ganó, los dos marineros se retiraron a refrescarse, y Maren ocupó su lugar. Le dio a Maira una espada cortés, de las que utilizaban para practicar y aprender. Maira la cogió con torpeza.

—Pesa —se quejó.

—Claro que pesa. Es una espada. Vamos. Atácame.

Maira levantó el arma, a duras penas, y se acercó a Maren con pies de plomo.

—¿Qué hacéis? —se burló Pryo.

—¿A ti qué te parece, querido?

—No puedes enseñarla a luchar con espada. Eso es cosa de hombres.

El barco entero enmudeció. El tiempo se detuvo. Los hombres de Maren la observaron, esperando verla estallar en cualquier momento. «Demonios, muchacho, no. ¿Cómo se te ocurre?», pensó Nero, abriendo mucho los ojos.

—¿Disculpa? —dijo ella, alzando una ceja.

—Quiero decir… Vamos, ya va vestida de hombre. ¿Qué más quieres que haga? Es una Terralta. No hace falta que aprenda a luchar con espada. Es algo que las mujeres no pueden hacer bien. No están hechas para eso.

Pryo ignoró los gestos de negación que le hacía Nero. Muchacho

estúpido. No sabía ver el peligro ni cuando lo tenía a un palmo. La tensión se había adueñado del ambiente. Pero Maren respondió con una sonora carcajada. Echó la cabeza atrás, riéndose como si le acabaran de contar el mejor chiste de la historia. Maira sonrió, aliviada. Pero Nero no. Nero sabía que aquello solo era el principio de lo que se venía a continuación. Y, como siempre, tuvo razón. Maren paró de reír de golpe, mirando a Pryo.

—Coge tu espada, Pryo —le dijo, totalmente seria—. Vamos a ver si eso que dices es cierto.

—*¿Qué?*

—¿Me vas a hacer repetirlo? ¿Eres sordo o estúpido?

—No voy a luchar contra ti —respondió él, decidido.

—Claro que sí. Vas a hacer lo que yo te diga, porque este es mi barco, y aquí mando yo. O coges la espada, o te tiro por la borda. Y ten en cuenta que me apetece muchísimo hacer eso último.

Pryo dudó, pero los rostros de los marineros le confirmaron que no tenía escapatoria. «Te lo has ganado a pulso, muchacho», parecía decirle Nero. Pryo cogió su arma y se puso en posición, desganado. Aquello era una soberana estupidez. La espada de Pryo tenía una hoja larga, recta y gruesa, y su empuñadura bañada en oro viejo relucía bajo los rayos del sol. La de Maren, en cambio, era una cimitarra de aspecto sencillo, de hoja curva y ligera. La empuñadura parecía estar hecha de hueso, y de hecho tenía una calavera tallada en el pomo.

—No tengas miedo de hacerme daño, querido, sé que tienes ganas. Pon de tu parte y hagamos de esto un bonito espectáculo. —Maren le dedicó una sonrisa lobuna, solo con los labios.

Maren se puso también en posición. Fue la primera en atacar, de forma un tanto torpe. Pryo se defendió con facilidad, pero no atacó. Rio, confiado. Era uno de los mejores espadachines de la corte del norte, mucho más corpulento y con muchísima más fuerza que Maren. Ella sonrió también, burlona, y volvió a atacar. Pero esta vez lo hizo de forma distinta. Exhibió una agilidad y una carga de ataques que dejaron boquiabierto a Eyben, que observaba la escena, hasta ese momento, con cierto escepticismo. Maren destilaba tanta agresividad, y a tanta velocidad, que rápidamente arrinconó a Pryo contra el mástil, inmovilizándolo mientras presionaba la espada, en horizontal, contra él.

—Vamos, sé que puedes hacerlo mejor. Deja de defenderte y ataca. Te están mirando todos, no irás a dejar que te gane una mujer, ¿verdad? Eso te haría quedar como un cobarde y un sodomita —le susurró Maren al oído, maliciosa.

Aquello hizo cambiar la expresión de Pryo. Maren sonrió. Qué fácil era cabrear a un hombre si sabías cómo. Sobre todo si tenía que ver con su virilidad. Él se deshizo de la mujer de un empujón y comenzó a atacar, acompañando cada estocada de un grito rabioso. Aquello pareció divertir a Maren, que lo ganaba en agilidad. Se movía de un lado a otro, agotándolo. Pero Pryo no se quedaba atrás. Su técnica era impecable, y su fuerza hubiese partido en dos a Maren si esta hubiese dejado de moverse de aquí para allá. Eran tan distintos que ninguno de los dos tenía ventaja. Pryo consiguió enlazar una buena sarta de mandobles, haciendo retroceder a la mujer. Maren se encontró con la espalda pegada a la borda, atrapada. De un salto, se subió a la regala y giró, volviendo a saltar y quedando justo detrás de Pryo. Maren intentaba aprisionarlo contra la borda, pero él la golpeó con fuerza. Ella esquivó el sablazo de milagro, pero se llevó el impacto del codo del joven en la cara, partiéndole el labio. Él siguió atacando, enfurecido. Maren gritó, colérica. Le dio una estocada y, mientras él la detenía, aprovechó para golpearle la nariz con la cabeza.

Pryo se desestabilizó unos segundos, pero aquello solo hizo que volviese a atacar con más intensidad. Volvía a hacer retroceder a Maren, pero no se dio cuenta de que esta vez era ella quien guiaba los pasos. Maren acabó de espaldas al mástil principal. Pryo le dio un mandoble, que iba directo a brazo de Maren, pero ella se agachó con agilidad. Él había dirigido el golpe con tanta fuerza bruta que su espada quedó clavada en el mástil. Intentó desincrustarla de allí, pero ya era tarde. Maren se había agachado y, desde el suelo, le dio una patada en la parte baja de las piernas, que lo hizo tropezar y caer de espaldas con un golpe sordo. Maren se subió sobre él, a horcajadas, y le puso la punta de su espada en el cuello. Estuvo un rato así, presionando el arma hasta que un hilillo de sangre brotó de la piel de Pryo. Maren también sangraba por la herida del labio, y miraba al joven, totalmente enajenada. Sus ojos se habían quedado clavados en el rayo de oro que le pendía a Pryo del cuello.

—Maren —la llamó Nero, sacándola de aquel estado de delirio en el que se estaba perdiendo.

Ella parpadeó, mirando a Pryo como si lo viese por primera vez. Duró solo un segundo, pero Nero pudo verlo. Respiró, aliviado.

—Al final sí que te ha ganado una mujer. ¿En qué lugar te deja eso a ti, Pryo? —masculló ella entre dientes, mientras las gotas de sangre de su labio partido le caían al joven en la mejilla.

La tripulación seguía en silencio. Maren se incorporó, acercándose a Maira mientras se limpiaba la sangre del labio con el dorso de la mano. Pryo, una vez libre, se levantó y extrajo la espada incrustada en

la madera del mástil de forma brusca. Se limpió la sangre que le brotaba de la nariz y se alejó de allí.

—Hoy has aprendido la lección más importante, Maira. Un hombre siempre te ganará en fuerza, en corpulencia y, seguramente, también en técnica. Pero te infravalorará, y esa es tu primera ventaja. Y quizá la única, para qué nos vamos a engañar —dijo Maren en voz alta, para que todo el mundo pudiese oírla—. Vuelve a coger la espada, vamos.

Maira dirigió una mirada nerviosa a Eyben, esperando encontrar un gesto de desaprobación, pero él ya se había dado la vuelta y se había alejado de allí, tras Pryo. Seguía mostrándose extraño. La tripulación volvió a sus quehaceres, mientras Maren le enseñaba a la joven algunos movimientos básicos.

—Lo que tienes que trabajar más es la agilidad y la rapidez de tus movimientos. Tienes que aprovechar que eres más pequeña, tienes que agotarlos. Venga, una vez más. Así, muy bien. Ahora hacia el otro lado. Eso es.

Julinka sentía cierta satisfacción interna por el fracaso de Pryo, y un pelín de culpabilidad (muy muy poquita), por tener esos pensamientos. Estuvo atenta durante toda la lección. Maren se dio cuenta y, cuando terminó con Maira, le preguntó si quería aprender también ella. Julinka respondió que no. No se veía capaz de herir a nadie, ni aunque fuese para defenderse. Maren no insistió. Conocía la naturaleza de la niña, o al menos parte de ella.

Aquella noche, Pryo no cenó con ellos. Se había pasado el día aislado en cubierta. Eyben sí lo hizo, pero seguía taciturno, y apenas participó en la conversación. Nero felicitó a Maira por sus primeros pasos en el mundo de las espadas, aunque todos sabían que había sido un completo desastre, incluida ella.

Después de cenar, cuando la mayoría de tripulación ya se había retirado a dormir, Maren decidió quedarse un poco más. Bebía de una botella de aguardiente, calmada, mientras observaba refulgir a la hierba de lys. Tendría que comprar más para la vuelta. Nero se sentó junto a ella, sacándola de sus pensamientos.

—Maren, ¿ibas a matarlo? —le preguntó el hombre en un susurro, yendo al grano.

—¡Nero! Claro que no. ¿Por quién me tomas? Me ofendes cuando me dices ese tipo de cosas. ¿Desde cuándo mato yo a la gente?

El hombre hizo una mueca. Claro que mataba gente. Él lo sabía. Y ella sabía que él lo sabía, pero, en fin, Nero no iba a entrar en ello.

—Es que… no estabas, Maren. Por un momento he pensado que ibas a

hacerle daño de verdad.

Maren no respondió. Cogió la pipa de Nero y le dio una calada.

—Y deberías comprarte una pipa —añadió él.

—¿Para qué, si ya tengo la tuya?

El hombre sonrió. Maren dudó antes de levantarse, pero finalmente dio otro trago a la botella y le dio unas palmadas a Nero en el hombro, subiendo a cubierta. Pryo miraba hacia el cielo, con los brazos apoyados en la regala.

—No vengo a disculparme, porque no he hecho nada de lo que tenga que arrepentirme
—le soltó Maren.

—¿A qué vienes, entonces?

Maren no respondió. Se quedó un rato allí, mirando al cielo sin luna, preguntándose qué era aquello tan interesante que veía el joven allí.

—Siempre cuesta aceptar las lecciones de humildad —dijo ella, maliciosa.

—No parece que tú hayas aprendido muchas. Eres, con seguridad, la persona menos humilde que he conocido en toda mi vida.

—¡Qué hiriente! —se mofó—. Además, eso no es cierto. En eso sí que has conseguido ganarme.

Pryo negó con la cabeza, irritado. Tardó en responder.

—Tienes una forma sucia de luchar —comentó él.

Eso hizo reír a Maren.

—Ah, el orgullo. Se hiere más fácilmente que la carne. Querido, yo no lucho para ganar torneos. Me dan igual vuestras reglas estúpidas y vuestras maniobras teatrales. A mí no me van esos jueguecitos de gente rica.

—No son juegos. Es una cuestión de honor, ¿sabes?

—¿Cómo voy a saberlo? Eso es cosa de hombres.

Pryo no contestó, indignado. Maren chasqueó la lengua, divertida, y se giró, apoyando la espalda contra la regala para mirar mejor a Pryo, que la esquivaba.

—Lo que sí venía a decirte es que eres muy buen espadachín. Tu único error ha sido infravalorar a tu contrincante. La próxima vez que luchemos, seguramente acabes matándome.

—No quiero matarte.

—Bueno, haré todo lo posible para evitarlo, claro, pero nunca se sabe.

Espero que eso te ayude a seguir con tu vida y te haya curado la *pupita* que haya podido causarle a tu dignidad masculina. Buenas noches, Pryo.

Capítulo 43: Amigos

Maira caminaba sobre la hierba, mirándose los pies. A su alrededor, las voces de mil vidas se alzaban. Levantó la vista, y ante ella apareció una enorme pirámide. Sintió una sensación de calidez en el pecho. Sin embargo, duró poco. Un cuchillo, sangre, gritos, olor a hierro. Y ojos negros. Todo se mezclaba ante su mirada, caótico, con la pirámide como observadora pasiva.
Se levantó de golpe, con el corazón latiéndole salvaje bajo el pecho. El camarote estaba a oscuras. Intentó olvidar la sensación que le había dejado el sueño, pero al no conseguirlo, decidió subir a cubierta a tomar el aire. Aquella noche, Nero estaba de guardia.

—Buenas noches, Maira. ¿Todo bien?

—Sí. He tenido una pesadilla, necesitaba un poco de aire fresco.

Nero se acercó a ella, liberando una nube de humo por la boca. Le ofreció la pipa, pero ella negó con amabilidad.

—¿Cómo llevas tus clases de combate?

—Bueno, es difícil. Pero Maren es buena maestra.

Nero asintió y siguió fumando junto a ella, mientras Maira observaba el cielo nocturno abarrotado de estrellas. Maren era buena maestra, pero ella era una alumna terrible. Nadie lo comentaba, pero, demonios, era obvio.

—¿Quién te puso el nombre? Sé que tus padres te llamaron Tasha.

—Frida. Fue la mujer que me encontró en Aiert. Ella me crio. Me… me llamó Maira porque… —Se rio, nerviosa—. Esto me da un poco de vergüenza. Me llamó Maira porque ese era su pescado favorito. Y como me encontró en la playa… —dijo, encogiéndose de hombros y ruborizándose.

—¡Vaya! —Nero también rio.

—No se lo digas a nadie —dijo con dulzura.

—¿Y por qué has decidido mantenerlo, si te avergüenza?

—Porque es quien soy. Toda mi vida he sido Maira. Y ahora también, aunque sea una Maira diferente —dijo, meditabunda—. ¿Puedo preguntarte algo, Nero?

Pensaba en Maren. No dejaba de sorprenderle como una mujer había llegado a hacerse un hueco tan importante en aquel mundo hecho por y para los hombres. Así que le preguntó a Nero el porqué de su sumisión ante tan pequeño y aparentemente insignificante ser. Nero, si quisiese, podría matarla de un manotazo.

—Verás, Maira, yo solo le debo lealtad al mar. Desde el día en que la vi, siendo solo una cría, tan chiquitita y nervuda, supe que sería una buena marinera. Ya sabes, eso se nota en los ojos, que no mienten. Se dejaba la piel trabajando, literalmente. Jamás la oí quejarse, jamás la vi cansada. Hubo una noche en la que una tormenta nos azotaba sin piedad. Por aquel entonces ella era marinera, no capitana. La cubierta se deshacía entre el violento oleaje, y los tumbos de la embarcación eran tales que la mayoría de la tripulación se había escondido en la bodega temblando, vomitando y pidiendo a Ezartz no morir aquella noche. Ella, sin embargo, se había atado una cuerda a la cintura y se deslizaba por la cubierta intentando salvar las velas y todo lo que estaba a su alcance. Jamás en mi vida había visto a alguien reír a carcajada limpia de esa forma tan demente. No te lo negaré, me asustó. Y me sigue asustando, la verdad. Pero entonces supe que no estaba allí por necesidad, ni por gusto, ni siquiera por vocación. Estaba allí porque era una verdadera hija del mar. De esas personas lo suficientemente perturbadas como para enfrentarse al océano y no salir perdiendo. Y por eso le debo lealtad, porque por sus venas no corre sangre, sino agua salada.

—Vaya… no se ven muchas mujeres como ella. ¿Cómo la conociste? —preguntó con curiosidad.

—La conocí en su primer trabajo. Consiguió un puesto de paje en este mismo barco, en el que yo ya trabajaba como marinero. Era una cría, debía de tener unos doce años, si mal no recuerdo. Se hizo pasar por un muchacho de nombre Maro. Ya, no es muy original. Se había rapado el pelo y vestía como un chico, así que nadie pensó que no lo fuera. Se encargaba de la limpieza de los camarotes, principalmente. Un par de años más tarde, ascendió a grumete. Se le encomendaban las tareas más peligrosas, a pesar de que no cobraba más que la comida que le daban a bordo. Allí destacó. No tardaron en hacerla marinero. Pero un día, el capitán descubrió que era una muchacha. La humilló y la tuvo varios días atada al mástil, desnuda. No se quejó nunca, se le fue la mirada, pero lo que no la abandonó en ningún momento fue una sonrisa sádica que nos daba a todos un poco de miedo. Aguantó las vejaciones con mucha entereza, pero porque no

estaba en sus cabales, yo creo. Con lo que no contaba el capitán es con que Maren se había ganado a toda la tripulación. Todos nos habíamos dado cuenta de lo que valía, no existen muchas personas como ella. Así que, aun estando atada, organizó un motín. Esa mujer tiene la cabeza bien fría hasta cuando no debería tenerla. Acabó matando ella misma al capitán, y se hizo con el mando del barco. Hasta hoy. Es una mujer dura, pero nosotros somos lo más importante para ella. Siempre cuida de nosotros, y también nosotros cuidamos de ella. Maren es nuestra familia.

—La admiro. Es fuerte. Me gustaría ser como ella.

Nero torció el gesto.

—Maira, puedes ser fuerte sin ser como Maren. Maren está… Maren no está bien. No ha tenido una vida fácil. Podría haber sido una persona maravillosa de no ser por su pasado. Tiene una sensibilidad especial. Pero tiene una espina clavada en algún lugar, que no la deja vivir en paz. Tú tienes que encontrar tu propia fortaleza, y no confundirla con la rabia y la ira. Por favor, por tu propio bien y por el de la gente de tu alrededor, no te conviertas en una Maren.

—No creo que tenga esa fortaleza en ningún lugar. Me siento débil y tengo miedo de afrontar mi futuro.

Nero sonrió, mirándola de arriba abajo. Volvió a llevarse la pipa a los labios, ocultos tras la espesa barba canosa.

—Una persona que sobrevivió a un naufragio, a la orfandad en una gran ciudad, y que ha salvado a una niña que muchos consideran un demonio para llevarla al otro lado del mundo, para mí, es una persona fuerte.

—Pues no me siento así, Nero. Y lo peor es que tampoco me siento libre.

—Nadie es realmente libre. Todos tenemos nuestras cadenas. Pero el futuro es incierto. No te preocupes ahora, y disfruta del viaje.

Maira durmió poco y se levantó cansada. Estuvo más torpe de lo habitual en la clase de combate. Tenía la cabeza en otros lugares. El sueño, su futuro, los interminables días a bordo y el cada vez más taciturno Eyben. Julinka era la única que parecía transmitirle calma, y no por su extraño don, sino porque se mostraba feliz en todo momento. Disfrutaba de las pequeñas cosas. Estaba siendo niña por primera vez en su vida, y aquello colmaba a la tripulación de alegría.

Las aguas de Rado estaban picadas aquel día, pero no se intuía tormenta. El viento, además, era favorable, aunque eso implicara que la nave se moviese más de la cuenta. Eyben estaba arreglando un

barril de agua potable, absorto en su trabajo. Maira se acercó para ver si necesitaba ayuda, pero el muchacho negó con la cabeza. El sol primero le había quemado la piel, pero después había adquirido un bronceado más curtido, lo que había provocado que le salieran las características pecas de los hombres del norte que parecía no tener en un principio.

—¿Estás bien, Eyben? Somos amigos, puedo ayudarte si me necesitas —le dijo Maira, preocupada.

Él continuó absorto en el barril, hasta que levantó la mirada y la clavó en Maira, con el ceño fruncido.

—No, no somos amigos. Yo solo estoy aquí porque tu hermano me lo pidió —dijo, tras lo cual volvió la vista al barril.

Maira, atónita, se marchó de allí más dolida de lo que esperaba. Quizá Maren tenía razón, y nunca se llegaba a conocer a alguien en realidad. Sentía una mezcla de enfado, impotencia y tristeza que no sabía gestionar, y que la tuvo todo el día en un estado de melancolía leve pero constante. Sentía que ni siquiera encajaba con quien debía hacerlo. Si los que ella consideraba sus amigos no lo eran, ¿a quién tenía entonces? ¿Seguía estando igual de sola que en Aiert?

Con esos pensamientos en la cabeza la sorprendió Julinka. Ya era de noche cuando la niña se acercó a ella y la agarró de la mano. Maira enseguida se sintió mejor. Respiró, aliviada, cerrando los ojos. Sus preocupaciones se esfumaban. Hasta que alguien apartó la mano de la niña de un tortazo. Maira abrió los ojos de golpe y se encontró a Maren delante de ella, con los brazos cruzados.

—¿A ti qué te pasa?

—Estoy apenada, Maren —le respondió ella.

Julinka volvió a cogerle de la mano, pero Maren volvió a apartarla con brusquedad.

—Deja que sufra un poco, querida, o la vas a volver tonta. Vete un ratito por ahí, venga. ¿No tienes nada con lo que jugar?

La niña obedeció a regañadientes, dejándolas a solas. Maira se echó a llorar.

—Creo que esto ya lo he vivido —dijo Maren, meditabunda—. ¿Fuiste tú la chica llorona de la playa de Reldeter?

Maira recordó aquella noche. Seguía llorando por lo mismo. Maren le pidió que le explicara el porqué de su amargura.

—Es por todo, Maren. No quiero volver a Reldeter. Quiero ser libre, no quiero llevar un apellido que me pesa tanto. Y tengo miedo, y me

siento…

—Sí, sí, ya. Pero todo eso ya te pasaba antes. ¿Qué es lo que te ha desencadenado el desconsuelo de esta noche? —la interrumpió, impaciente.

Maira lo pensó durante unos instantes. Se sorbió la nariz y sintió vergüenza de mostrarse, una vez más, tan débil.

—Es que Eyben me ha dicho que no es mi amigo, que solo está aquí porque mi hermano se lo pidió. Sé que es una tontería, pero no me esperaba algo así, no sé. Tenías razón. Tengo que valerme por mí misma.

—Ya. Qué pena. Bueno, llora todo lo que tengas que llorar, pero no hagas mucho ruido, querida. Ya están todos durmiendo. Y tú, ni se te ocurra tocarla. Vente conmigo —le ordenó a Julinka.

—¿Pero por qué no? —se quejó Maira.

—Porque Julinka es como las flores. Es una droga, te hace sentir bien. Pero la vida no se vive así. No hace falta ser feliz constantemente. Espabila por tu propia cuenta. Lidia con tus problemas o te volverás una inútil.

La niña se encogió de hombros, disculpándose ante Maira. La dejaron allí sola, luchando contra sus propios demonios. Maren dejó a Julinka en su hamaca y rellenó un cubo con agua salada. Se acercó a la hamaca de Eyben y lo observó dormir plácidamente. Respiraba con lentitud, con los labios un poco entreabiertos, y su expresión denotaba calma. Maren sonrió con malicia antes de verterle el agua en la cara. Él se despertó de golpe, espantado.

—Ah, veo que estás despierto.

—*¿Qué…?*

—No hables tan alto, están todos durmiendo. Necesito que subas ahora mismo a cubierta.

—¿Qué? ¿Por qué? —susurró, confundido.

Maren se acercó mucho a él, clavándole una mirada fiera que lo hizo retroceder todo lo posible, hasta casi caerse de la hamaca.

—Maira está llorando como una necia porque le has dicho que no eres su amigo. ¿Por qué le dices eso? ¿Qué sois, niños? Sube y discúlpate, no quiero tragedias púberes en mi barco. Venga.

Eyben se levantó, tambaleándose. Nada más asomar la cabeza a cubierta, vio a Maira replegada sobre sí misma, con la cara entre las rodillas. Se sintió mal al instante. Se sentó justo enfrente de ella. Maira levantó la mirada, que pasó de triste a furibunda.

—Te ha dicho Maren que subas, ¿verdad? —le espetó.

—Sí. —Aún estaba adormilado, así que no pensó mucho en la respuesta.

Maira seguía mirándolo, furiosa, con los labios apretados y las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Vengo a pedirte perdón. No quería ofenderte.

—¿También te lo ha dicho Maren?

—No —mintió tras pensárselo bien y darse cuenta de que, quizá, eso podía enfadarla más.

Maira no le contestó. Su rostro mutó de la rabia a la tristeza. Volvió a meter la cabeza entre las piernas.

—Vamos, no llores. Claro que somos amigos.

Ella levantó la cabeza, furiosa de nuevo. Por Ezartz, ¿cómo podía cambiar sus emociones tan rápido?

—¡Entonces por qué me has dicho que no! —gritó.

—Es que… últimamente estoy muy cansado. Me agota estar aquí. Ya he perdido la cuenta de los días que llevamos a bordo. Como mal, duermo mal, se me cae la piel a tiras por el sol y tengo ganas de vomitar prácticamente durante todo el día. Y eso me hace estar un poco enfadado y decir cosas que no pienso de verdad. Soy tu amigo, Maira.

Maira pareció relajarse. Asintió despacio.

—Yo también estoy muy cansada —admitió—. Y tengo miedo, porque no sé qué va a pasar cuando lleguemos a ese lugar —dijo, pensando en el sueño que había tenido—. Y cuando lleguemos a Reldeter, si es que conseguimos volver, mi vida ya no será mía —confesó con un hilillo de voz.

—Todo irá bien, ya lo verás —dijo él sin mucha convicción—. Y, por favor, no le cuentes a Koner que te he hecho llorar.

—Claro que no —respondió con una risa nerviosa, secándose las lágrimas con las manos—. Lo echo mucho de menos. Es tan alegre, y cariñoso, y…

—Y siempre está hablando. Me alegraría que estuviese aquí. Todo el mundo adora sus ocurrencias.

—Sí —murmuró ella, sonriendo.

Estuvieron un rato así, callados, hasta que a Maira le entró sueño.

—Yo me quedaré un rato más. Me he desvelado —informó Eyben.



No consiguió volver a coger el sueño.

Capítulo 44: La isla

El sol parecía arrancar la piel aquel día. El calor era tal que no dejaban de subir cubos de agua para remojarse. Maren se vertió uno entero por la cabeza. Tardaría poco en secarse, pero al menos era un alivio momentáneo.
—¡Maren! —gritó Unai desde la cofa central, señalando con el dedo al horizonte.

Maren se encaramó con agilidad y se unió al marinero. Le quitó el catalejo de las manos y observó a través de él. No tardó en descubrir un barco que seguía la misma ruta que ellos, a pocos días de distancia.

—Nos están siguiendo —masculló.

Aquella no era una ruta comercial habitual. No eran muchos los barcos que se atrevían a cruzar a Rado. Tenían o bien que estar un poco locos, o bien tener una causa de fuerza mayor. Intentó avistar la bandera del barco y, cuando lo hizo, el corazón se le paró durante un instante.

—Joder… ¡Demonios!

—¿Qué pasa? —preguntó Unai, alarmado.

—Es un barco de la Armada del Rayo —musitó ella, pálida.

Bajó de nuevo a cubierta. La cabeza le iba a mil por hora. Buscó a Nero, que enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Nos está siguiendo un barco de la Armada del Rayo. Saben que tenemos a Julinka, Nero.

El hombre intentó buscar otra explicación, pero no encontró nada que convenciese a Maren. La mujer se mordía el labio, rebanándose los sesos en busca de una solución.

—Están lejos todavía, y quizá no es lo que piensas. Se nos ocurrirá algo —intentó tranquilizarla Nero.

—¡Maren! ¡Tierra! —volvió a gritar Unai.

No muy lejos de ellos, una diminuta mancha oscura perturbaba la superficie infinita de Rado. Maren volvió junto a Unai y observó de nuevo. Era una pequeña isla en medio de la nada.

—Nunca la había visto —murmuró Maren.

—Quizá nos hemos desviado un poco siguiendo las direcciones de la niña.

Ella sabía con total exactitud dónde estaban, y jamás había visto aquella isla. Era pequeña, sí, y podría haberle pasado desapercibida, pero le extrañó de todas formas. Parecía desierta. Maren rebuscó entre sus mapas y sus cartas de navegación, y no aparecía en ninguno de ellos. Se frotó las sienes y gritó por dentro.

—Podemos atracar en esa isla hasta que el barco nos pase. No pararán allí. Si nos están siguiendo, sería demasiado obvio. Tendrán que continuar con su ruta —comentó Nero. Obvió el hecho de que, si no seguían su camino y se decidían a atracar también en la isla, seguramente acabarían todos muertos.

Maren seguía absorta en sus pensamientos. Podían echar anclas en la isla, descansar y dejar que el navío pasara de largo. O podían esperar a que los alcanzara y arriesgarse a un abordaje. Pero Maren sabía que no tendrían nada que hacer si aquello sucedía. Su embarcación era más pequeña, y sus hombres no eran guerreros, sino marineros. Sin embargo, aquella isla tampoco le transmitía buena sensación. Además, ¿y si el navío de la Armada del Rayo decidía abordarlos allí? Tampoco tendrían nada que hacer.

—Vale, nos vamos a la isla —anunció al fin. Parecía ser lo más sensato.

Informó a la tripulación y cambiaron el rumbo. Llegarían al día siguiente. Buscó a los muchachos del norte para comunicarles el porqué de su decisión, procurando que Julinka no estuviese por allí merodeando. Por suerte, la niña jugaba con un muñeco de trapo que le había hecho Maira. Horrible, por cierto. Maren sentía escalofríos con solo mirarlo.

—Vamos a echar anclas en aquella isla que veis allí, porque nos está siguiendo un navío de la Armada del Rayo —reveló, seria.

—¿La Armada del Rayo? ¿Los guerreros de Ezartz? —preguntó Maira, con los ojos como platos.

—Sí. Estoy segura de que es por Julinka. Estamos muy lejos de las Tierras Modernas, Ezartz ya no tiene poder aquí. En las Tierras Antiguas no hay Templos ni sacerdotes de Ezartz. Así que están aquí por la niña.

—¿Cómo estás tan segura? —cuestionó Pryo.

—Porque los conozco bien. Su misión es, básicamente, cazar demonios. ¿Te suena que haya alguno por aquí? —replicó Maren, irritada.

—No nos harían daño. Somos devotos —contestó Eyben.

—Quizá tú sí, Marnegra. Pero a Julinka le sacarán los ojos y la quemarán viva, y yo trataré de impedirlo, así que me matarán también. Y eso no me apetece nada. Nos quedaremos en la isla hasta que pasen de largo y, si vienen a por nosotros, ya les puedes rezar de rodillas, no sé si escucharán a alguien que viaja junto a un demonio. —Tras una pausa, añadió—: ¿Tenéis idea de cómo lo han sabido? ¿Os habéis ido de la lengua con alguien?

—El único que lo sabe, aparte de nosotros, es mi hermano —respondió Maira.

—¿Y crees que él ha podido delataros?

Maira negó con la cabeza. Maren estaba mosqueada. Habían tenido cuidado. Nadie había visto los ojos de la niña en tierra. Alguien había tenido que informar al Templo. Estuvo dándole vueltas a la cabeza durante todo el día y, cuando llegó la noche, no pudo dormir. Osto estaba de guardia.

—Vete a dormir, Osto. Me quedaré yo, estoy desvelada.

Estuvo un rato sola en cubierta, caminando de aquí para allá, intentando mantenerse ocupada, pero los nervios y el miedo se la comían por dentro. No temía por ella. Temía por Julinka. Era lo único que le daba miedo, que la niña corriese el mismo destino que su hermano. Rado estaba en calma, al contrario que ella, y parecía que el agua reflejaba los millones de estrellas que titilaban en el firmamento. No tardó en aparecerle compañía. Los nervios eran un mal aliado del sueño.

—¿Tampoco puedes dormir, Eyben?

El joven negó con la cabeza.

—¿Nos has delatado tú? —le preguntó sin rodeos.

—Claro que no —musitó él.

Maren no podía saber si decía o no la verdad. Desde luego, si era él el traidor, no se lo iba a contar a ella. Cualquiera un poco listo sabía que no había suficiente tierra en el mundo como para escapar de Maren si se la traicionaba de esa forma.

—¿Y entonces por qué no puedes dormir?

—Hace mucho que no puedo dormir.

—Ya. Das un poco de pena. Antes dormías bien.

—¿Antes? —curioseó él, mirándola.

—Sí, antes de la noche de las flores.

Eyben giró la cara, nervioso. Maren era muy observadora. Le gustaba tenerlo todo bajo control, y eso implicaba que no podía pasársele nada.

—¿Qué te pasó? —inquirió ella.

Eyben no contestó. Evitaba mirarla y tragaba saliva con más frecuencia de la debida. Maren siguió divagando sin esperar respuesta.

—Las flores hacen que te sientas feliz. Pero no por todo, solo por lo que te hace feliz de verdad. Es decir, amplifican tu sensación de felicidad por lo que ya te hace feliz, por las cosas que te gustan. Muchas veces sirven para que te des cuenta de lo que de verdad te gusta. —Lo observó fijamente. Su expresión no cambió, pero sí su respiración, que se había agitado casi de forma imperceptible—. Ah, es eso. ¿qué te asustó tanto? ¿De qué te diste cuenta, Eyben? —El muchacho seguía sin contestar, así que ella siguió probando suerte—. ¿De que te gustan los hombres? Pryo y tú os mostrasteis muy cercanos.

—¡No! —exclamó, nervioso.

—Bueno, no tiene nada de malo. No serías ni el primero ni el último, querido, ni siquiera en este barco. Pero lo único que se me ocurre entonces… Ah, sí. Ya recuerdo cómo la mirabas. ¡Es eso! —Rio, maliciosa y triunfal—. ¿Pero qué tiene de malo? ¿Por qué te has vuelto tan insufrible, querido?

—Tú no lo entiendes —musitó al fin.

—La verdad es que no. Ilumíname. Tengo insomnio y toda la noche por delante. Venga, vamos. No seas así. No sabía que los Marnegra erais tan *cagalindes* y tan pusilánimes —lo chinchó.

—No es cuestión de cobardía. Es cuestión de responsabilidad. Y los Marnegra somos muy responsables —replicó, notablemente ofendido.

—Y muy cobardes también. Al menos tú. ¡No me mires así!

—Cuando lleguemos a Reldeter, no tardarán en casar a Maira. Para su familia, ha sido una suerte que llegue ahora. Hizea, la hermana de Maira, es aún demasiado joven, y Pryo no tiene hermanas, todos son varones. Los Terralta podrán por fin firmar la paz con los Duraroca.

—¿La paz?

—Hace años que hay tensiones entre las familias. Los Terralta poseen Reldeter, las tierras fértiles de alrededor y el puerto más importante del norte. Los Duraroca, así como otras familias de las ciudades más al norte, viven en tierras áridas. Sus cultivos y sus víveres tienen que pasar primero por los Terralta. Mandaron a Pryo a vivir con ellos para evitar una guerra, pero la paz no será efectiva hasta que haya una alianza. Y aun así…

—Pero supongo que también necesitan aliarse con otras familias. ¿Cómo estás tan seguro de que no será con la tuya?

—Los Marnegra y los Terralta no somos enemigos. Y, además, mi hermana acaba de casarse con su hermano. No hace falta nada más.

—¿Y eso es lo que te hace estar tan mustio? Queda mucho para volver a Reldeter, si es que volvéis, claro. Quizá el navío que nos está siguiendo acaba matándonos a todos. Aprovecha el presente, Eyben. Deja de preocuparte como si fueses un viejo cascarrabias.

—Qué alentador. Pero no, gracias. Es una cuestión de honor. Lo mejor es mantener la distancia.

—Ya, todas las tonterías que os inventáis siempre son cuestión de honor. Haz lo que te dé la gana, la verdad es que no me importa. Pero al menos alegra la cara, eres muy funesto, querido. Me deprime estar cerca de ti.

—No le puedes decir esto a nadie, Maren. Tampoco a Maira.

—¿Tengo pinta de casamentera?

—No, pero…

—Pero nada. Bastante tengo con mi vida como para ponerme a solucionar también la tuya. Aunque sí que te diré que Maira no deja de mirarte, ¿te has dado cuenta? Yo creo que le gustas —le dijo con malicia.

Maren dejó al joven solo. Agradecía la conversación banal, que al menos la había distraído un buen rato, pero tenía mucho en lo que pensar. Tenía que proteger a Julinka fuese como fuese.

Amanecieron cerca de las costas de la isla de roca oscura. Maren se quedó observándola largo rato antes de preparar los botes con los que llegarían a tierra. Era una isla completamente desierta. Por no haber, no había ni vegetación. Al poner los pies sobre la roca, Maren sintió una especie de escalofrío, a pesar de que el calor era abrasador. Maira se arrodilló en el suelo, riendo mientras tocaba las rocas. Todos estaban contentos, a pesar de la amenaza que se cernía sobre ellos, de tocar tierra durante unos días. Julinka enseguida comenzó a corretear entre las rocas, observando a los pequeños crustáceos que jugaban al

escondite con ella. En la isla solo había roca, y algunas algas y crustáceos allí donde la rozaba el mar. Ni plantas, ni pájaros, ni reptiles. Nada.

Maren recorrió la isla entera, curioseando cada rincón. No encontró nada que le llamase la atención. A mediodía, ya la había revisado entera. Dedujo que se trataba de una isla volcánica. Aquello explicaba el color de la roca y que hubiese aparecido hacía poco tiempo, aunque intentó obviar que el material no era poroso, sino liso y compacto. Aun así, se quedó más tranquila. No había nada amenazador en aquel lugar, más que la ausencia de sombra para protegerse del sol despiadado.

—Oh, no me había acordado, pero ¡hoy es mi cumpleaños! —exclamó Pryo, alegre—. ¿Qué mejor regalo que descansar un poco en una isla, aunque sea la más triste que he visto jamás?

—¿Cuántos cumples? —le preguntó Maren.

—Veintidós —dijo, orgulloso.

Los marineros se esforzaban por hacer prender una hoguera con algo de leña que habían traído del barco. Cuando prendió, gritaron de alegría. Pareció que la isla les respondía, pues notaron un temblor que surgía desde las entrañas de la tierra.

—Es una isla volcánica y reciente. No hay vida todavía. Es normal que haya temblores, no os asustéis —informó Maren, quitándole hierro al asunto.

Aquella noche, cenaron pescado fresco y bebieron aguardiente para celebrar el cumpleaños de Pryo bajo la agradable noche estrellada. Todos estaban agradecidos de contar con un descanso, una rotura en la rutina interminable de Rado. Todos, menos Maren. Apenas bebió. Quería mantenerse lo más lúcida posible. La tripulación entera dormía cuando se acercó a la orilla. Orilla que, técnicamente, no existía. La roca acababa abruptamente, dejando paso a la inmensa oscuridad del fondo oceánico. De día, Maren había observado el abismo que se precipitaba hacia las profundidades. Dio vueltas como si fuese un animal enjaulado, y tampoco durmió esa noche. El amanecer la sorprendió sentada sobre una roca, rodeándose los brazos con las piernas, sin apartar la vista del navío de la Armada del Rayo. No estaban desviando el rumbo, y eso la alivió muchísimo. Al día siguiente, no había ni rastro del barco.

—Han pasado de largo, Maren. No hay de qué preocuparse —le dijo Nero—. Deberíamos aprovechar para darnos un buen baño. Hace un calor infernal.

A Maren le pareció una genial idea. Necesitaba nadar y sumergirse en

el agua para intentar olvidarse de lo que sucedía por encima de la superficie. Cuando el sol estuvo alto y el navío había desaparecido de su vista, se quitó la ropa y se lanzó al mar. Solo con zambullirse, ya se encontró mucho mejor. Se quedó un rato bajo el agua. Lo único que sentía era su sangre fluir, rítmica, constante. Flotaba dentro de un mar carente de movimiento, de agua oscura, que amortiguaba los sonidos y enturbiaba la vista. A pesar de tener los ojos abiertos, no veía nada. Allí abajo solo reinaba la Oscuridad. Se encontraba en el reino de Kalid. Pequeñas burbujas de aire salían de su nariz y huían hacia la superficie, ansiosas por encontrar una salida. Ya no reparaba en la opresión del pecho a falta de aire, pues llevaba demasiado tiempo siendo su compañera en la penumbra. Ascendió en busca de oxígeno, dejando la Oscuridad bajo sus pies. El sol la cegó por un momento. Nadó un buen rato, y finalmente se quedó flotando bocarriba, acunada por Rado. Los marineros no tardaron en unirse. La calma se esfumó de las aguas, siendo reemplazada por las risas, las bromas y los chapoteos. A excepción de Maira, Eyben y Pryo, el resto de la tripulación había dejado sus vestimentas en las rocas, y disfrutaban del agua completamente desnudos.

Maira se sentía un poco recelosa de meterse en el agua, pero las rocas estaban cerca. Chapoteó un poco, con una sensación de hormigueo en el estómago que la instaba a no mirar hacia la profundidad. Reía, nerviosa, mientras luchaba por mantenerse a flote. Pryo le ofreció las manos, lo cual le facilitó mucho las cosas. Maren clavó la vista en Eyben, maliciosa, y esperó a que él se diese cuenta. El joven le devolvió una mirada indignada, a lo que ella respondió salpicándole con una buena cantidad de agua. Aquello ocasionó una especie de pelea amistosa entre la tripulación. Maren se dio cuenta entonces de que Julinka la miraba desde las rocas.

—Vamos, Julinka. Ven al agua.

—No sé nadar, Maren.

La mujer nadó hasta ella, y le ofreció la mano. Julinka la aceptó, dejándose llevar. Se sumergió hasta el pecho con una risa nerviosa, pero Maren la sujetaba bien.

—Podemos jugar a ver quién aguanta más bajo el agua, ¿qué te parece?

La niña asintió. Maren le enseñó a coger aire y taparse la nariz. Ambas se sumergieron, mirándose bajo el agua e intentando no reír. Maren salió primero.

—¡Me has ganado, Julinka!

La niña rio, apartándose el cabello de la cara con una mano y

sujetándose a Maren con la otra. Le pidió hacerlo otra vez. Y después otra, y otra más. Maren se sumergió por enésima vez, observando a Julinka patalear bajo el agua. Los sonidos amortiguados de los chapoteos de los marineros inundaban el ambiente. Sonrió. Y entonces, a Maren le pareció percibir un movimiento de algo grande justo bajo ella. Sintió un vacío de terror en el pecho que no había sentido jamás estando en el mar. Salió de golpe, espantada.

—Sal del agua, niña —le dijo a Julinka, alarmada, mientras la acompañaba de nuevo a la orilla escarpada—. ¡Salid todos del agua! —gritó.

Se enfiló a las rocas para recuperar su ropa, con la respiración entrecortada. Los demás la miraban, confundidos.

—¡Qué estáis mirando, joder! ¡Salid del agua! —volvió a gritar mientras intentaba ponerse los pantalones, temblando.

Aquello asustó sobre todo a su tripulación, que jamás la había visto así.

—Maren, ¿qué has visto? —preguntó Nero, inquieto, mientras se vestía a toda prisa.

—No lo sé. Pero era grande —respondió mientras se ponía la camisa.

—¿Un tiburón?

—No. Más grande. Hay que irse, ya.

Acabó la frase justo cuando un temblor sacudió la isla. Nero miró por detrás de Maren, y ella pudo ver el pavor que se abría paso a través de sus ojos.

—¡Kraken! —gritó el hombre, aterrado.

Maren giró sobre sí misma y descubrió los enormes tentáculos negros y brillantes que se elevaban hacia el cielo. La isla volvió a temblar, para después moverse lentamente hacia las profundidades. Maren ordenó que todos se dirigiesen a los botes. Otro tentáculo viscoso salió del agua, más cerca de ellos, y asió a Unai con firmeza. Lo elevó hasta el cielo y después impactó con fuerza sobre el agua, hundiéndolo. Julinka salió corriendo hacia él, siguiendo el instinto, pero Nero la interceptó, agarrándola con un brazo.

—¡No! —gritó Maren.

—¡Maren, corre hacia el bote! ¡Ya no podemos hacer nada! —le suplicó Nero.

Pero ella cogió su arma y corrió hacia el tentáculo, que se agitaba en el agua. Clavó la espada en la enorme extremidad del monstruo marino, que no pareció inmutarse. Otro tentáculo la agarró por las

piernas. Sintió como se elevaba, y se removió como una anguila, intentando coger impulso con los brazos. Con todas sus fuerzas, hundió la espada en la carne viscosa y cortó el tentáculo que la sostenía. Cayó, liberada, al agua. Por debajo de ella, el resto de tentáculos ascendían desde las profundidades. Nadó lo más rápido que pudo en dirección a Unai.

Mientras, la tripulación corría a los botes. Nero seguía sujetando Julinka con un brazo mientras que con el otro cortaba a los tentáculos que se acercaban a ellos. Maira los seguía, junto con Eyben y Pryo. La parte sur de la isla se elevó para dejar a la vista una enorme boca plagada de varias hileras de dientes, que se abrían paso entre las aguas de Rado. Un tentáculo se dirigió a Maira. Eyben la empujó, haciéndola caer sobre las rocas puntiagudas, y cortó la punta del tentáculo, que se retiró, enfurecido. El joven tiró de Maira para incorporarla y correr de nuevo.

Maren había vuelto a tierra para llegar más rápido a la boca. Allí era donde se dirigía el cuerpo inerte de Unai. Corría mientras cortaba a su paso todos los tentáculos que se abalanzaban contra ella.

—¡Unai! —gritaba una y otra vez.

Nero también la llamaba a ella, pero su voz se perdía entre el resto de gritos de los marineros y los chapoteos de los tentáculos. Uno de ellos le cortó el paso a Maren y, mientras le clavaba la espada, otro la cogió desde atrás, elevándola varios metros. Volvió a seccionar la extremidad del monstruo, pero esta vez no cayó sobre el agua, sino sobre la roca, produciendo un crujido. Pryo la vio justo antes de subir al bote y, al advertir que no se movía, dio la vuelta y corrió hacia ella, esquivando las prolongaciones del furioso animal marino.

—¡Maren! ¡Maren! —la llamó, pero ella no se movió.

La cargó como pudo y se dirigió al barco. Nero acudió en su ayuda. El hombre, mucho más fornido, cogió a Maren y se dirigió al bote, escoltado por Pryo. Eran los únicos que quedaban ya sobre la isla monstruosa. Nadaron hasta el bote, que se había alejado un poco. Uno de los pocos tentáculos que quedaban sin amputar se elevó ante ellos, dispuesto a hacerse con otra presa. Eyben, desde el bote, fue quien lo seccionó de un golpe, haciendo que el monstruo se estremeciese y la isla entera temblase de nuevo. Nero subió primero a Maren. Otro tentáculo surgió del fondo del mar, cogiendo a Pryo. Esta vez, fue Nero quien cercenó la extremidad del animal, aunque ya presentaba cortes previos. Aquello provocó un rugido aterrador, que más que una amenaza, pareció ser una rendición, pues la isla se hundió definitivamente bajo las aguas de Rado. Pryo y Nero consiguieron subir al bote, exhaustos.

—Tenemos que remar deprisa, vamos. Si decide atacarnos, estamos muertos —dijo Osto, nervioso.

—¡Maren! —rogó Nero mientras la sostenía en los brazos.

Su cuerpo colgaba, lánguido. Se había golpeado la cabeza con las rocas, y tenía una herida sangrante en el cráneo.

Al llegar al barco, Nero colocó a Maren en su hamaca, le lavó la herida y se la vendó. La dejó allí tumbada, preocupado. Un golpe en la cabeza era algo serio. Maira también tenía un corte profundo en el muslo, que la hacía caminar con dificultad. Nero se ofreció a limpiárselo. Antes, le dio las gracias a Pryo y le pidió que vigilase a Maren mientras él se ocupada de Maira.

—Necesito que te quites el pantalón —le pidió a la joven.

Maira vaciló. El hombre la miró con una sonrisa cansada, cogiéndola de las manos.

—No te preocupes, Maira. No puedo hacerlo si no te lo quitas. Confía en mí. Además, quizá te tranquilice saber que no estoy interesado en las mujeres —le confesó con dulzura.

Maira obedeció, y ahogó un grito cuando el alcohol le quemó la piel. Nero le ofreció una cuchara de madera para que la mordiese mientras él le cosía la herida, pues estaba demasiado abierta. Maira aguantó con estoicismo, apretando las mandíbulas y soltando alguna que otra lágrima silenciosa.

—Ya estamos. Eres muy fuerte —le dijo mientras le vendaba la herida con cariño.

—Se pondrá bien, Nero —lo consoló ella, refiriéndose a Maren.

—Eso espero, niña. Eso espero.

Maren despertó cuando ya era de noche. Abrió los ojos con pereza, confundida. Se quedó mirando al techo durante largo rato, ignorando la voz de Nero, que la cogía de la mano. Después, se giró hacia él.

—¿Hemos perdido a Unai? —preguntó ella con voz ronca.

—Sí.

—¿A alguien más?

—No.

Maren asintió despacio y volvió a cerrar los ojos. Necesitaba descansar. Durmió toda la noche, y parte de la mañana siguiente. Nero dirigía el barco en su ausencia. Allí tumbada, echa un ovillo, parecía insignificante. Julinka se había subido a la hamaca, junto a ella, y se había acurrucado a su lado. Pasó allí todo el tiempo, bebiéndose el

sufrimiento de Maren, que respiraba con lentitud, en calma. Cuando la mujer despertó, abrazó a la niña, que le devolvió el gesto.

—¿Estás bien? —preguntó Maren.

—Sí. ¿Y tú?

—Me duele la cabeza como si me hubiese bebido tres botellas enteras de aguardiente. Pero sí.

Dicho eso, se incorporó con dificultad. Se quedó un rato sentada antes de ponerse de pie. Al ver que tenía estabilidad, se dirigió con paso torpe a la cubierta. El sol la cegó, provocándole todavía más dolor de cabeza. No quería ni imaginarse lo mucho que le dolería si Julinka no estuviese allí para beberse parte de su dolor.

—¡Maren! Necesitas descansar —la riñó Nero.

—Ya he descansado. Me he aburrido. Necesito tomar el aire.

Se asomó por la borda, disfrutando de la brisa marina. Una vez más, el mar y sus monstruos le perdonaban la vida.

Capítulo 45: Niebla

Desde que habían abandonado la isla kraken, una extraña neblina parecía seguirlos en la lejanía. Maren aún seguía sin fuerzas a causa de la herida. Parecía calmada. Dormía mucho y caminaba despacio, absorta en sus pensamientos. No hablaba, no daba órdenes, no bromeaba. Apenas comía. Nero sabía que aquello pronto daría lugar a todo lo contrario. Solo necesitaba coger fuerzas para llorar la muerte de Unai a su particular manera; desde el dolor del alma. Sus predicciones no tardaron en hacerse realidad.
Tres días después de abandonar la isla, Maren apareció altiva, sin la venda que le protegía la herida y una mirada relampagueante. Disimuló durante un buen rato, pero no tardó en bajar a la bodega, hecha una furia. Nero se ocupó de que nadie la molestase. Los gritos se oían desde todos los rincones de la embarcación. Julinka se apresuró a bajar, pero Nero la interceptó.

—No, niña. Ahora no. Puede hacerte daño.

Pero Julinka se escabulló de sus brazos y corrió en busca de Maren. La encontró contra una de las paredes, desgañitándose y golpeando la madera con los nudillos. La niña saltó sobre ella, agarrándose con los brazos. Maren la empujó sin ni siquiera mirarla, pero Julinka no se rindió. El instinto era fuerte. Volvió a agarrase a ella, esta vez con más fuerza. Maren intentó liberarse, pero poco a poco se fue serenando. Acabó cayendo al suelo, donde se sentó apoyando la espalda contra la pared. Julinka, que no la había soltado, se recolocó y se sentó sobre su regazo, protegiéndola con todo su cuerpo.

—Fue culpa mía —sollozó Maren con debilidad.

—No. No fue culpa de nadie.

—No debería haber echado anclas en la isla. No aparecía en los mapas. Sabía que algo no iba bien y aun así lo hice.

Julinka se limitó a abrazarla con más fuerza. Maren acabó durmiéndose. La niña no la abandonó hasta que volvió a despertar.

—Maren, te quiero mucho. Eres la persona a la que más quiero en el mundo. Si tuviese que elegir una madre, te elegiría a ti.

—Yo también te quiero, Julinka, pero sería una madre pésima —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

Aquella noche, Maren tampoco pudo dormir. Se encaramó al bauprés y se quedó allí con los ojos cerrados, tumbada, mientras se agarraba con las piernas y los brazos. Notaba el vaivén del barco, la brisa del mar y las olas salpicándole en el rostro. Se sintió en paz, aunque no duró mucho.

—¿Qué haces ahí? —le gritó una voz desde cubierta.

Se incorporó y echó la vista atrás. Pryo la miraba, extrañado. Decidió volver a cubierta. Su calma ya había sido perturbada.

—¿Sabes? Sigo pensado que el navío de la Armada del Rayo venía a por Julinka —le dijo ella.

—¿Entonces por qué pasaron de largo?

—No lo sé —murmuró, pensativa—. ¿Eres tú el traidor, Pryo? ¿Has delatado a la niña?

—Claro que no. ¿Qué sentido tendría?

Maren se mordió el labio, absorta en sus pensamientos.

—Eres muy devoto. ¿Por qué? —preguntó, seria, mientras observaba el colgante en forma de rayo.

—¿Por qué? ¿Y por qué no? Quiero decir, es algo normal.

—¿Le debes algo a tu dios?

—Muchas cosas, Maren. Todo, de hecho. Pero no fui consciente hasta que estuve a punto de morir. Era un niño. Me llevaron a vivir con los Terralta cuando tenía cinco años. Yo no entendía nada, y echaba tanto de menos a mi madre que una noche me escapé y me interné en el bosque, intentando llegar de nuevo a mi ciudad, aunque ni siquiera sabía en qué dirección estaba. Llovía a mares y hacía un frío digno de la Oscuridad. Me perdí, obviamente. Me pasé toda la noche a la intemperie, hasta que me encontraron a la mañana siguiente. Me puse muy enfermo. Creí de verdad que iba a morirme. Sobreviví de milagro. El Gran Sacerdote de Reldeter cuidó de mí todo el tiempo, rezando a Ezartz sin descanso. Yo también recé. Y le prometí que, si me salvaba la vida, sería el hombre más devoto del mundo entero. Y Él respondió. El Gran Sacerdote me dijo que era porque Ezartz tenía preparado algo grande para mí.

—Y tú te lo creíste, supongo.

—Claro. No tengo razones para dudar de su grandeza. Y tú, ¿cómo puedes vivir sin tener fe?

—Pues muy a gusto, querido. No creo en tu dios y sigo viva, a pesar de todo.

—Quizá tiene también un propósito para ti. Sigues viva porque Él así lo quiere.

—Sigo viva por suerte, por esfuerzo y porque hay buenas personas en el mundo que cuidan de mí. Pero si fuese por tu dios y sus hombres, yo ya estaría más que muerta. No tengo fuerzas para seguir discutiendo de esto contigo. Me duele la herida. —Zanjó la conversación con brusquedad.

Pryo se calló, pero no se marchó.

—Entonces, ¿yo soy una buena persona? —preguntó al cabo del rato, tanteando a Maren.

Ella le dirigió una mirada interrogante.

—Has dicho que estás viva porque hay buenas personas que cuidan de ti. Yo fui a buscarte en la isla kraken. Eso me hace ser buena persona, ¿no?

—Supongo que a veces puedes serlo. No pondría la mano en el fuego por ti, de todas formas.

—Qué desagradable eres.

Maren se encogió de hombros. Realmente no tenía ganas de seguir hablando. Se marchó a su hamaca y, aquella noche, durmió bien, quizá porque Julinka se acurrucó junto a ella hasta que amaneció.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nero al día siguiente.

Maren llevaba toda la mañana observando la niebla. Había algo que la mosqueaba, pero, al fin y al cabo, solo era niebla.

—Primero estaba a estribor. Después ha pasado a popa. Está a bastante distancia, pero se mueve de forma extraña. ¿Por qué? —caviló ella.

—Es solo niebla. Ese golpe en la cabeza no te ha sentado nada bien.

—¡Muy gracioso! —se enfurruñó ella.

Nero sonrió. Era muy fácil sacarla de sus casillas. El hombre le pidió que le cortara el pelo, aunque no tenía mucho, pues le había crecido demasiado por los lados y le molestaba a la hora de trabajar. Maren aceptó de buena gana, deseosa de dejar de pensar en aquella niebla endemoniada. Estuvo un buen rato entretenida con Nero, recortándole también la frondosa barba canosa. No fue el único hombre que se lo

pidió. De hecho, todos pasaron por sus manos. Eyben y Pryo accedieron también, no sin albergar serias dudas. Pryo instó a Eyben a pasar primero que él.

—Por si acaso —le susurró a su compañero.

Eyben se sentó en el suelo, entre las piernas de Maren, que estaba espatarrada en una silla. Ella le revolvió el pelo con brusquedad, y Eyben le dirigió una mirada recelosa.

—No pongas esa cara, chaval. No lo hago tan mal. Vamos, agacha un poco la cabeza.

A Eyben no le daba miedo que le cortase mal el pelo. Le daba miedo que Maren utilizase unas tijeras tan cerca de su cuello. Julinka se unió también a la cola. Maren lo hacía bien, y a la niña nunca le habían cortado el cabello. Maira, sorprendida, pensó en por qué, si cortaba el pelo bien, ella misma lo llevaba desparejo y desordenado. Lo descubrió más tarde, cuando vio que era Nero quien se lo cortaba, un poco por debajo de las orejas. A ella no parecía importarle que le quedase más largo de un lado que del otro. No parecía ser el tipo de persona que se mira al espejo habitualmente.

—Maira, ¿quieres tú también? —le preguntó Maren.

—No. Pero… ¿sabes recogerlo bien? —preguntó con timidez.

—Puedo intentarlo. Vamos, siéntate. En la silla, mejor.

—¿Cómo sabes hacerlo tan bien?

—Hago lo que puedo, querida. En el burdel, solía cuidar a los críos de las otras putas. Les cortaba el pelo a los niños, y les hacía trenzas a las niñas.

—Cuando era pequeña, a mí me peinaba Frida. Después de que muriera, estuve mucho tiempo sin hacerlo. Ni siquiera tenía un peine.

—Ajá. Lo tienes muy largo. ¿Seguro que lo quieres recogido? Lo tienes muy bonito.

—Es más decente si está recogido.

—Que le den a la decencia, querida —le susurró al oído. Le trenzó el cabello, pero no se lo recogió—. Estás preciosa. Ya puedes ir a seducir a alguien. —Maira se sonrojó ante el comentario, lo que hizo sonreír a Maren con malicia.

El transcurso de la mañana siguió de forma habitual. Todos volvieron a sus puestos. Eyben se sacó una tira de piel del hombro, exasperado. Los marineros trabajan siempre con el torso descubierto, para no manchar de sudor sus camisas, y Pryo y Eyben habían aprendido a hacer lo mismo, pero sus pieles aún no estaban tan curtidas. Maren

dirigía el timón, observando la cubierta, meditabunda, mientras se mordía el labio inferior. Paseaba los ojos de un lado a otro, inspeccionándolo todo.

—¡Pryo! Necesito que me ayudes con una cosa —lo llamó.

Él dejó lo que estaba haciendo y la siguió, obediente. Había aprendido a no llevarle la contraria, al menos no demasiado. Maren bajó hasta la bodega, esperándolo dentro. Cuando Pryo entró, ella cerró la puerta y se sentó sobre una de las cajas, impulsándose con los brazos para subirse encima.

—¿Qué? —preguntó él, mirando a su alrededor.

Maren estuvo un rato callada, mirándolo fijamente con una sonrisilla mientras movía las piernas y golpeaba la caja con los pies.

—Creo que tú y yo tenemos algo pendiente —dijo al fin.

—No, Maren. Tranquila. No me ofende que no creas en Ezartz. Tú sabrás lo que haces con tu vida, pero a mí no me afecta.

—No me refería a eso —rio ella.

—¿Entonces? —preguntó, notablemente perdido.

Maren se bajó de la caja de un salto y caminó unos instantes observando los bultos y barriles llenos de víveres, ignorando por completo a Pryo. Después, se giró y lo miró con malicia.

—No sé, Pryo, me da la sensación de que hay tensión.

—¿Tensión?

—Sí. Muchas veces me resultas irritante. La mayoría, para serte sincera. Y tengo la sensación de que yo también te lo resulto a ti.

Pryo no respondió, desconcertado. La miró con el ceño fruncido. «¿Va a pegarme?» pensó, receloso. Maren se acercó con parsimonia, con aquellos andares suyos tan característicos, como si se pasase la vida pavoneándose de aquí para allá. Como si el mundo fuese suyo, y no tuviese miedo de demostrarlo. Se plantó a un palmo de él. Le cogió el colgante de rayo y le dio la vuelta, dejándolo fuera de su vista. Le sonrió, satisfecha, como si hubiese hecho un gran trabajo.

—Pero a la vez también me resultas tremendamente atractivo. A veces. Eso es un problema. De ahí la tensión. Además, creo que tienes mucha energía y no sabes muy bien qué hacer con ella. A mí me pasa lo mismo, y si no la utilizo en acostarme contigo, la utilizaré en pelearme contigo. No tengo punto medio, ¿sabes? ¿Crees que podrías ayudarme con eso?

Pryo no dijo nada, pero Maren notó como se le entrecortaba la

respiración y se le aceleraba el pulso. Deslizó una mano por el torso del joven, bajándola con suavidad por su abdomen, disfrutando del tacto de su piel, hasta llegar a su entrepierna. Pryo se estremeció. Maren no necesitaba más respuesta. Sonrió, pícara.

—Ya me parecía a mí —le susurró, traviesa.

Maren acercó sus labios a los de Pryo. Él reaccionó rápido, devolviéndole el gesto con entusiasmo y rodeándola con los brazos. Ella se agarró a su cuello, atrayéndolo hacia sí. Sus lenguas se movían en una danza sensual, mezclándose la una con la otra en un beso apasionado. Maren se impregnó de su olor y se separó de él para desvestirse a la velocidad del rayo. Pryo la imitó, quitándose la poca ropa que le quedaba. No pensaba llevarle la contraria esta vez. No tardaron en volver a unirse, deseosos el uno del otro. Se tumbaron sobre el suelo de madera, impacientes por sentirse.

Ella le recorrió el cuerpo entero con los labios, saboreándolo y deleitándose en los músculos tensos que se le marcaban bajo la piel, y a los que ya llevaba días dirigiendo miradas lascivas. Él hizo lo propio, besándola y apretujándole el cuerpo como si quisiera atravesarle la piel con los dedos. Se perdió entre sus muslos, totalmente desenfrenado. Llevaba meses sin estar con una mujer, y Maren había despertado en él sus instintos más carnales.

Sus cuerpos obedecían a sus energías impulsivas, que se retroalimentaban la una a la otra. Pryo sabía lo que hacía, y Maren también, así que pasaron un buen rato en la bodega, uniendo sus cuerpos en todas las posiciones que se les ocurrieron. Al terminar, Maren se quedó tumbada en el suelo un instante, agotada y jadeante, y después se vistió a la velocidad del rayo, como impulsada por un resorte.

—Venga, no te quedes ahí. A trabajar —le ordenó a Pryo, que yacía, exhausto, en el suelo.

No lo esperó. Subió a cubierta y siguió manejando el timón como si no hubiese pasado nada. Cuando Pryo subió, también volvió a lo que estaba haciendo. Empezó a notar que levantaba risitas y murmullos de los marineros aquí y allá, cada vez que se daba la vuelta. Al cabo del rato, se acercó a Maren y le preguntó en susurros si sabía por qué se reían de él.

—No tengo ni idea, Pryo —respondió ella, divertida.

Él, mosqueado, se dirigió entonces a Eyben, que estaba enfrascado en arreglar una vela.

—Eyben, ¿tú sabes de qué se ríen? —le susurró.

Eyben negó con la cabeza, observándolo de arriba abajo con el ceño fruncido y los ojos entornados por el sol. Pryo se dio la vuelta. Cuando volvió a girarse, se encontró a Eyben con expresión de sorpresa, enarcando las cejas.

—¿Qué? ¿Qué tengo? —dijo, esta vez en voz alta, lo que despertó las carcajadas de los marineros, que ya no disimulaban.

—¿Qué has hecho? ¿Con quién te has peleado?

—¿Peleado? —preguntó él, confuso.

—Tienes la espalda llena de arañazos. Oh. Oh, madre mía, Pryo. —Comenzó a reír, uniéndose a los marineros, al caer en la situación.

Pryo se apresuró a ponerse la camisa. Maren se había unido también a las carcajadas colectivas.

—¡La próxima vez ponte armadura, muchacho! —se burló uno de los marineros.

Pryo le dirigió una mirada indignada a Maren, que le sonrió y le guiñó un ojo, maliciosa. Aquello fue objeto de burla durante varios días, pero no impidió que Maren siguiese disfrutando de la compañía de Pryo, incluso varias veces al día.

Capítulo 46: Pureza

Maira limpiaba el camarote con la ayuda de Julinka. Aprovechando que estaban solas, le enseñó a la niña la herida del muslo, ya casi cicatrizada, con orgullo.
—¡Es muy grande! —exclamó la niña, rozándole con el dedo índice la piel rosada y abultada.

—¿Qué hacéis?

Las dos se sobresaltaron, sorprendidas por Eyben.

—Perdón. Vengo a buscar un martillo. ¿Ya está curada? —preguntó él, desviando la mirada.

—Sí, ya se ha cerrado.

—Lo siento, fue culpa mía —se disculpó Eyben.

—No pasa nada. Ya no me duele. Y prefiero esto a acabar en la boca del kraken, ¿sabes? —Rio—. Además, así podré enseñársela a Koner y decirle que luché contra un monstruo marino, cortándole los tentáculos de dos en dos.

Maira cogió una espada imaginaria con las manos y seccionó un tentáculo invisible. Julinka se reía, divertida.

—No hay duda de que Koner y tú sois hermanos —rio Eyben.

—Tú tendrás que corroborar mi historia. Estabas allí y viste al kraken huir de mí —dijo mientras seguía luchando contra el monstruo imaginario.

Julinka carcajeaba, casi quedándose sin aire. Tenía una risa dulce, que le hacía a uno olvidarse de los ojos que portaba.

—No te preocupes, la corroboraré. Prefiero que piensen que la herida te la hizo el kraken a que te la hice yo tirándote al suelo —se burló, mientras cogía la herramienta y desaparecía en cubierta.

—¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó Maira a Julinka, abalanzándose contra ella para hacerle cosquillas.

—¡Qué divertido es limpiar, eh! —las riñó Maren, asomándose por la escotilla.

—Perdón, Maren —se disculpó Maira, acalorada.

Julinka se tapó la boca, intentando contener la risa, mientras evitaba mirar a Maren. Pero no pudo aguantarse, y acabó riendo de nuevo, incluso más fuerte. Maren sonrió. Se acercó a la niña y le dio una cachetada cariñosa.

—A trabajar, venga.

Julinka se escabulló, todavía muerta de la risa, y abandonó el camarote.

—Lo siento, Maren, solo estábamos jugando un rato —se disculpó Maira, de nuevo.

—No pasa nada. Estoy de buen humor.

—Me alegro —dijo ella, contenta.

—Sí, yo también. El sexo ayuda mucho. No pongas esa cara, querida —dijo con una sonrisa pícara, mientras cogía una botella de aguardiente y le daba un sorbo—. Sienta estupendamente bien. Ya lo descubrirás algún día. Aunque siendo tan decente…

—No siempre lo he sido. Cuando vivía en Aiert, me ganaba la vida… robando. Conocí a mi hermano porque le robé —confesó con una sonrisa tímida, ruborizándose.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba —dijo Maren mientras daba otro trago.

—Entonces, ¿no eres pura? —preguntó con curiosidad.

—¿Pura? —Maren se atragantó con la bebida, que se le salió por la nariz, y rio durante un buen rato, pero después se puso seria—. Supongo que dejé de serlo cuando me violaron con once años.

—Lo siento —murmuró Maira, bajando la mirada.

—Hace ya mucho de eso —respondió ella, encogiéndose de hombros —. Además, la pureza es la mayor farsa que he escuchado jamás.

—¿Por qué dices eso?

—Querida, la mitad, o más, de las muchachas no llegan puras al matrimonio. En especial las de tu casta.

—Eso no es cierto. —Frunció el ceño, molesta—. Tenemos un libro donde nos enseñan a ser buenas esposas y…

—Y la noche de bodas el sacerdote y los padres del novio analizan las sábanas de la consumación para encontrar la mancha de sangre que

confirme vuestra pureza —la
interrumpió—. Sí, sí, ya lo sé. Y ninguna, jamás, ha fallado la prueba. Incluso habiendo pasado meses sin salir de sus alcobas por una enfermedad extraña y contagiosa. Curioso, cuanto menos. Querida, hecha la ley, hecha la trampa.

—¿Cómo vas a hacer trampa en algo así?

Maren la miró con una sonrisa ladeada.

—Con una aguja.

—¿Qué?

—Quieren ver sangre, ¿no? Pues solo hace falta una aguja para eso. Y un poco de disimulo, claro.

Maira se quedó meditabunda. Maren le ofreció la botella, que rechazó al principio, pero después se lo pensó mejor y dio un sorbo.

—Ya lo sabes. Es muy fácil, y te hace más libre. Ahora puedes hacer lo que te apetezca. De nada.

—¿Qué? —preguntó Maira, ruborizada.

—Ya me has entendido, no me hagas que te lo explique como si fueses estúpida.

—Ya, bueno. Pero, de todas formas, aunque quisiera… Quiero decir, no hay nadie que…

Maren se carcajeó, divertida. La miró, con algo rondándole a la cabeza. Rodeó la mesa, andando con ese desparpajo entre lo masculino y lo femenino, y se sentó sobre ella, mirando a Maira con ojos relampagueantes.

—Hay muchos hombres en este barco. Bueno, de hecho, excepto nosotras y Julinka, el resto son hombres. Pero entiendo que los marineros sean muy mayores para ti. Y poco atractivos para los gustos exquisitos de una noble, claro. —Se quedó en silencio durante un rato, repiqueteando en la botella con los dedos, y después añadió—: Eyben me pidió que no te lo dijera, pero… es que no puedo resistirme —sonrió, traviesa.

Maira la miró, interrogante. Se sentó junto a ella.

—¿Qué excusa te dio para justificar su estado melancólico desde la noche de las flores?
—le preguntó Maren.

—Pues que estaba cansado del viaje.

—Y tú te lo creíste, claro.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Maira, vacilante.

—Bueno, es un poco raro, así de repente, ¿no? Yo sé la verdad, si te interesa —la picó, esperando que la joven aceptara.

—Sí, claro —afirmó Maira, frunciendo el ceño. ¿Por qué le habría mentido Eyben? ¿Seguía sin ser su amigo?

—Pues resulta que el pobrecillo se dio cuenta, así de sopetón, de que estaba enamorado de ti. O que le gustabas, no sé, no recuerdo las palabras exactas. Algo así muy de muchacho imberbe. Aquello le sentó fatal porque, según él, tiene mucho honor y mucha responsabilidad, o algo así me dijo, y para no caer en la tentación decidió alejarse de ti. Vamos, una tontería. Según él, porque es imposible que os casen, y entonces es incapaz de deshonrarte a ti y a toda tu familia, y blablablá. O algo así. Me lo dijo hace días.

—Eso es mentira —farfulló, nerviosa.

—Ah, querida, tengo muchos defectos, pero ser mentirosa no es uno de ellos. Al menos no habitualmente. Tú piénsalo. Pero si decides corresponderle, que sepas que tendrá que ser iniciativa tuya. Él es un poco pánfilo, no sé si te habrás dado cuenta.

—No pienso hacer eso. Y menos con él. ¡Se enteraría toda la corte!

—Vamos, si no dejas de mirarlo durante todo el día. ¿Crees que no me he dado cuenta? Y lloras como una estúpida si te dice que no quiere ser tu amiguito —se mofó con voz infantil—. Y veo que sigues sin saber muy bien cómo funcionan las cosas en la corte. Creo que podría sustituirte sin problemas, preciosa, se me daría mucho mejor que a ti. A nadie en su sano juicio que quiera mantener el honor de su familia y la cabeza sobre los hombros se le ocurriría admitir que ha deshonrado a la hija de un noble. ¡Menuda se iba a liar! —Se carcajeó—. ¿Tú te crees que las muchachitas de alta cuna yacen con el primer plebeyo que se encuentran por la plaza? No, claro que no. Muy guapo tiene que ser. Normalmente lo hacen con muchachitos de la misma casta que ellas. Y ninguno dice nada, por supuesto, aunque todo el mundo lo sepa. Resulta que los nobles sois los más casquivanos de todos. Y más a vuestra edad, que tenéis los instintos revolucionados. La juventud es muy mala amiga de la castidad.

Maira se quedó mirándola, atónita. Maren le cerró la boca, dándole un pequeño golpe en la barbilla.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó, espantada.

—¿A mí me lo preguntas? ¡Lo que te dé la gana, Maira! ¿No querías libertad? Pues ahí la tienes —dijo, burlona, mientras se marchaba de nuevo a cubierta, botella en mano.

Maira se pasó todo el día escondida en el camarote, evitando a todo el mundo, sin tener ni idea de cómo actuar. Se moriría de vergüenza si se cruzaba con Eyben. Los siguientes días se dedicó a evitarlo, y a intentar obviar las miraditas y comentarios jocosos de Maren, sin mucho éxito. El Idoia no era muy grande, después de todo.

Una tarde, cuando el sol ya había perdido fuerza, Maren la llamó. Era hora de su clase de combate semanal, y no pudo escabullirse, aunque lo hubiese hecho de buena gana. Subió a cubierta tensa, evitando mirar a su alrededor. Al comenzar, le dio una estocada a Maren, que se quejó de forma dramática y teatral.

—Me duelen los brazos, y además estoy muy cansada hoy —dijo, maliciosa—. Será mejor que otro te dé la clase.

—¡No! ¡Maren! ¡Por favor! —le susurró Maira, suplicante.

—Es que no estás poniendo de tu parte, querida. Estoy cansada de verte todo el día escondida por los rincones. Tienes que superar esto —masculló ella, como si estuviese regañándola—. ¿Eyben?

—¿Sí? —respondió Eyben desde la otra punta.

—¿Podrías encargarte hoy de la clase de Maira? Así puede aprender otras cosas también —le pidió, ignorando las súplicas de la joven.

—¡Maren! ¡Maren! —siguió quejándose Maira en vano, ruborizada, hasta que llegó Eyben.

—Puedes enseñarle una de esas técnicas refinadas que hacéis vosotros y que no sirven más que para luciros delante de las muchachitas. O de los muchachitos, en este caso.

Eyben asintió, obviando la burla. Se quedó un rato pensando, dando golpecitos en el suelo con la punta de la espada.

—Vale, ya sé. *Diente de jabalí*. Es sencilla para empezar. Pierna derecha delante, flexionada. Mano derecha encima de la mano izquierda. La espada en el lado izquierdo, hacia abajo. Así. Bien. Ahora atácame.

—¿Cómo? —Maira lo miró, interrogante, pasando el peso de un pie al otro. Estaba nerviosísima.

—Pues… levantando la espada, obviamente —respondió él, enarcando una ceja, intentando evitar reírse.

—Ya. Vale. Voy —farfulló, inquieta.

—Cuando quieras.

—¡No me agobies! —protestó.

Eyben no replicó, pero se le escapó una risita burlona. Maira levantó

la espada y la dirigió hacia el joven.

—Vale, bien. Ahora un poco más rápido. Y más fuerte. Con más… ganas. Cuando levantes la espada, impúlsate llevando todo el peso hacia el pie derecho. Si no, parece que estés acariciando el aire. Y lo que quieres es matarme, así que… —se burló.

—¡No te rías de mí, Eyben! ¡Estoy aprendiendo! —gritó, enfurruñada.

—¡No me estoy riendo!

—¡Claro que sí! —volvió a gritar a la vez que atacaba.

—Bueno, mucho mejor. Otra vez.

Maira volvió a repetir la maniobra varias veces.

—Bien. Ahora vamos a hacer lo mismo, pero yo también te atacaré. Con esta maniobra, tienes que defenderte de mi estocada y aprovechar para lanzármela a mí. Tiene que ir dirigida de pecho hacia arriba. Venga.

Aquello tuvieron que intentarlo muchas más veces. Maira sudaba, angustiada, y sentía que le ardían los brazos por el esfuerzo. Eyben era un maestro estricto pero paciente. Le hizo repetir lo mismo durante horas.

—Me duelen los brazos, Eyben. No puedo más —se quejó, exhausta.

—Claro que sí. Otra vez.

Maren se acercó a observar la escena, curiosa. Se mordió el labio con malicia.

—Ah, ya le sale bastante bien —comentó Pryo, acercándose también.

—Pryo, querido, ¿por qué no te vas de aquí un ratito? Te necesito un momento en la bodega. Anda, corre. Ahora voy yo. —Miró a Maira, negando con la cabeza—. Yo creo que aún no lo has pillado, Maira. ¿Puedes insistir un poco más, Eyben?

—¡Maren! —gruñó Maira.

—¿Desde cuándo tienes tú este carácter, preciosa? —se burló la mujer, dejándolos solos.

Maira, a punto de llorar de impotencia y agotamiento, empezó a atacar con más furia. Cada vez se frustraba más, pues no conseguía ganar a Eyben ni una sola de las veces, y además veía que él no se esforzaba en absoluto. Se maldijo a sí misma. Y a Maren. Maldita fuese Maren, mil veces. Mujer del demonio. De un grito, se defendió de la estocada que le lanzó Eyben y le alcanzó la cara con la punta de su arma. Se asustó tanto que dejó caer la espada al suelo, llevándose las manos a la boca.

—¡Casi me sacas un ojo! —se sorprendió Eyben, tocándose la herida sangrante de la mejilla.

—Lo siento mucho, Eyben —sollozó, temblando.

—No pasa nada. Ha estado muy bien. No llores, vamos. Es así como se hace. Pero me has asustado, ¿eh? No me lo esperaba. Culpa mía, nunca se debe bajar la guardia.

Maira se dejó caer en el suelo, de rodillas, llorando desconsoladamente. Eyben se agachó a su lado, cauteloso y desconcertado.

—Vamos, no es para tanto —dijo, poniéndole la mano en el hombro.

Aquello provocó que llorase aún más fuerte. Eyben retiró la mano, confuso.

—Casi te mato —gimoteó ella.

—Claro que no, aún te queda mucho que aprender para eso —rio, intentando calmarla, sin éxito.

Maira se cubrió el rostro con las manos temblorosas, inclinándose hacia delante.

—Lo sé todo —sollozó.

—¿Qué? ¿Qué sabes? —preguntó Eyben, despistado. ¿Por qué le resultaba a veces tan difícil seguir las conversaciones con las mujeres?

—Maren me lo ha contado —balbuceó.

Eyben la miró, expectante, sin entender ni una sola palabra. Maira levantó la cabeza, sorbiéndose la nariz e hipando. Lo miró con ojos llorosos, y por un momento, a Eyben le pareció que ya se había calmado. Pero instantes después, comenzó a sollozar de nuevo. Demonios.

—Me ha contado lo de la noche de las flores —le confesó, mordiéndose el labio.

Eyben se quedó en silencio. Tardó en reaccionar. Apretó la mandíbula y bajó la mirada. Él también maldijo a Maren. Y a sí mismo, por confiar en ella. ¿Aquella mujer era incapaz de tener algo de honor?

—No llores, vamos. No pasa nada. Puedes estar tranquila, no voy a hacerte nada. No tienes de qué preocuparte, y mucho menos llorar —le dijo.

Maira siguió llorando, desesperada, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Eyben no se movió de su lado hasta que se calmó. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Perdón —dijo, más serena.

—Maira, de verdad. No tengas miedo de mí. Por eso intenté alejarme de ti. Nunca te haría nada.

—¿Por qué no? —cuestionó ella, seria.

—¿Qué? —dudó él, vacilante. Al ver que ella no respondía, añadió—: Maira, en cuanto vuelvas a Reldeter, te casarán, y no será conmigo. Yo no quiero que tengas problemas por culpa mía, ¿lo entiendes? No quiero nada de eso.

—Pero no me has preguntado lo que quiero yo —murmuró ella.

—¡Porque no importa! ¿No lo entiendes? No importa lo que tú quieras, ni lo que yo quiera. Hay cosas que simplemente no pueden ser. —Estaba a punto de perder la calma, y eso no era nada típico en él.

A Maira le rodó una lágrima por la mejilla. Se incorporó, sacudiéndose la ropa con furia.

—Quizá para ti no importa. Pero para mí, sí. Ahora tengo una libertad que no tendré cuando llegue a Reldeter. Aún puedo tomar decisiones sobre mi propia vida. Cuando vuelva, ya no podré. Y tú eres un egoísta, porque solo piensas en ti y en tu honor.

—Eres injusta —respondió él, dolido—. Todo lo hago pensando en tu bienestar, no en el mío.

—No. No has pensado en mi bienestar en ningún momento. Ni siquiera has hablado conmigo, ni me has preguntado qué es lo que yo quiero. Mi bienestar es poder decidir lo que quiero hacer. Pero para ti es otra cosa. Para ti es más importante lo que piensen de ti, y de mí. ¡Has hablado con Maren antes que conmigo!

Eyben negó con la cabeza, apretando la mandíbula. Se dio la vuelta, dándole la espalda a Maira. Maira se acercó a él, cogiéndole la mano. Él se puso tenso, evitando mirarla.

—Eyben, por favor, déjame ser feliz ahora que puedo. Solo te pido que cuentes conmigo. Que me dejes decidir a mí sobre las cosas que me incumben. Puedes decidir por ti, pero no por mí.

Él agachó la cabeza. Suspiró, nervioso.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó al fin.

—La verdad es que no lo sé —dijo, con risa nerviosa.

—¿Qué? —preguntó él, atónito.

Maira entrelazó sus dedos con los de él.

—Creo que me he quedado prendada de ti. Pero todavía no sé qué es lo que quiero. Ha sido un día confuso.

—Parecía que lo tenías muy claro.

—Ya —rio.

Maira apoyó la cabeza en el hombro de Eyben.

—Aún te sangra —le dijo.

—¿Qué?

—La herida.

—Ah. Se me había olvidado —sonrió él.

Maira le secó la gota carmesí con la manga de la camisa. Se miraron a los ojos como si se hubiese detenido el tiempo. Maira notó un cosquilleo en el estómago. Se puso de puntillas y le plantó un beso fugaz en la comisura de los labios. Sonrió, ruborizada.

—Nadie puede entrenarse de esto, Maira. ¿Lo entiendes? Si Pryo se da cuenta…

—Lo sé.

Él asintió, apretándole la mano con fuerza.

—Deberíamos volver dentro. Se ha hecho tarde —sugirió Eyben.

La tripulación ya estaba reunida en la mesa, comiendo, bebiendo y cantando. Maren fue la primera en verlos.

—Bueno, bueno. Pensaba que os habíais caído por la borda o algo así. ¿Cómo ha ido?
—preguntó mientras les ofrecía dos platos de comida ya fría.

—Bien. Al final le he ganado —sonrió Maira. Cogió una buena cucharada de algún tipo de caldo espeso y rancio que había preparado Osto y la engulló. Estaba muerta de hambre.

Eyben les mostró la herida.

—¡Vaya! ¡Y yo me lo he perdido! —Se carcajeó Maren—. Casi lo dejas ciego, querida. No sé si quiero seguir dándote clases.

—No me lo puedo creer, Eyben —se burló Pryo.

—Me he despistado —rio con timidez.

Maren le dirigió una mirada suspicaz a Maira, que la esquivó, bajando la cabeza con timidez. La mujer sonrió, dándole un sorbo a su botella de aguardiente.

Capítulo 47: Tierra

Maira observaba a una manada de delfines que jugueteaba junto al barco, ignorando la neblina que venía siguiéndolos desde hacía días. Le fascinaba la rapidez y agilidad con la que se movían aquellos animales, dando saltos sobre el agua como si danzasen entre ellos.
—Bueno, ¿no me lo vas a explicar? —la abordó Maren.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué. ¿Qué pasó? Pensé que ibas a estar muy enfadada conmigo, pero al final solo te reías como una tonta. Así que no disimules.

—Le dije que me lo habías contado todo.

—Eres una soplona, querida. Eso no se hace. Está muy feo.

—Y después lo besé —confesó Maira, ruborizada.

—¡Vaya! ¿Y no se asustó? —comentó Maren, burlona.

—Creo que sí. Un poco.

Maren se carcajeó, divertida, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó un marinero desde la vigía.

Maren corrió a proa. Sacó el catalejo y observó el borrón verdoso que se extendía en el horizonte.

—¡Tierra! —corroboró, exaltada.

La tripulación entera subió a cubierta, dando saltos de alegría. Nero alzó a Maren, colocándola sobre sus hombros. Ella se agachó un poco y le plantó un sonoro beso en la cabeza.

—¡Sí! ¡Lo hemos conseguido, otra vez! ¡Sí, joder! —gritó ella, intentando mantener el equilibrio mientras Nero danzaba por la cubierta.

Osto cogió a Julinka, subiéndola también sobre sus hombros. La niña se reía, agarrándose a las grandes orejas del marinero, que daba

vueltas sobre un pie.

—¡Esta niña da suerte! ¡Da suerte! —canturreaba Osto, emocionado.

—¡Tú no te escapas! —exclamó Arki, otro de los marineros, señalando a Maira.

Ésta negó con la cabeza, intentando escabullirse mientras se reía, pero la consiguieron acorralar y acabó también encaramada a los hombros del marinero.

—¡Que me caigo! —gritaba entre risas nerviosas.

Pero aquello no evitaba que Arki diese saltitos de aquí para allá. Cuando la bajó, le dolía el vientre de tanto reír.

—¡Esto hay que celebrarlo! Sacad todo el alcohol que quede. ¡Bienvenidos a las Tierras Antiguas! —exclamó Maren, extendiendo los brazos, aún encima de Nero.

Para Maren, aquello era un gran alivio. Llevaba días preocupada, y aunque no lo había comentado, los marineros sabían que se estaban quedando sin agua potable y la comida empezaba a escasear. Aquella noche bebieron, cantaron y bailaron sin descanso. Todos necesitaban dejar, aunque fuese por unos días, el mar atrás.

—Maren, ¿cuánto tiempo llevamos viajando? —preguntó Maira, arrastrando las palabras.

—Tres meses y veintiocho días, desde que salimos de Reldeter. Y dame esa botella, ya has bebido suficiente —dijo mientras se la quitaba de las manos y le daba un trago.

Ella, lejos de enfurruñarse, le quitó la botella a Eyben, que la miró, divertido. Maren se levantó y se acercó a Pryo, caminando como solo ella sabía hacer, contoneando las caderas de forma despreocupada. Apoyó los antebrazos sobre la mesa y lo miró a los ojos, a menos de un palmo de distancia. Se relamió los labios.

—Qué, Pryo, ¿lo celebramos? —le sugirió, provocativa.

Aquello hizo estallar en carcajadas a los marineros. Pryo, lejos de sentirse intimidado, mostró una sonrisa ladeada, se incorporó y le plantó un beso en los labios, cogiéndola de la nuca para acercarla más a él. La tripulación aplaudió, muerta de la risa. Ya estaban acostumbrados a las ocurrencias de Maren, pero ver a Pryo seguirle el juego les daba diversión añadida. Maren lo separó de un empujón y se sentó sobre él, pasándole el brazo por encima de los hombros.

—Lo tengo bien enseñado. Después, querido. Aún queda alcohol por aquí.

Eyben miraba a Pryo con una sonrisa, negando con la cabeza. Maira

aprovechó para cogerle la mano por debajo de la mesa. Notó su calor y sus dedos recorriéndole la mano, lo que le provocó un hormigueo en la boca del estómago. Se acostó embriagada. Todo le daba vueltas, pero se sentía bien. Se quedó dormida en el mismo instante en el que cerró los ojos.

El sueño de la pirámide volvió a visitarla aquella noche. Se levantó, sobresaltada. Una sensación de pavor le recorrió el espinazo. Miró a su alrededor. No vio nada, pero por el sonido, supo que todos dormían. Salió a cubierta dando trompicones, y llegó justa para vomitar por la borda. Su estómago se sintió mejor, pero ella no. No era solo por el alcohol. Había algo en aquel sueño que le causaba un profundo malestar. Intentó no pensar en ello, pero no pudo volver a dormir. Cuando el sol despuntó al este, un manto verde apareció ante ellos, interminable. Llegaron a la bahía de Angapuhu ese mismo día.

Enormes y empinadas formaciones rocosas recubiertas de flora salvaje salpicaban la bahía, como si fuesen custodios titánicos. Las aves marinas que anidaban allí, gigantescas y coloridas, sobrevolaban las aguas produciendo destellos con sus plumas largas y brillantes. Qué feas resultaban las gaviotas comparadas con aquellos animales. Sortearon las rocas hasta llegar al puerto.

En las Islas Centrales estaban más acostumbrados a la gente de las Tierras Modernas, y también eran más recelosos, pues era de allí de donde se obtenían los esclavos. Pero no era así en las Tierras Antiguas. Cientos de personas acudieron a darles la bienvenida. Se volvían locos por colocarles collares de flores de colores, que desprendían una fragancia empalagosa. Maren les había advertido que en las Tierras Antiguas todo era distinto: la cultura, el idioma, la gente, e incluso las plantas y los animales. Maira no tardó en darse cuenta. Sus rasgos no se parecían ni a los de sus tierras ni a los de las islas: gozaban de una piel de color canela, a la que acompañaban unos ojos oscuros y rasgados, y un cabello liso azabache que llevaban largo y suelto, tanto hombres como mujeres. Vestían con ropas de colores cálidos y con joyas de bronce. Pero lo que más impactó a Maira fueron sus rostros cubiertos de tatuajes lineales y espirales, y los aretes que llevaban algunas mujeres atravesándoles la nariz de lado a lado, como los que llevaba el ganado en las Tierras Modernas. Las orejas se encontraban también plagadas de pequeños aretes, de un extremo al otro, como si fuesen un tubo.

—Lo de la nariz solo lo llevan las mujeres casadas —le explicó Maren mientras saludaba a un hombre, en respuesta a la expresión extrañada de Maira.

—*¡Maen! ¡Maen!* —gritaba un grupo de niños que se acercaban a toda

velocidad.

—Ah, se acuerdan de mí —dijo con orgullo.

Cogió a uno de los niños al vuelo, cargándolo sobre su hombro. El resto de niños se le agarraron a las piernas, sin dejar de gritar su nombre. Julinka, con los ojos vendados, se vio también acorralada por ellos, a lo que reaccionó con una gran sonrisa mientras ellos le tocaban el pelo y los brazos. Algunos se detenían en sus muñones, curiosos.

—¡Qué grandes estáis! —exclamó Maren.

—*¡Gandes, gandes!* —repetían ellos.

Maira también fue rodeada por algunos niños, que le enseñaban con orgullo algunos objetos que, supuso, se trataban de juguetes. Las mujeres le ponían collares de flores y le acariciaban los brazos y la cara, dedicándole palabras que no entendía. Un anciano enjuto salió de una de las casas del puerto, con los brazos abiertos, dirigiéndose a Maren. Aunque tenía la piel surcada de arrugas, aún podían adivinarse los tatuajes espirales que le decoraban las mejillas morenas.

—*¡Maen!* ¡*Ota* vez aquí! —exclamó, jubiloso.

—¡Botan! —respondió ella, dándole un efusivo abrazo—. Este es Botan, el hombre que me consigue toda la mercancía cuando me da por viajar hasta estas tierras —dijo, presentándoselo a Maira—. Estas son Maira y Julinka.

El hombre le dio un abrazo entusiasta a Maira, le cogió la cara y le plantó un beso en los labios. La muchacha se tensó, nerviosa. Después, Botan se agachó e hizo lo mismo con Julinka, que le respondió con otro abrazo igual de amoroso. El hombre rio y le pellizcó una mejilla. Volvió a dirigirse a Maira.

—Bienvenida, *Maia,* bienvenida a Angapuhu.

—No te preocupes, Maira. Es normal aquí. Son más cálidos y cercanos que nosotros.
Te acostumbrarás rápido. Venga, vamos a ver dónde pasamos la noche.

Pryo caminaba de puntillas, intentando esquivar a las decenas de niños que lo rodeaban, mientras reía, nervioso. Llamó a Maren para preguntarle dónde estaba el templo.

—¿Queréis ver el templo de Angapuhu? Yo os llevo —sugirió ella.

Los marineros se quedaron en el puerto, y Maren acompañó al séquito de Reldeter entre las calles de tierra de la ciudad. Las casas, bajas, tenían techos de colores y paredes exquisitamente talladas. Llegaron a

un edificio alto, cuyo techo, también de colores, era sostenido por cuatro columnas decoradas con piedras brillantes, sin paredes. Dos figuras gigantescas de piedra gris custodiaban la entrada. Se trataba de dos mujeres, de senos voluptuosos, que posaban desnudas y danzantes, con unos tocados pinchudos en la cabeza, que invitaban a la entrada con sus manos talladas en la más absoluta delicadeza.

—Aquí lo tenéis —comentó Maren, satisfecha.

—¿Qué es esto? —preguntó Eyben.

—El templo de Angapuhu, obviamente. Ah, ¿pensabais que era uno de vuestros Templos? Queridos, aquí no existe vuestro dios. Admirad el templo de la Diosa Madre, más conocida aquí como Ena Dai.

Un grupo de mujeres entró al templo, saludándolos con amplias sonrisas cargadas de curiosidad. Portaban cestos repletos de frutas y flores. Dejaron los zapatos en la entrada y, descalzas, se acercaron al altar.

—¿Qué hacen? —preguntó Maira, curiosa.

—Ofrendas, como hacéis vosotros en vuestro templo.

—¿Y nadie les ha dicho que están equivocados? —comentó Pryo, mirando el templo con el ceño fruncido.

—¿Disculpa? —inquirió Maren, molesta.

Pryo se calló, advertido por la mirada de la mujer. Maren ascendió la escalinata, se quitó las botas y se internó en el templo. Aquel lugar le gustaba. Le daba paz. Una muchacha la miró desde la esquina, lanzándole una sonrisa un tanto tímida y analizándola con curiosidad. Llevaba un bebé en brazos, que le agarraba el pecho, sacándolo por encima de la ropa, mientras mamaba. Ella era muy joven, pero en aquellas tierras solían tener hijos mucho más pronto que en las Tierras Modernas.

Volvieron al puerto, donde la multitud ya se había dispersado. Nero les explicó que tendrían que dormir en el templo de Ena Dai, y que les habían organizado una fiesta de bienvenida en la playa para aquella noche. Maira le preguntó a Maren si aquella gente creía también en los demonios como Julinka.

—No lo creo —contestó ella.

—Entonces, ¿podemos quitarle la venda?

—No. Por si acaso. Además, el barco que nos seguía venía hacia estas tierras. Es mejor no arriesgarse.

Al caer la noche, los habitantes de Angapuhu decoraron la playa de arena blanca y cocoteros con antorchas y una enorme hoguera. Las

mujeres llevaban bandejas de madera y hojas repletas de comida, que dejaban sobre la arena. Los hombres habían decorado sus cabezas con picos fabricados con hueso, que disponían en una hilera, de la frente a la nuca. Un grupo de hombres tocaba los tambores, ofreciendo un ritmo alegre que se metía directamente en los huesos para moverlos en contra de la voluntad de uno. Maren iba cogiendo comida de las bandejas que transportaban las mujeres antes incluso de que las dejasen en el suelo, lo que les provocaba una risa tímida y muchísima satisfacción. Le cogió a una mujer dos botellas que llevaba en los brazos y se acercó a sus compañeros.

—Esto es lo mejor que vais a probar en vuestra miserable vida. —Arrancó los tapones con los dientes y les ofreció una de las botellas, quedándose una para ella—. Es un ron especial, con canela, raíces y cortezas cuyo nombre no recuerdo, ni recordaré nunca, la verdad. Además, por aquí se dice que es medicinal y afrodisiaco —añadió guiñándoles un ojo y haciendo énfasis en la última palabra.

Maren volvió a donde estaba la comida, para probar todos los platos exquisitos que la esperaban, humeantes. Maira se le unió, hambrienta.

—¿Dónde están los cubiertos? —preguntó.

Maren puso los ojos en blanco y le enseñó las manos a modo de respuesta mientras masticaba un trozo de pescado con la boca abierta. Maira cogió un trozo del mismo plato y se lo llevó a la boca. El sabor era extraño. Estaba marinado en especias que jamás había probado, pero le resultó adictivo, así que siguió probando todo lo que había. Bocado a bocado, acabó saciada. Bajaba la comida con la ayuda del ron de Angapuhu, que le calentaba las entrañas cada vez que le descendía por la garganta. Julinka se sentó frente a un plato lleno de verduras exóticas y se quedó allí hasta que se lo terminó, rechupeteándose los dedos con deleite. Aquello provocaba gestos de ternura y sonrisas dulces entre los habitantes, que no tardaron en traerle otra bandeja para ella sola. Maira volvió con el resto cuando sintió que su estómago estaba lleno.

—Dame un poco de eso, Maira —le pidió Pryo, señalando la botella de ron.

Ella se la entregó y se sentó junto a él. Pryo dio un sorbo y, tras saborearlo, pegó un buen trago, comentando lo bueno que estaba.

—Quédatela, no quiero más —le ofreció Maira.

Maira se quedó embelesada mirando a Maren, que se había acercado a los músicos y a la hoguera y bailaba, desinhibida, junto a los lugareños. Se movían como si no tuviesen huesos, balanceando las caderas al ritmo de los tambores. Las mujeres llevaban el vientre al

aire, haciéndolo oscilar de un lado al otro. Nero se unió al grupo, con movimientos mucho más torpes, pero no parecía importarle a nadie. Maira los observaba, fascinada. Maren se dio cuenta y corrió hacia ella, tirándole de los brazos. La joven se resistió, pero acabó en el meollo de todas formas, ruborizada. Maren la cogía de las manos, bailando frente a ella.

—Vamos, querida. A ti te gusta bailar. Déjate llevar. —La cogió de los hombros y la zarandeó, y después hizo lo mismo con su cintura—. Esto se baila con el alma, no con el cuerpo. No tienes que pensar en nada. Cierras los ojos y sigue el ritmo de los tambores.

Maira le hizo caso, sonrojada y algo tensa. Pero pronto, quizá por el ambiente, quizá por el ron especiado, notó que su cuerpo se liberaba. Estuvo un rato así, bailando con los ojos cerrados, sin que nada ni nadie le importase. Después los abrió y observó a Maren sonriéndole. Un hombre autóctono la cogió de la mano y le hizo dar una vuelta. Después le colocó una enorme flor roja encima de la oreja, que había llevado él previamente en el pelo, y siguió bailando. Estuvo sola, gozando de aquellos nuevos movimientos que acaba de descubrir, hasta que Nero se acercó a bailar con ella. El hombre, claramente embriagado, la hizo reír tanto que le dolía la tripa. Osto acabó uniéndose también, con Julinka sobre los hombros. El resto de hombres se limitaron a beber, comer y observar las danzas. Maira acabó rendida, con el corazón agitado y un agradable calor en las entrañas. Se dirigió a la orilla para refrescarse, y se sorprendió al notar el agua templada, más cálida incluso que la de las Islas Centrales. Se mojó la nuca y la cara, notando el sabor de la sal. Se sentó allí a descansar, con los pies desnudos metidos en el agua, que apenas se movía. Al principio pensó que estaba loca, y tuvo que aguzar la vista un par de veces. El agua brillaba. No toda el agua, sino puntitos luminiscentes que salpicaban la superficie. Podría haberse tratado perfectamente del reflejo de las estrellas, pero no. Aquellas lucecillas se movían, nadaban, temblaban y se arremolinaban junto a sus pies. Se tumbó bocarriba, observando el cielo nocturno. A pesar de ser el mismo que el de Aiert o el de Reldeter, aquel le pareció más vibrante. Se sorprendió pensando en Frida. «Ojalá me vieses ahora, Frida. Esto te encantaría», pensó. Palpó la concha que había recogido en Aiert y que llevaba todavía guardada. Ya prácticamente no se acordaba de ella. Eyben la sacó de su ensoñación, interponiéndose entre su mirada y las estrellas.

—Nos vamos ya al templo —le dijo, sonriendo.

Le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse. Maira se sorprendió al observar que ya no quedaba ningún lugareño en la playa. La hoguera estaba casi extinta y la única que seguía bailando, ya sin

música, era Maren.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí? —preguntó Maira, frunciendo el ceño.

—Mucho. Pensaba que estabas dormida —le respondió Eyben.

Nero cogió a Julinka en brazos, con cuidado de no despertarla, pues se había quedado dormida sobre la arena. Emprendieron el camino hacia el templo de la Diosa Madre, abandonado la playa. Maren detuvo a Pryo, cogiéndolo del brazo.

—Quédate un rato bailando conmigo —le sugirió, traviesa.

—Maren, ya no hay música —comentó él, burlón.

—No nos hace falta. Venga —le susurró.

Él accedió, sonriendo con picardía. Maren tarareaba una canción mientras se contoneaba alrededor de la ya casi extinta hoguera, dándole trago tras trago a la botella de ron. Tenía las mejillas encendidas por el calor y el alcohol. Se acercó a Pryo, pegando su cuerpo a él, y le ofreció un sorbo. Él aceptó de buena gana. Maren se abrazó a él y siguió bailando mientras canturreaba, empapándose de aquel olor que desprendía Pryo y que tanto le gustaba. Él la besó en el cuello y ella siguió bailando, lento, mientras sonreía por el agradable cosquilleo que aquello le provocaba. Pryo la sostuvo entre sus brazos y la tumbó en la arena sin dejar de besarla, desvistiéndola lentamente mientras ella se reía sin soltar la botella de ron. Pryo abandonó los labios de Maren, besándole el cuello, los hombros y las clavículas hasta llegar al pecho. Allí se entretuvo un rato, mordisqueándoselo y notando los escalofríos que aquello le producía a la mujer. Mientras se entretenía en recorrer su vientre con los labios, Maren dio otro sorbo de la bebida y se quedó mirando al cielo, estremeciéndose.

—Deja eso y préstame atención —le dijo Pryo, travieso.

Maren se incorporó un poco, apoyándose sobre los antebrazos, y lo miró con una sonrisa juguetona. Dejó la botella a un lado con fastidio fingido.

—Ya te estoy prestando atención —le replicó, volteando los ojos.

Lo atrajo de nuevo hacia sus labios, lo envolvió con las piernas y, con un movimiento rápido, lo hizo girar, colocándose sobre él. Se quedó un rato así, mirándolo. Después se agachó sobre él con una lentitud seductora, mordiéndose el labio. Pryo se alteró, pero Maren sonrió, provocándolo con malicia, y alargó el brazo hasta la botella de ron. Volvió a separarse de Pryo para pegarle un trago, y después le ofreció un poco a él. Pryo cogió la botella, le dio un sorbo y la tiró lo más lejos que pudo.

—¡Pryo! —se quejó ella, frunciendo el ceño.

Él la hizo callar sumergiéndole la lengua en la boca y estrujando su cuerpo contra el suyo, desesperado. Estuvieron disfrutando el uno del otro, dando vueltas en la arena y gimiendo de placer sin importarles nada ni nadie, hasta que el fuego de la hoguera se apagó por completo.

Las calles de Angapuhu estaban desiertas. El camino al templo se le hizo eterno a Maira, que estaba agotada. Se quedó rezagada del grupo, bostezando cada dos por tres. Sentía que era capaz de dormirse de pie, pero se obligó a seguir caminando. Eyben se percató y se plantó junto a ella, dándole un empujoncito.

—Vamos. ¿Estás cansada?

—Sí. Y creo que he comido mucho —dijo, disimulando un bostezo y llevándose la mano al estómago. Hacía meses que no comía tanto.

—Y has bailado mucho, también —añadió él, sonriendo.

—¿Me has estado mirando? —preguntó, sonrojada.

—¿Cómo no iba a mirarte? —respondió él, con una sonrisa de complicidad—. Me he acordado del baile de la boda de mi hermana. Parece que fue hace siglos. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Fuimos los ganadores.

Eyben miró hacia atrás.

—Estabas preciosa. Creo que en ese momento ya me había quedado prendado de ti, aunque todavía no me había dado cuenta —le confesó en voz baja.

Ella le dedicó una sonrisa azorada y le cogió la mano. Eyben, precavido, volvió a mirar hacia atrás y, por si acaso, hacia los lados.

—Tampoco puedo quitarme de la cabeza el beso que me diste en el barco. Después me sentí avergonzado, porque ni siquiera te lo devolví. Estaba nervioso por si alguien nos descubría.

—No tiene importancia —respondió ella amablemente, estrechándole la mano con cariño. Ah, cómo le gustaba Eyben. Su calma, su amabilidad, su…

Eyben se detuvo, mirándola con una sonrisa angelical. Tiró un poco de ella, acercándola a su cuerpo. Le alzó el rostro con una mano y le dio un beso dulce y cálido.

—Claro que la tiene. Venga, ya casi hemos llegado al templo.

Maira jamás había experimentado algo así. El beso que le había dado ella en el barco fue fugaz y tímido, un simple contacto entre sus

labios, y casi ni eso. Sin embargo, el beso de Eyben fue algo mucho más intenso. Maira no supo cómo definirlo. También había visto los besos que se daban Pryo y Maren, y no tuvo la sensación de que fuese lo mismo. Le había parecido… ¿húmedo? Fuese cual fuese la definición de aquel beso, sin duda le pareció lo más agradable que había experimentado nunca. ¿Cómo algo tan dulce podía provocarle aquel bochorno interno?

Cuando llegaron al templo, Maira sintió que ya no tenía sueño, pero era solo una ilusión. Se quedó dormida en cuanto cerró los ojos. Los lugareños les habían dejado cobijas y cojines para que estuviesen cómodos. Necesitaban descansar bien, pues al día siguiente emprenderían el camino hacia la pirámide, siguiendo primero los caminos costeros, internándose hasta el río Blanco y después jungla a través, según les había explicado Maren.

Cuando Pryo y Maren llegaron al templo, todos dormían. Pryo se acostó junto a Eyben, que respiraba plácidamente. A la enésima vuelta que Pryo dio sobre la cobija, decidió llamar a su compañero, dándole un cachete en la mejilla y susurrando su nombre. Eyben se despertó, confuso. Miró a Pryo con los ojos entrecerrados.

—¿No estás incómodo? —preguntó Pryo.

—¿Mmm? He estado en camas mejores, sí —respondió mientras lo miraba intentando averiguar por qué lo había despertado.

—No, hombre. Me refiero a eso —dijo él, señalando hacia el altar del templo.

Tras la sencilla mesa de ofrendas había una enorme tela, colgada de la pared, con la representación a todo color de lo que debía ser la Diosa Madre. La mujer desnuda, de exuberantes pechos, se encontraba de pie sobre una flor gigante. Con un brazo sujetaba a un niño que mamaba de su pecho izquierdo, y el otro brazo lo alzaba, enseñando la palma de la mano y apuntando con el dedo índice al cielo, mientras una sonrisa dulce le cruzaba el rostro. Bajo la flor se encontraba el mar, árboles frondosos rodeaban a la mujer y, sobre ella, el cielo mostraba nubarrones de tormenta.

—¿No te parece indecente? —cuestionó Pryo.

Eyben se dio la vuelta y se apoyó sobre los antebrazos, observando bien el lienzo.

—Es una mujer dando de mamar, Pryo. Un poco, quizá —comentó al fin.

—¿Un poco? ¿Por qué tiene que estar desnuda? ¿Y por qué rezarle? ¡Todas las mujeres les dan el pecho a sus hijos! Incluso los animales lo

hacen.

—¿Y crees que yo puedo contestarte a eso? Sé lo mismo que tú. Además, estoy seguro de que tú has visto y hecho cosas mucho más indecentes, y eso no te ha impedido dormir en ningún momento.

—¿Y eso te molesta o te pone celoso? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—Ninguna de las dos. Lo que me molesta es que me despiertes de madrugada.

—¡Vamos, Eyben! Tienes que tomarte las cosas con más humor. O quizá lo que necesitas es una mujer. Las de aquí son exóticas.

—Ya. Mmm… ¿Eso es…? ¿Eso es un mordisco? —dijo señalándole el antebrazo.

—Ah. Oh. Pues sí —contestó como si fuese la primera vez que lo veía, soltando una risita.

—¡Por todos los rayos! —exclamó, poniendo los ojos en blanco—. Buenas noches, Pryo. —Se dio la vuelta, intentando conciliar el sueño de nuevo.

Pryo se quedó un buen rato mirando la imagen, salió del templo, volvió, y siguió mirando hasta que por fin cayó rendido bajo la atenta mirada de la Diosa Madre.

Capítulo 48: Juego de demonios

Dejaron Angapuhu al día siguiente. Dos de los marineros se quedaron allí, cuidando del barco mientras el resto de la tripulación se marchaba, y disfrutando de la apacible vida de la ciudad, que en nada se parecía a las ciudades del otro lado del mar. Julinka señalaba con el dedo hacia el interior del continente.
—Sí, ya me has dicho que es por allí, pero es mejor que sigamos los caminos cuando aún los hay, Julinka. Ya tendremos tiempo de ir jungla a través —dijo Maren, exasperada.

Maren estaba cansada y además le dolía la cabeza, así que estuvo todo el día con aspecto circunspecto. Siguieron el camino de la costa, dirección sur, que estaba plagado de puebluchos, cuyos habitantes enloquecían de hospitalidad al verlos. Les regalaban flores, collares y comida, que sacaban a toda prisa de sus cabañitas echas con hojas de palmera que descansaban cerca de la orilla del mar.

Maren estuvo absorta en sus pensamientos durante todo el camino. Había caído en la cuenta de que ya no soñaba tanto con la noche en la que mataron a su hermano, ni la recordaba tan a menudo. Contempló a Julinka, que iba delante de ella, de la mano de Nero, intentando contener sus ganas de correr y saltar, pues no podía hacerlo con la venda en los ojos. Sonrió hacia sus adentros, sabiendo que su mejoría anímica se debía a aquella pequeña criatura de ojos turbulentos. Incluso sin tocarla, solo con su mera presencia, parecía que los malos recuerdos se iban emborronando en su mente. Sin embargo, se sorprendió sintiendo una punzada de pesar en el pecho al pensar en que pronto se separarían sus caminos. Julinka se quedaría en las Tierras Antiguas, pero ella no podía estar lejos del mar. Ni siquiera podía llegar a planteárselo, por mucho cariño que le tuviese a la cría.

El camino hacia el sur era arduo, no porque fuese un terreno complicado, sino porque el calor y la humedad eran insoportables. Maren había abierto cocos para todos, y eso conseguía acallar su sed

por unas horas, pero tal cual entraba el líquido en sus cuerpos, salía en forma de sudor. Y después estaban los insectos, que los acribillaban a picotazos sin piedad.

Llegaron a una playa desierta, refugiada entre las rocas, poco antes del atardecer. No habían visto ningún pueblo desde mediodía, y seguramente no habría ninguno cerca, así que Maren decidió que pasarían la noche en aquel lugar. Para Maira, sentarse sobre la arena supo a gloria. Se quitó las botas, soltando un suspiro de alivio mientras movía los deditos de los pies. Se refugió bajo la sombra de una palmera, que ondeaba pacíficamente al son de la brisa costera. No fue la única que agradeció aquel descanso. Maren, antes de unirse a ellos, se subió de nuevo a una de las palmeras, cortó unos cuantos cocos, que cayeron al suelo, y los abrió para todos. Bebieron su agua y comieron su carne. La única que no parecía estar cansada era Julinka. Maren, al ver que no había nadie, había accedido a quitarle la venda. La niña correteaba por la arena blanca, buscaba animalejos cerca de la orilla y trepaba por las rocas.

Julinka metió los pies en el agua, lo que le provocó una risa nerviosa, y comenzó a chapotear, ufana. Observó durante un buen rato a unos singulares animales marinos que alzaban sus tentáculos blanquecinos sobre la arena, y le pareció lo más hermoso que había visto jamás. Un ruido extraño en las rocas cercanas la sobresaltó. La niña se acercó, cauta pero fisgona. No gritó cuando lo vio. En su lugar, lo miró con curiosidad, analizando aquellos rasgos que no había visto antes. El otro ser parecía igualmente interesado. Sus enormes ojos ambarinos, que ocupaban casi toda su cara, parpadeaban de vez en cuando, sin dejar de observar a Julinka. El párpado, sin embargo, no iba de arriba abajo, sino de un lado al otro. Su morfología era humanoide, pero su nariz no eran más que dos finas aperturas en el centro del rostro, sobre una pequeña boca en forma de o. Tampoco tenía pelo ni orejas, y su piel viscosa y brillante danzaba entre todas las tonalidades verdosas y azuladas. Se agarraba a la superficie resbaladiza de la roca con unas manos que parecían garras, con dedos y uñas largos y oscuros, unidos entre sí por una membrana semitransparente. Julinka ladeó la cabeza para observar mejor, y la criatura la imitó, como si fuese un espejo. Aquello le resultó a la niña tremendamente divertido. Alzó la mano izquierda, siendo imitada de la misma forma. Después alzó la derecha, y la criatura incluso emuló las amputaciones de Julinka, encogiendo tres de sus dedos.

La niña correteó por el agua, esperando que la criatura la siguiese. El extraño ser pareció dudar unos instantes, pero después se lanzó tras ella, poniéndose en frente. Julinka pudo observarlo mejor. Solo su torso sobresalía del agua, pues no podía sostenerse de pie ya que, en

lugar de piernas, la criatura poseía una larga cola escamosa y de apariencia resbaladiza, cubierta de pequeñas prolongaciones pinchudas. El ser se metió bajo el agua, solo para aparecer un poco más cerca de Julinka.

—¿Qué es eso? —preguntó Eyben, agudizando la vista.

Todos dirigieron la vista hacia Julinka. Pryo y Eyben, como impulsados por un resorte, se pusieron en pie y desenvainaron sus espadas.

—¿Dónde vais? Tranquilos, señores —se burló Maren.

—Es un demonio marino —replicó Pryo.

—No. Es una sirena, y es inofensiva —respondió ella—. No suelen acercarse a las personas. De hecho, nunca había visto una viva tan de cerca —añadió, maravillada, mientras se incorporaba con cautela. No quería asustarla.

—Las sirenas también son hijas de Kalid —sentenció él.

—Eres un ingenuo. Guarda la espada, Pryo. Ahora. Siéntate, cierra la boca y observa algo que no volverás a ver en tu vida, seguramente.

Él y Eyben dudaron antes de obedecer. No fue poco el rato que Julinka estuvo jugueteando con la sirena, que parecía no sentirse amenazada por su presencia, sino todo lo contrario.

—Por Ezartz, es horrible. Es como una especie de pez repugnante. Ni en mis peores pesadillas he visto monstruos tan feos —murmuró Pryo, sin apartar la vista de la criatura, asqueado.

—Pensaba que eran más bonitas. Por las leyendas. Dudo que algo así pueda llegar a seducir a un hombre —corroboró Eyben.

—Frida también me contó que tenían apariencia de mujeres hermosas, y que cantaban melodías dulces por la noche, pero que eran criaturas desagradables a la luz del día. Nunca imaginé que fuesen *tan* desagradables —añadió Maira.

Maren soltó una fuerte carcajada.

—Es que, bajo la mirada de un hombre ebrio, cualquier criatura es hermosa. Y más si es de noche y la iluminación no ayuda. Tengo unas cuantas botellas de ron de Angapuhu, por si os apetece ver a una sirena bonita —se mofó.

Julinka seguía haciendo gestos y posturas para que la sirena la imitase. Sacó la lengua, y la criatura también lo hizo. Aquello hizo reír a Julinka, lo que provocó que la sirena intentase hacer lo mismo, abriendo la boca y mostrando una hilera de dientes amarillentos y puntiagudos, a la vez que reproducía un sonido gutural que en nada se

asemejaba a una risa humana. Cuando el sol por fin desapareció tras las palmeras, otra criatura similar pareció llamar a la sirena juguetona desde una zona más profunda. La sirena miró a Julinka, parpadeó y después se sumergió en el agua para no volver a aparecer.

—Menos mal. No sé si voy a poder dormir esta noche sabiendo que hay criaturas así por aquí —murmuró Pryo.

—Con lo poco que dormiste ayer, no creo que tengas problema —comentó Eyben, fulminándolo una mirada indignada de soslayo.

Las sirenas no los molestaron, pero los mosquitos no fueron tan benévolos.

Capítulo 49: Niebla y armas

Harkay, el capitán del Xana, fue el último en pisar el suelo de Angapuhu. Miró al cielo, dándole las gracias a Ezartz por haber llegado sano y salvo después de un viaje tan arduo. Había puesto su impresionante navío, y su servicio como capitán, a disposición de la Armada del Rayo sin pensárselo dos veces.
El Xana era uno de los mejores buques y él, uno de los mejores capitanes de Dunia. Pero, aun así, cruzar Rado hasta las Tierras Antiguas había sido agotador. Y peligroso. Observó la bandera de la Armada del Rayo ondeando en el mástil, y sintió cierto alivio al pensar que, por unos días, se olvidaría del mar y, lo más importante, de los guerreros de Ezartz que habían viajado con él durante tantos meses. No es que tuviese nada en contra de ellos, todo lo contrario, se consideraba un hombre muy devoto, pero se ponía un poco nervioso al tener tan cerca a tantos hombres armados hasta las cejas, y de reputación tan peligrosa. El comandante Ainte, el mandamás de la Armada, cogió un trozo de papel que le entregaba uno de los lugareños, en el que estaba garabateado el nombre de río Blanco. Ainte asintió, apartando al hombre de un empujón, y se guardó la nota doblándola con sumo cuidado, como si estuviese manipulando una delicada mariposa. Era extraño ver ese tipo de gestos en un hombre tan grande y de apariencia bruta.

—¿Ese es el barco de la desviada? —preguntó Ainte, observando al Idoia.

—Mmm, sí, mi señor —le respondió Harkay, rascándose la cabeza. Conocía a Maren, un poco. Habían coincidido alguna vez. Era una mujer extraña, pero él no se atrevería a llamarla desviada. Quizá eso era pasarse un poco. De hecho, incluso le había caído bien. Y el Idoia, bueno, tenía su encanto.

—Usho, préndelo —ordenó el comandante a uno de sus soldados—. Por una razón o por otra, esa zorra no va a volver a salir de aquí.

Harkay fue a protestar, aunque obviamente no lo hizo. Pero es que…

le parecía *feo* quemar un barco. No hacía falta, ¿no? ¿Qué culpa tenía el navío?

Un par de soldados se acercaron al Idoia para incendiarlo. Estaban en ello cuando dos marineros aparecieron protestando y con las manos en las empuñaduras de sus armas, todavía envainadas. Harkay se mordió el interior de la mejilla. Ay, Ezartz, las cosas se estaban poniendo feas.

—¿Qué coño hacéis? —preguntaron los marineros, furiosos.

—Disculpad, señores, ¿es este vuestro barco? —les preguntó Ainte con tono reconciliador, como si hubiese cometido un error y quisiera solucionarlo.

Los marineros asintieron, mirándolo con recelo. Al primero no le dio tiempo de desenvainar su arma. Ainte lo mató de un tajo en el cuello. El segundo intentó defenderse, pero acabó desangrándose en el suelo con las tripas colgándole. La gente que rondaba por el pueblo comenzó a gritar. Y el Idoia ardió.

Ainte estaba deseoso de cumplir su misión. Puso a todos sus hombres en movimiento en cuanto estuvieron un poco descansados. No se detendrían hasta llegar al río Blanco y reunirse con el valiente joven que los había guiado hasta allí.

Harkay se frotó los párpados, intentando no reparar en el fuego que consumía el barco. Llevaba días con los ojos irritados a causa del humo procedente de quemar madera de Yenay. Él no lo hubiese hecho, pero no habían tenido opción. Habían quemado la especial madera durante días, proveniente de los árboles Yenay del desierto, que no producía olor alguno y sin embargo cargaba el ambiente de un humo espeso y blanquecino, para poder ocultarse del Idoia, al parecer con éxito. Habían dispuesto dos botes, uno a cada lado del Xana, en los que se quemaba madera de Yenay constantemente. Uno de ellos se había incendiado por un descuido, lo que cabreó muchísimo a Harkay, aunque no se quejó, claro. Nunca se hubiese atrevido a quejarse de los guerreros de Ezartz, aunque le hubiesen quemado la embarcación entera. Bueno, quizá en ese caso sí se hubiese quejado. Un poco, al menos.

Pensó en que aquellos hombres se las sabían todas, y sonrió al darse cuenta de que Ezartz no podía tener mejores guerreros. Fuese lo que fuese lo que habían ido a hacer allí, Harkay estaba seguro de que lo conseguirían.

Capítulo 50: Río Blanco

Hacía un par de días que habían dejado atrás la costa, para desgracia de Maren. Estaba agobiada, cansada y de malhumor. Echaba de menos el mar, la sal y la brisa marina, que había cambiado, a la fuerza, por un bochorno insoportable, insectos sedientos de su sangre y terreno irregular. Maren ya no conocía tan bien aquella zona, así que se guiaban por los mapas que siempre llevaba consigo. Julinka aseguró que se encontraban cerca, ya que sentía las voces cada vez más fuertes, y aquello debía de ser buena señal.
—Estamos a punto de llegar al pueblo. Yo me quedaría a pasar allí la noche. Si seguimos por este camino, llegaremos al río Blanco. El pueblo está a sus orillas, y tienen el mismo nombre —informó Maren mientras se daba un manotazo en el cuello intentando aplastar a un mosquito, sin éxito—. ¡Joder!

Los caminos no estaban muy bien representados en el mapa que le había vendido Botan, así que acabaron perdiéndose entre los campos de cereales y árboles frutales. Aquello le causó una terrible sensación de fracaso a Maren, que nunca se perdía. Una muchachita, de no más de trece años, los interceptó en el camino. Iba descalza y llevaba una larga vara con la que guiaba a un rebaño de mhous. Se extrañó un poco al verlos, pero enseguida se acercó a ellos con curiosidad, intentando hablarles. Algo un poco difícil, claro, porque no la entendían. Maren chapurreaba un poco el idioma, e intentó preguntarle por Río Blanco. La niña se rascó la barbilla, observando el mapa, y pareció entenderlo. Maren la siguió. Tampoco es que tuviese muchas más opciones.

Pryo, al igual que todos aquellos que no habían visto nunca un mhou, estaba encandilado. Los animales caminaban a paso lento, moviendo sus enormes patas grises como si pesasen toneladas. Eran realmente grandes. Casi tan altos como un caballo, y anchos como dos de ellos. Corpulentos. *Gordos*. ¿Cuánta carne podía dar un animal como aquel? Su pelo pardo parecía duro y grueso, y no les crecía en las patas. Pero nada de aquello era lo sorprendente. Cada animal contaba con un

gigantesco cuerno en la cabeza, casi tan ancho como su cráneo en la base, picudo y de aspecto letal en la punta. Aquella enorme arma de la naturaleza hacía que los mhous caminasen con la cabeza gacha, casi sin poder levantarla del suelo. Y, además, *brillaban*. La luminiscencia podía percibirse incluso bajo la luz del sol. Era fascinante.

—Necesito uno de esos cuernos para mi colección de caza —pidió Pryo, sin poder apartar la vista.

—¿De caza? —se carcajeó Maren—. Esto no se caza, querido. Ni siquiera pueden correr. Además, el brillo desaparece en cuanto mueren, o cuando lo cortas, y te acaba quedando un cuerno la mar de corriente. Grande, sí, pero nada más. Por eso no se venden en las Tierras Modernas. Es absurdo llenar la bodega de cuernos inútiles de vacas raras cuando hay tantas cosas interesantes por aquí.

Pryo gruñó, decepcionado.

—¿Y puedo tocarlos?

—Claro. Solo son peligrosos si te pisan —le contestó ella.

Pryo estuvo toqueteando a las criaturas durante todo el trayecto. La niña que guiaba el rebaño se moría de la risa. Nunca había visto a nadie fascinarse tanto por un mhou.

Cuando llegaron al río no tuvieron dudas del porqué de su nombre. Las aguas que corrían hacia el mar eran, en efecto, blancas, como si se tratase de leche. Los habitantes del pueblo, bastante pequeño, los recibieron con gusto, ofreciéndoles el templo para dormir. Las cuatro casuchas y el diminuto templo se encontraban en una ladera escarpada, cavada por el río durante siglos, y rodeados de vegetación abundante de colores brillantes.

Maren, chapurreando algo del idioma de aquellas tierras y usando más los gestos que otra cosa, logró saber un poco más sobre aquel río tan extraño, según le explicaron los lugareños mientras cenaban todos juntos en la casa de una de las familias, que había insistido en ofrecerles un delicioso banquete al estilo rioblanqueño.

—Resulta que, por lo que he entendido, la Diosa Madre vive en las montañas de donde mana este río, y es su leche la que corre hasta el mar —informó a sus compañeros—. Les he preguntado si sabe a leche de verdad, pero me han dicho que no. Qué decepción.

—¿Qué clase de obsesión tiene esta gente por la leche materna? —preguntó Pryo, haciendo una mueca de desagrado.

—¿Y tú por los rayos? —replicó Maren.

—Yo no estoy obsesionado con los rayos —contestó él, molesto.

Maren hubiese seguido discutiendo de no ser por Nero, que les pidió amablemente que no lo hiciesen. Ella apretó la mandíbula, molesta, y no volvió a abrir la boca en toda la cena. Nero, por supuesto, se percató de aquello, y acabó abordándola de camino al templo.

—No te enfades, Maren. Tienes que entender que son sus creencias. No puedes enfadarte con él por eso —le dijo Nero.

—No es eso lo que me molesta. Bueno, sí, pero no es lo que *más* me molesta. Es irritante, prepotente y orgulloso, además de irrespetuoso.

—Vaya, entonces se parece mucho a ti —rio el hombre.

—¿No crees que hoy te estás pasando? Primero me regañas como si fuese una cría y después me insultas —respondió ella, enojada, fulminándolo con la mirada.

—Maren, es un buen hombre. Es joven, y tiene defectos, como todo el mundo, pero no te puedes enfadar con él por esas cosas. Además, en el fondo os lleváis bien.

—Solo cuando fornicamos. El resto del tiempo nos detestamos.

Nero se carcajeó, pasándole el brazo por los hombros.

—Ah. Tú también eres joven, aunque hayas tenido que crecer tan rápido y estés peligrosamente cerca de la treintena. Claro que no os detestáis.

—No creo que tenga la suerte de llegar a los treinta.

—¿Por qué dices eso?

—¿Lo preguntas en serio? Estoy segura de que, más pronto que tarde, alguno de vosotros me apuñalará mientras duermo.

—Tienes razón. Seguramente sea yo.

Ella lo apartó de un empujón, airada, lo que provocó que el hombre riera todavía más. Volvió a acercarse a ella y la apretujó entre sus brazos, mientras Maren intentaba escabullirse entre quejidos e improperios. Al cabo del rato, pareció rendirse, le devolvió el abrazo a Nero y se rio con él.

—Bueno, vale, pero esta noche te has pasado. No creas que se me va a olvidar —se quejó ella.

—Aparte de altamente irritable, orgullosa, prepotente e irrespetuosa, también eres rencorosa —se burló Nero—. Es broma. Sabes lo mucho que te aprecio. Por eso a veces te digo cosas que sé que no te van a gustar. No te pelees con Pryo. Su religión no lo hace culpable de nada. Pasa tiempo con él y hablad de cosas que os gusten a los dos, porque cuando volvamos, ya no lo volverás a ver. Aprovecha, mujer.

Maren hizo una mueca, dándole la razón. Aquella noche, en el templo, no conseguía coger el sueño. Acabó llamando a Pryo, que la ignoró deliberadamente. Maren volteó los ojos, exasperada. «Vaya, también es rencoroso», pensó. Aquello la hizo sonreír y enfadarse a partes iguales. Maldito fuese Nero y sus sabias palabras.

—Solo quiero hablar contigo —susurró ella, intentándolo una última vez.

Pryo finalmente se levantó, serio. La siguió hasta el río Blanco sin decir una palabra. Bajaron a la orilla rocosa, abriéndose paso entre la vegetación. Maren se agachó y cogió un poco de agua lechosa, que se llevó a los labios.

—¡Vaya! He debido de entenderlo mal, ¡porque sí que sabe a leche! —exclamó, sorprendida.

Pryo la miró con el ceño fruncido. Ella se agachó de nuevo y, haciendo un cuenco con las manos, recogió un poco más de agua.

—Vamos, prueba —le dijo mientras le acercaba las manos a los labios.

Él dudó, observando cómo se le escurría el líquido blanquecino entre los dedos, pero acabó dando un sorbo. Frunció el ceño y la miró. Maren contuvo la risa.

—Sabe a agua ——replicó, serio.

—Vaya, sí que estás enfadado conmigo —masculló ella, tirando el resto del agua al suelo y secándose las manos en los pantalones.

—¿Para qué me has traído aquí, Maren? ¿Para beber agua del río? —preguntó él, seco.

—No. Solo estaba valorando la situación. Ya te he dicho que quería hablar contigo. Cuando volvamos a Reldeter, tú y yo no nos volveremos a ver jamás. Tenemos vidas muy distintas. Por suerte. Y Nero me ha hecho pensar. Yo le he dicho que nos detestamos, pero él me ha respondido que no. ¿Tú qué crees?

Pryo miró hacia el río, pensativo. Maren se sentó en la orilla, sobre una roca, apartando con la mano una nube de mosquitos que le revoleteaba alrededor.

—No, no nos detestamos. Es solo que a veces no nos entendemos —murmuró Pryo al cabo del rato, como si hubiese caído de repente en algo.

—Vaya, sí que te lo has pensado. Eso no puede ser una buena señal. Si no detestas a alguien, no te lo piensas tanto. ¿Hay algún momento en el que sí nos entendamos? —preguntó, aparentemente distraída, mientras conseguía capturar a uno de aquellos seres minúsculos e

irritantes que zumbaba cerca de su oído.

—Sabes que sí. Simplemente nos hemos criado de forma distinta, y hemos vivido cosas distintas, y eso nos hace ver las cosas de otra manera. Tampoco es para tanto —dijo él, en un tono más reconciliador.

Maren no respondió. Estuvo pensando si todas las formas de ver el mundo podían ser aceptadas por igual, aunque fuesen contrarias. No llegó a ninguna conclusión, así que siguió sin responder.

—¿No me vas a contestar? —preguntó Pryo.

—No sé qué decir, así que no.

—Eso sí que me sorprende. ¿Me puedo considerar orgulloso por haberte dejado sin palabras?

Maren se giró entonces hacia él, seria.

—Quiero llevarme bien contigo, Pryo. Te lo digo de verdad. Intentaré no meterme con tu religión, aunque me va a ser difícil, te lo adelanto. No creas que no sé que soy irritante, prepotente y orgullosa. Bueno, eso me ha dicho Nero, y siempre me creo lo que me dice, así que…

Pryo se río, sentándose junto a ella. Maren se sintió exasperada.

—Me ha dicho también que tú eres igual que yo, así que no te rías tanto. Seguro que por eso nos detestamos, porque somos igual de insoportables.

—Que no te detesto. Te lo digo de verdad. Y tú a mí tampoco. Dos personas que se detestan no hacen esto —declaró, plantándole un beso en los labios mientras le acariciaba la mejilla, intentado atraerla hasta él.

Maren se apartó.

—No he venido aquí a eso —murmuró, seria.

—Yo tampoco, pero ahora no quiero irme sin hacerlo. ¿Quién sabe si hoy es el último día que nos vemos?

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, recelosa.

—Bueno, nunca se sabe. Además, no creo que me quede mucha más sangre en el cuerpo como para sobrevivir a este viaje. Estos bichos no dejan de picarme —respondió él, dándose un manotazo en el brazo—. ¿Qué me dices? —murmuró mientras volvía a besarla.

Maren no se apartó. Lo miró a los ojos, intentando escudriñarle los pensamientos, pero solo se encontró con una mirada ardiente que le hizo olvidar todas sus diferencias. Sin embargo, aquella vez fue distinta a las demás. Maren lo percibió más suave. En lugar de ser

impulsivo e impetuoso, como lo era siempre, se mostró dulce y tierno, rozándole las mejillas con los dedos y dándole besos sosegados. Ella se dejó llevar, aunque su mente seguía dándole vueltas a todo aquello que no acababa de cuadrarle. El momento le dejó una sensación agridulce, como si hubiese sido una despedida, o una disculpa.

—¿Tú me odias? —le preguntó Pryo.

—Mmm. A veces sí —respondió ella.

—Mira que suelo considerar la sinceridad como una cualidad positiva, pero en tu caso… Quizá eres un poco demasiado sincera —se quejó él.

—Ya, la sinceridad solo gusta cuando coincide con lo que quieres oír.

Pryo la miró, enfurruñado, pero ella le regaló una sonrisa que pareció calmarlo.

—Solo a veces, Pryo. Otras veces no te odio.

Pryo se durmió abrazado a ella, con la cabeza apoyada en su pecho. Maren también lo rodeaba con los brazos, respirando el olor que desprendía su pelo, pasando distraídamente los dedos por él, y refugiándose en el calor que salía de su cuerpo, mientras intentaba descifrar qué era aquella sensación tan extraña que le inundaba el pecho.

Capítulo 51: Selva

Hacía poco que habían abandonado el pueblo de Río Banco, internándose en la jungla, cuando Pryo soltó un quejido.

—¿Estás bien? —le preguntó Eyben, sobresaltado.

—Sí, sí. Es solo…

Volvió a quejarse, agarrándose el abdomen con las manos. Se dejó caer de rodillas, respirando con dificultad.

—Por los rayos de Ezartz, qué dolor —suspiró Pryo—. Creo que no puedo caminar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maren, acercándose.

—Me duelen las tripas. Mucho.

—Será el mal del viajero —comentó Nero, agachándose junto a él—. No creo que pueda seguir el camino.

—Ayer bebí agua del río. Quizá…

—¿Y por qué demonios bebiste agua del río? —preguntó Eyben.

Pryo le lanzó una mirada a Maren, que se mordió el labio intentando ahogar una sonrisa de culpabilidad.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Maira, preocupada.

—El pueblo está cerca. Deberías quedarte allí hasta que te recuperes, Pryo —sugirió Maren.

—Creo que será lo mejor —aceptó él, intentando reprimir un gemido de dolor.

—De acuerdo. Yo lo acompañaré. Esperadme aquí, por favor —indicó Maren. Se agachó junto a Pryo y lo ayudó a levantarse, pasándose su brazo por los hombros para poder sostenerlo bien.

Aunque caminaban lento, con Pryo apoyado en Maren, no tardaron en llegar de nuevo al pueblo. Ella se dirigió a un lugareño, haciendo gestos para indicarle lo que le pasaba a Pryo. El hombre se ofreció a

cuidarlo en su casa, que no era más que una cabaña hecha con hojas de palmera de dos estancias que cumplían todas las funciones del hogar. Lo acostaron en un camastro y le ofrecieron comida y agua, que él rechazó.

—Pareces un profeta, querido. Anoche me dijiste que podría ser el último día que nos viéramos. Espero que no te mueras, eso sí —comentó Maren, intentando quitarle hierro al asunto.

—Yo también lo espero. Por favor, envía a alguien que venga a buscarme cuando lleguéis. Quiero ver la pirámide. No sería justo haber hecho todo este viaje e irme sin verla —pidió él, fatigado.

—Claro. No te preocupes. Si puedo, vendré yo misma a buscarte. Mejórate —le dijo mientras le pellizcaba la mejilla con cariño.

—Creo que voy a necesitar algo más de ti si quieres que me recupere —murmuró con una sonrisa débil pero encantadora.

Maren chasqueó la lengua, haciéndose la disgustada, y lo besó mientras le acariciaba el pelo.

—Mucho mejor. Gracias. Nos vemos pronto.

Maren volvió a sentir aquella sensación tan extraña, y estaba segura de que Pryo también estaba sintiéndose raro, porque su mirada no era la de siempre, quizá porque estaba enfermo, quizá por otra cosa.

Maren se reunió con el resto del grupo y emprendieron el dificultoso camino a través de la selva. Al no haber sendero, debían irse abriendo paso entre la densa vegetación a golpe de machete. Allí no llegaba el sol, pero el clima era incluso más sofocante a causa de la humedad. Y también había más insectos. Julinka les daba las indicaciones, y ellos creaban el camino. Llegaron a una zona pantanosa de pútridas aguas verdosas en la que el silencio se veía perturbado por los sonidos de millones de animalejos que intentaban sobrevivir, seguramente los unos a costa de los otros. Maira avanzaba, sudando, entre las nubes de mosquitos que, además de alimentarse de su sangre, lo hacían también de su ánimo. Las densas aguas estancadas, desprovistas de vida agradable, resultaban un suplicio a la hora de mover las piernas. Cuando estaba muy cansada, se apoyaba en los troncos musgosos, que parecían seguir intentando chupar vida con aquellas raíces marchitas de un lugar que solo rezumaba muerte, intentando alcanzar el cielo con aquellas ramas lóbregas que disuadían a la luz. Maren iba soltando improperios de vez en cuando, saturada.

—¿De verdad os quejáis del mar? Esto es horrible, joder. A duras penas puedo caminar. Julinka, querida, ¿no había otro camino? ¿De verdad era necesario pasar por aquí? ¡Me pica todo el cuerpo! —decía, irritada.

Maira hundió un pie en el agua, y notó algo moverse. Ahogó un grito e intentó correr, sin éxito. Aquello provocó unas cuantas risas entre los marineros. Julinka se acercó a ella, cogiéndola de la mano para caminar juntas.

—Maira, ¿crees que a Pryo le dolía mucho? —preguntó, dudosa.

—Eso parecía.

—Es que… no he sentido el instinto con él.

—Quizá no era un dolor muy fuerte, pero estaba indispuesto —respondió ella.

—Sí, puede ser. Cuidado, hay algo ahí —dijo señalando alguna extraña criatura que se movía bajo el agua estancada.

—¡Por los rayos de Ezartz! —exclamó Maira, al borde del llanto.

Fue un alivio salir de aquella ciénaga, pero la apabullante vida selvática no pensaba ponérselo fácil. Tuvieron que dormir, obviamente, a la intemperie. Ataron las cobijas a los árboles, para no dejarlas en el suelo, y así evitar el ataque de las alimañas nocturnas. Las noches en la jungla eran de todo menos silenciosas. El bullicio de la vida parecía incrementarse más cuando el sol se escondía. Unos aullidos terroríficos se adueñaron del ambiente, causándoles escalofríos. Parecían gritos espectrales, y Maira no pudo dejar de pensar en las historias sobre *banshees* que le contaba Frida. En aquel momento estuvo segura de que sus gritos debían de sonar exactamente como aquellos.

Maira durmió inquieta, y también soñó de nuevo con la pirámide. Con los ojos aún cerrados, intentando volver a coger el sueño, sintió una sensación de temor al pensar en aquel edificio misterioso. Algo iba mal. La sensación pasó de ser solo interna a cosquillearle la piel del abdomen. Cerró los ojos con más fuerza, pero el cosquilleo ascendía levemente. Fue a rascarse, pero entonces notó que sus dedos entraban en contacto con algo resbaladizo. Abrió los ojos de golpe, pero no vio nada, ya que la pequeña hoguera se había extinguido y, aunque el pequeño frasco de luz de lys seguía brillando, era tan tenue que la oscuridad era casi absoluta. Pero sí sintió un siseo cerca de su pecho. Gritó con todas sus fuerzas, aterrada. Le dio un manotazo a la serpiente, completamente a ciegas, y perdió el equilibrio, cayendo de bruces contra el fértil y húmedo suelo selvático, seguramente repleto de alimañas deseosas de morderle la piel. Siguió gritando, sacudiéndose el cuerpo, histérica. Todos se despertaron, sobresaltados. Eyben desenfundó el arma, pero estaba totalmente a ciegas.

—¿Qué ocurre, Maira? —preguntó Nero.

—Un… algo, tenía algo encima… Una serpiente o algo así —lloró, descontrolada.

—Vale, tranquila. Estoy aquí —la calmó Maren, encontrándola en la oscuridad y cogiéndola por los hombros—. ¿Te ha picado?

—N-no, creo que no.

—De acuerdo. Ven conmigo, dormiremos juntas.

Maira se acurrucó junto a Maren, temblando.

—Esto es una puta mierda. No sé a ti, pero a mí me da más miedo que una tormenta en Rado —se quejó Maren.

Maira no supo cuál de las dos cosas le daba más miedo. Se sorprendió pensando en su alcoba de Reldeter. Cómo la echaba de menos. No pegó ojo en toda la noche. El día siguiente no fue mejor que el anterior. La selva parecía interminable, y era muy difícil ubicarse, ya que todo parecía igual. A Maira se le pasó por la cabeza, no pocas veces, el pensar que, si Julinka se equivocaba, acabarían muriendo todos allí. Se descubrió dudando de la niña y sus capacidades, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, estaban todos allí por su culpa.

Un intenso olor a putrefacción les hizo arrugar la nariz. Maira contuvo una arcada, al contrario que Eyben. Le recordó mucho al olor nauseabundo del estómago del árbol carnívoro de Ler. Se giró, espantada, mirando hacia los árboles que los rodeaban. Un mal recuerdo en un mal momento. Aquellos árboles no parecían carnívoros, pero…

—Mínimo hay tres muertos por aquí —comentó Maren, cubriéndose la nariz y la boca con la mano.

Pero no eran cadáveres los que desprendían aquella fetidez. Se dieron cuenta al llegar a ellas. Eran enormes, mucho más altas que una persona. De hecho, mucho más altas que dos. Las flores más enormes que habían visto jamás. «Por favor, Ezartz, que no sean carnívoras», rezaba Maira. Los pétalos eran verdes y rugosos, bordeados de un intenso color púrpura. El estigma, que se alzaba hacia el cielo, era amarillo chillón. Podían haber parecido bonitas si no fuese por la hediondez que desprendían. Por suerte, no tardaron en dejarlas atrás, aunque volvieron a encontrarse unas cuantas por el camino.

Les sorprendió un tremendo aguacero que, al principio, no traspasó de las frondosas copas de los árboles, pero después acabó empapándolos por completo, haciendo que el suelo quedase embarrado y se les hundiesen los pies en él. No duró mucho, pero el enfangado sí lo hizo.

—Esto es asqueroso —se quejó Maren.

—¡Mirad! ¿Es una mariposa? ¡Es enorme! —dijo Eyben, señalando

hacia el insecto, que revoloteaba por encima de ellos.

—¡Allí hay otra! —exclamó Julinka, emocionada.

Aparecieron muchas más, revoloteando, gráciles, con las alas semitransparentes y brillantes tan grandes como las de un pájaro. Se quedaron un momento observándolas, fascinados. Una de ellas se posó en la mano de Maren, batiendo las alas con lentitud. Ella observó a la preciosa criatura, una maravillosa mezcla entre fragilidad y belleza. La magia de la naturaleza. El insecto tanteó la piel de la mujer con su trompa y, de golpe, la atravesó con agresividad.

—¡Joder! ¡Me ha picado!

Apartó al insecto de un manotazo, y sintió un dolor agudo allí donde el animal le había picado. Se descubrió una enorme roncha rojiza que crecía por momentos. Las mariposas comenzaron a descender, delicadas, buscando más cuerpos cálidos de los que alimentarse. Durante un instante, todos se miraron, asustados y confusos.

—¡Corred! —gritó Nero.

Pero si no era sencillo caminar por el barro, mucho menos lo era correr. El fango succionó una de las botas de Maren y, cuando logró sacarla, ya había recibido tres picaduras de aquellos insectos. Cuando consiguieron alejarse de las mariposas, ya tenían todos algún recuerdo doloroso de ellas.

—¿Alguien sabe qué día es hoy? —preguntó Eyben cuando ya se habían alejado de las mariposas.

—Día cincuenta y cuatro tras el Resurgimiento —informó Maren. Siempre llevaba la cuenta de los días.

—¡Oh! —exclamó él—. Se me ha pasado mi decimoctavo cumpleaños. Fue ayer. Cincuenta y tres tras el Resurgimiento.

—¿De verdad? Yo pensaba que cumplías trece —se mofó Maren, maliciosa.

Eyben le dirigió una mirada indignada.

—Así que eres un niño de primavera, ¿eh? Yo soy una niña de verano. Día nueve tras la Recidiva. ¿Y tú, Maira? —curioseó Maren.

—Frida me encontró en invierno, así que siempre celebré mi cumpleaños el día doce tras la Recaída, pero realmente nací el día cuarenta tras el Reinicio. Una niña de otoño.

Los marineros también compartieron sus cumpleaños, aunque no era algo que celebrasen. Julinka no dijo nada. Ella no sabía qué día había nacido.

—Eyben, ¿puedo preguntarte algo? —Maira lo abordó mientras el joven se rascaba una de las ronchas.

—Claro —accedió, distraído, mientras no dejaba de observar la picadura, cada vez más roja.

—Es que estaba pensando en Pryo y me ha venido algo a la cabeza. Él… él no esconde lo que hace con Maren. Ni siquiera a ti.

—Ya, bueno, yo tampoco pensaba que Maren fuese su tipo, pero, sinceramente, lo he visto en peores situaciones. Nunca ha sido demasiado exigente en ese aspecto.

—No me refería a eso exactamente. Sino a que… Vosotros… ¿vosotros no tenéis que llegar puros al matrimonio?

—Ah. No, claro que no —respondió, mirándola.

—¿Y por qué no?

—Pues… Porque tiene que ser así. Quiero decir, nosotros tenemos que saber qué hacer, ¿no? Es nuestro deber guiar y cuidar de nuestras esposas, están en nuestras manos. Si no sabemos qué es lo que tenemos que hacer la noche de bodas… Tenemos un problema. —Rio—. Nosotros no tenemos manual, a diferencia de vosotras, pero son cosas que ya se saben.

—Ya —respondió ella, no del todo convencida.

—Siempre ha sido así —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Yo no quiero casarme —confesó ella.

—¿Qué dices? ¿Quieres ser una lluvia? —preguntó, alarmado.

—¡No!

—¿Entonces…?

—No lo sé. Es que… no quiero perder mi vista ni mis oídos, ni quiero que mi vida deje de ser mía. La noche de la boda de Koner y Aiala soñé que me casaba, y que me sacaban los ojos, me perforaban los oídos y mi esposo me hacía caminar sobre cuchillos, sin yo poder evitarlo. No quiero que eso pase.

—Nadie va a hacerte eso, Maira. Es algo… metafórico. Es bonito.

—No lo es. Cuando me case, ni mis decisiones, ni mi vida, ni mi libertad, ni siquiera mi cuerpo serán míos. Pasarán a ser de otra persona. ¿Tú querrías casarte si fueses una mujer?

Él se encogió de hombros, agachando la cabeza.

—Pues… sí. ¿Qué iba a hacer sino? ¿Pasarme la vida solo, sin nadie que cuide de mí? ¿No tener el placer de ver crecer a mis hijos? No lo

veo tan malo, Maira. Siempre ha sido así, y eso es por algo. Porque funciona bien, porque es como debe ser.

Maira no quiso seguir hablando de aquello. Le dolía. Hasta hacía muy poco, no había pensado en nada de eso. Viviendo en las calles de Aiert, jamás se imaginó casada, ni con hijos. Siempre se había vislumbrado sola. Había asumido que crecería sola, envejecería sola y moriría sola. Y en algún momento aquello pasó a parecerle correcto. Normal. Quizá solo necesitaba tiempo para que la idea de casarse en contra de su voluntad le pareciese también correcta.

Capítulo 52: Hojas

Maira seguía empapada. Habían tenido que ascender hasta un pico montañoso solo para volver a descender después por la otra ladera, y había resultado agotador y… húmedo. El único camino ascendente, por llamarlo de alguna manera, estaba formado por escalones naturales de piedra resbaladiza e irregular, que se escondía tras un manto de agua que descendía, furiosa. No acababa de ser un río, ni una cascada. Era más como si alguien hubiese abocado un cubo gigantesco sobre una escalinata. No es que hubiese mucha cantidad de agua, pero Maira tenía que aferrarse a las rocas, inclinándose sobre ellas para no caerse, así que acabó empapada hasta el pecho. Y, con la humedad del ambiente, su ropa no iba a secarse jamás. Durmió, si podía llamarse así, con la desagradable sensación de la ropa pegada a su piel.
Al tercer día en la jungla, Julinka encontró algo que le llamó la atención. Recogió la hoja del suelo, de un verde vibrante, y observó lo que había grabado en ella.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Maira, mostrándoselo.

Maira cogió la hoja y la observó a contraluz, sorprendida.

—Pone «Julinka». Pone tu nombre.

—¡Ah! ¿Así se escribe? —exclamó ella, contenta—. ¡Qué bonito! —expresó mientras agarraba la hoja de nuevo y la presionaba contra su pecho—. Estamos ya muy cerca.

Eyben sintió un terror repentino. Ya llevaba tiempo preocupándose, pero hasta ese momento no fue consciente del miedo que tenía. Pronto iban a llegar a un lugar repleto de demonios. Si ya desconfiaba de Julinka, ni que decir tiene que le aterraba la idea de estar rodeado de otros seres como ella. Y, además, era perfectamente factible que todo aquello fuese una trampa. Por eso estaba él allí. Si las cosas se ponían feas, tenía que defender a Maira. Devolverla sana y salva a Reldeter. Pero, claro, había contado con Pryo para eso. Ahora estaba solo. Completamente solo.

Aquella mañana, Julinka encontró tres hojas más con su nombre grabado en ellas, y las recogió todas, como si fuesen tesoros. Las apretaba contra su pecho, entusiasmada. El camino parecía más llano aquel día, y el barro por fin se había secado, lo que les dio un respiro. Maren iba tarareando una canción cuando le pareció oír un leve crujido entre la vegetación. Se quedó quieta, haciendo señas a los demás, que se pusieron en guardia. Maren tragó saliva. ¿Qué sería ahora? ¿Un bicho gigante? ¿Una liana letal? ¿Un animal peligroso y sediento de sangre humana? Se ponía en lo peor, ya que estaba. Todo era desagradable y peligroso en aquel lugar, al fin y al cabo.

Un hombre apareció ante ellos. Físicamente se parecía a los habitantes de las Tierras Antiguas que habían conocido hasta el momento, con sus ojos rasgados y su piel morena, pero no vestía como ellos, y era de menor estatura. Iba casi desnudo, a excepción de un taparrabos hecho con hojas anchas y decorado con flores, y una especie de collar del que pendían enormes vainas verdosas de semillas oscuras. Parecía incomodísimo. Llevaba el cabello largo, y un flequillo recto por encima de las cejas que le redondeaba el rostro, dándole cierto aspecto infantil. Tenía la cara atravesada por lo que parecían pequeñas ramas rectas, y un patrón de dibujos de color rojo le decoraba las facciones. Los apuntó con el arco que llevaba por arma, mientras miraba a la niña. Maren levantó los brazos en señal de paz. Eyben se llevó la mano lentamente a la empuñadura de su espada, pero Maren le propinó una patada que no pretendía en absoluto pasar desapercibida. Todos alzaron las manos, imitándola y mostrándose lo más indefensos posible.

—¿Julinka? —preguntó el hombre.

La niña asintió, acercándose a él. Cuando la tuvo cerca, la puso tras de sí y tensó el arco rudimentario, apuntando al resto del grupo.

—No, no. Vienen conmigo —dijo Julinka.

Como el hombre no parecía entenderla, se acercó a sus compañeros, abrazándolos y repitiendo que iban con ella. El hombre gritó palabras incomprensibles, y dudó antes de bajar el arma. Hizo un movimiento brusco con la cabeza, indicándoles que lo siguieran. Se movía con agilidad entre la frondosa vegetación, a pesar de ir descalzo, haciéndoles muy difícil seguirle el paso. No tardaron en llegar a una aldea asentada en un pequeño claro, oculto entre la vegetación exuberante, junto a un riachuelo de aguas cristalinas. Los habitantes parecieron tensos ante la aparición de un grupo tan grande, porque esperaban solo a la niña, pero de todas formas les dieron una bienvenida calurosa al que era su hogar. Entre los nativos se encontraban también algunas personas que parecían provenir de otros

lugares, entre ellos las Tierras Modernas. Una mujer con el pelo canoso, que en su juventud había sido rubio, levantó la vista hacia ellos, y descubrieron que sus ojos eran idénticos a los de Julinka. Otro demonio. Eyben se tensó, preparado para atacar.

—¡Julinka! ¡Por fin! Te sentíamos cerca. Veo que vienes acompañada. Bienvenidos a Inhél. Yo soy Naia —dijo mientras se agachaba a darle un abrazo a la niña—. Eres nuestra Zhun más joven.

—¿Zhun? —preguntó Julinka.

—Así es como nos llaman aquí. Significa enviado del cielo. Lo prefiero a demonio, ¿no crees?

Parecía… amable. Un demonio amable. La niña asintió, emocionada, mientras presionaba contra su pecho, aún más fuerte, las hojas con su nombre. Las mujeres de la tribu se acercaron a ella, le pusieron flores en el pelo y le hicieron unas líneas en el rostro con una pasta roja de aroma agradable pero intenso, mientras entonaban unos cánticos dulces. Julinka se sentía extasiada. Aquello era mejor de lo que había imaginado. Los aldeanos no solo no la temían, sino que la admiraban. Para ellos, era un ser sagrado al que había que proteger. De hecho, la tribu se denominaba a sí misma como los protectores, Raksak en su lengua nativa. Eyben intentó serenarse. No parecía que fuese peligroso, pero seguía teniendo miedo. Ojalá estuviese Pryo con él. Su padre siempre decía que era un cobarde, y empezaba a creer que tenía razón.

—Vamos, Julinka, te enseñaré todo esto. Te va a gustar. Vosotros, si queréis, podéis venir —dijo Naia, cogiendo a la niña de la mano.

Primero les mostró la aldea, que no contaba con más de cuatro cabañas desprovistas de paredes, formando un círculo. Estaban construidas con troncos, ramas secas y hojas de palmera. Una de ellas, la más grande, era la utilizada para dormir. Había otra en la que se practicaban rituales y ceremonias, otra para preparar los alimentos y, la última, se empleaba como almacén.

Los habitantes los saludaban, mostrando grandes sonrisas, un poco cohibidos, mientras seguían haciendo sus quehaceres. Todos tenían el cabello largo, oscuro y liso, decorado con flores o recogido en trenzas gruesas. Tanto mujeres como hombres iban casi desnudos, y los niños lo iban del todo. También ambos sexos lucían rostros perforados por varas finas. Sus ojos rasgados miraban a Julinka con devoción, felices por tenerla junto a ellos.

Dejaron la aldea, internándose de nuevo en la jungla, solo para salir a un claro cubierto de hierba, mucho más grande que el anterior, que albergaba una de las construcciones más impresionantes que ninguno

de ellos había visto jamás.

La pirámide de roca blanca era descomunal, pero se encontraba bien oculta entre la vegetación, haciendo imposible vislumbrarla a no ser que se cruzara el claro. A pesar de ser un edificio relativamente reciente, estaba cubierto de plantas trepadoras que variaban de tonalidad verde a violeta dependiendo de la luz. Sobre la cúspide, que era rectangular, había un enorme cáliz dorado en forma de media luna. La entrada, que se encontraba a ras de suelo, estaba custodiada por dos columnas con grabados que representaban el sol, la luna y las estrellas, así como otros elementos de la naturaleza. Desde el exterior, la entrada se veía oscura, y de ella brotaba un extraño olor a tierra mojada, como si estuviese lloviendo dentro de la pirámide. Sobre la puerta había grabadas unas letras en un idioma desconocido.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Maren.

—Que todos los seres, en todas partes, sean libres de sufrimiento, y que puedan nuestras acciones, palabras y pensamientos contribuir a ello —respondió Naia, orgullosa—. Nosotros la llamamos la pirámide de la vida, porque el sufrimiento es parte de ella. Venimos a este mundo rodeados de él, compartiéndolo con nuestras madres, y morimos dejándoselo a quienes nos aman y lloran nuestra partida. Pero hay mucho sufrimiento innecesario en el mundo, y nosotros debemos ayudar a equilibrar eso.

La mujer los guio hasta el interior. Allí el ambiente era mucho más fresco. Varios Zhun se encontraban sentados, con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y los ojos cerrados, alrededor de un agujero redondeado que se encontraba justo en el centro, bajo la cúspide, la cual era una apertura por donde entraba algo de luz solar.

—Aquí es donde venimos a cumplir nuestro deber —informó Naia, haciendo que su voz recorriese las paredes de piedra con un suave eco.

Maren se acercó al borde del hoyo y echó un vistazo, pero no consiguió ver nada más que oscuridad. Un murciélago salió de golpe del agujero, emitiendo un chillido nervioso. Maren retrocedió unos pasos, un poco sobresaltada por la repentina aparición del animal, y acabó estallando en una risita nerviosa seguida de unos cuantos improperios.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó, curiosa.

—Para vosotros, agua —respondió la mujer—. Podéis bajar después, si queréis.

—¿Qué es este lugar? ¿Qué es eso? —preguntó Eyben, señalando a la cúspide.

Un hilillo de lo que parecía humo oscuro, muy tenue, se introdujo por la obertura de la cúspide, y bajó con lentitud hasta internarse en el hoyo. Se removía como si estuviese vivo, dando vueltas en el aire y enrollándose sobre sí mismo.

—Eso es sufrimiento. Hemos construido esto aquí por una razón. Ese agujero es especial. En él puede guardarse el sufrimiento. Construimos la pirámide para que fuese más fácil traerlo, por su forma. Es como un embudo. El cáliz capta el sufrimiento cuando lo llamamos, introduciéndolo en la pirámide, y entonces es más sencillo que llegue hasta las profundidades, y que nosotros podamos filtrarlo más tarde. Estamos intentando atraer aquí el máximo sufrimiento posible. De todos los rincones del mundo. Por eso necesitamos ser muchos. Hay que aprender a trabajar a distancia, tenerlo todo en un mismo lugar y así poder filtrarlo desde la seguridad que nos ofrece la aldea de Inhél y los Raksak, que nos han acogido con mucho gusto.

—Entonces… si nos metemos ahí, ¿vamos a notar el sufrimiento? —preguntó Maira, mirando hacia abajo con recelo.

—No —sonrió Naia—. Vosotros solo podéis sentir vuestro propio sufrimiento. Para vosotros, solo es agua.

Otro hilillo oscuro comenzó a descender desde la cúspide. Maren puso la mano, y el humillo la atravesó, grácil.

—Vamos, Julinka. Siéntate y prueba. ¿Ya has filtrado sin tocar? —le preguntó Naia.

—Creo que no —respondió ella, acomodándose en el suelo.

—Sí, ya lo ha hecho. Yo lo he notado —aseguró Maren.

—Eso es bueno. Así no te costará tanto aprender.

Julinka se sentó y cerró los ojos, imitando al resto de Zhun. Notó un fuerte impulso que ascendía por el agujero. El latido en su pecho se intensificó, casi ahogándola. Sintió unas terribles ganas de bajar por allí y trabajar con todo ese sufrimiento que se acumulaba, pero permaneció sentada. Bajo sus párpados, sus ojos comenzaron a girar. Parecía concentrada, así que Naia les indicó con un gesto que la siguieran fuera de la pirámide. El sol volvió a deslumbrarlos al salir.

—Gracias por traerla. No sabéis lo importante que es esto. Es muy difícil cumplir nuestro deber en otros lugares, pero aquí podemos estar a salvo y aprovechar más nuestras… cualidades —les agradeció Naia.

—¿Han llegado muchos? —preguntó Maren, dirigiendo la vista hacia la cúspide mientras se cubría los ojos con la mano para protegerse del sol.

Ella negó con la cabeza, entristecida.

—No es un camino fácil, y mucho menos para alguien a quien consideran un demonio. La mayoría de nosotros es asesinada al nacer. —Maren sintió una punzada en el pecho, pero no desvió la vista de la pirámide—. Los que han llegado aquí son, sobre todo, habitantes de las Tierras Antiguas, donde también son considerados seres extraños, pero no se les persigue tanto como en las Tierras Modernas. De vuestra tierra, de momento, solo ha llegado Julinka. Por cierto, tengo que presentaros a alguien.

Naia buscó por toda la aldea a un hombre llamado Kosto, que resultó estar remojándose los pies en el riachuelo. Provenía claramente de las Tierras Modernas. Era alto, de piel clara, ya no le quedaba pelo y tenía los ojos azules, por lo que seguramente provenía de las ciudades de más al sur, como Naia. Para sorpresa de todos, vestía con el hábito de monje de Ezartz. Naia les había explicado que fue él quien la había llevado a Inhél. El hombre se apresuró a saludarlos, presentándose. Se sorprendió al saber los apellidos de Maira y Eyben. No se imaginaba que dos jóvenes de alta alcurnia, de dos familias tan importantes, hubiesen llegado hasta allí para ayudar a un demonio.

—¿Sois devoto, hijo? —le preguntó a Eyben, observando el colgante de rayo.

—Sí.

—¿Y qué hacéis aquí, entonces? —preguntó, receloso.

Maira se lo explicó todo. El hombre pareció dudar al principio, pero finalmente asintió.

—Yo sigo siendo devoto, pero tuve que dejar el Templo.

—¿Por qué? —preguntó Eyben.

—Porque me di cuenta de que el Templo era cosa del hombre, y no de Ezartz, cuando conocí a Naia. Supe enseguida que no era un demonio, tan solo con rozarla con la punta de los dedos. Investigué, leí los libros antiguos, y decidí salvarle la vida y renegar de mi puesto de Gran Sacerdote en el Templo de Mitírios. Yo predicaba el amor, el perdón y la compasión. —Maren soltó un bufido—. Y me di cuenta de que nada de eso se estaba llevando a cabo, y que los únicos seres con capacidad de eliminar el sufrimiento eran perseguidos y asesinados por los míos. Y al darme cuenta del porqué, lo abandoné todo. Todo excepto mi fe, por supuesto.

—Entonces, si no son demonios, ¿por qué se les trata como tal? —señaló Eyben, confuso.

—Eso es lo que más me dolió descubrir, hijo. Los hombres han convertido la religión en un castigo. Los fieles lo son porque tienen

miedo. Y tienen miedo porque sufren. Sin sufrimiento, el hombre no puede controlarlos. Así que necesitan ese miedo, que también se hace odio. De hecho, el odio es un arma poderosa empuñada por el miedo. En eso hemos convertido a nuestro dios
—explicó el hombre, apesadumbrado.

—Entonces… ¿sigues creyendo en Ezartz? Debes de ser el único de estas tierras que lo hace —expresó Eyben.

—Claro que sigo creyendo, más que nunca. ¿Alguna vez habéis visto algo más divino que lo que ocurre aquí? Aunque no lo llamen Ezartz, no deja de ser lo mismo, pese a que tenga diferentes nombres y diferentes aspectos. Hay algo por encima de nosotros, una fuerza divina, y no importa qué nombre le pongamos. Quiero conocer a Julinka. Quiero saber su historia. Por cierto, ¿ha encontrado las hojas que le he dejado por el camino?

Maira asintió.

—Cuando los Zhun notan que uno de ellos se acerca, siempre les dejo hojas grabadas con sus nombres, para que sepan que ya están llegando. Es en lo que se entretiene un viejo como yo —sonrió Kosto —. ¿Comemos?

De camino a la aldea, Kosto silbó una melodía repetitiva y estridente. Un pequeño pajarillo se acercó a él rápidamente. Era azul claro, con manchitas blanquecinas que lo hacían asemejarse a un cielo de verano cubierto de nubes suaves. Kosto le dio una semilla y el pajarillo pio, satisfecho.

Les ofrecieron una comida sencilla pero apetitosa, a base de yuca, plátano y pescado, aunque para los Zhun era ligeramente distinta, con grano en lugar de pescado. También habían cocinado gusanos gordos y blanquecinos que Maira rehusó probar, aunque Maren le aseguró decenas de veces que estaban deliciosos. Para ella también estaba deliciosa la comida de Osto, así que Maira no se fiaba mucho de su criterio gastronómico.

Después de comer, Naia les preguntó si querían entrar en el agujero de la pirámide. Maren accedió sin pensárselo, deseosa de emociones fuertes. Al final, acabaron apuntándose todos, no sin cierto recelo. Antes de adentrarse en las profundidades, el chamán de la tribu los llevó a la cabaña de los rituales, y quemó unas plantas, cuyo humo esparció por sus cuerpos, dándoles golpecitos con una rama y entonando cánticos guturales que se entremezclaban con los sonidos de la naturaleza. Naia les explicó que era para purificarlos antes de entrar en el lugar sagrado.

Descendieron a las profundidades mediante una escalerilla enclenque,

hecha de fibras vegetales, que parecía no poder soportar el peso de ninguno de ellos. Maren fue la primera en bajar. El contacto de sus botas con la roca húmeda resonó a su alrededor. Algunos murciélagos salieron de sus escondites, revoloteando por la cueva. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, descubrió ante ella una enorme gruta con una laguna de aguas lóbregas. Maren se quitó las botas, dejándolas en el suelo rocoso, y metió los pies en el agua, que estaba fría. No notó nada extraño, así que decidió despojarse de toda su ropa y lanzarse a la laguna. Se dio cuenta de que el agua era limpia y pura, aunque pareciese oscura. Miró hacia arriba, observando el agujero y la cúspide abierta al cielo. Vio como bajaba un hililllo de sufrimiento, y se hizo a un lado. El extraño vapor se introdujo en el agua, produciendo el ruido de un goteo suave. Sus compañeros, al verla nadar apaciblemente, no dudaron en meterse también. Todos, excepto Maira, que solo metió los pies. Estaba demasiado fría. Estuvieron allí hasta que empezó a atardecer y la gruta se quedó completamente a oscuras.

Cenaron lo mismo que habían comido alrededor de una gran hoguera que habían encendido en el centro de la aldea, no sin antes haberse embadurnado de una pasta verdosa de olor fuerte, pero agradable, que les habían ofrecido para evitar las picaduras de los insectos, y que resultó ser bastante efectiva. Julinka estaba pletórica. Comió junto a sus iguales, ayudándose de Naia para entenderse, pero después se sentó junto a Maira.

—Gracias, Maira. Sin ti no hubiese podido llegar aquí. ¡Ha sido increíble! He notado un montón de instinto, por todos sitios, ¡y he conseguido trabajar sin tener que tocar a nadie! ¡Y he notado sufrimientos que venían de lejos! —le dijo, emocionada, mientras la abrazaba.

Ella sonrió, acariciándole el pelo colmado de florecillas. Observó que esas mismas florecillas eran depositadas en el suelo en grandes cantidades, justo bajo la cabaña de los rituales. Maira le preguntó a Kosto, y él le explicó que allí enterraban las placentas de los bebés cuando nacían, y se les llevaba ofrendas durante el primer año de vida de la criatura, para que la Diosa Madre tuviese algo a cambio de entregar una nueva alma.

—Hay otros muchos rituales curiosos en Inhél. Y habéis llegado justo a tiempo para presenciar uno de ellos. Mañana tendremos una unión. Seguro que os gusta verlo —informó Kosto, sonriente.

—Cualquier cosa aquí parece ser hermosa, así que no lo dudo. Por cierto. Tuvimos que dejar atrás a un compañero. Yo puedo ir a buscarlo, pero necesitaría que alguien que supiese el camino me

acompañase, porque yo sola no sabré llegar hasta aquí de nuevo… lo mío no es la selva—dijo Maren.

—¿Dónde lo dejasteis? —preguntó Naia.

—En Río Blanco. No sé cómo se llama en el idioma autóctono, es lo que ponía en mi mapa.

—Ma Won. No te preocupes, irá uno de los hombres de la aldea, ellos son más rápidos y conocen bien la jungla. ¿Cómo se llama vuestro compañero? ¿Qué le ha pasado?

—Pryo. El mal del viajero.

—Bien. Mañana por la mañana saldrán a buscarlo. También tenemos ganas de conocerlo
—dijo Naia con una enorme sonrisa.

Maren asintió.

—¿Ya lo echas de menos? —le dijo Nero a Maren.

—La verdad es que sí. No tengo con quien pelearme —sonrió ella.

—Claro, seguro que es por eso —se mofó él.

Ambos se tumbaron en el suelo, mirando las estrellas.

—¿Sabes? La noche antes de abandonar Río Blanco, Pryo y yo estuvimos juntos, haciendo… bueno, lo de siempre, ya lo sabes. Pero fue diferente. Sentí una cosa muy extraña en el pecho. Una sensación que no he sabido interpretar. Cuando lo dejé enfermo en el pueblo, me pasó lo mismo.

Nero soltó una risotada estrepitosa, cruzando las manos en la nuca para acomodarse mejor. La miró con sorna, obviando la fulminante mirada que le dirigió ella.

—¿Qué te hace tanta gracia? Te lo digo en serio —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Ya sé que me lo dices en serio, Maren. Si quieres mi opinión, creo que te has enamorado de él hasta las cejas.

—No. No es eso —respondió ella, seria.

—Claro que sí. ¿Qué iba a ser si no?

—Pues no lo sé, pero el amor se siente como algo bello, no como una opresión en el pecho. Ya he estado enamorada antes, y no fue eso lo que sentí.

—El amor puede sentirse de muchas maneras, y cada vez puede ser distinto. Asúmelo, Maren. No pasa nada.

—¿Qué dices? ¿De verdad lo crees? —preguntó, espantada,

incorporándose para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Claro. ¿Estar enamorada te asusta? No lo hubiese imaginado nunca de ti —dijo él, riendo.

—No, no me asusta estar enamorada. Te digo que ya lo he estado antes, y nunca he tenido miedo de esos sentimientos. Lo que me asusta es enamorarme de alguien como Pryo. Si me enamoro, quiero que sea de alguien como tú: un hombre bueno, valiente y generoso. Y que le guste el juego sucio y beber como un cosaco, ya puestos.

—Ah, pero es que eso no se puede elegir. Además, si te enamoras de un hombre como yo, al que le gustan también los hombres, vas a tener un problema —se burló, pellizcándole la mejilla.

—Bueno, pues yo sigo pensando que no es eso —replicó, un poco nerviosa.

Nero se encogió de hombros sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Creo que podría quedarme a vivir aquí. Se respira algo especial —comentó él al cabo del rato.

—Yo también me siento bien, pero nunca podría dejar el mar. Ya lo sabes.

Capítulo 53: Unión

La unión no resultó ser más que una boda, pero que en nada se parecía a las bodas de las Tierras Modernas. Todos se acomodaron alrededor de la pareja, que se encontraba sentada dentro de un círculo de flores recién recolectadas puestas sobre el suelo con mucho mimo. En el centro había un gran cuenco con agua fresca del riachuelo, y otro cuenco más pequeño con fruta pelada y troceada. El resto de la tribu entonaba una canción suave, mientras se movían, sincronizados, como si fuesen brotes de hierba danzando en una leve brisa.
La mujer cogió un poco de agua del cuenco entre sus manos, echándola con suavidad sobre la cabeza del hombre. Lo repitió varias veces, y después fue el turno de él.

—Es muy interesante. Eso lo hacen para purificarse, para limpiar todo lo malo y poder empezar una nueva vida juntos. Para ellos, casarse significa unir sus almas para duplicar sus fuerzas, y también para suplir las carencias del otro —les explicó Kosto, susurrando para no molestar.

Maira los miró, fascinada. Le sorprendió la dulzura que envolvía la escena. Después de la purificación, se alimentaron el uno al otro, ofreciéndose con cariño los trozos de fruta fresca. Cuando terminaron, se incorporaron. La mujer llevaba algo en su mano. Salieron del círculo de flores. El hombre cavó un hoyuelo en el suelo y ella depositó dentro aquello que llevaba en la palma de la mano.

—Eso es la semilla de un árbol. Simboliza el crecimiento continuo de su amor, además de las profundas raíces de su relación. Así, su amor se hace más fuerte cada día. Nunca deja de crecer —murmuró Kosto, emocionado, como si fuese la primera vez que lo veía.

—Siempre que no dejes de regarlo, claro —comentó Maren, guiñándoles un ojo para dejar claro que aquel era un comentario obsceno.

Después, la pareja se abrazó, siendo vitoreados por el resto de la tribu. No hubo festín, ni banquete, ni ninguna otra cosa que marcase aquel

día como algo especial. Julinka asistió a la unión, pero se pasaba casi todo el día en el interior de la pirámide, filtrando y aprendiendo a utilizar su don.
La niña había cogido peso desde su llegada a las Tierras Antiguas, y las mejillas le habían adquirido un tono rosado que denotaba la buena salud de la que gozaba gracias a los cuidados de los aldeanos. Naia les había dicho que era la mejor filtradora que tenían. La niña parecía tener muchísima más facilidad que los demás para aprender, y resultaba sorprendente su capacidad de filtrar a distancia.

Maira se pasó la tarde jugueteando en el riachuelo junto a sus compañeros. Había visto a los niños chapotear en el agua, y le habían entrado unas ganas tremendas de hacer lo mismo. Estuvo jugando con ellos hasta que se le unieron los demás, motivados por las risas de las criaturas. Maren tenía a tres niños amarrados a las piernas, intentando hundirla en el agua. Reía, feliz. Nero se alegró de verla así. Aquel lugar le sentaba bien. Eyben estaba también pletórico, cargando a un niño en cada brazo mientras otro le intentaba trepar por la espalda. Todos parecían tener un brillo especial en los ojos.

Por la noche, todos cogieron rápidamente el sueño, exhaustos, excepto Maira, que seguía activa. Había tanta belleza en aquel lugar que sentía que dormir era una pérdida de tiempo. Salió de la cabaña sin paredes en la que dormían, con cuidado de no despertar a nadie, caminó hacia la cabaña en la que guardaban alimentos y objetos, mucho más pequeña que la otra, y se sentó allí, observando el riachuelo de nuevo, esta vez bajo la luz rojiza de la hoguera, que chisporroteaba tras ella. De repente, vio algo que le llamó la atención. Fue corriendo a despertar a Eyben, con cuidado de no molestar a los demás. Solo a Eyben. Quería estar con él. Desde su beso en Angapuhu no habían vuelto a estar solos.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —le susurró.

Eyben la siguió, aún adormilado, pero se despejó enseguida al ver el espectáculo que se presentaba ante sus ojos. Cientos de lucecitas se movían sobre el río de aquí para allá, como si las estrellas hubiesen bajado del cielo y quisiesen exhibirse ante ellos. Allí no existía el silencio, pero las nanas que entonaba la naturaleza, llenas de vida, eran la melodía más hermosa con la que uno podía abandonarse al sueño.

—Nunca había visto algo así —dijo Eyben, maravillado.

Ambos se sentaron en la cabaña de los alimentos, observando la danza nocturna de la naturaleza. Maira apoyó la cabeza en su hombro, y él le cogió la mano con ternura.

—Hoy he estado pensado en lo que hablamos el otro día. Sobre el

matrimonio, quiero decir. Me he dado cuenta, al ver la boda de hoy, que tienes razón. Nunca me había percatado de ello,
no sé. De repente, me ha parecido algo triste, comparado con lo que hacen aquí —dijo Eyben, pensativo.

Maira no contestó. No quería pensar en eso. Estaba siendo feliz, y no quería que ninguna preocupación le estropeara esa sensación. Besó a Eyben con dulzura, impregnándose de su aroma y su calor. Él la correspondió, embelesado. Se sorprendió pensando que, si era con Eyben, sí quería casarse.

—Quiero enseñarte otra cosa. Cierra los ojos, Eyben. No los abras hasta que yo te lo diga
—le dijo de golpe, notablemente emocionada.

El joven obedeció, curioso. Maira se levantó, y al poco rato, volvió a sentarse junto a él. Entrelazó los dedos con los suyos y le giró la cara con suavidad para besarlo de nuevo. Él sonrió, con los ojos todavía cerrados.

—Ya puedes abrirlos —le susurró.

Eyben abrió los ojos y la observó, perplejo. Tragó saliva. Se separó un poco de ella. Maira se había despojado de su ropa y se mostraba desnuda ante él, pero no solo físicamente. Lo miró, expectante.

—Maira… —murmuró él, dubitativo.

Ella volvió a besarlo.

—¿Qué? Es lo que quiero ahora. No habrá otro momento. Pryo no está, pero no tardará en llegar. Y cuando volvamos a Reldeter, ya sabes lo que va a pasar. Quiero al menos decidir ahora, vivir ahora. Así podré refugiarme en los recuerdos de estos días cuando ya no me quede nada. Quiero ofrecerte mi pureza a ti. Eso nadie podrá quitármelo.

—No. No. Esto no está bien. Es peligroso. Si alguien se entera… a ti te meterán a lluvia y a mí me cortarán la cabeza, lo sabes, ¿verdad? —murmuró él, muy alterado.

—Eso no va a pasar. Nadie va a enterarse. Yo no voy a decir nada, y sé que tú tampoco
—le dijo, recordando las palabras de Maren. No quería dejarse llevar por el miedo, no en ese momento.

—Ya sé que no vas a decir nada, pero si no pasas la prueba la noche de bodas… Lo sabrán, Maira. ¿Has pensado en eso? Es algo que no tiene marcha atrás. Es una deshonra para ti, para mí y para nuestras familias. Una cosa es darse unos cuantos besos a escondidas, pero esto es muy distinto. Es muy peligroso.

—Claro que lo he pensado. Pero lo tengo todo controlado —susurró mientras asentía, sonriendo—. No haremos nada que tú no quieras, pero piénsalo, Eyben, por favor. Yo no quiero que esto me suceda con nadie más.

Él seguía mostrándose inseguro. Le sudaban las manos. Maira le acarició las mejillas con suavidad, apoyando la frente contra la suya y perdiéndose en los ojos verdes y brillantes de él. Eyben vaciló antes de besarla en un arrebato de deseo vibrante que ya no pudo controlar, estrechándola contra su cuerpo y acariciando su piel desnuda, que había deseado durante tanto tiempo. Maira se estremeció. La tumbó con cuidado sobre el suelo de la cabaña y volvió a juntar los labios con los suyos, con más pasión que nunca. Se perdió en sus ojos de color miel, que lo miraban, expectantes, y en cada poro de su piel, amándola con todo su ser. Fue dulce y cuidadoso, tratándola con delicadeza, pero también con sensualidad, haciéndola saborear por primera vez el gozo que escondían las artes amatorias, y le dio todo el amor que tenía guardado para ella.
Los dos se quedaron mirándose, tumbados el uno frente al otro, acompasando sus respiraciones agitadas.

—Eres preciosa —le susurró mientras recorría su piel con la yema de los dedos—. Podría pasarme días enteros mirándote.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? —le preguntó ella.

—Ahora mismo, no. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza, sonriéndole. Aquella era la mejor decisión que había tomado nunca, y era suya, impregnada con el sabor de la libertad.

—Te quiero, Eyben —le susurró, mirándolo con ojos centelleantes. Sí, lo quería de verdad. Y lo quería mucho.

—Yo también te quiero —declaró él mientras la besaba en la frente.

—Soy muy feliz. Ojalá me quedara a vivir en este día para siempre. ¿Te imaginas? Ha sido el día más perfecto que he vivido jamás.

—He pensado una cosa. No creo que funcione, pero voy a hacer todo lo que pueda. Le pediré tu mano a tu padre cuando lleguemos. Quizá, si aún no tiene claro con quién casarte, pueda pensarlo… —dijo, ahogando su angustia.

—Eso no tiene importancia ahora. No lo pienses. Aún queda mucho para volver. Hagamos de estos días los más felices de nuestras vidas.

Maira se quedó dormida acurrucada junto a él, con el compás de su respiración marcándole los sueños dulces.

Capítulo 54: Lluvia

Maira se despertó poco antes de que amaneciera. Seguía entre los brazos de Eyben, que dormía profundamente con el rostro relajado. Se quedó un rato disfrutando de su calor y del apacible vaivén de su pecho al respirar. Le dio un beso suave y se zafó de su abrazo con cuidado de no despertarlo. Se vistió y buscó a Maren por toda la aldea, porque por lo visto ella también había madrugado. La encontró sentada frente a la pirámide, con las piernas abiertas y la cabeza ladeada, observándola con atención.

—Maren, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué has hecho ya? —preguntó ella, con una sulfuración simulada.

Ante aquella pregunta, Maira la miró, alarmada. Maren enarcó una ceja, divertida. Pillaba aquellas cosas al vuelo.

—¡Maira! ¡No me digas! —Rio—. ¿Con quién? ¿Con el joven ese que pescó aquel pez tan enorme?

—¡No! Con… con Eyben, obviamente —contestó Maira, confusa.

—¿De verdad? No es tan obvio, querida. ¿Se ha atrevido? Yo hubiese puesto la mano en el fuego a que no —se burló—. ¿Y qué tal? Tengo curiosidad.

—Raro —respondió, azorada.

—Pero… ¿raro bien o raro mal?

—Raro… bien —murmuró Maira.

—¿Sabe lo que se hace?

—¡Maren!

—Vale, ya paro —sonrió, alzando las manos—. Aunque estoy segura de que no —añadió en voz baja pero lo suficientemente alto como para que Maira la oyese—. Ven conmigo, venga.

Maren se dirigió a la aldea. Calentó un poco de agua en el fuego, la echó en un cuenco y abocó dentro una mezcla de lo que parecían

hierbas pulverizadas que llevaba en una bolsita de cuero colgada del cinto.

—Bébetelo —le ordenó a Maira.

—¿Qué es? —preguntó ella, olisqueando la infusión.

—El secreto mejor guardado de las putas. Criarse en un burdel tiene sus ventajas. —Maira la miró sin entender—. No queremos regresar siendo uno más, ¿verdad? Eso sería un problema para ti y para el señorito Marnegra, querida. Bébetelo.

Maira obedeció. Eso sí que no lo había pensado. Bendita fuese Maren. La infusión tenía un sabor amargo y rasposo, pero se bebió hasta la última gota.

—¿Funciona de verdad? —preguntó Maira.

—Claro que sí. Si no tendría una prole esperándome en cada puerto.

—¿Entonces por qué…?

—¿Por qué nací yo? Bueno, a veces las putas se pasan un poco con la bebida y, claro, después no se acuerdan de tomarlo, lo cual es una gran suerte para mí y para el resto de niños del burdel. Bendito sea el momento en el que mi madre se olvidó de tomarlo —bromeó.

—Gracias, Maren.

—No hay de qué. Mira, de hecho, prefiero que esta bolsa te la quedes tú. Yo tengo más en el barco. Así no tengo que enterarme cada vez que os arriméis. Mucho mejor para todos. En especial para mí.

Maira se guardó la bolsita, sonriendo. Un barullo les llamó la atención. Cuatro mujeres se estaban desvistiendo completamente, deshaciéndose de sus taparrabos. Eyben salió de la cabaña y se acercó a Maren y a Maira, desperezándose. Tenía el pelo revuelto y la camisa mal abotonada.

—Buenos días, Eyben. ¿Has dormido bien esta noche? Por tu cara, yo diría que sí —dijo Maren con sorna, guiñándole un ojo.

Eyben la miró, y después miró a Maira, alarmado.

—No te preocupes, querido. No diré nada y, además, he ayudado a tu enamorada a no llegar con una buena panza a Reldeter, lo que hubiese sido todo un acontecimiento. No hace falta que me des las gracias. No sé qué haríais sin mí, la verdad. Ah, y ves aprendiendo que las mujeres nos lo contamos todo. Todo, Eyben —dijo, maliciosa.

Los cánticos alrededor de las cuatro mujeres desnudas volvieron a llamar su atención. Les habían pintado la cara, pero también el vientre. Una circunferencia de color rojo les rodeaba el ombligo. Se

sentaron en el suelo, formando un círculo, y comenzaron a cantar, con los ojos cerrados y el rostro mirando hacia el cielo. Naia se acercó a ellos.

—Están llamando a la lluvia. Hace días que no llueve —les explicó.

—¿Llamando a la lluvia? ¿Y eso cómo se hace? —preguntó Maren, frunciendo el ceño.

—Solo pueden hacerlo las mujeres que están sangrando. Tienen algo que ofrecerle a la tierra a cambio de lo que quieren. Según explican, sienten una especie de fuerza interior en las entrañas, donde tienen dibujado el círculo. Con eso pueden conectar con la Diosa Madre. También lo hacen las mujeres embarazadas.

Estuvieron allí sentadas toda la mañana, hasta que, quizá por casualidad, quizá no, un buen chaparrón empapó la aldea. La tribu, agradecida, colmó la cabellera de florecillas a las mujeres que habían llamado a la lluvia. Fue un aguacero intenso pero breve. El sol no tardó en salir de nuevo. Aquello les permitió volver a pasar la tarde en el riachuelo. Eyben y Maira retozaban en el agua, sin avergonzarse de sus muestras de cariño, sintiéndose libres hasta que llegase Pryo. Maren y Nero los observaban desde la orilla.

—Da gusto verlos así —dijo Nero, emocionado.

—La verdad es que sí —respondió Maren con una enorme sonrisa.

Eyben y Maira pasaban todo el tiempo que podían estando juntos, exprimiendo los segundos antes de que llegase su amigo. Durmieron juntos en la cabaña de los alimentos todas las noches siguientes, aprendiéndose sus cuerpos de memoria. Para cuando llegase Pryo, Eyben ya se sabría cada peca, cada lunar y cada cicatriz que habitaba en el cuerpo de Maira.

Capítulo 55: Jun

Jun corría por la selva, desesperado. Tenía que llegar cuanto antes a su aldea. A pesar de las contusiones y las heridas, no sentía dolor, pero sí miedo. Un miedo atroz, que le oprimía el pecho y lo hacía quedarse sin respiración. No dejó de correr en ningún momento, y consiguió llegar a la aldea antes de mediodía. Naia y Julinka, que estaban recogiendo ramas para hacer leña, fueron las primeras en verlo. La mujer se horrorizó al advertir su estado. Tenía magulladuras por todo el cuerpo, y un gran corte en forma de rayo en el pecho, que todavía sangraba en abundancia. Se acercaron a él, corriendo. Jun les contó apresuradamente lo que estaba pasando.
Seis días atrás, Jun había emprendido el camino hacia Río Blanco para buscar a Pryo. Había ido él solo, no necesitaba a nadie más. Era un hombre ágil, y se conocía la selva como si fuese la palma de su mano. Cada tronco, cada helecho, cada riachuelo. Hacía tres días que había llegado al pueblo de Río Blanco. Había estado allí alguna vez, para intercambiar alimentos y objetos, pero no era habitual que los Raksak abandonaran la espesura de la jungla. Los lugareños se habían extrañado un poco al verlo sin nada que pudiese vender entre las manos.

A Jun no le había resultado difícil encontrar a Pryo. Era el único de piel clara que andaba por el pueblo. El joven hombre se había alegrado mucho de verlo. Quizá incluso demasiado, pero Jun se lo tomó como algo bueno. Al fin y al cabo, él no entendía demasiado sobre aquella cultura tan extraña. El muchacho debía de estar deseoso de volver a reunirse con sus amigos. Pryo lo había hecho entrar a una de las casas de la aldea, y cuando Jun vio a todos esos hombres que se parecían a Pryo, con sus pieles blancas y sus cuerpos altos, intentó huir. Pero ya era tarde. Lo habían capturado y tratado como si fuese una bestia. Como si, por hablar distinto y vestir distinto, mereciese ser menos que nada. Él se había resistido, por supuesto, pero eran muchos y él solo era uno. Lo habían querido utilizar para guiarlos hasta la aldea. Jun, obviamente, los había llevado por caminos equivocados.

Prefería morir a llevarlos hasta su gente. Pero los hombres blancos no eran estúpidos. Se habían dado cuenta. Le habían rajado la piel como castigo, mientras le pisaban el cuello con sus botas de cuero regio llenas de barro, y le habían pegado tanto y tan fuerte que pensaron que estaba muerto. Pero Jun era un hombre duro. Los hombres blancos no tuvieron tiempo de reaccionar cuando él salió corriendo. Y, cargados con sus ropas, sus armas pesadas y su torpeza en la jungla, no lo alcanzarían. No podrían seguirlo. Pero Jun no sabía que aquellos hombres anteponían su misión a todo lo demás. Y que estaban preparados para cualquier cosa, incluso para encontrar caminos invisibles en la selva.

Maren se había quedado dormida hasta tarde y estaba desayunando cuando advirtió algo. Naia y Julinka cuchicheaban con la gente de la aldea y el resto de Zhun, y todos se mostraban agitados. Maren los observó con el ceño fruncido. Julinka se dio cuenta, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora mientras la saludaba. Los aldeanos se activaron, cogieron a sus niños y se internaron en la jungla. Naia se acercó a Maren y al resto de marineros, que no se habían percatado de la situación.

—Hoy es un día muy especial. Alguien ha visto un baluam. Es un animal muy extraño, y muy preciado. Trepa por los árboles, y su color verde brillante lo hace muy difícil de capturar. Tiene un enorme cuerno en la cara, pero no es peligroso. Se dice que, si se toca su piel, da buena suerte. Después se vuelve a liberar, claro. Necesitamos toda la ayuda posible para poder cogerlo. Es todo un acontecimiento para los lugareños —les dijo Naia.

Ellos se apuntaron, divertidos. Pero a Maren había algo que seguía mosqueándola. Se internó en la selva, buscando al baluam, mientras se le cruzaban mil pensamientos por la cabeza. Pryo ya debería haber llegado. ¿Y si realmente estaba muy enfermo? ¿Y si había muerto? ¿Y si lo habían abandonado allí, solo, y le había ocurrido algo malo? Intentó quitarse aquellas ideas de la cabeza, pero volvía a sentir aquella extraña opresión en el pecho que podía ser una mezcla entre amor y preocupación. Julinka, junto con dos Zhun más, les pidió a Maira y a Eyben que la acompañasen.

—Quiero enseñaros algo en la pirámide. He aprendido a hacer una cosa nueva.

Ellos la siguieron, curiosos. Cuando llegaron a la pirámide, Julinka les pidió que apoyaran la espalda en las columnas que indicaban la entrada al edificio, uno en cada una. Después, les pidió que cerrasen los ojos y mantuviesen los brazos pegados al cuerpo lo más fuerte que pudiesen. Maira y Eyben sonreían, intrigados. Fue tarde cuando se

dieron cuenta de lo que sucedía. Las cuerdas les estrujaron las entrañas, sujetándolos contra las columnas. Los Zhun fueron concienzudos con los nudos. Eyben intentó zafarse, sin éxito.

—Julinka… ¿qué haces? —preguntó Maira, con una mezcla de miedo y desconcierto.

La niña llevaba un cuchillo en la mano. Los dos Zhun que la acompañaban, y que los habían inmovilizado, le dieron un abrazo a la niña y salieron corriendo hacia la jungla. Maira recordó entonces el sueño de la pirámide. No podía creerse que finalmente Julinka fuese un demonio. Intentó soltarse, sintiendo en su interior todo lo que había experimentado en el sueño. Un terror irracional se apoderó de sus huesos.

—Julinka, por favor… —gimió, asustada.

—Ahora tenéis que escucharme —dijo la niña, seria—. No voy a haceros daño. Pero es muy importante que me hagáis caso. Pryo está a punto de llegar, y viene con otros hombres.

—¿Qué? ¿Qué hombres? Suéltanos —se quejó Eyben, intentando moverse.

—Hombres que quieren matarme. A mí y a los que son como yo.

—Eso… eso es imposible. Vamos, desátanos.

La niña negó con la cabeza.

—Hemos hablado mucho, los Zhun y yo. No querían dejarme hacer esto, pero es la única solución. Si no lo hago, los matarán a todos. Es la única manera. Y vosotros tenéis que ayudarme, por favor. Por favor. Necesito que, cuando lleguen los hombres, no les digáis que aquí hay más como yo. Pryo solo sabe que estoy yo. Decidle que no hay más. Solo yo, Maren, vosotros y la gente de la tribu, pero no los Zhun. Yo… yo les diré que soy un demonio, y que os he traído aquí utilizando mi magia. Por favor.

—Pero te matarán, Julinka —comprendió Maira, con lágrimas en los ojos.

—Sí. Ya lo sé. Es la única manera.

—No. Vete. Vamos. Vete, corre. Julinka, por favor. Márchate —le suplicaba Maira, sollozando.

—Si me voy, me buscarán. Pryo sabe que estoy aquí. Y si me buscan, pueden encontrar a los demás. No te preocupes por mí. He aceptado mi destino, como debe ser —la cogió de la
mano—. No tengo miedo. He sido feliz. Gracias a ti he conocido la felicidad. Estos meses he descubierto el amor, cuando hasta entonces

solo había conocido el odio —dijo con una sonrisa mientras se miraba la mano mutilada—. Me habéis querido, me he reído, he jugado y he conocido este sitio. Si me hubiesen matado en Reldeter, solo hubiese vivido en la Oscuridad. Así que acepto mi destino.

Maren miraba distraídamente hacia la copa de los árboles, pero no veía que nadie más lo estuviese haciendo. Se sintió una estúpida. Allí pasaba algo raro y ella estaba buscando a un animal que daba suerte como si fuese tonta. Se fijó bien en Naia, que hablaba con un hombre. Advirtió que estaba gravemente herido, y cayó en la cuenta de que era el hombre que había ido a buscar a Pryo. Un temor comenzó a crecerle en el estómago.

—Nero, algo no va bien. Ese es el hombre que fue a buscar a Pryo. Creo que ha pasado algo malo.

Buscó con desesperación a Maira, Eyben y Julinka, pero no los encontró. Ninguno de ellos estaba en la jungla.

Capítulo 56: Pryo

Pryo seguía el camino que marcaba uno de los rastreadores. No era sencillo, el salvaje los había despistado, pero habían acabado encontrando un rastro de hacía unos días, que seguramente pertenecía a sus compañeros. Pryo pensaba una y otra vez en cómo había podido escaparse aquel selvático. Pero ya no importaba. Pronto llegarían, y nada podían hacer los salvajes ni los marineros contra la Armada del Rayo.
Cuatro días atrás, Pryo se había reunido en Río Blanco con los guerreros de Ezartz. Fue un alivio tenerlos ya allí. Temía que no hubiesen superado las tormentas de Rado, o que no hubiese dejado las direcciones claras. Al día siguiente, un salvaje había llegado al pueblo, preguntando por él para llevarlo hasta la pirámide. Lo habían capturado, obligándolo a llevarlos hasta allí, pues se había negado al ver a los guerreros. Cuando se dieron cuenta de que caminaban en círculos, le dieron tal paliza que parecía muerto, pero el salvaje consiguió levantarse y salir corriendo. Pryo aún seguía confuso por aquello.

El camino por la jungla era arduo, pero a él no parecía importarle. Notaba toda su energía hirviendo en su interior, deseosa de brotar para llevar a cabo su cometido. Qué ganas tenía de acabar con esos demonios. Qué orgullosos estarían su padre y el Gran Sacerdote. Era tal la emoción y la adrenalina que le recorrían las venas que apenas prestaba atención a sus otros sentimientos, que le rondaban por el pecho, como si no quisiesen molestar, como si no quisiesen alejarlo de su cometido. Por fin sentía que estaba pagándole a Ezartz todo lo que había hecho por él. Sentía que estaba haciendo el mayor bien a la humanidad que jamás hubiese hecho alguien. Exterminaría hasta el último demonio de Dunia.

Cuando Pryo y los guerreros de Ezartz llegaron a la aldea, se la encontraron desierta. Destrozaron y quemaron las cabañas, buscando algo que pudiese servirles, pero el salvaje sin duda había llegado antes que ellos. Pryo chasqueó la lengua, indignado. Buscaron la pirámide, y

la encontraron poco después, oculta en un claro de hierba. Pryo soltó un grito triunfal al ver la escena. Su momento de gloria había llegado.

—Ese déjamelo a mí —le pidió a Ainte, que asintió.

Capítulo 57: Sacrificio

Julinka se giró. Los oyó antes de verlos.

—Ayudadme a salvar al resto —les pidió con una sonrisa, antes de ponerse seria.

Pryo fue el primero en aparecer, espada en mano, seguido de varios hombres ataviados con el escudo de la Armada del Rayo. Soltó un grito triunfal que provocó que algunos pájaros huyesen de la copa de los árboles, espantados.

—Pryo… —se lamentó Eyben en un susurro desengañado.

Maira comenzó a llorar, histérica. Julinka sujetó el cuchillo con mano firme. Pryo se acercó a la niña lentamente.

—¿Qué haces, demonio asqueroso? —escupió aquellas palabras con un odio visceral.

—Pryo, por favor, por favor… —lloriqueaba Maira, desesperada.

Pero Julinka no le dio pie a hablar.

—Has sido al único al que no he podido embrujar, Pryo. A ti no podré sacrificarte —le dijo la niña, sin inmutarse.

Pryo sonrió, soberbio. Cambió el peso de pierna. En un abrir y cerrar de ojos, blandió su espada con fuerza, atravesando el aire con un silbido. Fue un corte limpio. La cabeza de Julinka rodó por la hierba, dejando un reguero de sangre. Su pequeño cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo, mientras la sangre seguía brotando de la herida, rítmica e hipnótica. Maira gritó, desfalleciéndose. Se mantuvo erguida solo porque estaba amarrada a la columna. La decapitación había sido tan salvaje que tanto su ropa como la de Eyben habían acabado salpicadas con la sangre de la niña.

Por la mente de Maira pasaron miles de pensamientos, pero en todos ellos aparecía Julinka; la primera vez que la vio, cuando le llevaba comida a la gruta, cuando habían ido a ver el faro juntas, cuando disfrutaba comiendo, cuando la reconfortaba, cuando reía con sus

cosquillas. Incluso le pareció escuchar todavía su voz, tranquilizándola. Los recuerdos se reproducían en su cabeza como si fuesen reales, intentando sustituir la escena que tenía delante. Los ojos de Julinka, sin embargo, habían dejado de girar para siempre, y aquella era la única realidad.

Eyben se mantuvo firme, intentando controlar sus emociones. Pryo, junto con otro hombre, se acercó a liberarlos. Cogió a Maira, que no dejaba de gritar y llorar.

—Vamos, ya está. Estás a salvo. ¿Dónde están los otros? —le preguntó con apremio.

—No hay más. Solo estaba Julinka. Nos trajo aquí, hechizados, para sacrificarnos a Kalid en este lugar profano. Hay un agujero que baja directamente a la Oscuridad —dijo Eyben, intentando mantener la compostura y evitando que Maira se fuese de la lengua. Aun así, le temblaba la voz. Aquello no podía disimularlo.

—¿Estás seguro?

—Completamente —dijo Eyben.

Pryo lo miró, dejando a Maira de rodillas en el suelo. Confiaba en él. En ese momento, un grito desgarrador brotó de la jungla.

Maren había buscado al trío por todas partes. Cada vez estaba más inquieta. Por más que preguntaba, nadie parecía o quería entenderla. Se sentó sobre una roca, acongojada y cabreada. Fue entonces cuando lo oyó. Voces, pasos pesados, e incluso le pareció escuchar un grito que hubiese jurado era de Pryo. Se levantó rápidamente, siguiendo el sonido. Sus hombres la siguieron. Naia intentó retenerla, sin éxito. Llegó justo al límite de la jungla para ver como Pryo decapitaba a Julinka. Se quedó allí, de pie, sin hacer nada. Naia corrió hacia ella, poniéndole la mano en el hombro. La mujer salió impulsada hacia atrás, como si le hubiese dado un calambrazo. Naia no había sentido jamás algo así. Era la primera vez que se asustaba ante una emoción de dolor. Maren ni siquiera la miró. Nero temblaba, con el miedo y la rabia corriéndole por el cuerpo. Pena por Julinka. Miedo por Maren. Rabia por Pryo.

—No tienes mundo suficiente para escapar de mí, Pryo. Ya puedes rezarle a tu dios con todas tus fuerzas —murmuró Maren, con el rostro impasible, antes de proferir alarido desgarrador.

Maren desenvainó la espada y salió de la jungla con un único objetivo: matar a Pryo. Él, al darse cuenta, cogió a Maira y la levantó del suelo.

—Tenéis que iros, Eyben. Nos vemos en Río Blanco. Sigue a ese rastreador.

Eyben asintió. Como Maira estaba conmocionada y no caminaba, tuvo que cogerla en brazos, pero le resultaba muy difícil huir así. La bajó al suelo y tiró de ella. Maira cayó de rodillas, sollozando, gritando y señalando hacia la pirámide.

—No mires. Tenemos que hacer lo que nos ha pedido Julinka. Tenemos que proteger al resto. Ella se ha sacrificado por nosotros. No hagas que Pryo sospeche.

Volvió a levantarla, tirando de ella con brusquedad. Maira hizo todo lo posible por que sus piernas echaran a correr, pero no soltó la mano de Eyben en ningún momento, temiendo quedarse sin fuerzas.

Maren, extrañamente, parecía estar en sus cabales. Caminaba segura hacia Pryo, sin correr, sin gritar, con una expresión de seriedad con la que era imposible saber qué era lo que pensaba. Arrastraba la punta de la espada por el suelo, dejando un hilillo de tierra revuelta entre la hierba. Ni siquiera parpadeaba. No parecía estar teniendo un ataque de locura, y aquello era lo más peligroso. Uno de los guerreros de la Armada se acercó a ella, ya prevenido por Pryo, y la atacó. Casi sin mirarlo, levantó la espada, evitó el ataque y le atravesó el abdomen al pobre infeliz. Maren sintió la sangre caliente manar de la herida, empapándole los dedos. Miró al hombre a los ojos, acercándose mucho a él, e incrustó más la espada en su cuerpo. Los hombres de Maren salieron de la jungla, profiriendo gritos, y atacaron a los guerreros de la Armada, uniéndose a su capitana. Maren se deshizo de una patada del cuerpo del hombre que había matado, desincrustando la espada de su carne, y siguió caminando hacia Pryo, sin prisa. Cuando llegó ante él, se apartó el pelo de la cara, llenándose de sangre ajena. Lo miró con la cabeza ladeada, dando golpecitos con la espada en el suelo, como si estuviese pensando qué debía hacer a continuación. Pero no pensaba nada. Lo tenía muy claro.

—Cómo has podido hacer algo así. Cómo has podido *hacerme* algo así. Estás muerto, Pryo —pronunció aquellas palabras con tanto rencor que él se estremeció.

—Maren, escúchame. Era un demonio. Lo he hecho por vosotros, por ti. Puedo ayudarte. Quiero ayudarte. Te he salvado la vida. Abre los ojos, por favor.

—Eres repugnante. ¿Qué intentas? Estoy segura de que ya habías planeado matarla mucho antes de conocerme a mí, mentiroso de mierda. Eres un monstruo. Eres un demonio, Pryo. Uno de los de verdad. No me queda otra elección que no sea matarte.

Maren sentía que no le cabía más odio en su pequeño cuerpo. Le rebosaba por todos los poros de la piel, como una toxina letal. Y todo ese odio estaba destinado a una sola persona. Maren comenzó

atacando manteniéndose bajo control, pero al darse cuenta de que él simplemente se estaba defendiendo, perdió la razón por completo, dejando que por fin su locura, que llevaba rato ansiosa por mostrarse, se liberase. Utilizó toda su furia contra Pryo, pero él ya conocía sus puntos débiles. Maren consiguió atizarle en el brazo izquierdo, provocándole una herida superficial. Él se apartó, mirándola con seriedad. Pryo se había pasado días pensando sobre ese momento, sobre cómo hacer entrar a Maren en razón, pero supo, al verla, que era imposible. Estaba corrompida, y aquello le provocaba una pena inmensa, porque se había dado cuenta de que la apreciaba. Pero no podía dejarse matar, y Maren era lo único que quería hacer en ese momento. Matarlo.

Los hombres de la aldea habían comenzado a lanzar flechas desde la espesura, defendiendo su lugar sagrado. Una flecha pasó silbando junto a Nero, impactando en el cuello de uno de los guerreros de Ezartz, que cayó fulminado mientras la vida se le escapaba junto con el abundante chorro de sangre. Nero, por si acaso, lo remató. Otro guerrero se acercó corriendo a él, hecho una furia. Tenía fuerza y destreza, pero Nero era un hombre grande y fornido, difícil de combatir, y que amaba el juego sucio.

Cientos de hilillos negros se colaban por el cáliz de la cúspide. Los Zhun, refugiados entre la vegetación, intentaban filtrar todo el sufrimiento que podían. Habían formado un círculo, dándose las manos para hacerse más fuertes, concentrándose en todo el dolor que emanaba del claro de la pirámide, ahora convertido en campo de batalla. Algunos temblaban, superados por la situación, pero no dejaban de hacer su trabajo. Naia seguía impactada por lo que había sentido al tocar a Maren, pero no podía permitir ninguna distracción en aquel momento. Tenía que cumplir su deber. Tenía que filtrar.

Pryo lanzó una estocada contra Maren, hiriéndola en el muslo. Ella sintió que la pierna le fallaba, pero no le dolió, así que siguió atacando con todas sus fuerzas, concentrada en su objetivo.
Le lanzó un mandoble directamente a la cabeza, que él detuvo de milagro. Pryo la golpeó tan fuerte que pensó que se le iban a romper los brazos al bloquear el ataque. La hoja de su espada se dobló. Gritó, rabiosa, apartándose para coger aire.

Los Raksak trataban de disuadir con sus flechas a los guerreros que intentaban internarse en la pirámide, y que llevaban en sus manos unos extraños artefactos oscuros y pesados que jamás habían sido vistos en aquellas tierras. Consiguieron derribar a uno de ellos, pero fueron tres los que lograron entrar en el lugar sagrado. Los artefactos resultaron ser bombas de pólvora. Los guerreros de Ezartz no dudaron. Prendieron las mechas y arrojaron las tres bombas por el agujero. Dos

cayeron al agua, quedando inservibles. La otra, por desgracia, cayó en la roca, rebotando con un sonido metálico que resonó por las paredes de la gruta. El estruendo de la explosión hizo temblar el suelo y sacudió los cimientos de la pirámide. Los aldeanos gritaron, dolidos. Ni siquiera entonces, con el suelo temblando bajo sus pies, Maren apartó la vista de Pryo.

Ainte, el comandante de los guerreros, hirió de gravedad a Osto, que cayó al suelo. El marinero intentó huir, arrastrándose por la hierba, pero el guerrero de Ezartz lo remató, hundiéndole la espada en el pecho. El crujido de sus costillas al romperse quedó amortiguado por el grito de satisfacción de Ainte.

Maren se lanzó contra Pryo, pero él se hizo a un lado y la hirió en el brazo. Ella se giró, furibunda, pero no le dio tiempo a atacarlo de nuevo. Pryo volvió a lanzarle una estocada en la pierna, haciéndola caer, mientras que con un golpe fuerte conseguía arrebatarle la espada de las manos. Maren intentó levantarse y volver a coger su arma, pero aquella vez la pierna ya no respondió. No notaba el dolor, pero sí la sangre salir a borbotones de las heridas profundas. Intentó arrastrarse hasta su espada, desesperada, dejando manchas de sangre sobre la hierba. Pryo le dio una patada al arma, apartándola todavía más de Maren. La apuntó con su espada en el pecho. Ella se quedó quieta, mirándolo. Temblaba de rabia. Comenzó a reírse, totalmente fuera de sí, mientras sus ojos se desbordaban de lágrimas. Volvió a apartarse el pelo de la cara, llenándose de barro y sangre.

—¿No vas a matarme? —le dijo, desafiante.

Una flecha impactó contra el brazo de Pryo, haciéndolo mascullar, pero siguió apuntando a Maren, que lo miraba con una animadversión que le puso el vello de punta. Apretó la espada contra su carne, hasta que apareció un reguero de sangre que se deslizó por el esternón de ella, recorriéndole la piel con suavidad. Maren se rio más, cogiendo la hoja de la espada con las manos y presionándola contra su piel. La espada se hundió un poco más en su carne, y el filo del arma le hizo cortes en las manos. Pryo separó el arma del cuerpo de Maren lentamente.

—Claro que no vas a matarme. Eres un cobarde —escupió las palabras como si fuesen veneno.

Pryo envainó la espada, partió la flecha del brazo que, misteriosamente, no le dolía, y se dirigió a la selva, llamando a la retirada a los guerreros de Ezartz que aún quedaban con vida. Su trabajo allí había terminado. No tenía sentido perder más hombres por unos cuantos indígenas y marineros borrachos. Antes de perderse entre la vegetación, le dedicó a Maren una última mirada

apesadumbrada.

—¡Eres un cobarde! ¡Vuelve aquí, Pryo! —le gritaba mientras se arrastraba hacia su
arma—. ¡No vas a poder huir de mí! Voy a matarte, ¿me oyes? ¡Voy a matarte! ¡No habrá dios que pueda protegerte! ¡¡Pryo!!

El silencio del atardecer se extendía, rosáceo, por las nubes y su lento deslizar por el cielo, cruzado por una bandada de pájaros que observaban las desgracias del mundo terrestre desde lo alto. Los murmullos y quejidos de los heridos y los moribundos quebraban la calma previa al crepúsculo. En los oídos de Maren solo retumbaba, aún agitado, su corazón encolerizado, y sus manos temblorosas, tensas y ensangrentadas, agarraban la tierra con ira. Tenía los ojos anegados de lágrimas de impotencia. No eran las heridas de guerra lo que le dolía más, sino el odio que la quebraba por dentro, la incomprensión a la que se enfrentaba, las ganas de levantarse y volver a matar a todos aquellos que ya yacían muertos sobre la hierba. Y, sobre todo, el anhelo incontrolable de acabar con la vida de Pryo.

Aquellos considerados salvajes por los hombres de las Tierras Modernas caminaban semidesnudos con sus arcos rudimentarios, recuperando sus flechas. Eran los únicos que habían comprendido la importancia de aquellos seres divinos, los Zhun, los habían defendido y los habían resguardado del inmundo odio y del terror que proferían las sociedades autodenominadas civilizadas. Eran los únicos que, con sus mentes libres de miedo dogmático, no creían en demonios. Para ellos, existía la maldad, pero esta solo se encontraba en los corazones podridos de los hombres del otro lado del mar. La pirámide seguía en pie a duras penas, su interior estaba lleno de humo, que escapaba por la entrada y la cúspide, y sus rocas se desmoronaban.

Naia, con el cabello gris cayéndole despeinado por un costado y una expresión desentonadamente pacífica, se acercó a ella, agachándose a su lado. Maren la miró a aquellos ojos que se arremolinaban en las tinieblas, se acurrucó en sus brazos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Su cabello sucio de sangre y sudor cayó sobre la hierba, y sus ojos, cansados, recorrieron la construcción triangular que se elevaba tras ella, y se perdieron en los destellos dorados del cáliz que guardaba su cúspide, que reflejaba las últimas luces del día, como si no hubiese ocurrido nada, como si el eterno baile de los astros se riera de las desgracias del mundo de los vivos.

FIN

(Continuará)

Agradecimientos

Esta novela no estaría aquí, entre tus manos, si no fuese por toda la gente maravillosa que lo ha hecho posible, tú incluida. Gracias a Iván por su pasión, su apoyo y por ser siempre mi primer lector y mi crítico de confianza. A mis padres, por apoyarme siempre desde el amor y el entusiasmo, quienes me han enseñado a perseguir mis sueños y a creer en mí. A Bryan, que aguanta todas mis incertidumbres, calma mis dudas y me anima a seguir siempre adelante, emocionándose con mis proyectos igual que si fuesen suyos. Él fue quien me hizo sacar las fuerzas para publicar por fin esta historia. A mis amigas, que viven con emoción verídica cada paso que doy en este mundo (Ana, Marina, Inma y la gran amante de la fantasía, Adri). A Lea, por demostrarme que hay que perseguir los sueños, aunque parezca (y sea) difícil. A mis lectores fieles, que me acompañan en este viaje desde el principio, y confían en mí más que yo misma (¡Judith en especial!). A Aina, que fue la primerísima lectora de esta historia, cuando aún estábamos en el instituto y esta novela acababa de nacer en mi mente. A la editorial Círculo Rojo por acompañarme y ayudarme en el proceso. A todo aquel que sigue haciendo posible que yo viva este sueño, que lee las historias que una vez solo vivieron en mi mente y que, espero, disfruten y valoren. Gracias, gracias, gracias.

Contenido

Prólogo: Oscuridad
Capítulo 1: Aiert, la cuidad donde todo se encuentra
Capítulo 2: Agua y jabón
Capítulo 3: Llanto
Capítulo 4: No todos pueden ser salvados
Capítulo 5: Balanceo
Capítulo 6: La fiesta del Reinicio
Capítulo 7: Cuentos y leyendas
Capítulo 8: El hambre
Capítulo 9: El bosque de Ler
Capítulo 10: El perro
Capítulo 11: Atardecer
Capítulo 12: Amén
Capítulo 13: Bautizo
Capítulo 14: El dueño de Ler
Capítulo 15: Demonio
Capítulo 16: Norte
Capítulo 17: Mercancía
Capítulo 18: La llegada
Capítulo 19: Rayo
Capítulo 20: Buenas nuevas
Capítulo 21: La corte
Capítulo 22: No más plegarias
Capítulo 23: Libertad
Capítulo 24: Tras la Recaída
Capítulo 25: Ojos
Capítulo 26: Sueños
Capítulo 27: El plan
Capítulo 28: Justicia

Capítulo 29: Anclada
Capítulo 30: El inventor de historias
Capítulo 31: De vuelta al mar
Capítulo 32: Por Maira de Terralta
Capítulo 33: Tarde
Capítulo 34: Capitán
Capítulo 35: Trato
Capítulo 36: Mentiras
Capítulo 37: A bordo del Idoia
Capítulo 38: Monstruo
Capítulo 39: La noche que todo cambió
Capítulo 40: Las Islas Centrales
Capítulo 41: Rado
Capítulo 42: Cosa de hombres
Capítulo 43: Amigos
Capítulo 44: La isla
Capítulo 45: Niebla
Capítulo 46: Pureza
Capítulo 47: Tierra
Capítulo 48: Juego de demonios
Capítulo 49: Niebla y armas
Capítulo 50: Río Blanco
Capítulo 51: Selva
Capítulo 52: Hojas
Capítulo 53: Unión
Capítulo 54: Lluvia
Capítulo 55: Jun
Capítulo 56: Pryo
Capítulo 57: Sacrificio